luce fabi

camisas negras

Para el Dr.
Antonio Groppoue
con profunda estima
Jo Lleri
Montevideo 11-VII-34

CAMISAS NEGRAS

LUCE
FABBRI

Camisas Negras

estudio crítico histórico
del origen y evolución
del fascismo, sus hechos
y sus ideas.

CON NOTA FINAL
PROYECTADA A LA ACTUALIDAD
AUTORITARIA ARGENTINA POR
JOSE M. LUNAZZI

EDICIONES

NERVIO

BUENOS AIRES
1934

Advertencia

LOS SEIS CAPITULOS DE ESTE LIBRO CORRESPONDEN A LAS SEIS CONFERENCIAS DE UN CURSO DICTADO EN ROSARIO DE SANTA FE, LOS DIAS 16, 18, 20, 22, 27 *Y* 30 *DE SETIEMBRE DE* 1933, *POR INVITACION DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE AQUELLA CIUDAD*

LAS NUMEROSAS MODIFICACIONES Y AMPLIACIONES OBEDECEN AL TIEMPO TRANSCURRIDO, QUE FUE AÑADIENDO INCESANTEMENTE NUEVOS DATOS AL PROBLEMA, Y A LA NECESIDAD DE COMPLETAR LA OBJETIVA EXPOSICION ACADEMICA CON LAS CONCLUSIONES PERSONALES, QUE SON LA DERIVACION LOGICA DE LOS HECHOS ESTUDIADOS Y VIVIDOS.

26 de mayo de 1934

CAPITULO I

El fascismo como fenómeno Internacional

Ayer y hoy

Ahora que el fascismo tiene entre sus garras el corazón de Europa y eleva su grito de guerra desde Berlín, ahora que la democracia está tambaleándose en todas partes y se demuestra incapaz de superar al capitalismo e incapaz también de salvarlo, recién ahora, en plena crisis sangrienta, el mundo empieza a preguntarse que es el fascismo. Cuando triunfó en Italia, antes de la crisis mundial y después de un proceso lógico que se repitió ya en otros países y que puede repetirse en cualquier parte, nadie o casi nadie se preocupó de estudiarlo; todos dijeron: "en un rinconcito de Europa ha vuelto la Edad Media; es horrible; hay que protestar porque la dignidad humana ha sido ofendida. Pero no hay que asustarse; son fenómenos del Sur, manifestaciones de pueblos cuya alma es ardiente, cuya imaginación es calenturienta y que se van a los extremos sea en la libertad, sea en la opresión". Y así la experiencia trágica, acaso mortal, de toda una nación, ha sido completamente inútil. Los mismos errores se han repetido, el mismo descuido, en todas partes, ha permitido a las fuerzas reaccionarias levantar la cabeza e iniciar la destrucción de todo lo que había sido conquistado. Y el fenómeno opuesto se produce ahora. Los mismos que

antes se mecían en un confiado y cómodo optimismo se abandonan frente a la brutalidad de los hechos, a un desesperado pesimismo, igualmente cómodo, igualmente infecundo. Hablan de fatalidad histórica, de inflexibles leyes económicas, del fracaso de la idea de libertad.

El optimismo ciego y el pesimismo resignado son dos aspectos idénticos y contrarios de una misma pereza, de esa misma fuerza negativa de inercia que hace del hombre un ser semejante a las cosas.

Pero esta paralización es momentánea y no llega, a pesar de las apariencias, hasta las capas profundas del alma popular. Hay en la masa gris de los humildes, en ese rebaño del que hablan con tanto desprecio los aristócratas intelectuales y los individualistas a lo Nietzsche, una reserva inmensa de energías que es impotente sólo cuando no encuentra su cauce. Si las grandes masas no han ofrecido una resistencia victoriosa desde el principio, ha sido por una ofuscación natural en el momento caótico en que vivimos, por falta de orientación, por la educación hipnótica recibida de los malos pastores y, sobre todo, por falta de organización.

El fascismo, como pasa a menudo en la historia, se preparó ocultamente a través de los años y se presentó de golpe ante los ojos asombrados del pueblo que nunca había tomado en serio las previsiones pesimistas de una minoría de observadores. Los pueblos viven al día, y lo que es peor, las naciones, en el siglo de la radio y de la televisión, viven encerradas en sí mismas.

El fenómeno fascista se está produciendo hoy en todas partes; y en todas partes el pueblo ve en él un factor más que entra en el juego de la política nacional o regional y no llega a comprender sus alcances y

sus orígenes internacionales. Por eso no le da importancia hasta el momento en que el germen se ha trasformado en una planta difícil de desarraigar. Es necesario, pues, estudiar el fenómeno fascista desde un punto de vista general.

Carácter clasista del fascismo

No es fácil juzgar y apreciar el fascismo desde lejos, tomándolo en un momento de su historia, observando un estadio solo de su aspecto exterior en contínua trasformación. Lo que se sabe de él, lo que se ve de él, son una serie de manifestaciones violentas y contradictorias. Claros solo aparecen su carácter clasista que él trata en balde de negar y su carácter absolutista. Mussolini se jactó de haber pasado por sobre el cadáver de la libertad y esta frase puede servir de lema para todos los fascismos que surgen. Es un ataque violento contra la civilización burguesa y liberal del siglo pasado, pero sólo porque esa civilización contiene en sí los gérmenes, o, mejor dicho, las posibilidades de desarrollo de un mundo nuevo que la supere.

Se dice a menudo que el fascismo es el último refugio del capitalismo. Esta afirmación se presenta a la mente y a los labios con la facilidad de las frases hechas.

Pero las fraces hechas, los clichés, pese a su comodidad, tienen un grave inconveniente; aisladas del conjunto de premisas lógicas que las condicionan y las limitan, pierden su valor relativo, es decir, vital, para adquirir un sentido general y absoluto que está en contradicción con la incesante y desconcertante trasformación de la vida real. Que con el fascismo el mundo capitalista se juega su última posibilidad es justamente una de esas verdades relativas que sería peligroso generali-

zar y cristalizar demasiado. En realidad el campo multiforme de la historia humana escapa contínuamente a nuestro afán sistemático de previsión. La vida, aún en sus manifestaciones colectivas, es el dominio de lo imprevisto. Lo que podemos decir es que las causas del fascismo a pesar de no ser sólo económicas, tienen todas un carácter clasista, ya que la división en clases no se limita al campo económico. Es la reacción de una clase contra los progresos de otras. Fascismos y guerras son dos aspectos de una misma aspiración. Frente a una realidad técnica que se trasforma rápidamente, cambiando a la vez las condiciones de la acción y de la vida, el capitalismo siente que le falta terreno bajo los piés y busca en un fortalecimiento del Estado por él controlado un medio para conservar violentamente lo que quiere morir de muerte natural. Tal es el origen de las dictaduras en las que desemboca el fascismo.

¿Hacia el capitalismo de Estado?

Se ha repetido muchas veces en estos últimos tiempos la afirmación de que el fascismo italiano, así como el bolchevismo ruso, tiende a realizar el capitalismo de Estado. Ahora bien, al considerar en particular los problemas del fascismo italiano trataré de demostrar que esa evolución del corporativismo es, por el momento, sólo aparente. El fascismo ha sido una creación capitalista y defenderá, mientras pueda, los intereses del capitalismo privado. Pero no se puede excluir que, cuando el armazón económico actual esté por derrumbarse definitivamente, el fascismo, controlado y dirigido por las fuerzas del capital, sea empleado por este último como medio de trasformación. El capitalismo se serviría de él, en una palabra, para no dejar a

sus adversarios la iniciativa del cambio, para conservar las riendas en el momento crítico, para poder morir bien, y resurgir bajo otras formas. El fascismo puede ser en los cálculos del capitalismo un medio de salvación o un agente de eutanasia. Por eso se puede admitir, pero sólo como hipótesis, que tarde o temprano llegará a trasformarse en capitalismo de Estado. El fascismo italiano, por ejemplo, desde sus comienzos, en la práctica y desde la marcha sobre Roma, en la teoría, se ha demostrado y declarado siempre un defensor del capital privado. (1) La misma "Carta del lavoro", documento básico del régimen corporativo, dice en su artículo VII: "El Estado corporativo considera la iniciativa privada en el campo de la producción como el instrumento más eficaz y más útil para el interés de la nación". Sin embargo en 1929 y en 1930 se empezó a admitir, en discursos y artículos fascistas la posibilidad de un cambio en el régimen de la propiedad, pero extraoficialmente y sin insistir. Cuando Alberto De Stefani, entonces ministro de Hacienda, en un artículo del **Corriere della Sera** decía lo que había que hacer para salvar al capitalismo, "si es que vale la pena", esta última frase era más una "boutade" o un presentimiento lejano que el síntoma de un cambio de orientación. Sólo en estos últimos tiempos, cuando ya de los mismos ambientes capitalistas salen las voces que condenan el sistema económico actual, después de las declaraciones de los tecnó-

---

(1) Por otra parte, ya en 1921, un año antes de la marcha sobre Roma, el congreso fascista, reunido en la capital, establecía como punto básico del programa partidario la aspiración hacia un **Estado fuerte y soberano** que reconociera y defendiera la función social de la **propiedad privada.** (Luigi Fabbri "La controrivoluzione preventiva" Bologna — Capelli — p. 78).

cratas y de los ensayos de economía dirigida, también Mussolini empieza a hablar de la crisis del sistema y a presentar el corporativismo como una superación del capitalismo, mientras, en realidad, no es sino su continuación. En la práctica, lo veremos, el fascismo, que vive al día por las razones mismas de su vida, obedece a los intereses de los grandes tiburones de la industria, así como, en sus comienzos, los camisas negras no hacían sino ejecutar la voluntad de los distintos comerciantes y latifundistas, que los dirigían contra una determinada organización, contra los huelguistas, contra una cooperativa. Se hace ahora en gran escala, bajo el velo de la ley, lo que entonces se hacía contra la ley.

El fascismo alemán parece tener a ese respecto características algo distintas, ya que se apoya sobre verdaderas masas de pueblos, legiones de desocupados y desesperados que tomaron en serio el programa revolucionario y anticapitalista de Hitler, mientras esto nunca pasó en Italia. Pero sí en Alemania el malentendido ha abarcado a enormes multitudes, eso no quiere decir que los dirigentes responsables no sirvan los intereses del capital. Los hitleristas sinceramente anticapitalistas se encuentran ahora defraudados. Llegado al poder con sus votos, Hitler afirma ahora que no es necesaria la segunda revolución de que se habla en las filas de sus soldados y que es un traidor quien trate de perturbar el orden en ese sentido. Lo único que se les permite a los nazis descontentos es desahogar su odio sobre los marxistas y los judíos.

Resumiendo: el fascismo puede no ser el único ni el último de los recursos del capitalismo, pero sí es la principal manifestación de su lucha, no tanto contra su

crisis interna, como contra las fuerzas nuevas que podrían aprovechar su caída y sucederle.

Naturalmente, las diferencias profundas entre las condiciones tanto materiales como espirituales de los distintos pueblos hicieron que el fenómeno fascista se trasformara, pasando de su país originario a las otras naciones. Pero en todas partes conserva sus caracteres fundamentales y distintivos que son una consecuencia directa de los factores que le dieron vida, es decir, en el campo espiritual la guerra y en el campo material o, mejor dicho, económico, la desorientación del capitalismo.

La reacción conra los principios del 1789

Estos caracteres fundamentales que distinguen en todo el mundo al fenómeno fascista de los otros fenómenos de reacción policial son pocos y bien definidos. El más característico y evidente, aunque no el más profundo, es su reacción violenta y radical contra los valores espirituales, sociales y políticos que, surgidos en la Revolución francesa constituyeron el núcleo ideal y el impulso de toda la historia del siglo XIX, siglo que, a pesar de la rigidez de los almanaques, terminó su ciclo no en 1900, sino en 1914.

Producto del mundo burgués, el fascismo no surgió con los rasgos que estamos acostumbrados a atribuirle tradicionalmente a la burguesía. Pero en realidad viene a ser el aspecto opuesto de la misma sustancia. La burguesía se afirmó como factor político en 1789. Su desarrollo coincide por un lado con la progresiva conquista de las libertades políticas y constitucionales y por el otro con el extenderse siempre más rápido de los tentáculos capitalistas sobre la economía mundial.

Para el capitalismo en sus comienzos el Estado era sí una protección, pero era también un estorbo. Por eso los dos caracteres fundamentales de la mentalidad burguesa en el siglo pasado fueron la tendencia a limitar por las trabas democráticas el poder del Estado y el individualismo, sea en el campo económico, sea en el campo espiritual y político.

El divorcio entre el capitalismo y la democracia se inició en realidad muy pronto; se inició, se puede decir, cuando el concepto de libertad empezó a tener para todo el mundo un alcance social, pero la clase explotadora no se quitó la careta democrática hasta la guerra mundial que obró como un poderoso reactivo y puso al descubierto aspectos ignorados o latentes no sólo del alma humana, sino también de la realidad objetiva.

La burguesía, en ese aspecto suyo que se identifica con el capitalismo, salió de la guerra con una cara nueva, más cínica y materialista, más correspondiente a su nuevo papel que es un papel eminentemente conservador. Frente a la crisis interna del sistema, frente a las fuerzas contrarias que la están minando desde abajo, la clase dominante adopta la misma actitud ultraautoritaria que la aristocracia legitimista había adoptado antes de la Revolución francesa o en la Restauración de 1815 frente a las aspiraciones del tercer Estado.

Muerte de la democracia burguesa

La democracia burguesa, arma forjada para los intereses de una clase en progresivo ascenso, termina su ciclo histórico ahora que esa misma clase, llegada a su punto culminante, tiene que emplear armas muy distintas para mantenerse en las pasiones conquistadas. Lo

que hace poderosamente significativo el fenómeno fascista es justamente el hecho de que con él la burguesía capitalista rompe en las manos del proletariado el arma frágil que antaño ella misma creara para sí y que hasta ahora le sirvió para adormecer las nuevas fuerzas en una engañadora apariencia de seguridad y de progreso pacífico.

Si el proletariado, si los hombres libres, rechazan la democracia para superarla, la clase explotadora la rechaza para volver atrás, para borrar de la historia humana en beneficio propio todas las luchas del siglo XIX, que los fascistas recogiendo una frase de Daudet, llaman "el estúpido siglo XIX".

Tratando de simplificar este complicado panorama podríamos decir que tres principios están en lucha: 1.°, la civilización burguesa democrática, hija de la Reforma y de la Revolución francesa, iluminista e impregnada de una adoración un poco abstracta por la libertad política y económica, instrumentos del tercer estado en su fase ascendente; 2.°, una civilización naciente, informe y caótica aún, surgida de la primera a través del alumbramiento doloroso de la guerra, civilización que tiende a extender el concepto de libertad de lo político a lo social y a superar la democracia en el sentido de una mayor autonomía de las fuerzas en juego. Esta segunda forma es el desarrollo lógico de la primera y llevaría a una trasformación profunda de la estructura social. Quien no puede disponer libremente de los instrumentos de trabajo no tiene libertad; 3.°, un resurgimiento brutal del principio de autoridad, (1) instru-

---

(1) Este último principio ha rebasado, por una forma muy común de contagio psicológico, los límites de las filas reaccio-

mento necesario al capitalismo burgués para su conservación.

Entre las distintas perversiones sádicas que el fermento de la sangre derramada en la guerra produjo en la humanidad está esa voluptuosidad del látigo, esa orgullosa abdicación de los valores racionales, esa exaltación de la fuerza como único derecho. Como los niños cuando tienen esos accesos inexplicables de rabia ciega, así la humanidad experimenta, en la desesperación de la crisis, un placer enfermizo en negar todo lo que ella misma construyó, en exaltar lo que antes era objeto de horror. Dije la humanidad y dije mal: es una parte de la humanidad; pero las fuerzas insensibles y casi impersonales que tienen el mundo en sus manos y al mismo tiempo se sienten impotentes y agotadas, utilizan estas tendencias para sus fines.

En realidad es el espíritu, la mentalidad de las cavernas que vuelve, como vuelve siempre cuando la propiedad está amenazada y quiere defenderse.

El fascismo, encarnación del principio de autoridad

Esta tercera tendencia, autoritaria, está representada por el fascismo; es tendencia destructora y no creadora y esto constituye su debilidad. La autoridad no construye nada más que murallas de piedra con los brazos de los esclavos; pero nada crea en la conciencia de los hombres, si no es, a veces, la rebelión. El fascismo, surgido con la vio-

---

narias. El ultraautoritario socialismo de Estado, si polía considerarse diametralmente opuesto al capitalismo, liberista de antes, no está en contraposición directa con el capitalismo unitario y dirigido que se está delineando hoy y por lo tanto no puede desempeñar el papel de reactivo libertador. Ahora se dice: "Roma o Moscú". En realidad el verdadero dilema, sea en el campo político sea en el campo económico es: autoridad o libertad.

lencia, se conserva con la jerarquía que es otra forma de violencia y con el absolutismo sangriento. La necesidad perpetua de emplear la violencia le persigue y le mantiene en una contínua tensión que impide el tranquilo trabajo creativo. El fascismo dejaría de existir el día en que concediera a sus súbditos la libertad relativa de que gozan los países democráticos. Ni Mussolini, ni Hitler pueden hacerlo, como no pudo hacerlo Machado en Cuba. Esto demuestra que, por más que se extienda el fascismo y aunque ilumine con sus hogueras todas las plazas del mundo, su dominio no pasa de la superficie, ni pasará si la voluntad de los hombres no es un hilo que se rompa al primer soplo de viento. La libertad, por más heridas que tenga, no llegará nunca a ser un cadáver, porque representa un principio elemental y eterno. Pero sobre todo el fascismo no puede ser la realidad de mañana, porque las condiciones mismas de la vida lo superan, porque en un mundo en que, no sólo los hombres, sino las cosas mismas evolucionan cada vez con más rapidez, él representa un elemento enmohecido de conservación. Hitler aspira a restaurar los valores de la raza alemana ahora que la ciencia está destruyendo el concepto de raza y sueña con el Sacro Romano Imperio de la nación germánica muerto hace muchos siglos. Los otros fascismos que surgen en el mundo no tienen programas más nuevos y más atrevidos. El fascismo italiano, que habla a cada momento de reconstrucción, de la nueva idealidad, de la nueva Italia, no hace sino llamar con nombres nuevos y cubrir con caparazones jurídicas nuevas la opresión de una clase por otra protegida por el Estado: es decir, una realidad vieja que contrasta visiblemente con las exi-

gencias económicas y espirituales de la sociedad moderna.

En busca de una idea

Y para vestir de un débil barníz ideológico un movimiento que es motivado casi completamente por razones económicas y que es ayudado en su empuje por las fuerzas psíquicas más oscuras y más irracionales, los teóricos del fascismo han ido a buscar sus fuentes ideales entre los autores (especialmente literatos) que, en la atmósfera estancada del mundo prebélico se habían rebelado contra la banalidad aplastante de la democracia burguesa, en nombre de una concepción nietzschiana de la fuerza, que tenía sobre todo para ellos un valor personal y casi diría estético. Seguramente esos espíritus aislados se habrían sorprendido si hubiesen podido prever el futuro alcance reaccionario de sus actitudes líricamente rebeldes.

Entendámonos bien: esas teorías no constituyen el contenido ideológico del fascismo, que es esencialmente una defensa armada de los privilegios de una clase y que no tiene otro programa real que la voluntad de dominio. El fascismo surgió como antidemocracia, porque la democracia ya no servía para defender al mundo capitalista; pero tuvo necesidad de buscarse un sistema y de fabricarse precursores, para atraer a la juventud descontenta y también a cierta clase de intelectuales. A la misma necesidad obedece aquella coquetería de querer llamar **revolución** a una restauración brutal que nos trasporta políticamente en los tiempos anteriores a la Revolución francesa.

Con el mismo método, para tratar de atraerse a los obreros, todos los fascismos, antes de conquistar el po-

der ponen en su programa proyectos vagos e inconsistentes de socialización que se desvanecen apenas el partido llega a adueñarse del poder estatal y de los centros nerviosos de la vida del país.

Cuando en 1919 surgió el fascismo en Italia, sus verdaderos caracteres no se manifestaban en los artículos del **Popolo d'Italia** (el órgano personal de Mussolini) sino en las pequeñas hojas de provincia y en la actitud de las escuadras fascistas. En la acción práctica y violenta, el fascismo ponía de manifiesto los móviles verdaderos del movimiento y de sus jefes: el odio de los industriales contra los trabajadores que se atrevían a emplear el derecho de huelga, el odio de los "niños bien" que se veían desposeídos de sus privilegios culturales por el progreso intelectual de las masas obreras, el odio de los comerciantes contra las cooperativas, etc. En los centros rurales eran los grandes terratenientes los que sufragaban los gastos de las escuadras fascistas, en las ciudades eran los comerciantes y los industriales.

La experiencia posterior ha demostrado que el anticapitalismo de los movimientos fascistas incipientes nunca ha sido otra cosa que un recurso demagógico. Y, sin esperar la prueba irrefutable de los hechos, ya desde entonces se podía comprender eso, por la vaguedad retórica y superficial de esas afirmaciones subversivas.

El programa y las realizaciones

Es particularmente interesante a este propósito una comparación entre los programas fascistas anteriores a la toma del poder y las realizaciones posteriores. En el programa del partido nazi hay algunos artículos significativos, por ejemplo los 5o., 6o. y 7o.,

que pregonan la abolición de las rentas que no tengan por base el trabajo, la confiscación de los beneficios de guerra, la nacionalización de las industrias y eventualmente de la tierra (art. 9o.). Ahora estos puntos han sido archivados e Hitler considera que su revolución es completa ya por el solo hecho de haber llegado al poder.

Mucho más revolucionario era, sin embargo, el programa del "fascio" mussoliniano en 1919. Ese programa pedía la República, la descentralización del poder ejecutivo, la soberanía popular, la abolición del senado, de la policía política, del servicio militar obligatorio, supresión de las sociedades anónimas, de los bancos y de las bolsas, reorganización de la producción sobre bases cooperativas, libertad completa de prensa y de asociación, solidaridad de los pueblos, unidos en una confederación de Estados... Como se ve, las realizaciones corresponden exactamente al programa.

Pero mientras Hitler hablaba de confiscaciones y nacionalizaciones por un lado, por el otro se declaraba, en un artículo escrito para un diario italiano, "defensor de la propiedad". (1)

Ese lenguaje revolucionario, vago en su demagogia, sirvió en Alemania como antes en Italia para atraer a las masas y ejercer un eficaz chantage sobre los capitalistas que podían cansarse, como a veces se cansaron, de financiar el movimiento. (2) En la misma forma la tendencia republicana de Mussolini no era sino un hábil chantage a la monarquía. Los fascistas en Italia hablaron de república hasta el día antes de la mar-

---

(1) **Corriere della Sera, 28 de septiembre de 1930.**

(2) **Por lo qúe serefiere a los beneficios ilícitos realizados**

cha sobre Roma; pero en cuanto el rey hizo de Mussolini su primer ministro, el fascismo se declaró en seguida el restaurador de la más pura tradición histórica italiana representada por la casa de Saboya.

El inevitable conflicto

Para las fuerzas tradicionales políticas y religiosas, aliadas con las recientes pero ya viejas fuerzas capitalistas, esta reacción violenta era necesaria.

El fermento espiritual que hace tan interesante y tan profundamente creadora la historia del siglo pasado habría llegado seguramente, si hubiera podido desarrollarse según su lógica interior, a negar la democracia, superándola en el sentido de una libertad más amplia en el campo político y a destruir la explotación capitalista en el campo económico. Y como no hay enemigo que no se defienda, era natural que el conflicto se acentuara. La guerra no hizo sino agudizar y volver más brutal al proceso, imprimiéndole un ritmo progresivamente acelerado.

Ya desde la mitad del siglo pasado se podía predecir el desenlace del movimiento demócrata-liberal que entusiasmaba en esos tiempos a tantos corazones gene-

---

con la guerra, el caso en Italia fué muy típico. Mussolini, antes de 1922, hacía una campaña tan violenta como la de Hitler, contra los "tiburones" de guerra, y sin embargo eran justamente éstos últimos, asustados por las medidas que el gobierno parlamentario bajo la presión de la opinión pública había ya aprobado contra ellos (revisión de los beneficios de guerra y reducción correspondiente), los que más contribuyeron a subvencionar el movimiento fascista. En efecto lo primero que hizo el fascismo en cuanto alcanzó el poder fué abolir esas medidas junto con el impuesto a la herencia. No se habló más en Italia de los beneficios de guerra y los nuevos ricos que habían edificado su fortuna sobre los cadáveres, quedaron tranquilos y (¿quién lo duda?) agradecidos.

rosos en todas las esferas sociales. Ya desde entonces los anarquistas preveían que las libertades de palabra, de reunión, de prensa, que tanta sangre habían costado serían aniquiladas con cualquier medio, aún el más ilegal, cuando el pueblo tratara de servirse de ellas para sus reinvindicaciones.

Los fascismos, fenómenos de reacción ilegal apoyados por los gobiernos, que en teoría tienen el cometido de hacer respetar la ley, han venido a confirmar estas previsiones.

Las libertades democráticas subsisten en los países en que el pueblo no ha tratado aún de aprovecharlas ampliamente para sus propios fines. En los otros, la clase explotadora ha desgarrado definitivamente el velo de la legalidad y ha sorprendido al pueblo atrincherado ingenuamente, por obra de los malos pastores, en las frágiles posiciones democráticas.

El fascismo es, pues, un movimiento eminentemente antidemocrático, pero — no me cansaré de repetirlo — no en el sentido de una superación de la democracia, sino en el sentido de un enorme salto hacia atrás; no quiere levantar un edificio nuevo sobre las ruinas del sistema actual, sino reconstruir el edificio antiguo con materiales enmohecidos y abandonados desde hace tiempo. Esto, naturalmente, en las intenciones. Las restauraciones en la historia siempre son relativas y tienen a menudo desenlaces imprevistos. Las viejas pelucas de la Santa Alianza no imaginaban en 1815 que su afán de reconstrucción del pasado iba a desembocar en el magnífico estallido revolucionario de 1848.

La divinización del Estado

En este esfuerzo de torcer violentamente hacia atrás el curso de la historia, los distintos fascismos recurren todos a la aplicación más absoluta del principio de autoridad. En pleno siglo XX ellos se presentan como los defensores típicos de la concepción autoritaria en sus formas más anticuadas y tradicionales: poder unipersonal, monarquía o dictadura de derecho divino, divinización del Estado considerado no como expresión de la nación sino como superior al conjunto de los individuos que la forman y como condición suprema y trascendente de toda vida social.

El Estado es todo, el individuo, nada; y ese Estado no es el Estado democrático que pretendía superar a los individuos en cuanto pretendía representarlos; ni siquiera se le puede comparar con la Res-publica de la primitiva historia romana, rígida, aristocracia que veneraba a la vez las leyes y la libertad; es el Estado del Bajo Imperio que se concentraba en la persona de un autócrata, esclavo a su vez de la fuerza ciega de sus milicias, es el Estado de un Luis XIV, que se personificaba en el rey y tenía en las guerras su manifestación natural. En una palabra, el ideal fascista del Estado es el absolutismo dictatorial que los hombres creyeron definitivamente desaparecido del mapa en 1917 con la caída del Zar de todas las Rusias. Los hombres que creían eso se hacían, naturalmente, muchas ilusiones, ya que con la guerra habían vuelto lógicamente a asomar bajo los bonitos velos de la civilización los instintos y las leyes de la vida salvaje, instintos y leyes que glorifican la fuerza y admiran el fraude, que desprecian los sentimientos de justicia y de amor por con-

siderarlos patrimonio exclusivo de los débiles que no tienen otra arma ni otro consuelo.

El fascismo, ejército permanente del capitalismo, aprovecha para sus fines esta mentalidad enfermiza, excitada, antisocial. No hay mejor esclavo que el que no reconoce en la vida otro valor que la fuerza material.

A pesar de querer darse, al menos en Italia, un barníz hegeliano, el fascismo es profundamente materialista, no en el sentido puramente filosófico de los sabios del siglo pasado, sino en cuanto tiene móviles, métodos y fines puramente materiales. Ya en 1925 Adriano Tilgher reconocía en el famoso "idealismo actual" de Gentile, que había sido adoptado por el Estado fascista como filosofía oficial, un materialismo disfrazado. En realidad no existe allí sino un conjunto de intereses de clase (económicos y extraeconómicos) que tienen necesidad de un disfraz idealista para oponerse doctrinariamente a las reivindicaciones obreras calificadas como movimientos sin alma, como movimientos que obedecen exclusivamente a las necesidades del estómago. Por eso en el campo del pensamiento el fascismo aprovecha la ambigüedad del sistema hegeliano; en el campo literario adapta a sus fines la divinización de la fuerza y el amoralismo deslumbrante y refinado que D'Annunzio derivaba de Nietzsche transfigurándolo poéticamente; en el campo sentimental, contemporáneamente a esta mística de la violencia, el fascismo aprovecha, con una confusión que debería hacer estremecer de horror a los verdaderos católicos, la mística empalagosa de las procesiones, de los milagros, de las bendiciones.

La tradición

En fin, en el campo genéricamente cultural, trata de darse un barníz espiritual y elevado; y como la cultura es esencialmente libertad, antiabsolutismo, elige en ella justamente los valores negativos, los que representan siempre un obstáculo en el camino del espíritu humano: los mismos valores que en la historia han servido de pretexto a todas las reacciones: los valores de la tradición, del pasado, tomados no en su legítimo papel de impulsos, de elementos para la construcción del porvenir, sino como límites, como vallas opuestas a la marcha de los hombres hacia adelante. Nunca se ha hecho en Italia tanto derroche de la palabra "tradición". Nunca se ha hablado tanto a los niños de la divina herencia de Roma. Y nunca se ha falseado tanto la historia como ahora. La romanidad fascista consiste toda en hablar, hasta el cansancio, de la grandeza de Roma, de la disciplina de Roma, del Imperio Romano y de sus caminos en el mundo. Y los pequeños Balilas que ignoran todo de la vida se estremecen de orgullo cuando les dicen que ellos son los soldados de Roma, de aquella Roma de la cual Horacio dijo que era la cosa más grande que el sol hubiera visto nunca en su recorrido. Aquellos versos bimilenarios de Horacio siguen siendo en pleno siglo XX uno de los lugares comunes de la enseñanza fascista. Estas palabras huecas y sonoras, la coreografía pseudoromana de las manifestaciones, la revalorización de la religión en lo que tiene de más medioeval, constituyen el contradictorio tradicionalismo fascista que es a la vez católico y pagano; esta amalgama superficial y elástica es lo que se llama en Italia "mística fascista" (en Milán hay hasta una escuela de mística fascista).

Si los italianos tuvieran ganas de reírse, podrían divertirse mucho oyendo repetir por todos los oradores y por muchos profesores una extraña historia que nadie toma en serio en Italia, pero que fuera de Italia ha sido creída a veces por algunos ingenuos partidarios de la dictadura. La lucha de clase — repiten a diario los fascistas, que son los únicos que hablan en Italia — era una lucha de intereses materiales que embrutecía a las masas. Nosotros, todos unidos en el nombre de Mussolini, hemos superado con la disciplina las preocupaciones del interés individual y por lo tanto hemos podido restaurar los valores espirituales. Los trabajadores ya no luchan para conseguir aumentos de salarios, sino que contribuyen entusiastamente con su consciente esfuerzo y sacrificio a la grandeza de Italia, etcétera...''

Este es el tipo de la prosa que se lee en todos los diarios italianos. Es de imaginarse con qué satisfacción lee eso un obrero que padece hambre y que no tiene el derecho ni de protestar ni de declararse en huelga mientras sus patrones tienen derecho —a través de la Magistratura del Trabajo, que accede siempre a sus pretensiones— de rebajarle el salario cuando quieren. Pero si los obreros no se dejan engañar, este lenguaje surte siempre cierte efecto especialmente entre los adolescentes que no oyeron nunca otras voces, que no han conocido otro mundo que ése.

El hitlerismo en Alemania tiene la misma mentalidad; el mismo nacionalismo inflamado; la grande Alemania en lugar de las águilas de Roma, el Imperio germánico en lugar del Imperio romano, Otón I o Federico

Barbarroja en lugar de Augusto. Por algo el ex-kronprinz es hitlerista.

Hablando de estos caracteres típicos del fascismo, hay que hacer una distinción entre los que son esenciales, primitivos y que constituyeron la razón fundamental para que surgiera y los caracteres adquiridos después, sea por la adopción de las cualidades y de la mentalidad de las viejas clases reaccionarias que fueron en-seguida sus aliadas, sea por adaptación a las necesidades de la lucha antiobrera y antiliberal.

El carácter básico y universal del fascismo es la reacción violenta y en los comienzos ilegal, de la clase explotadora, contra las conquistas y las aspiraciones de las clases explotadas. El método consiste en la violencia material extra-legal que tiende a transformarse, a través del derecho del más fuerte, en absolutismo legal, en centralismo, en rígida jerarquía.

El mesías

Los otros son caracteres adquiridos en un segundo o en un tercer momento y que a veces llegaron a tener importancia fundamental y a modificar el curso primitivo del movimiento. Por ejemplo, en el fascismo italiano la persona de Mussolini ha llegado a ser el eje alrededor del cual gira todo el régimen. Lo mismo está pasando en Alemania con Hitler. Y este fenómeno se ha producido porque los capitalistas encontrándose, en el momento del peligrò, en estrecha comunidad de intereses con la primordial corriente reaccionaria que desde las profundidades oscuras de la historia ha obstaculizado siempre la marcha de los hombres hacia el porvenir, vió su salvación en un retorno al absolutismo y, para llegar a eso, aprovechó ese inconsciente servilismo, esa fe en el hombre

excepcional, ese mesianismo, en una palabra, que toda guerra o todo gran desastre de la historia siempre trae consigo. Antes del fascismo se había formado en Italia en ciertas zonas del espíritu popular, toda una mística absurda alrededor del nombre de Lenín.

Esa falta de personalidad en los individuos que componían las masas trabajadoras, esa tendencia a esperar que viniera la salvación desde arriba, el miedo a la iniciativa y a la responsabilidad (herencias todas estas, de una larga educación socialdemócrata) hicieron fracasar la revolución e hicieron posible el triunfo de la reacción y justamente de una reacción con caracteres mesiánicos, que parecía en pleno siglo XX, absolutamente anacrónica. Paralelamente se creó ahora en Alemania una leyenda mística alrededor del nombre de Hitler.

Otros caracteres contingentes del fascismo, que podrían cambiar si cambiaran las condiciones del ambiente, son su tradicionalismo, su tendencia a respetar, a defender y restaurar la monarquía y hasta su mismo nacionalismo; lo que no podrá cambiar nunca será su carácter autoritario y centralista, su aversión vigilante y armada hacia todas las reivindicaciones de la clase obrera, su horror al libre desarrollo del pensamiento que tendría, como última consecuencia, el derrumbe del principio de autoridad.

El nacionalismo

Puede parecer raro que haya clasificado el nacionalismo más entre los elementos de forma que entre los elementos de sustancia de la reacción fascista, mientras se le considera generalmante como uno de sus caracteres fundamentales y, bajo ciertos aspectos, lo es.

El nacionalismo, forma morbosa del patriotismo, era en principio una corriente aparte; pero ha sido incorporado muy pronto a los contingentes fascistas por ser, entre las fuerzas reaccionarias, la única que tenía alguna combatividad y la única también que podía dar a aquel movimiento brutal surgido en defensa de intereses materiales el contenido teórico y pseudo ideal que necesitaba.

Pero en realidad el nacionalismo capitalista que tiene su manifestación natural en los distintos fascismos, está unido por mil lazos invisibles de interdependencia con el internacionalismo capitalista de los grandes trusts y es ese capitalismo internacional que fomenta y paga los distintos fascismos con carácter nacionalista, porque tiene necesidad de que los pueblos están divididos, porque necesita las guerras, porque una larga experiencia le ha demostrado que cuanto más nacionalista es un pueblo, tanto menos piensa en luchar para mejorar su organización interna.

Y el nacionalismo es para el fascismo un factor de fuerza y es a la vez un factor de debilidad. Es un factor de fuerza ahora, porque constituye la única raíz que ha conseguido echar en el humus, completamente refractario para él, del alma popular.

Será pronto un factor de debilidad, porque la semilla del exclusivismo y del orgullo nacional que fructifica en el alma de las minorías fascistas puede acabar por lanzarlas unas contra otras, mientras la gran mayoría del pueblo es hostil al fascismo (y mucho más hostil donde el fascismo ha triunfado) tendrá en ese momento la gran fuerza de la unión espiritual por encima de las fronteras.

Naturalmente, el nacionalismo se hace pasión (y lo estamos viendo ahora en Alemania) en la masa de los gregarios. El patriotismo de los jefes, repito, es relativo y depende de las exigencias del capitalismo internacional. He aquí, por ejemplo, lo que publicaba el 13 de mayo de 1932 un diario francés, **La Jeune République** con relación a Hitler que, encontrándose aún lejos del poder, conservaba entonces toda su intransigencia de lenguaje. El artículo, firmado por M. F| Romerio tiene por título: "Capitalismo y nacionalismo" "Hitler prisionero del capitalismo internacional". Lo cito resumiendo algunas partes: "Los magnates de la industria metalúrgica francesa y alemana, comprendiendo que sus intereses coincidían, dejaron de lado su nacionalismo para asegurar la defensa de sus intereses. Pero, para que no fracasara la empresa, era necesario "civilizar" a Hitler, convencerlo a estrechar relaciones con Francia. Cuando los industriales alemanes pidieron a Hitler que se entrevistara con los representantes de Francia, esta propuesta suscitó un gran revuelo en el campo nacionalista. ¿Con Francia? Eso nunca. Con Roma y Londres mejor". Pero, los delegados nacionalsocialistas fueron recibidos con frialdad en Italia y en Inglaterra; Hitler tuvo, pues, que ir a París, donde se entrevistó con Hoschiller, el delegado del "Comité des Forges". Había que encontrar una base para el acuerdo. La encontraron en el deseo de luchar contra el bolchevismo. "Es necesario que la derecha alemana y la derecha francesa unidas destruyan el comunismo", declararon. E Hitler llegó a ser el prisionero político de la asociación económica francoalemana. Negociaciones definitivas tuvieron lugar después entre el capitán Goering y

Francois Poncet, embajador de Francia en Berlín. El acuerdo se basaba sobre los puntos siguientes: Alsacia y Lorena pertenecería definitivamente a Francia, se respetaría el plan Young, no se modificaría por la violencia el tratado de Versailles. Así el problema hitleriano, que podía producir un conflicto francoalemán fué solucionado por la alta metalurgia internacional. Hitler expuso él mismo sus proyectos en Düsseldorf frente a los magnates de la industria. Un representante del "Comité des Forges" asistía discretamente a la reunión. El informe de esta reunión fué recibido favorablemente por los industriales franceses en París". Este artículo de la **Jeune République** no fué desmentido nunca, Poco después un periodista alemán acusaba a Hitler de haber recibido dinero francés por intermedio de una firma checoeslovaca vinculada a los propietarios franceses de Creusot, para su campaña de excitación nacionalista. Hitler, obligado por sus partidarios, entabló un juicio por difamación, pero en el proceso no supo contestar a las cifras, a las fechas, a los nombres, más que con insultos vagos y violentos.

Esas cosas pasaban en 1932 y ahora no tienen, sino una importancia episódica, ya que los acontecimientos han superado la pequeña diplomacia extraoficial de hace un año. (1) Pero nos demuestran que el nacionalis-

---

(1) Si debemos creerle a la revista **Monde** que dirige en París Henri Barbusse; esa diplomacia no sería tan superada. En su número del 20 de enero de 1934 dicha revista afirma que, después de la ascensión del nazismo al poder, Francois Poncet, embajador de Francia y vinculado al "Comité des Forges", ha llegado con Hitler, controlado a su vez por la industria pesada alemana, al siguiente acuerdo: 1°. Relacionamiento entre las industrias francesas y alemanas de la potasa. 2°. Alianza entre las industtrias pesadas de los dos países. 3°. Relacionamiento

mo es para los fascistas no un ideal, sino simplemente un instrumento de dominio.

Mas hasta ahora hemos tratado de encontrar las líneas distintivas del fascismo mundial en el campo teórico., En el campo práctico todos los fascismos, hasta los que no se llaman aún con este nombre, se reconocen de inmediato por sus métodos, métodos que son una lógica consecuencia de sus orígenes y de sus objetivos.

Decía el órgano de la corriente fascista en un país que vive todavía en régimen democrático: "Cuando se trata de defender el país, el orden y las instituciones (y en otras ocasiones también), la violencia es necesaria y conveniente". (1)

La violencia

Ahora bien: las instituciones que quieren defender ese período se llaman democráticas. La democracia se define en teoría (una teoría que queda muy lejos de la realidad de todos los días) como el régimen en que cada idea, cada programa que llegue a conquistarse la adhesión de la mayoría de la población, puede triunfar sin salir de los rieles de la ley. Por definición, nada es más antidemocrático que la violencia ilegal. El hecho de que el fascismo adopte en defensa de los privilegios de clase el arma de la violencia es bien típico. Es el tercer estado

---

entre las industrias químicas francesas y alemanas. 4°. Bélgica y Luxemburgo serían asociados a esta alianza económica. 5°. La industria pesada francesa deberá participar por un tercio en el armamento del nuevo ejército alemán.

Mientras tanto los diarios franceses, asustados por el rearme de Alemania pedían enérgicas medidas de seguridad, destinadas a traducirse en una ventaja comercial para el "Comité des Forges" y la "Schwereindustrie" hermanados por encima de las fronteras.

(1) **Bandera Argentina** — 3 de enero de 1933, Bs. Aires.

que destruye ahora —lo repito— lo que construyó en 1789; lo destruye para desarmar al cuarto estado que se está fortaleciendo y que aprovechaba para su marcha los mismos caminos abiertos por y para la burguesía en 1789.

Y no hay que quejarse por esto. Es bueno que se aclaren los malentenidos; es bueno que el pueblo se de cuenta de que las armas legales no han sido hechas para él y de que el único camino que le queda para defenderse y para libertarse no pasa por los campos rígidamente cercados de la Constitución y del Estado.

Pero en su afán desesperado de sobrevivir al derrumbe de la caparazón que ella misma se había creado, la clase dominante ha puesto la lucha sobre un terreno tan inhumano (y digo inhumano no sólo en el sentido moral y sentimental) que es necesario que las fuerzas renovadoras junten todas sus energías en un esfuerzo también desesperado, decisivo, para salvar no sólo a la clase que sufre, sino a toda la humanidad, a la vida misma en lo que tiene de más elevado y de más activo.

No tenía verdaderamente necesidad Mussolini de citar a Sorel para explicar las violencias cometidas por las escuadras negras en los primeros cuatro años de fascismo, como no tiene necesidad de mencionar a Maquiavello para explicar su método de gobierno. La violencia, que tiene por origen la defensa de la propiedad es y ha sido siempre la más peligrosa para la continuidad de la civilización humana. Se diferencia de la violencia revolucionaria en cuanto no es constructora, sino sólo destructora. Mientras las fuerzas nuevas que surgen destruyen sólo para reconstruir, las fuerzas reacciona-

rias destruyen por destruir, destruyen todo lo que significa fermento, creación, y aislan en el desierto las construcciones tradicionales para preservarlas. Este desierto en su lenguaje se llama orden. Matan la vida en lo que constituye su esencia, que es el movimiento, la creación continua, el contraste. Por eso su violencia es tan antihumana y tan peligrosa desde el punto de vista general de la civilización. No voy a hacer aquí una historia de las violencias fascistas; todo el mundo lee los diarios, todo el mundo se estremeció no hace mucho leyendo la noticia de los asesinatos cometidos por los camisas pardas en Alemania: la cabeza de Einstein puesta a precio, Lessing muerto cuando ya se creía en seguridad, el hacha medioeval del verdugo continuamente en acción, las hogueras de libros en las plazas, la inquisición triunfante en el país de Lutero, el antisemitismo, las torturas... El fascismo alemán, que no conoce la diplomacia, ha sido una revelación para el mundo, que sólo ahora se da cuenta de que vuelven los bárbaros. Ya se empieza a hablar de una nueva Edad Media. Y sin embargo esas mismas cosas acontecían en Italia hace pocos años. En ese entonces el mundo no se fijó. El fascismo italiano supo hacerse su propaganda en el extranjero. Las cosas que de él se decían eran increíbles y el mundo no las creyó. Ahora sí las cree.

¿Una nueva Edad Media?

¿Es que verdaderamente la civilización se muere, agotada por las guerras, por el confort mecánico, por el hambre, por una cultura tan refinada que llega a alcanzar nuevamente los límites de la barbarie? ¿Estamos otra vez en la situación en que se encontraba el mundo romano

cuando se derrumbó el Imperio? Pero los bárbaros de hoy no llevan sangre nueva en las venas como los antiguos hombres del Norte; no representan la juventud, sino la vejez de una sociedad; y las fuerzas de resistencia existen y son poderosas, aunque desorientadas y divididas. La cultura libre, o, mejor dicho, la cultura tout-court, ya que no existe cultura verdadera que no sea libre, si quiere defender sus derechos a una investigación desinteresada, si quiere salvar las condiciones de vida de la ciencia y del arte se encuentra automáticamente aliada a las fuerzas vírgenes del pueblo, contra las que se desencadena esta ráfaga violenta que hace llegar hasta nosotros los fermentos oscuros de un pasado ya olvidado.

Fenómeno de transición entre un mundo que muere y uno que nace, el fascismo es internacional, porque son internacionales las causas que lo generan. Nació en Italia porque en este país antes que en los otros las fuerzas obreras habían llegado a constituir un peligro serio para el viejo mundo que no se resignaba y no se resigna morir. Pero a medida que las mismas condiciones se presentaron en otros países, también en éstos se empezaron a observar manifestaciones fascistas o prefascistas. Pero nada es fatal en la historia. Y serán justamente los países que sepan evitar o superar rápidamente esta fase del período de transición los que ejercerán una mayor influencia sobre la civilización de mañana.

El agravarse de la crisis interna del capitalismo, la que no era aún tan aguda en Italia cuando el fascismo surgió, ha contribuído poderosamente a crearle las condiciones favorables en los demás países, aun inde-

pendientemente del grado de adelanto del movimiento obrero. Mussolini, algo inconscientemente en los comienzos, no hizo sino enseñar el camino. Son lecciones esas que se aprenden pronto. Los que no aprenden nada de la experiencia ajena son los que trabajan y no tienen tiempo ni gana de mirar alrededor suyo; por eso el fascismo los toma casi en todas partes de sorpresa.

El fascismo internacional

Si miramos un mapa de Europa nos damos cuenta de que el número de dictaduras es considerable. Claro que no todas son de origen típicamente fascista; pero sí todas aprovecharon para sostenerse y afirmarse el ejemplo italiano. Primo de Rivera en España era visiblemente un imitador de Mussolini, aunque su reacción se reanudara más bien, por sus vacilaciones y por la ausencia del carácter totalitario, al tipo tradicional de reacción militar y policial. El semifascismo de Primo de Rivera fué un fruto prematuro y es esto acaso lo que salvó a España.

En Hungría, en cambio, tuvimos con las bandas de Horty y sus expediciones punitivas contra los comunistas y los judíos, después de la experiencia bolchevique de Bela-Kun, algo así como una anticipación del fenómeno italiano; pero sus orígenes eran más feudales que capitalistas y el régimen semiabsolutista que surgió de ahí y que dió como resultado el nombramiento de Horty como Regente de Hungría no es un régimen personal como en Italia. Es, en otras palabras, una vuelta al absolutismo antiguo.

La dictadura yugoeslava en sus métodos de gobierno se parece mucho al fascismo italiano de ahora (y esto se explica acaso con la rivalidad que existe entre los dos

estados: dos enemigos tienden siempre a imitarse mutuamente). Es una dictadura personal del rey Alejandro, dirigida sobre todo a mantener con la fuerza la unidad de esta nación híbrida en la que el Norte sometido odia a sus amos del Sur. Pero, más que Horty y Alejandro, más que la dictadura de Pilsudsky en Polonia, nos interesan los fenómenos austriaco y alemán que son totalmente fascistas, nos interesan las manifestaciones del espíritu fascista en los países occidentales aun democráticos o pseudodemocráticos.

El fenómeno alemán es demasiado importante para figurar en una simple enumeración y requiere un estudio aparte. Es importante sobre todo porque ha llevado el fascismo, no la simple dictadura sino el fascismo en toda su esencia, del plano nacional italiano al plano internacional, instalándolo en el corazón mismo de Europa y haciendo conocer ruidosamente a todo el mundo sus métodos, sus aspiraciones, su naturaleza.

Dije que el nacionalismo es el medio más poderoso de propaganda que tenga el fascismo, pero es a la vez su talón de Aquiles en el campo práctico. El sovietismo puede aspirar a la universalidad; equivocado o no, es una idea universal. Pero el fascismo es encerrado por su nacionalismo en los límites estrechos de sus fronteras y está condenado a forjarse enemigos en las personas de sus discípulos e imitadores, ya que dos imperialismos no pueden coexistir sin encontrarse violentamente en sus anhelos de expansión. Un ejemplo claro lo vemos en la pequeña Austria donde dos fascismos se encuentran en lucha: el fascismo nacional, que surgió sobre el tipo italiano, recibió y recibe ayudas directas de Mussolini y fué siempre apoyado por el gobierno clerical,

y el nazismo, de formación más reciente, pagado directamente por Hitler. He aquí que en territorio austriaco chocan por primera vez el régimen italiano y el mayor y más aventajado de sus discípulos, el nazismo.

En Austria

Y ésta no es sino una pequeña anticipación de lo que será la historia futura si los pueblos no se levantan a decir su palabra. ¿Vencerá Hitler en Austria? ¿Tendremos el "anschluss" y la cruz swática extenderá su dominio? ¿Dolfuss saldrá vencedor? ¿Tendremos un régimen copiado exactamente sobre el italiano? Ya en los años pasados el gobierno clerical protegía al fascismo; protegió también al hitlerismo hasta que éste no representó un peligro nacional. Como en Italia, los jueces absolvían a los que asesinaban en nombre del fascismo. El rector de la Universidad de Viena, profesor Abel, organizaba, por intermedio de su hijo, las expediciones contra los estudiantes, médicos y profesores judíos y socialistas.

En el curso del año 1933 la opinión púbiica europea, con la superficialidad de la opinión pública de todos los tiempos y de todos los países, coronó con una aureola de héroe de la democracia a la reducida figura de Dolfuss, católico y reaccionario, "personificación de la resistencia audaz de una nación pequeña contra el enorme monstruo hitlerista que ruge en sus fronteras". Los socialistas franceses votaron en la Cámara un empréstito a Austria. Creyeron contribuir a la lucha contra Hitler y contribuyeron en realidad al aplastamiento sangriento de sus heroicos hermanos de Viena y de Linz.

El 12 de setiembre de 1933 Dolfuss manifestó en

un discurso su admiración por el fascismo de Mussolini y su intención de crear un estado corporativo al estilo italiano con un parlamento "construído por representantes que surgirán de una lista de candidatos preparada por el gobierno". En los meses que siguieron la obra de fascistización legal continuó y en enero de este año (1934) las agencias periódísticas anunciaban que el nuevo Estatuto había sido casi completamente elaborado, sobre la base de una concepción eminentemente centralista y antidemocrática del Estado y en todo este tiempo, mientras la diplomacia europea se conmovía por los conflictos incesantes entre Hitler y Dolfuss, éste dedicaba la mayor parte de sus energías a combatir silenciosamente al enemigo verdadero, el proletario socialista austríaco, el más fuerte de Europa después de la liquefacción repentina del socialismo alemán. Y el pueblo de Viena reaccionó ante el asombro admirativo de la opinión mundial. Transformó las casas populares, levantadas en los años del tranquilo trabajo constructivo, en fortalezas casi inexpugnables para la defensa de todo lo que había sido conquistado; respondió con ametralladoras a las ametralladoras de Dolfuss; se mostró incansable, cuando las fuerzas del gobierno ya estaban agotadas. ¡Demasiado tarde! Con su esfuerzo heroico el proletariado austríaco no ha conseguido, sino aureolar de dignidad la muerte del socialismo demócrata y parlamentario, herido ya en sus partes más vitales por los golpes de Hitler. El reformismo había matado todo espíritu revolucionario y toda aptitud para ver los peligros que no fueran inmediatos. La experiencia trágica de este último año despertó los espíritus y los preparó nuvemanete para la lucha; pero fué lucha

defensiva y en el último reducto, sin posibilidad de salvación en la retirada.

El líder socialista austríaco Otto Bauer, en un artículo escrito en el destierro, después de la heroica jornada, reconoce las responsabilidades personales y de su partido en el período incubatorio de la reacción en Austria. Pero las ve más en la forma que en la substancia, más en pequeños y contingentes errores de táctica, que en el fondo mismo de la doctrina. Y, sin embargo, la extensión y la generalidad del fenómeno deberían haber enseñado algo a los que hacen derivar sus teorías sociales de una concepción científica y determinista de la historia.

El socialismo internacional y la democracia en general están pagando caro su incomprensión del alcance del fenómeno fascista italiano. Era una especie de nacionalismo inconsciente, que no dejaba mirar más allá de las fronteras y quitaba importancia a todos los problemas que no surgieran directamente de la vida nacional de los distintos países. Es la misma incomprensión que en noviembre de 1933 permitía a los dirigentes de la Confederación General del Trabajo de la república Argentina comparar la lucha imprescindible contra un fascismo nacional en formación con el "episodio quijotesco de los molinos de viento".

Eso no quita nada a la admiración con que el mundo saluda el sacrificio heroico de los mártires austríacos; sacrificio que no hace resurgir la esperanza de la salvación por medio del socialismo demócrata, pero que resucita nuestra confianza en el pueblo, en sus valores elementales, en su inmensa reserva de energías.

Desaparecido el obstáculo de la municipalidad so-

cialista de Viena, obstáculo que, de ser insalvable lo habría reconciliado con Hitler, Dolfuss tiene las manos libres para transformar en sentido fascista y clerical a su pequeño país. El 5 de marzo de 1934, en efecto, se anunciaba la promulgación de una constitución transitoria que permitiera pasar tranquilamente de la situación actual a un "Estado sin partidos basado sobre la representación de las distintas industrias". Esta constitución ha sido promulgada ahora y tiene carácter corporativo. Con el aplastamiento del socialismo, enemigo común, tiende también a agudizarse el conflicto con Alemania. Por ahora las diatribas y los incidentes diplomáticos entre las dos naciones pertenecen más al campo de la comedia que al de la tragedia. En el fondo, frente a las naciones que mantienen una política oscilante dentro del marco artificial del viejo y carcomido liberalismo , las dictaduras fascistas tienen interés en mantener entre ellas cierta unidad de base. Entre Dolfuss e Hitler, Mussolini actúa como "trait d'unión". Pero si el conflicto interno de los países llamados demócratas se resolviera, aunque transitoriamente, en sentido fascista, entonces nada ni nadie podrá evitar una guerra.

Mussolini se regocija como un niño vanidoso cuando ve que en otros países se forman corrientes que hablan su mismo lenguaje. Hace cuidadosas estadísticas de todos los partidos fascistas que se forman en el mundo y las trasmite a los diarios italianos y extranjeros. Recibe con una sonrisa de superioridad el don simbólico de un puñal repujado que le envían los "lapistas" finlandeses; pero no piensa en el momento en que encontrará esas ambiciones nacionales como obstáculos en

su camino. O acaso lo piense, ya que debe parecerle mejor que su aventura termine en una guerra con preferencia a una revolución.

En los países democráticos

Partidos fascistas han surgido en estos últimos años también en muchos países regidos por una constitución democrática. La revista norteamericana **Time** (1) hace una enumeración, incompleta, pero significativa de las agrupaciones fascistas en Estados Unidos. Hay camisas de muchos colores, pero la finalidad es idéntica en todas. El Ku Kux Klan ¿? era una anacronimo hace algunos años; ahora es de actualidad. Esto significa que la historia, como la moda, no consiente desapariciones definitivas. Problablemente el peligro no está en ninguno de esos partidos o instituciones rivales que se neutralizan por su misma multiplicidad. Está en la tendencia de la que estas manifestaciones esporádicas no son más que síntomas. En una manera u otra, con un uniforme u otro la clase dominante prepara su ejército.

En Francia también existe la misma abundancia de partidos fascistas, con variedad de nombres y de colores, desde la vieja Acción Francesa (otro romántico anacronismo que se encuentra inesperadamente a la altura de los tiempos), hasta las Juventudes Patrióticas, la Cruz de Fuego, los Francistas, etc. Las barricadas parisienses del febrero último (1934) han revelado que la confusa y heterogénea corriente de opinión que es en toda parte la incubadora del fascismo, tiene en Francia una amplitud mucho mayor de lo que parecía. Paralelamente a los fenómenos reaccionarios más de-

(1) Citada en **L'Adunata dei Refrattari** de Nueva York. el 12 de mayo de 1934.

finidos, una parte del socialismo francés se declara nacionalista y partidaria del orden, de la autoridad y... del corporativismo. Algunos escritores inteligentes y oportunistas como Jules Romains, empiezan a tejer las alabanzas de Hitler y de Mussolini. Todos síntomas de una tormenta cercana. Y de la resistencia del pueblo francés depende en parte la historia de los próximos diez años.

En Bélgica "La legión nacional Belga" es una verdadera organización fascista a sueldo de los grandes industriales. Su órgano oficial reclama "un régimen de orden, autoridad, disciplina y jerarquía" y sus escuadras en camisa azul oscuro hacen el mismo trabajo de los camisas negras. Es de setiembre de 1933 la devastación de la Casa del Pueblo de Verviers en ocasión de una huelga textil. Como siempre, la policía de ese Estado demócrata no se opone y, mientras expulsa a los extranjeros de ideas avanzadas, permite las conferencias de los fascistas franceses en jira de propaganda.

Por otra parte, en la región de Bélgica de habla flamenca, existe una organización de tipo hitlerista, con carácter militar, que aboga por la formación de un Estado flamenco formado por Holanda y por las provincias flamencas de Bélgica y Francia. Es antimarxista y antisemita. Sus miembros se llaman "nacional-solidaristas" o "dinasos". En Bélgica tiene también sus raíces el "Cilacc" (Centro Internacional de lucha activa contra el Comunismo), que trabaja, además, en Francia, en España, en Austria, en los Balcanes, en las Colonias y que tiene entre sus miembros a muchos re-

presentantes de la alta finanza y de la alta industria. (1).

En estos últimos tiempos ha tomado incremento también el fascismo inglés, cuyo líder es Oswald Mosley, aventurero que en 1930 se separó del laborismo con el mismo espíritu con que Mussolini se había separado en 1915 del Partido Socialista, es decir con esa misma voluntad de dominio y con ese mismo odio individualista contra la fuerza numérica de las masas. Sir Mosley, como Goering, como el príncipe austriaco Stharemberg ha ido a Roma a buscar inspiraciones doctrinarias en las palabras del "duce". Ahora habla, en efecto, de suprimir la lucha de clase y de establecer el Estado corporativo. Ya el año pasado, su partido "La Unión británica de los fascistas" se jactaba de tener medio millón de afiliados. Y hace poco, en enero de este año (1934) el conservadorismo capitalista de Inglaterra daba su adhesión oficial al fascismo de Oswald Mosley en la persona de lord Rothermere, director del "Daily Mail" y propietario de muchos otros diarios ingleses, que anunció su decisión con un artículo titulado ¡"Viva los camisas negras!"

Así como el nazismo austríaco se organiza militarmente en Baviera para la preparación de la invasión armada, los fascistas suizos forman sus milicias en Italia, con el apoyo y las instrucciones del gobierno de Mussolini.

---

(1) **Monde**, números del 23 de diciembre de 1933 y de 6 de enero de 1934.

Las fuerzas de resistencia en España

En España el partido fascista es joven. Recién el 16 de marzo del año pasado, (1933) empezó a salir su órgano **El Fascio**. En este partido milita activamente el hijo de Primo de Rivera, símbolo viviente de una continuidad histórica. Con la victoria electoral de las derechas, el peligro de una reacción fascista ha aumentado en España. Pero también las fuerzas de resistencia, que los gobiernos de izquierda no consiguieron ahogar por completo, son allí más vigorosas que en los otros países. Los anarco-sindicalistas españoles han dado el único ejemplo de una resistencia preventiva contra el fascismo en acecho. Insultados y calumniados por los demócratas de todo el mundo, nos han enseñado con su esfuerzo magnífco que el único medio para no retroceder es tratar de avanzar. Contra los izquierdistas parlamentarios que, para salvar la república, imitaban a la monarquía en sus persecuciones contra los "perturbadores del orden", nos han demostrado que para no volver a caer en las manos de los Borbones, hay que superar la República y transformar la que fué una superficial revolución política en revolución social.

El sacrificio, sólo aparentemente estéril del pueblo austríaco y el empuje revolucionario del proletariado español, aun prescindiendo de las probabilidades de éxito material, son síntomas de un extraordinario valor moral. El pueblo sabe luchar y morir para defender sus derechos y sus conquistas. Es una verdad que habíamos olvidado en estos últimos años y que volvemos a encontrar ahora, despojada de la fácil retórica de los tiempos tranquilos. Y esa verdad nos permite desafiar

con un optimismo invencible el "alalá" de triunfo de los conquistadores en camisa negra.

En su discurso reciente Mussolini dijo que el año 1934 marcará una etapa importante en la fascistización del mundo. Puede ser que tenga razón. En los países democráticos las corrientes fascistas, como hemos visto, están tomando cuerpo (1). Y en las naciones cuyas dictaduras tienen un origen militar o parecen arraigadas en las tradiciones locales, el fascismo se introduce de a poco, por obra de los mismos gobernantes que se ponen así "a la altura del momento". Dolfuss en Austria y Carmona en Portugal implantan el Estado corporativo. Y las varias dictaduras sud americanas sólo en apariencia son el residuo del tradicional caudillismo. En realidad son el vehículo viejo de un fenómeno nuevo: la reacción fascista al servicio del capitalismo nacional y extranjero. El golpe de Estado del rey Boris en Bulgaria, prueba la facilidad del pasaje de la vieja reacción semiconstitucional a la reacción totalitaria de estilo fascista.

---

(1) Se podría alargar la lista con muchos otros datos: "Los camisas azules" en Irlanda, que el año pasado se fortalecieron por medio de un pacto con los agrarios, la asociación "Defensa de la patria" en Bulgaria, "La guardia de hierro' en Rumanía, el "Partido fascista" en Hungría, los "Lapistas" en Finlandia, etc., etc. Todos estos pequeños partidos están más o menos relacionados con el fascismo italiano o alemán. Después del trágico suceso de Avellaneda, en la Argentina, que costó la vida a un obrero socialista, se comprobó que los fascistas complicados en el asesinato acababan de enviar a Mussolini un mensaje, prometiéndole luchar para implantar en el país los métodos y doctrinas del fascismo. (**Italia del Popolo,** Buenos Aires 10 de noviembre de 1933).

El fascismo fenómeno transitorio

El fascismo —que es nacionalista— se organiza sobre un frente internacional, así como, por encima de las fronteras, se organizan los fabricantes de armas, que viven de las fronteras y de las guerras. Pero el conflicto entre Hitler y Mussolini, sobre terreno austríaco nos demuestra que, en movimientos como el fascismo, la crisis está muy cerca del apogeo.

Se está fascistizando Europa y algo más que Europa; pero, mientras vacila la solidaridad entre un fascismo y otro, tiende a desaparecer aquella paralización de las fuerzas populares que hizo tan cómoda y tan rápida la ascensión de Hitler.

Además, hay que observar una cosa. Los movimientos fascistas nuevos son generalmente más sinceros en su propaganda. Su programa es, casi siempre, el viejo programa reaccionario: orden, patria, propiedad, autoridad, legitimismo. Tiende a desaparecer en una palabra, la demagogia obrerista que no le dió resultado a Mussolini y que tuvo en cambio tanta parte en el triunfo de Hitler. Despejado el campo de este elemento de confusión, cae el prestigio mesiánico de que goza aún el fascismo en las capas más superticiosas de la sociedad, ya que no es con los viejos expedientes del concilio de Trento o de la Santa Alianza, rejuvenecidos sólo por un empleo más primitivo y brutal de la fuerza, que se puede resolver el tremendo problema que se presenta hoy en la vida de la humanidad. El fascismo no puede resolverlo, porque perdería inmediatamente su único sostén: el capitalismo privado.

Esa misma imposibilidad, que Mussolini —como veremos— ya demostró con creces, y que Hitler se en-

cargará de demostrar pronto, nos hacen prever la transitoriedad del fascismo. En efecto, caída la supuesta justificación económica, el fascismo se revela siempre más como el dominio ilógico y antieconómico (antihistórico, diría, con palabras gentilianas) de una clase sobre las otras con los únicos medios de la fuerza brutal e incontrolada. El día en que el pedestal de las bayonetas fascistas se derrumbe, no le quedará a esta realidad ficticia ningún sostén. Y los conflictos internos entre un fascismo y otro, entre esas sobre-estructuras estatales del mismo tipo debilitarán en un día no tan lejano, esa fuerza material. De nada nos serviría eso si el pueblo conservara frente a los acontecimientos una actitud pasiva. El fascismo no es una fatalidad histórica; no existe en la historia la fuerza del destino tan respetable y moral en los antiguos dramas populares; por lo tanto su derrumbe tampoco es fatal. Por las causas que hemos visto, el fascismo es "lógicamente" un fenómeno transitorio. Pero a la lógica hay que ayudarla. Abreviar ese período de transición y evitarlo donde se pueda: eso está en poder de la voluntad de los hombres, que, a pesar de las leyes históricas y económicas, sigue siendo siempre el resorte principal, el principal impulso que mueve la historia humana.

CAPITULO II.

El Fascismo Italiano

I

La guerra

El fascismo es sin duda hijo de la guerra. En la guerra encuentra su explicación y su justificación histórica, que es una cosa muy distinta de la justificación moral. A pesar de ser el campo de la historia el menos lógico y el menos científico, que imaginar se pueda, el fenómeno fascista no habría sido posible antes de la guerra, por el simple hecho de que cualquier hipótesis en ese sentido se habría presentado a los ojos de los tranquilos europeos de los primeros tres lustros del siglo, con los colores de una absurda fantasía, sueño enfermizo de un novelista de gran guignol. Era necesaria la educación terrible y negativa de cuatro años de lucha sangrienta, para que lo que aconteció después pasara del terreno de lo inconcebible al terreno de la realidad.

Los que hemos abierto los ojos de la razón en el período 1914-18, en el que toda la vida de las naciones, vida cultural, política y económica, parecía haber suspendido su aliento, absorbida toda en la contemplación angustiosa del espectáculo de muerte, encontramos en las raíces mismas de nuestra historia interior esta solu-

ción de continuidad en la evolución espiritual del ambiente que nos rodeaba. Había una separación profunda entre la cultura oficial, que veíamos reflejada en los libros de texto y que, a parte de un hueco patriotismo bélico, continuaba siendo, por la inercia de todas las cosas oficiales, la misma de antes de la guerra, y las pasiones contradictorias que fermentaban silenciosamente en todos los que la guerra tocaba, de lejos o de cerca, con su dedo de fuego. Pero, si es que hay leyes en la historia, una de las que tienen un valor más positivo y menos aproximado es ésta: "No hay en la cadena de los hechos ninguna verdadera ruptura". Los abismos entre un período y otro (y no hay ninguno que aparezca más profundo e insalvable que el que fué cavado por la guerra mundial) consisten en realidad en un improviso intensificarse de corrientes subterráneas, o poco aparentes, en grandes efectos producidos por causas pequeñas e ignoradas pero no inexistentes. Las grandes catástrofes contribuyen a despertar lo que está dormido, a desarrollar desproporcionadamente los gérmenes imponderables. Por eso nos aparecen como murallas opacas entre dos mundos distintos, siendo en realidad un anillo más de la eterna cadena.

Esa sensación de los jóvenes de hoy, de tener sus orígenes intelectuales y morales en el vacío, sensación que se trata de olvidar aturdiéndose en el creciente ruido material de la vida moderna y se traduce en la preferencia por la audacia deportiva y por ese fervor de actividad práctica que la crisis ahora se encarga de calmar, es en realidad una impresión falsa. Las ráfagas que han sacudido y sacuden este agitado mundo postbélico, tuvieron su origen y su impulso secreto en el apa-

cible y burgués mundo prebélico, objeto de la perpetua añoranza de los espíritus tranquilos. La guerra ha aumentado, apresurado y sobre todo ha armado de armas y de pasiones lo que se preparaba ya antes, sea en el campo espiritual, sea en el campo económico.

Me voy a referir especialmente a los orígenes del fascismo italiano porque éste, por ser el primogénito, moldeó un poco a sus hermanos menores a su imagen y semejanza.

En Italia, más que en otras partes, la guerra ha sido no la causa, sino la condición del fascismo. Existe en el mundo la tendencia a definir el fascismo como un fenómeno económico, o mejor dicho, como un ejemplo de la influencia determinante y exclusiva del factor económico en la vida política y social.

Ahora bien, es peligroso restarles autoridad a los lugares comunes que son muy útiles como mínimo común denominador de la sabiduría de los pueblos y que encierran a menudo la parte más sólida y menos aleatoria de la verdad. Es, en efecto, indudable, que el mundo capitalista, sacudido en sus bases por la guerra, por el avanzar del ejército proletario, pero más que todo por sus contradicciones internas, se aferró al fascismo como a uno de los posibles instrumentos de salvación.

Causas extra-económicas del fascismo

En el capítulo precedente decía que las causas del fascismo no son todas económicas, ni se limitan al campo de la crisis capitalista. Esta última es, si se quiere, la causa principal. Pero hay muchas concausas. De ser exclusivamente de origen económico, el fascismo no habría nacido justamente en Italia, nación prevalentemen-

te agrícola y de escasa industrialización, donde la crisis interna del capitalismo parecía estar destinada a llegar sólo en un segundo tiempo y en forma refleja. En realidad muchos factores, además del económico, han contribuído a dar a esa contrarrevolución, que no fué precedida de ninguna revolución, su aspecto particular e inconfundible. Hubo motivos políticos, culturales, sentimentales, que se aliaron consciente o inconscientemente al motivo económico y sirvieron cual más, cual menos, a preparar el terreno para el movimiento fascista y a darle después su color especial y su contradictorio contenido teórico. Véamos ante todo los antecedentes culturales que parecieron no tener importancia en los comienzos cuando se vió que el fascismo subordinaba la teoría a la práctica y cambiaba la primera cuando cambiaban las exigencias de la segunda, pero tienen importancia ahora que asistimos a la estabilización y a la difusión "extra muros" de esa misma teoría. Naturalmente, los elementos culturales que en Italia, antes de la guerra, agitaban el ambiente en sentido prefascista, no sólo no tenían mucha importancia, sino que pertenecían a las más distintas tendencias y no tenían ningún presentimiento de las últimas consecuencias que se podían sacar de ellos. Estas consecuencias últimas y extremas, repito, se encargó de sacarlas la guerra.

En los primeros diez años de este siglo la cultura italiana estaba aún dominada por el positivismo y por el cientifismo que tanto entusiasmo habían suscitado en toda Europa en la segunda mitad del siglo XIX y que parecían haber derrotado completamente, en la filosofía, en la literatura y en la cultura en general, el espíritu romántico. El triunfo amplio, si no profundo del

positivismo, representó como el desquite del ilumismo racionalista del 700 aplastado por Herder y por Schlegel en los primeros años del siglo pasado. Pero los dos términos: razón y sentimiento, límite e infinito, serenidad y "Sturm und Drang", ciencia y misticismo son inmanentes en el espíritu humano y no desaparecen nunca completamente, ni llegan a conciliarse y a complementarse sino en contados espíritus superiores que superan las clasificaciones.

No podían faltar pues corrientes que reivindicaran contra la experiencia y contra la razón, las exigencias estéticas e irracionales del alma humana.

Estas corrientes eran demasiado distintas y contrastantes para poderlas reunir todas bajos un sólo nombre. Acaso el que más les convenga es el nombre vago y por eso mismo muy abarcativo de romanticismo en el sentido de reivindicación de los valores pasionales. En 1928 un buen escritor italiano, muy conocido por sus ensayos y su obra literaria también fuera de Italia, Adriano Tilgher, después de 8 años de antifascismo casi militante, tuvo una de esas crisis de conciencia producidas tan a menudo en los espíritus débiles por factores exteriores y especialmente por el factor económico. El proceso de esta conversión es característico e interesante, pero no voy a relatarlo aquí porque quiero hacer historia y no crónica. Lo único que me importa relevar es que Tilgher, queriendo preparar al público a su increíble cambio de ideas, no empezó, como los otros convertidos, a tejer en seguida las alabanzas del fascismo, sino que trató de presentar como su esencia lo que era simplemente su barníz teórico, y lo

definió: "el último aspecto del romanticismo" (1).

Ahora bien, esta definición, que es ridícula para el fascismo, se ajusta bastante bien a ese caos contradictorio de elementos que el fascismo utilizó para hacerse aproximadamente una teoría, sacándolos de la atmósfera cultural italiana de antes de la guerra.

Sorel

En el período prebélico, Mussolini, como todo el mundo sabe, era socialista, pero de esos socialistas que preferían la mística revolucionaria de un Sorel al socialismo científico de Marx. El sindicalismo de Sorel y el conjunto de sus teorías, geniales pero vagas y contradictorias, que conformaban más el gusto estético que la razón, tuvieron más éxito en Italia que en la misma Francia. Con sus simpatías por el nacionalismo, con su desprecio por la democracia, que parecía a veces inspirado por tendencias absolutistas, con sus paradojas antihumanitarias, contribuyó sin duda a preparar el terreno para la reacción. Esto nos explica porqué la mayoría de los que pasaron en Italia del campo de la libertad al de la dictadura pertenecía a la corriente de los sindicalistas puros, mientras mucho menos fueron los tránsfugas socialistas y anarquistas.

Por otra parte, en el ambiente intelectual los espíritus más divergentes se encontraban aparentemente — y ni ellos mismos se daban cuenta de lo superficial de esa apariencia — en un terreno de vaga antidemocracia, que era sobre todo una actitud individualista y literaria.

Ese individualismo vago era libertario en algunos,

---

(1) Véanse los artículos publicados por él en ese tiempo en el diario **La Stampa** de Turín.

aristocrático y absolutista en otros. Las dos tendencias, que se encontraban en la torre de marfil de las revistas literarias y de las corrientes filosóficas de vanguardia, no veían el abismo insalvable que las separaba en la práctica. Unidas en el común concepto antidemocrático, no veían la diferencia radical que existe entre defender los derechos del individuo frente a los otros y exaltar los derechos del individuo sobre los otros. En realidad, esa rebeldía contra la quietud democrática, contra el rebaño, contra el orden constituído, opresivo para los unos, débil y perezoso para los otros, contra los principios de 1789 que se habían vulgarizado y parecían vulgares, era una actitud más estética que práctica, actitud propia de las élites intelectuales que no tienen que luchar con la vida y se crean motivos de lucha, a veces artificiales, en el campo de las ideas.

Nietzsche

En 1892 empezó a ser conocido en Italia Federico Nietzsche. Este inquieto y confuso genio alemán, con su exaltación primitiva de la vida en su integridad y de la fuerza como glorificación y justificación de sí misma, entró a formar parte de ese caos de elementos y fermentos nuevos de que se alimentaba aquella parte de la juventud italiana que aspiraba a la originalidad a todo precio. Su teoría aristocrática del superhombre que tiene todos los derechos, su exaltación de la vida como voluntad de potencia (wille zur macht) sedujeron a muchos espíritus ávidos de expansión y de dominio. Aun después de la guerra se encontraban en las composiciones de liceo las huellas de esa mentalidad individualista o, mejor dicho, egocéntrica: eran jovencitos de 17 años que al caminar hollaban polvo de estrellas y que creían tener en su

puño cerrado todos los derechos y todos los privilegios por el simple hecho de leer a D'Annunzio y a Baudelaire y de sentir un desprecio infinito hacia la muchedumbre. Y será muy fácil, por lo menos en los primeros tiempos, poner en esos puños adolescentes la cachiporra, que es señal e instrumento de dominio.

Oriani

El fascismo, que buscó "a posteriori" sus teóricos y sus precursores, suele poner entre estos últimos a una extraña y dolorosa figura de literato, de historiador y de filósofo que fué en la vida italiana prebélica eminentemente un solitario, cuyo pensamiento era demasiado original y contradictorio para formar un sistema o una escuela. Me refiero a Alfredo Oriani, cuyas obras han sido editadas nuevamente por el fascismo con un prefacio de Mussolini, como si fueran las de un profeta. Nacionalista y antidemócrata, Oriani estaba sin embargo demasiado enamorado de la libertad para que esta adscripción póstuma al partido de la autoridad y de la jerarquía pueda no parecer arbitraria e injusta.

Pero sí, se puede decir que él forma parte de esa atmósfera especial, algo apartada de la vida italiana de la época, que he tratado de describir; atmósfera en la que se mezclaban confusamente un vago irracionalismo, un vago misticismo, un vago individualismo, reacción romántica contra el positivismo dominante en la cultura oficial y el iluminismo demócrata que constituía el ideal político de la gente tranquila. Esa atmósfera contenía inconscientemente, insisto sobre esta palabra, junto a muchas otras cosas, también los gérmenes de lo que será más tarde la doctrina aparente del fascismo.

El futurismo

A esta corriente se reanudaba entonces un estado espiritual que quería ser de vanguardia y era de decadencia, ya que buscaba la originalidad no en los íntimos manantiales del alma humana, no en la espontaneidad natural, sino en la extravagancia artificiosa, no en la independencia de las fórmulas académicas sino en su aplicación invertida. Me refiero al futurismo, encabezado por Marinetti, que con su pirotecnia ruidosa, con sus palabras en libertad, con su pintura descabellada, seducía las imaginaciones juveniles. Pero ya desde entonces se veía (y con el tiempo se vió más claro) que la locura futurista no era la simpática locura de los jóvenes, sino simplemente esa despreocupación aparente y rebuscada de los viejos que no quieren envejecer.

De todos los elementos intelectuales o pseudointelectuales que mencioné, el futurismo es el único que se ha vinculado oficialmente a la historia política del fascismo. Ahora Marinetti, el destructor de la tradición y de las reglas, forma parte de la Academia de Italia y cree conservarse fiel a sus antiguos principios, imprimiendo sus libros en hojalata e inventando la moda de las corbatas de aluminio.

El cuadro de ese ambiente espiritual prefascista sería incompleto si no mencionara a la tendencia pragmatista cuya bandera fué la revista **La voce,** dirigida por Prezzolini. Algunos de los que se reunían alrededor de la revista — su director inclusive — han pasado al fascismo después. La glorificación de la acción por sí misma, la teoría del éxito como justificación de un acto, elementos prominentes en una visión grosera y elemen-

tal del pragmatismo, se encuentran en las raíces del fascismo.

Todos éstos que nombré son factores involuntarios que actuaron en el actual drama italiano, profundamente modificados por la guerra que los hizo pasar de la subconciencia a la conciencia.

D'Annunzio y el nacionalismo.

Pero la prehistoria directa, diría casi oficial, del fascismo, hay que buscarla, en Italia como en todas partes, en las corrientes nacionalistas que ayudaron a preparar la atmósfera favorable a la guerra y en la guerra dejaron lo único que podía justificarlas: su juventud, su lirismo, su entusiasmo, y se encontraron después del gran cataclismo maduras para aliarse primero y confundirse después con la fuerza brutal del fascismo.

El nacionalismo italiano, que se afirmó y constituyó en partido alrededor de 1908-1910, no tenía un contenido ideológico original. Se inspiraba en las tendencias francesas contemporáneas, en el nacionalismo egotista de Maurice Barrés y en el tradicionalismo monárquico y católico de Charles Maurras y de la **Action Francaise.**

El nacionalismo italiano vivía de ideas importadas, pero tenía en cambio una voz poderosa, una voz que parecía de oro puro. El porvenir dirá si no era oropel. Esa voz, de una riqueza asombrosa de tonos, era la poesía de Gabriel D'Annunzio.

D'Annunzio tiene mucha importancia en la prehistoria y en la protohistoria del fascismo. La fraseología fascista, el grito de guerra de las expediciones punitivas (eia, eia, alalá), los diálogos teatrales entre el jefe y la muchedumbre, toda esa coreografía, que contribu-

ye más de lo que se piensa a formar una mentalidad y a caracterizar una época, pertenecen al estilo dannunziano. D'Annunzio influyó muchísimo, no sólo con su palabra, sino también con su acción, a cultivar en cierta parte de la juventud italiana, esa predilección por la aventura en sí misma, por la piratería, que el buen Emilio Salgari despertaba en la niñez. La ocupación dannunziana de Fiume, de la que hablaremos luego, fué llamada con razón la prueba general de la marcha sobre Roma.

Pero el episodio de Fiume es posterior a la guerra. Antes de que la guerra pusiera todos los valores; teorías, entusiasmos y versos, en brutal contacto con la realidad, la acción de D'Annunzio no salió del campo de las palabras y de esas palabras que difícilmente se transforman en cosas. Su imperialismo era grandioso y vago, vestido con colores de oro y de sangre, musical y profundo, de esa profundidad hueca de las cavidades sin fondo. Sus versos, que emborrachaban de orgullo y de entusiasmo a la "jeunesse dorée", a los hijos de papá que se creían héroes, abrazaban mundos y no decían nada. Su tragedia: **La nave,** en la que la avidez imperialista, a fuerza de sangre, de sensualismo híbrido, de energía rebuscada, cae en un sadismo enfermizo y enervante, tiene como leiv motif el conocido verso "Arma la proa y zarpa en pos del mundo". Otro verso suyo es "el paraíso está entre las espadas". Y hubo adolescentes que fueron voluntarios a morir en la guerra con la música de estos versos en el oído, que, emborrachados con ese sueño retórico y académico, se enfrentaron con la más terrible y la más material de las realidades, víctimas ciegas de los intereses de los buitres.

Siempre en busca de motivos que sirvieran de soporte a su abundancia orgiástica de imágenes, a su maravillosa armonía sin contenido, a su impulso vital que no podía salir de sí mismo, D'Annunzio se apoderó de las ideas de Nietzsche y sobre todo de su individualismo exaltado y, quitándole lo que tenía de austero y de profundo, hizo de él por un cierto período, la carne y la sangre de su canto. Así que, mientras en Francia el nacionalismo era tradicionalista y veneraba la Iglesia y la flor de Lys, en Italia, por obra de su poeta, fué paganamente imperialista en su parte más joven y entusiasta, aunque el partido propiamente dicho fuera la expresión de los intereses materiales de cierta parte de la industria (Ilva, Ansaldo, Perrone) y se aliara con los católicos en muchas ocasiones (1).

Esa educación artificial y líricamente belicosa de una parte de la juventud, la juventud estudiantil, que es la que más grita y la que más se ve en las manifestaciones públicas, contribuyó a dar la impresión completamente falsa de que el pueblo italiano anhelaba la guerra. En realidad, entre las naciones que intervinieron en el conflicto, Italia fué de las que menos contaron con el entusiasmo popular en la preparación del sacrificio. El pueblo italiano no quería la guerra.

La complicada y vaga corriente antiliberal y antidemocrática que he tratado de describir y que com-

---

(1) Los escritores nacionalistas, como Enrico Corradini y Marco Viana hablaban ya, antes de la guerra, con un lenguaje que ahora se llamaría fascista: la nación fuerte, el imperio, la unión entre patrones y obreros, la lucha contra el jacobismo, la defensa de la monarquía... La **Idea Nazionale**, órgano del nacionalismo, reinvidicaba para su partido, después de la marcha sobre Roma, la paternidad del programa fascista.

prendía una extraordinaria variedad de tendencias, desde las más libres hasta las más absolutistas, unidas todas bajo el signo del irracionalismo romántico, no salía casi del campo cultural y no tenía mucha importancia en la vida práctica italiana. He hablado de ella porque constituye el antecedente remoto del drama fascista.

El movimiento obrero

Pero, mientras algunos estudiantes enfermos de literatura y de individualismo leían a Nietzsche o soñaban sobre las páginas de D'Annunzio heroismos guerreros, gestos estéticamente hermosos a expensas del rebaño sacrificado, victorias del individuo sobre y contra la muchedumbre, el pueblo trabajaba y construía, no con la fantasía, sino con las manos y con la voluntad. Los primeros catorce años de este siglo habían sido fecundos en resultados prácticos para la vida italiana. Italia, la abuela de Europa por su antigua civilización, era sin embargo extremadamente joven como nación y más joven aún en la realidad económica. A principios del siglo carecía casi de industria y la agricultura, menos en pocas regiones, se practicaba aún con sistemas atrasados e irracionales. Las condiciones de los obreros y de los campesinos eran horribles. En 1914 todo esto había cambiado, más por el esfuerzo de los trabajadores que por obra de la clase dirigente.

En efecto, el joven y vigoroso movimiento obrero, que se había afirmado ya en los últimos años del siglo XIX, a la vez que conquistaba para los productores mejores condiciones de vida, era como un aguijón contínuo para los industriales que se veían obligados a perfeccionar y ampliar incesantemente la producción, para no

ver disminuir sus beneficios a causa del aumento de los salarios. A mejorar las condiciones de los obreros y a abrir nuevas perspectivas económicas contribuía también el desarrollo del sistema de cooperativas, que estaban unidas en una Liga Nacional y en 1906 eran ya 1370, aumentado mucho en los años siguientes. También el mutualismo se había extendido notablemente en los años anteriores a la guerra; y, lo que es más, un estrecho vínculo unía ya desde los orígenes a los sindicatos, con las cooperativas y las sociedades de socorro mutuo, que formaban juntos, lo que se llamó "la triple alianza del trabajo".

Este movimiento de emancipación obrera, a pesar de haber perdido en gran parte el carácter revolucionario que era herencia de la Primera Internacional, no dejaba de preocupar a la clase dirigente que, por su naturaleza misma y por el solo hecho de dirigir, es siempre conservadora. Y como las organizaciones sindicales eran orientadas en su mayor parte por los socialistas, éstos fueron acusados de constituir un partido sin ideales y de utilizar demagógicamente como palanca los intereses más bajos y materiales de las multitudes. Las tendencias conservadoras oponían al positivismo y al materialismo filosófico de la mayoría de los socialistas y de los anarquistas, el idealismo religioso de algunos hijos de papá o ese otro idealismo multiforme y romántico de los superhombres incomprendidos.

Insisto sobre este punto porque ese mismo argumento — infantil si no fuera hipócrita — lo volvemos a encontrar permanentemente repetido en el campo fascista. También mucho más tarde las bandas negras al servicio de los latifundistas y de los grandes comercian-

tes, capitaneados a menudo por los hijos mismos de los modernos feudatarios, al incendiar las cooperativas y al asesinar a los obreros por el único crimen de querer mantener sus organizaciones, se jactaban de ser los defensores de "los más puros valores espirituales" contra las fuerzas obreras, que ellos llamaban "el partido del vientre".

La guerra

Y vino la guerra. Frente a la realidad terrible, en la comunión cotidiana con la muerte, entre el barro sucio de las trincheras, los sueños literarios de gloria y de heroismo desaparecieron para quedar sólo, trasformados en retórica, en el periodismo oficial que se hacía a centenares de kilómetros del frente. El repiquetear de las ametralladoras hizo olvidar los versos de D'Annunzio y dió a todas las cosas un carácter más real y más serio. La parte más pura, más verdaderamente joven de las nuevas generaciones pereció en la masacre. Los otros, los supérstites, ya no podían volver a encadenar en sí mismos la fiera desatada por la guerra, excitada por cuatro años de espectáculo sangriento. Y eso explica muchas cosas. Entre otras explica el carácter salvaje de estas luchas de la postguerra y sobre todo el carácter salvaje de este fenómeno de reacción brutal que llamamos fascismo. La guerra ha dejado en libertad las fuerzas elementales que antes trabajaban en el subconsciente, o—lo que viene a ser casi lo mismo — bajo el velo hipócrita de la buena educación.

Después de la larga tormenta, las posiciones respectivas de los elementos en lucha quedaron más claras y definidas, y el conflicto se hizo, por consecuencia, más agudo e implacable. Un principio de esta clarifica-

ción se produjo ya en la forma en que reaccionaron en Italia las distintas tendencias en 1914 y 15 frente a la posibilidad de la guerra.

La mayoría de los que tomaron posición en ese entonces, la conservaron después hasta las últimas imprevisibles consecuencisa. He dicho ya que la masa no quería la guerra. La querían los fabricantes de armas y los proveedores del ejército; la querían los conservadores nacionalistas y los decadentes a lo D'Annunzio. Todos estos querían la guerra por la guerra, independientemente de sus fines, independientemente de la elección del enemigo. Es significativo el hecho de que los nacionalistas, casi hasta los últimos momentos, pedían la intervención de Italia a favor de los Imperios centrales, contra Francia y por la conquista de Córcega, Niza y Saboya. Sólo en los últimos meses, frente a las condiciones de hecho, cambiaron su lenguaje y sus simpatías. La enemiga del día anterior se volvió la hermana latina; el aliado de la víspera volvió a ser "el opresor secular del pueblo italiano"; "los hermanos que había que libertar del yugo extranjero" ya no eran los habitantes de Córcega, sino los de Trento y Trieste.

Un literato nacionalista que murió en las trincheras en los primeros tiempos de la guerra declara en sus confesiones que él deseó el conflicto, no por un fin ideal, ni siquiera patriótico, sino para dar un objeto a su pasión, para vivir un momento heroico, el momento único en la vida. (1). La guerra sentida como voluptuosidad,

---

(1) B. Croce. "Storia d'Italia dal 1871 al 1915" — p. 293. Croce cita el título de la obra donde aparecieron estas palabras, ("L'esame di coscienza di un letterato") pero no el nombre del autor, que es Renato Serra de Cesena.

he aquí un síntoma impresionante de aquella enfermedad espiritual que incubó el fascismo. Otro de los que murieron a los 20 años en el frente escribía: "Hay que fortalecer con la sangre el amor a la patria... Nosotros queremos para Italia una gran tragedia: un gran gozo o un gran dolor, una energía trágica que nos aumente, que nos eleve... No queremos Trento y Trieste. Este es un pretexto y una justificación para los imbéciles"..,
(1) Junto a las actitudes atormentadas y sinceras de estos jóvenes crecidos en invernaderos intelectuales, lejos del pueblo, de sus necesidades y de sus pasiones, estaba, siempre en el campo nacionalista, el ruido ensordecedor de la propaganda guerrera basada en ese estereotipado fraseario patriótico que siempre y en todos los países sirvió para empujar a los pueblos al matadero.

Neutralismo e intervencionismo

Más interesante por sus desarrollos futuros es la posición que tomaron frente a la tragedia los partidos de izquierda: republicanos, socialistas, anarquistas. Los republicanos, que en Italia son, o eran entonces, los que continuaban el espíritu y la mentalidad que impregnó las luchas por la independencia nacional del siglo pasado, fueron casi todos partidarios de la guerra, considerándola como la última fase del resurgimiento, destinada a completar, con la toma de Trento y Trieste, la unidad de Italia. Los anarquistas, salvo contadas excepciones, permanecieron intransigentemente adversos. En el partido socialista se produjo un fenómeno diametral-

---

(1) Véase en la revista **La Crítica de Nápoles** (dirigida por B. Croce) el estudio: "Momenti della vita di guerra" de A. Omodeo. — Número del 20 de Julio de 1932 (p. 280).

mente contrario al que se había producido en Alemania, Francia y otros países.

A pesar del pacifismo internacionalista que es carácter fundamental del socialismo, a pesar de los acuerdos tomados muchas veces en los congresos internacionales, los socialdemócratas alemanes, franceses e ingleses en el momento decisivo se solidarizaron con su gobierno. En Italia por el contrario el partido socialista en su masa, prescindiendo de algunas individualidades aisladas, se había declarado contra la guerra. Sus diputados sostenían en la Cámara la neutralidad. Como en todas partes, también en Italia el socialismo se bifurcaba en dos tendencias que no estaban aún oficialmente separadas, una, evolucionista y legalista que tenía y tuvo hasta hace poco su leader en Felipe Turati; y la otra, revolucionaria y extremista. (1) En 1914 esta última corriente era la que prevalecía, la que tenía en sus manos al diario **Avanti!**, de Milán, órgano oficial del partido.

Mussolini

El director del **Avanti!**... era una personalidad contradictoria, un hombre sediento de poder y de prestigio, que consideraba las ideas como instrumentos de dominio y estaba dispuesto a cambiarlas cuando no respondieran a sus fines. Había adquirido mucha influencia sobre el ala izquierda del partido por su lenguaje violento y por la insistencia con que repetía que había que ir hacia el pueblo y conquistar para el socialismo, más que los intelectuales, la

---

(1) Las dos se pusieron de acuerdo sobre la base de la fórmula neutralista propuesta por C. Lazzari: "Ni adherirse a la guerra, ni sabotearla". Los anarquistas no aceptaban esta fórmula y eran partidarios de la resistencia activa revolucionaria.

fuerza elemental y poderosa de la calle. Pero ya en ese entonces para su individualismo o, mejor dicho, su egocentrismo autoritario, el pueblo no era más que una poderosa palanca, que no se ama ni se odia, sino que se emplea para fines determinados. Ese hombre que había hecho del **Avanti!** una hoja violenta y revolucionaria, se llamaba Benito Mussolini. Contrariamente a lo que suele suceder, la literatura, anticipándose a la historia, había ya creado y estilizado su tipo espiritual en el protagonista de una comedia célebre del siglo pasado. La comedia es de Victoriano Sardou y el protagonista se llama Rabagas. Pero en nuestro caso, como la vida no obedece a las exigencias del arte dramático, ni reconoce la necesidad de la moraleja final, Rabagas ha salido ganando y ha pasado de la demagogia callejera al lujo de un trono semi-imperial.

El pueblo italiano no quería la guerra. Mussolini, desde las columnas del diario que el partido socialista le ha confiado hace una campaña intransigente contra la guerra y contra el patriotismo; proclama la necesidad de una neutralidad absoluta por parte de Italia; se burla de los que se conmueven por la pequeña Bélgica invadida. En agosto de 1914 escribe: "Queremos quedar fieles hasta el final a nuestras ideas de socialistas y de internacionalistas; la tormenta podrá alcanzarnos, pero no alcanzará nuestra fe". Su neutralidad era mucho más intransigente que la del ala derecha de su partido. Esto en agosto. Dos meses después aparecía improvisamente en el **Avanti!** un artículo suyo en el que admitía la intervención de Italia en la guerra. Sus compañeros de redacción no quisieron solidarizarse con él y entonces abandonó el **Avanti!** y fundó de la no-

che a la mañana, él, que estaba notoriamente desprovisto de medios, un diario suyo, **Il Popolo d'Italia,** que es aún hoy su órgano personal.

Surgía el nuevo diario con el subtítulo "diario socialista", pero su programa en oposición con la voluntad del socialismo italiano y de todo el proletariado, era ultraguerrero. Muchos testigos nos cuentan cómo se produjo la conversión repentina, cómo estalló el "coup de foudre" que lo echó violentamente al otro lado de la barricada. He aquí lo que dice Henri Torres, el príncipe del foro de París, que conoce bien los hechos: "Hubo un momento en que el partido socialista italiano fué unánime contra la intervención armada de Italia. La cosa preocupaba al gobierno francés y fué examinada en el consejo de ministros. Se habló de convertir a algunos socialistas a la causa de la guerra por medio del dinero. Fué pronunciado el nombre de Mussolini. Se le pagó por la primera vez 15.000 francos y después 10.000 todos los meses. Surgió así **Il Popolo d'Italia** (1).

Mussolini no negó nunca este mercado. En su autobiografía, publicada en Francia y en Inglaterra en estos últimos años, escribe: "Tenía necesidad de un diario. Me desvivía por tenerlo... El dinero es despreciable, pero con él se puede hacer a veces algo bello... El 15 de noviembre de 1914 apareció el primer número de **Il Popolo d'Italia** ... El partido socialista expulsó de sus filas al renegado y éste salió de la sesión tempestuosa en la que fué decretada su expulsión con estas

---

(1) *A. Borghi* "Mussolini en chemise" (París - Rieder 1932) pág. 92.

palabras: "Si ustedes creen excluirme de la vida pública, se equivocan. Me encontrarán siempre frente a ustedes, derecho e implacable". Quiero hacer historia y no crónica; pero en este incidente, en estas palabras llenas de rencor de un jefe que se ve abandonado por su ejército, está la explicación del carácter violentamente antisocialista de las actitudes posteriores de Mussolini. A veces la historia depende de cosas pequeñas. Más tarde Lenín reprochará a los socialistas italianos el no haber conservado en sus filas a esa ciega voluntad de dominio, a esa fuerza propulsora que es el producto de una ambición desmesurada.

Alrededor de Mussolini y de su nuevo diario se reunieron todos los socialistas, sindicalistas y anarquistas que, por haber adoptado una actitud favorable a la guerra se habían visto aislados dentro de sus partidos y de las masas populares. Especialmente el sindicalismo soreliano dió un buen contingente de militantes a esta extraña corriente del intervencionismo revolucionario, que fué la base de la cual surgió después de la guerra el fascismo.

Los fascios intervencionistas

Con estos elementos se formaron los "Fascios intervencionistas de acción revolucionaria" cuyo órgano era **Il Popolo d'Italia** y cuya propaganda guerrera se fundaba en la frase de Blanqui que "quien tiene armas, tiene pan". La guerra, que pregonaba Mussolini era la guerra revolucionaria, en defensa de los principios de 1789 contra la Prusia militarista y absolutista, y contra el capitalismo, preparación y comienzo a la vez de la revuelta popular contra los explotadores. Este era, por lo menos, el pretexto. Muchos jóvenes sinceros,

entre los intelectuales y semi-intelectuales, se dejaron seducir por ese programa absurdo. Pero el pueblo, no. El pueblo hizo inmediatamente el vacío alrededor de esa corriente eterogénea que empleaba el lenguaje de la revolución para embellecer los horrores de una guerra esencialmente capitalista. Este aislamiento produjo en esos hombres que tenían la psicología de los tribunos profesionales, un estado de ánimo permanente de rencor que les hacía pensar incesantemente en la posibilidad de un desquite (1).

*

* *

El regreso de los combatientes

La guerra pasó. Había sido una pesadilla larga, que escapaba a las medidas usuales del tiempo y del espacio. Parecía destinada a no terminar nunca. Y terminó, sin embargo, desembocando en una paz atormentada en la que las herencias espirituales, patológicas y materiales de la guerra se mezclaban absurdamente con los elementos prebélicos que la guerra había agudizado, transformado, desviado. Ha sido hecho demasiadas veces el análisis de la desorientación producida por la guerra para que sea útil volver a hacerlo una vez más. Para nuestro argumento basta decir que esa inquietud profunda fué el terreno propicio para

---

(1) Este odio profundo se manifiesta en campañas periodísticas de extremada violencia. Para **Il Popolo d'Italia** y otras publicaciones intervencionistas de izquierda, los socialistas, sindicalistas y anarquistas adversos a la guerra eran "aliados del Kaiser", "agentes de Austria", "colaboradores de los extranjeros" se invocaba contra ellos — los compañeros de la víspera — la denuncia a la policía, la cárcel y el fusilamiento por la espalda. En esta atmósfera encendida tiene en parte sus orígenes el fascismo.

la formación del movimiento fascista. Se ha llegado a decir que el fascismo no es, sino un residuo de guerra. Ya dije que sus causas son más profundas y más lejanas.

Sin embargo, bien se puede decir que la guerra forjó para el fascismo el material humano a emplear. Mientras los soldados volvían a aprender con un esfuerzo de adaptación los oficios de paz semi olvidados, o, encontrando los puestos ocupados por los que no habían estado en el frente, se agitaban inquietos, reclamando que se cumplieran las espléndidas promesas que les habían sido hechas en las trincheras, muchos hijos de la pequeña y media burguesía que, interrumpidos hacía tiempo sus estudios, no sabían hacer otra cosa que matar y mandar, y habiendo probado las emociones fuertes, encontraban sin sabor e inútil la vida de todos los días, llevaban en las grandes ciudades una existencia de desarraigados. Era un afán de goces materiales, una sed de violencia, una perversión espiritual, que todas las ciudades de los países ex beligerantes conocieron en esos años. La cocaína que las autoridades militares distribuían generosamente a los oficiales antes de los asaltos, extendió después de la guerra su radio de acción. En ciertos ambientes se vivía al día, a la espera da cualquier acontecimiento excepcional. En esa atmósfera enfermiza se maduró la expedición de Fiume, de esa misma atmósfera fué surgiendo el fascismo.

He hablado hasta aquí de los antecedentes del fascismo, que sirven para explicar las modalidades de su desarrollo posterior. Pero sus causas fundamentales (no digo únicas porque en el campo histórico las causas son tan múltiples y enlazadas que el principio de

causalidad pierde allí su valor científico) rebasan la guerra y el mismo espíritu nacionalista. Como traté de demostrar en el primer capítulo, antes o después debía llegar el momento en que la burguesía capitalista, pasada después de la revolución francesa a los puestos de mando, destruyera con la violencia los puentes que ella misma había empleado, con el fin de impedir que el cuarto Estado se sirviera de ellos para alcanzar las mismas posiciones y desplazarla como antaño ella misma había desplazado a las fuerzas feudales.

El avance obrero

En 1918-19 el pueblo de Iitalia estaba en continuo fermento. Se ha hablado mucho, especialmente en la historiografía oficial del fascismo, de la desorganización de los servicios públicos, de las continuas huelgas, del peligro bolchevique que aparecía amenazante en el horizonte de Italia. Agitaciones semejantes hubo en el período post-bélico en toda Europa. Pero, por debajo de esa efervescencia común a todos los países, había en Italia algo más serio, y las clases dirigentes lo sentían. Las organizaciones obreras habían visto aumentar fabulosamente el número de sus afiliados; en las elecciones el partido socialista aplastaba literalmente a las derechas. Un número extraordinario de comunas (2162) estaba administrado por elementos de izquierda; en algunas ciudades un gran número de cooperativas, coordinadas y a veces creadas por el ayuntamiento socialista estaba eliminando al comercio particular. Las bibliotecas y las universidades populares se multiplicaban.

En cambio no existía una verdadera preparación revolucionaria, aunque la revolución había llegado a ser

una cosa familiar para la imaginación de los hombres y hasta de los niños. Después del largo silencio impuesto por la guerra se hacía derroche de retórica revolucionaria. Pero la facilidad aparente de las conquistas legales hacía que nunca se saliera del terreno de las palabras. Cuando las clases adineradas, que esperaban llenas de terror y de odio el estallido de un movimiento expropiador, se dieron cuenta de la debilidad material de las masas, recobraron ánimo y salieron ellas del campo de la legalidad para destruír con la violencia lo que el pueblo sobre el terreno legal había construído. Tuvimos, así en Italia una contrarrevolución sin haber tenido una revolución. Esa contrarrevolución, que pareció en ese entonces un fenómeno puramente italiano y es hoy un fenómeno mundial, se llamó fascismo.

Fundación del fascismo

El instrumento de esta reacción violenta y extra legal, instrumento indócil y peligroso, que ofrecía, sin embargo, la ventaja de no tener la pesada carga de un bagaje ideológico que impidiera las variaciones bruscas de línea de conducta, fué el partido que Mussolini había fundado en marzo de 1919 en Milán con el nombre de "Fascios italianos de combate". La traducción de la palabra italiana "fascio" sería "haz", pero prefiero españolizar, como hace todo el mundo, la palabra italiana, ya que ésta se ha alejado muchísimo ahora de su significado literal para adquirir un sentido político de orden internacional y hay que considerarla, pues, como un neologismo.

En 1919 los "fascios" formados por un número reducido de ex oficiales, por literatos fracasados y, sobre todo, por los políticos de izquierda que habían per-

dido todo prestigio con su adhesión a la guerra, no fueron tomados muy en serio ni por los capitalistas, ni por el pueblo. Pero ni los unos, ni los otros se engañaban sobre su carácter reaccionario. El programa de los primeros "fascios", publicado por el comité central en marzo de 1919 era —como ya vimos— ultra demagógico. **Il Popolo d'Italia** que ya no se llamaba diario socialista, sino "órgano de los combatientes y de los productores", mezclaba a la exaltación del patriotismo y a lo que él llamaba "la defensa de la victoria" un lenguaje violento contra la burguesía adinerada y —a veces— contra la monarquía. Por algo en las bibliotecas públicas de Italia está terminantemente prohibido leer y hasta consultar la colección de **Il Popolo d'Italia.**

En ese momento Mussolini no estaba aún bien seguro de poder conseguir el apoyo de los grandes capitalistas y empleaba un lenguaje antisocialista y revolucionario a la vez para atraer y asustar al mismo tiempo a los que vivían en el terror continuo de la socialización.

Mientras tanto, especialmente en las campiñas lel Norte (valle del Po), las primeras escuadras fascistas se ponían al servicio de los agrarios inteligentes que quisieran apoyarlas. El terror empezaba.

La marcha sobre Fiume

El 12 de setiembre de 1919 un acontecimiento novelesco venía a turbar la vida italiana, ya de suyo agitada. El poeta de las hazañas heroicas y de las imágenes voluptuosas, Gabriel D'Annunzio, que se había convertido en el profeta de los jóvenes intelectuales de la pequeña y media burguesía, ocupa improvisamente con sus legionarios

la ciudad de Fiume, violando así las decisiones del tratado de Versailles.

Este audaz golpe de mano, realizado por un poeta que no se preocupaba de tratados ni de tradiciones diplomáticas, despertó mucho entusiasmo entre la juventud nacionalista. Mussolini se comprometió a apoyar el movimiento desde su diario y desde la calle. Y lo apoyó en efecto en los primeros tiempos. Pero, cuando el primer ministro Juan Giolitti se decidió a atacar a Fiume con las armas y a obligar a D'Annunzio a la rendición, ni Mussolini dijo una palabra ni hubo fascista que se moviera. Se cuenta que en la sesión del ministerio en que se resolvió el ataque a Fiume, alguien preguntó preocupado: "¿Qué haremos con los fascistas?" Y Giolitti, zorro viejo, tomó un sobre simbólico y lo agitó un instante entre las manos.

En todo caso, haya o no haya recibido dinero para abandonarla a último momento, Mussolini sacó todas las ventajas posibles de esa expedición en la que no tomó parte. Un gran número de legionarios fiumanos pasó, después de la derrota, a engrosar las filas fascistas. Eran en su mayoría ex combatientes, que habían pertenecido en la guerra a ese cuerpo de los "arditti", formados por elementos violentos, para los cuales la lucha sangrienta era una condición normal y de vida. Había también intelectuales futuristas, estudiantes, desarraigados de toda clase que, en Fiume, se acostumbraron a la idea del golpe de Estado y de la dictadura violenta.

Aun antes de la expedición de D'Anunzio las manifestaciones nacionalistas pro Fiume y pro Dalmacia habían tomado un aspecto marcadamente antisocia-

lista. El 15 de abril de 1919 un grupo de "arditti", de futuristas y de nacionalistas asaltó el diario socialista de Milán, el **Avanti**! y lo incendió. Ese fué el primero de una larga serie de incendios que iluminan siniestramente la historia de la conquista fascista.

El fascismo recibió de la expedición de Fiume una herencia provechosa, no sólo de hombres, sino también de ideas o, mejor dicho, de impulsos irracionales que no buscaban, sino ser dirgidos en el cualquier sentido. D'Annunzio había hecho ya antes de Mussolini, el proyecto de una marcha sobre Roma. D' Annunzio, mucho antes que Mussolini, había promulgado en Fiume una constitución, llamada "Carta del Carnaro", en la que trazaba un proyecto de Estado corporativo, basado, sin embargo, sobre principios ampliamente democráticos.

Mussolini y sus "fasci" debían aprovechar, en servicio exclusivo de los terratenientes y de los comerciantes, esas fuerzas desordenadas y contradictorias, movidas ya por su nacionalismo, ya por su snobismo literario, ya por deseos indeterminados de aventuras, ya por intereses materiales.

Hay que observar una cosa. Como durante la guerra el intervencionismo mussoliano, del que surgió el fascismo, siguió un camino netamente separado del de los nacionalistas, vistiéndose el primero con un ropaje revolucionario y manteniéndose el segundo en una línea conservadora, así, después de la guerra, continuó la división entre camisas negras y camisas azules. Sólo mucho más tarde los dos partidos se concentraron en uno solo, aportando en la fusión el fascismo la fuerza y el nacionalismo la doctrina. Pero en todo el período que precedió a la marcha sobre Roma el primero rechazó

siempre el dogmatismo y la ideología del segundo, que podían ser una traba para la acción.

La ocupación de las fábricas

El avance extraordinario de los socialistas en las elecciones de noviembre de 1919 había asustado a las clases altas y medias que, viendo caérseles encima quién sabe qué cataclismo (en ese tiempo en que el fantasma enorme y lejano del bolchevismo ruso encendía de entusiasmo y de terror todas las fantasías) estaban dispuestas a aferrase a los cuchillos con tal de no perder sus rentas.

A fines de 1920 otro acontecimiento vino a complicar la situación: los obreros afiliados a la Fiom (Federación italiana de obreros metalúrgicos), habían pedido un aumento de salario como consecuencia del aumento del costo de la vida. Los industriales rechazaron el pedido y, frente a la insistencia de los obreros, declararon el lock-out. Entonces medio millón de trabajadores metalúrgicos ocuparon las fábricas, tratando de asegurarse la colaboración de los técnicos y de continuar regularmente la producción.

El pánico en el ambiente conservador fué enorme. El gobierno intervino como mediador. Los industriales aceptaron el control obrero en las fábricas y los obreros, obedeciendo a las órdenes de las organizaciones reformistas, abandonaron los talleres para volver a ellos el día siguiente en las condiciones de antes. Con ese gesto el movimiento obrero dió la impresión de su fuerza numérica y de su íntima debilidad. Habían llegado a un paso de la socialización simplemente para obtener una

pequeña reforma de legislación sindical (1). Desde ese momento la reacción no encontró en su camino más que obstáculos individuales.

El terror

Con un conflicto entre fascistas y socialistas en la plaza de Bolonia el 21 de noviembre de 1920 empieza el verdadero terror. Apoyados por el gobierno que tenía interés en debilitar a los socialistas y les aseguraba la impugnidad, abundantemente financiados por los capitalistas grandes y pequeños, los camisas negras empezaron su obra de destrucción. Los episodios

---

(1) La toma de las fábricas fué una epopeya grandiosa malograda lamentablemente por los jefes reformistas de la Confederación General del Trabajo y por los dirigentes revolucionarios del Partido Socialista, los mismos que iban a fundar muy pronto el Partido Comunista. Los únicos que defendieron desesperadamente la revolución fueron los libertarios. La Unión Sindical, que en el período bélico se había purificado del ambiguo sindicalismo soreliano pasado en gran parte al intervencionismo y al fascismo y estaba orientada por los anarquistas, hizo todo lo que pudo para que la ocupación continuara y se transformara en un hecho permanente. El diario anarquista **(Umanitá Nova,** dirigido por Errico Malatesta, decía a los obreros que se habían apoderado de los medios de trabajo, estas palabras: ''Nunca más se presentará semejante ocasión para expropiar al capital con un mínimo sacrificio de sangre... Estáis perdidos, vosotros y vuestros hijos, si os dejáis desarmar una vez más''. (**Umanitá Nova**, de Milán, 7 de septiembre de 1920). Los sindicatos autónomos estaban dispuestos a continuar la lucha, pero querían ser respaldados por la enorme fuerza numérica del Partido Socialista. En la misma Confederación había ambiente favorable para la expropiación definitiva. Pero los jefes dijeron que indisciplina significaba traición y las masas eran disciplinadas. Una vez más la burocracia sindical y las rutinas parlamentaria ahogaban la espontaneidad popular. **Umanitá Nova** tenía razón. El proletariado italiano estaba perdido y con él el proletariado mundial. (Véase, sobre este episodio, que pudo ser un gran acontecimiento histórico, el libro de Armando Borghi: ''L'Italia fra due Crispi'', Librería internazionale, Parigi, 1924, pp. 243-296).

de esa larga pasión del pueblo italiano han sido relatados muchas veces. Tampoco quiero extenderme mucho, porque no es agradable insistir sobre recuerdos que queman. Los amigos más nobles, cuya rectitud y cuyo espíritu de sacrificio llenaba de admiración mi corazón de niña, fueron despiadadamente apuñalados, perseguidos... Las instituciones que había visto crecer conmigo caían, unas después de otra, destruídas por el fuego. Una tarde un muchacho fascista se mató delante de mi casa jugando con un revólver. De noche en el pueblito donde vivíamos fué invadido. Llegaron camiones y más camiones cargados de camisas negras. Detrás de los postigos cerrados, nosotros mirábamos la plaza y oíamos los gritos de muerte y los disparos, mezclados con los quejidos de las víctimas, obreros aislados, sorprendidos fuera de sus casas por la improvisada agresión nocturna

Poco tiempo después un amigo nuestro, organizador de la Unión Sindical en Bolonia, un obrero fundidor que conocía el francés, escribía maravillosamente y estaba enamorado de la poesía de Dante, se encontraba una noche en su casa estudiando. Golpean a la puerta. Se levanta, abre, ve a cinco o seis individuos. "¿Es Vd. Fulano de Tal?". "El mismo". Y una puñalada lo dejó tendido en el suelo. Los médicos pudieron salvarlo por milagro. Estos son recuerdos que no se borran.

Pero, si los cité, no es para limitar al pequeño marco del episodio el gran cuadro de la historia, sino para dar ejemplos de toda la realidad italiana de aquella época. Podría multiplicar los recuerdos personales, así como podría citar una multitud de casos parecidos o más graves acontecidos en todas las regiones de Italia. La masacre de obreros en los pueblos y en las ciudades más

adelantadas de la península, la destrucción de los sindicatos, cooperativas, bibliotecas obreras y particulares son hechos conocidos sobre los que no quiero insistir.

Sólo en los comienzos hubo ejemplos aislados de resistencia policial, que se realizó por otra parte sin la aprobación del gobierno. En los últimos tiempos las expediciones punitivas eran a veces preparadas en las comisarías; en la ocupación fascista de Ancona eran los mismos carabineros (es decir los gendarmes) los que combatían en las filas fascistas con un simple cambio parcial de uniforme. Generalmente la operación se efectuaba así: llegaba la policía, supongamos, a una Bolsa del Trabajo; allanaba, se llevaba las armas, se iba. Después caían los fascistas en número aplastante y lo destruían todo. Los medios rápidos de comunicación de que disponían les permitían reunirse desde los puntos más lejanos y estar siempre en número de diez contra uno.

En los países aun aparentemente tranquilos, en que el valor es una cosa hasta cierto punto fácil, se juzga algo superficialmente la conducta del pueblo italiano en ese período. Se plantea el dilema: o el pueblo italiano quiso el fascismo y lo apoyó según la leyenda oficial, o bien es cobarde porque no supo resistir. En realidad el problema es más complicado. Ante todo el pueblo italiano resistió. En Molinela hasta las mujeres lucharon contra las bandas negras; en Parma el combate duró muchos días; en Ancona el pueblo se batió, así como se batió en muchísimas de esas minúsculas ciudades que tienen una personalidad individual tan marcada en Italia. Y fué justamente ese individualismo re-

gional lo que arruinó al pueblo italiano en aquel momento.

Por falta de organización y por el espíritu reformista de los jefes sindicales en simetría (con el retórico revolucionarismo de la corriente dominante en el partido socialista) no se llevó a cabo en Italia en 1920 aquella revolución de que todos hablaban en un sentido o en otro. Ahora bien: para resistir a las fuerzas fascista en 1921 y 22 hubiera hecho falta una organización y una energía mucho más poderosa que para realizar un movimiento socializador en 1919 o 20, ya que el enemigo primitivo, el Estado, se encontraba duplicado por otro, el fascismo, que completaba su acción reaccionaria llevándola al terreno ilegal.

Con todo, el pueblo italiano, si no resistió hábilmente, resistió casi en todas partes valientemente, a pesar de la traición de algunos de sus jefes. El ejemplo alemán nos demuestra que los pueblos tienen a veces momentos de paralización casi completa, sin que se pueda generalizar y tacharlos de cobardes. En Italia no hubo esa paralización. Para hacer lo que Hitler en pocos meses, Mussolini tuvo necesidad de seis años, por la resistencia persistente y callada que encontró en todos los rincones de la vida nacional.

La marcha Sobre Roma

La pasividad, o — mejor dicho — la complicidad del gobierno (1) y de la monarquía nos explica por qué el famoso movimiento de la marcha sobre Roma fué tan sencillo y costó tan pocas víctimas. La monarquía estaba resuelta a

(1) El gobierno italiano contribuyó a hacer surgir el fascismo. En 1920 un coronel cuyo nombre correspondía a las iniciales A. R., por encargo del Ministro de la Guerra (Bononi),

entregar el poder a Mussolini. Pero no quería aceptar frente a la historia la responsabilidad de ese cambio de ruta; ya que la monarquía italiana había tenido casi siempre un barniz pseudo-demócrata y pseudo-liberal.

A esa necesidad de salvar las apariencias obedecieron los preparativos militares hechos alrededor de la capital, a esa misma necesidad se debió el viaje de unos cuantos millares de camisas negras hacia Roma. El rey permitió al primer ministro Facta que proclamara el estado de sitio, pero después no lo quiso firmar y la medida fué retirada. Llamado por un telegrama real, Mussolini llegó a Roma el 28 de octubre de 1922 para formar el ministerio. Las tropas que custodiaban la ciudad eterna rompieron su cordón para que entraran los triunfadores y formaron a su paso dos alas respetuosas.

En octubre de 1922 termina lo que los fascistas llaman revolución y empieza la acción gubernamental de Mussolini.

Alrededor del nombre de Mussolini se ha creado ya una leyenda, cuidadosamente conservada y alimentada por el propio interesado; es el hombre de hierro, de voluntad inflexible y dura, que domina los acontecimientos y las masas. Y sin embargo, sin el empuje de sus lugartenientes, la marcha sobre Roma no se habría realizado. Más aún; él tenía mucho miedo de que el movimiento fuera a un fracaso; tan es así que el día deci-

---

recorrió toda Italia para preparar la reacción antisocialista y en un informe él proponía justamente "la formación de una milicia" fuerte y pertrechada que respaldara la policía y el ejército con una acción política de carácter violento. Luigi Fabbri. "La controrivoluzione preventiva". Bolonia, 1922, página 29.

sivo no se encontraba a la cabeza de sus camisas negras que se dirigían hacia la capital, sino en Milán, cerca de la frontera suiza, dispuesto tanto a refugiarse en territorio extranjero como a tomar el tren para Roma, si los acontecimientos lo requerían.

Bastaba que el rey no se hubiera opuesto a la declaración de estado de sitio, para que las cosas de Italia y las del mundo hubieran tomado otro rumbo.

Sería un estudio interesante el de ver con qué elementos, sobre qué bases, se forma en el espíritu humano el culto de los héroes. El día que se realice, el espíritu mesiánico, la fe en el hombre superior recibirán un rudo golpe.

El conservadorismo constitucional, el parlamentarismo pseudo-democrático, el liberalismo burgués tuvieron su parte de responsabilidad en la ocupación fascista del Estado. Estos elementos querían servirse del fascismo como instrumento y fueron vencidos por él, no porque el fascismo fuera en los comienzos realmente fuerte, sino porque ellos eran débiles.

Nada puso de manifiesto la decadencia irremediable de los valores democráticos tradicionales, tan evidentemente como la Marcha sobre Roma. El parlamento, cuyas tribunas fueron ocupadas por los camisas negras, no sólo no reaccionó, sino que en parte aplaudió un discurso de Mussolini, en el que éste se declaraba merecedor de gratitud, por el hecho de no haber transformado "el aula gris y sorda de la cámara en un vivaque para sus escuadras".

A distancia de once años Dolfuss, que es el jefe del fascismo nacional austriaco, declara "La democracia ha muerto en Austria y nunca resurgirá". Y en efec-

to, estudiando las consecuencias del fascismo, no se puede dejar de lado ésta que es una de las más importantes: la muerte de la democracia parlamentaria. Pero en realidad el fascismo no ha tenido que hacer un gran esfuerzo para eso, porque la democracia burguesa se estaba muriendo ya de muerte natural. Pero no hay que confundir esa victoria del absolutismo sobre el parlamento con una victoria de la autoridad sobre la libertad. Al contrario. Para citar mi experiencia directa puedo decir que en la vida oculta del pensamiento italiano, en ese trabajo de formación ideal lenta y paciente que se realiza en la oscuridad, lejos del mundo, la democracia parlamentaria ha muerto, pero el espíritu de libertad, bajo el peso aplastante de la dictadura, se vigoriza y busca inquieto nuevas formas, posibilidades inéditas que respondan a las necesidades irreprimibles de la vida. En ese trabajo, en esa búsqueda inquieta están los gérmenes de la sociedad de mañana.

CAPITULO III

El fascismo italiano

II

En el año 1925, tres años después de la marcha sobre Roma, Benito Mussolini decía: "Un partido que domina e impone a los italianos renunciar a la libertad tiene el deber de dar al país la grandeza"...

Hemos visto cual fué la obra del fascismo en la calle, antes del 28 de octubre de 1922. Vamos a ver ahora el trabajo del fascismo en el gobierno; hemos visto lo que ellos llaman la revolución; vamos a ver lo que ellos llaman la reconstrucción. Nos interesa observar hasta qué punto el pueblo italiano ha tenido que renunciar a su libertad y hasta qué punto el partido dominante ha podido darle la grandeza, en este decenio aparentemente gris de la vida italiana.

La voluntad de dominio

Ante todo hay que observar que la acción del gobierno fascista no presenta una línea continua de realizaciones. Mussolini habla a menudo de "los inexorables desarrollos" de la revolución de octubre, pero en realidad la actuación de los fascistas en el gobierno no responde a un

programa determinado, ni siquiera constituye la ramificación lógica de una premisa inicial. Unico fin, única guía en la acción es la voluntad de dominio.

"¿Para quién la Italia?" pregunta desde el balcón Mussolini a los camisas negras que llenan la plaza. "Para nosotros", contestan en coro los milicianos, con un grito lleno de sinceridad. Es una escena que se repite en casi todas las solemnidades patriótico-fascistas

Para llegar a identificar el partido con el Estado, para conservar la estabilidad material de una situación que no tenía arraigo en la vida real del país, todos los medios fueron utilizados: colaboración con otras fuerzas e intransigencia, tradicionalismo católico e imperialismo pagano, Hegel y S. Tomás, demagogía y disciplina aristocrática, propaganda guerrera y pacifismo. El mismo día en que Mussolini en la proclama por la conmemoración del décimo tercero aniversario de la fundación del fascio, declaraba que la fuerza del partido fascista es perennemente alimentada por la idea lanzada en 1919 (idea que los jóvenes no conocen en Italia, porque el primitivo programa fascista ha sido eliminado ya de todas las bibliotecas), Gioacchino Volpe, el historiador del fascismo, reconocía la ausencia de esa idea animadora.

"El partido fascista no se basaba sobre programas demasiados detallados..., se había formado casi experimentalmente, por sucesiva y gradual integración y enriquecimiento... El movimiento no quería ser doctrina fija, sistema cerrado, programa puesto como guía de la acción; quería ser una acción, una acción pensamiento, que obrando se aclara a sí misma, una perpetua

creación''. (1) En palabras más líricas, lo que yo decía: una voluntad de dominio que busca sus instrumentos y los cambia y los perfecciona siempre subordinadamente a su fin, que es un fin práctico y no ideal, personal y no nacional ni humano.

Es en ese sentido que Mussolini, en el mismo tiempo en que hacía del idealismo actual de Gentile la filosofía oficial del fascismo, entrevistado por un periodista americano, se declaraba pragmatista y discípulo de William James.

De acuerdo con este método, los dos únicos hilos de acción continuada que se ven claros en el desarrollo de la política fascistas son: la ayuda constante al capitalismo contra los intereses de la clase obrera y una progresiva restricción de la libertad, que va de las grandes leyes represivas que abarcan el conjunto de la vida nacional al paciente trabajo de detalle que alcanza o trata de alcanzar el espíritu de independencia y de libre iniciativa hasta en los rincones más apartados de la actividad y del pensamiento italianos. A estas dos exigencias, económica una y política otra, pero en el fondo idénticas, obedece la evolución del fascismo como Estado y como partido.

Dejando los episodios trataré de seguir la historia de esta evolución. En realidad, la fecha del 28 de octubre de 1922, fecha del acontecimiento que dió al fascismo un carácter oficial, tiene un valor histórico más formal que real, ya que la toma del poder por parte del fascismo no marca un cambio radical en la vida italiana.

---

(1) G. Volpe ''Fascismo al Governo: 1922 - 1932''. En el diario **Il Corriere della Sera** de Milán, 23 de marzo de 1932.

Antes de la marcha sobre Roma los fascistas no eran los dueños del Estado; pero sí, protegidos por el Estado, eran los dueños de la calle. En los primeros años de su actuación gubernamental la acción callejera no desaparece, sino que en muchas partes se acentúa aprovechando la solidaridad abierta de las autoridades.

La actuación del gobierno fascista se puede dividir en tres fases: la primera, hasta el discurso de Mussolini del 3 de enero de 1925 en la Cámara, fué un período de terror en la base y de vacilaciones en la cúspide; la segunda, que llega hasta las leyes excepcionales de 1926, es el período de sistematización de la jerarquía y de la autoridad. La violencia represiva empieza a disminuir en el campo extralegal por el simple hecho de haber entrado en la legislación. El último período, que dura aún, es el del Estado totalitario que domina y limita en sí toda la múltiple vida nacional. En este último período la resistencia interna de las fuerzas antifascistas clasificadas en partidos, disminuye, para concentrarse en el extranjero.

Se forma en cambio y se desarrolla la resistencia de las nuevas generaciones que no han conocido el período prefascista, que no conocen otra cosa que la angosta realidad nacional en la que están encerradas. Es una resistencia desorientada y espontánea, inmensamente variada, defensa instintiva de la vida misma que no se resigna al encierro, al límite, a la muerte. Hay en ese terreno fértil que no conocemos, que no se conoce a sí mismo, infinitas posibilidades originales y también grandes peligros. La lucha contra este enemigo oculto, que se encuentra en toda parte y en ninguna, ha venido, pues a añadirse en estos últimos años a la otra lucha del

fascismo contra sus enemigos tradicionales. Cuando hable de la cultura en la Italia fascista, veremos que, para que nada ni nadie se le escape, el Estado persigue la espontánea tendencia a la autonomía en la manifestaciones aparentemente más inofensivas de la investigación científica y del pensamiento filosófico.

Desde la marcha sobre Roma hasta el asesinato de Matteotti

Vamos a echar una rápida mirada sobre el primer período, de la marcha sobre Roma hasta el asesinato de Matteotti.

Una parte de las fuerzas constitucionales, con un suicidio que es en la historia más común de lo que se cree, aceptaron que Mussolini tomara en sus manos las riendas del poder y contribuyeron con su pasividad a abrirle la puerta, en la esperanza, natural en esos pequeños Maquiavelos de la viejo política, que las seducciones del poder amansaran a la fiera. Esas fuerzas eran después de toda fuerzas reaccionarias y pensaban servirse del fascismo como de un instrumento contra el movimiento obrero, que, debilitado y todo, aun asustaba, para tirarlo cuando ya no lo necesitaran. Pero pasaron los tiempos del maquiavelismo barato. La violencia, cuando no tiene límites materiales ni morales, cuando no tiene ni sensibilidad ni hipocresía que es la simulación de la sensibilad es más fuerte que la astucia. Escapa a sus cálculos por su misma sencillez. El ministerio que Mussolini había formado no estaba integrado todo por fascistas. Colaboraban con él el general vencedor de la guerra, Armando Díaz, el almirante Thaon de Revel, el profesor Gentile, que, por su cualidad de filósofo parecía estar por enci-

ma de la contienda. Todos, hombres que se consideraban indudablemente superiores al flamante jefe del ministerio. Mussolini no dominó los acontecimientos en este período, sino que se dejó llevar por ellos. Por un lado le halagaban su nueva situación de primer ministro, sus contactos directos con las esferas aristocráticas y con la monarquía y tenía, como es humano, un perezoso deseo de no comprometer su nueva situacón desde el punto de vista constitucional. Por el otro, su condición de jefe de los camisas negras le obligaba a conservar su carácter de general en jefe de un ejército enemigo en una ciudad ocupada. Los gritos de sus milicias en los frecuentes desfiles lo embriagaban y asustaban a la vez. Ese estado de ánimo contradictorio nos explica el doble aspecto de su política en esos tiempos, nos explica el alternarse de discursos violentamente despectivos con otros de lenguaje diplomático, la contemporaneidad de sus tentativas colaboracionistas y de las agresiones por él ordenadas contra sus adversarios políticos.

La matanza de Turín

En la calle el terror continuaba. La amnistía concedida a todos los que hubieran cometido crímenes "con fines nacionales", la ayuda abierta de las autoridades políticas y policiales, la aprobación y las contribuciones en dinero de los grandes y pequeños capitalistas creaban un terreno favorable a la acción violenta de las escuadras negras. Poco después de la marcha sobre Roma, el 18 dediciembre de 1922, Turín que aun ahora es una de las ciudades más antifascistas de Italia fué el teatro de escenas salvajes. La casa del pueblo fué incendiada, el anarquista Pedro Ferrero, secretario de los obreros metalúrgicos, atado a un camión,

fué arrastrado por las calles hasta que se convirtió en un cadáver completamente desfigurado; el obrero ferroviario Anícono y el trianviario Chiolero fueron muertos ante los ojos de sus familiares; los hijos y la esposa de Anícono fueron echados de su casa, mientras con los muebles se hacía una hoguera en la calle; el empleado comunista Carlos Berutti fué obligado a salir de su oficina y a subir a un coche. En las afueras de la ciudad lo hicieron bajar, le impusieron que caminase y desde atrás le dispararon seis tiros de revólver, matándolo. Es inútil que cite los nombres de todos los que fueron asesinados (1). Brandimarte, el jefe de los fascistas de Turín, dos días después dijo abiertamente en una entrevista concedida al diario **Il Secolo**: "sobre una lista de 300 revolucionarios, elegimos 24 y se dejó a las mejores escuadras la misión de castigarlos". El periodista observó que los muertos conocidos eran sólo 14 y él contestó: "El Po devolverá los otros cadáveres, a menos que alguien se haya escapado". Ese mismo Brandimarte fué nombrado enseguida cónsul de la Milicia (grado que equivale al de coronel en el ejército) y el inspirador directo de la matanza, César María de Vecchi, llegaba a ser general de la milicia y en tiempos posteriores gobernador de la Somalia y embajador del Estado italiano en la ciudad del Vaticano.

En enero de 1923, catorce personas fueron muertas en Spezia y alrededor de cien fueron los heridos. Estas son las grandes campañas. Pero en cada rincón de la

---

(1) Para estos y para los otros innumerables episodios similares, véase especialmente el libro del Prof. G. Salvemini: "La Terreur fascista", edición de la **Nouvelle Revue Française**. Librairie Gallimart, París, 1930.

península se producían en escala mayor o menor, cosas semejantes. Cualquier italiano de más de veinte años, si fuera interrogado, tendría su episodio que contar. Todo el mundo conoce el asesinato de Matteotti; pero lo que a veces el mundo olvida es que ese crimen no es un episodio aislado, sino una manifestación más de un estado de cosas permanente, que, por circunstancias especiales llegó a resumir en sí misma y a simbolizar todos los otros hechos semejantes. Es, en una escala infinitamente mayor, lo que ocurría en Cuba bajo el gobierno de Machado. Pero éste último perseguía y asesinaba sólo a los enemigos políticos directos de su dictadura, mientras en Italia los camisas negras realizaban una acción violenta, colectiva también, contra los organismos que estaban en contra de los intereses capitalistas.

El heroísmo de Molinella

Ejemplo típico es lo que ocurrió en Molinella, donde para quebrar la resistencia de toda la población unida alrededor de sus sindicatos y de sus cooperativas, se envenenaban los aljibes, se acribillaban de noche a balazo las puertas y las ventanas de las casas, no se permitía que llegaran víveres ni médicos. Hubo un momento en que en Bolonia se encontraban muchísimas mujeres de Molinella, campesinas fuertes que trabajaban y luchaban como los hombres y que, echadas de sus tierras, buscaban colocación en la ciudad como enfermeras o como sirvientas. Pero el domingo el único día de licencia, muchas de ellas tomaban su bicicleta y, por los senderos, volvían a su pueblo, atraídas por un amor tan intenso que parecía inexplicable hacia aquella tierra cultivada en común, hacia sus hermanos que aun resistían. Y algunas

de ellas (hablo porque ví) tenían los brazos magullados por el bastón fascista. En poco tiempo siete obreros organiazdos cayeron muertos en Molinella e innumerables fueron los heridos. A. Regazzi, el jefe de las bandas fascistas de ese pueblo, se le dió oficialmente, en una ceremonia solemne, la medalla de oro. Sin embargo, hasta que quedó un solo hombre en Molinella, hubo resistencia. Las cooperativas fueron destruídas, sus capitales secuestrados, los sindicatos libres puestos prácticamente fuera de ley, pero los sindicatos fascistas, si quisieron tener afiliados, tuvieron que traerlos de otra parte. Se declaró que quien no estaba inscripto a los sindicatos fascistas no tendría trabajo. Los obreros de Molinella se quedaron sin trabajo y se alimentaron del pasto que crece en las zanjas, se les amenazó con encarcelarlos si no se doblegaban: no se doblegaron y fueran llenando las cárceles en grupos de a cuarenta.

Entonces el gobierno fascista recurrió a una medida radical: impuso a los propietarios de las casas que dieran el desalojo a todas las familias del pueblo, menos a unas cuantas que habían aceptado el nuevo estado de cosas; y un día llegaron a Molinella muchos camiones; en esos camiones amontonaron muebles, ancianos, mujeres y niños (los hombres se encontraban casi todos en la cárcel o en el destierro) y la caravana salió rumbo a Bolonia, donde los desterrados fueron alojados provisoriamente en los cuarteles. De ahí se dispersaron. Esto ocurría en 1927, a distancia de cinco años de la marcha sobre Roma, en pleno período realizador. La población de Molinella fué renovada con elementos más dóciles, originarios de la llanura de Ferrara. Ahora Molinella es un pueblo como todos los otros, envuel-

to en una atmósfera de descontento resignado. Pero una campesina molinelesa, que se consumía de nostalgia entre los muros de la ciudad, me decía que esos campos ya no son los de antes..., el descuído, la inercia de los mercenarios están arruinando la obra de tantos años; y me lo decía llorando, como si esa tierra, que no le pertenecía, fuera una parte viva de sí misma.

He querido relatar estos episodios porque, si en el extranjero se conoce la historia del fascismo, especialmente a través de las leyes y de las reformas, en Italia la verdadera historia fascista, la que el pueblo conoce, es ésta.

Lo demás no pasa de la epidermis de la vida italiana. Especialmente en los primeros años del régimen fascista, Mussolini se ocupaba más de la acción ilegal de sus milicianos que de su trabajo regular de primer ministro. El mismo leía las listas de suscripción de los diarios socialistas, comunistas y anarquistas y las marcaba enviándolas a las distintas regiones con esta nota: "¿Es que el fascismo se ha dormido?" En marzo de 1924 enviaba personalmente el prefecto de Turín el siguiente telegrama: "Me dicen que el famoso Gobetti, que estaba hace poco en París, está ahora en Sicilia. Le ruego me informe y cuide para que se le haga difícil la vida, a este estúpido adversario del gobierno y del fascismo". Pedro Gobetti, enfermo, tuvo que huir a París, donde murió enseguido. Era una de las promesas de la juventud italiana. Alrededor de su revista **Revolución Liberal** se habían reunído algunos de los valores más originales y dinámicos de la cultura nacional.

En esos teimpos aún había prensa libre en Italia, ya que la lesgilación fascistas se fué perfeccionando de

a poco. Por los primeros tres años la acción más genuinamente fascistas seguía siendo callejera. Hasta el 3 de enero de 1925, escribir contra el fascismo significaba jugarse la vida, pero desde el punto de vista de las leyes todavía se podía escribir.

El antifascismo constitucional

A medida que se vió bien claro que el fascismo, especialmente por el empuje que provenía de la masa de los gregarios, no abandonaba el camino antiliberal y dictatorial que había elegido desde los comienzos, empezaron a declarársele enemigos muchos de los que en un principio lo habían mirado con indiferencia benévola. El fascismo tuvo que afrontar así, además de los socialistas, republicanos, comunistas y anarquistas que lo combatían en todos los frentes, también la oposición variamente matizada de los constitucionales monárquicos, de los demoliberales, de los católicos. Estos últimos habían formado un partido fuerte. el Partido Popular, que, aliado en el campo electoral con los fascistas, antes de la marcha sobre Roma, había adoptado después una actitud de oposición. Todos estos partidos tenían su prensa y la acción extraoficial de los camisas negras no bastaba para hacer callar tantas voces; además, la mayoría de estas hojas salían en Roma, meta de turistas extranjeros y residencia de diplomáticos: no convenía que se extremaran allí las medidas ilegales. En efecto, hasta 1926 Roma fué la ciudad de Italia donde mejor se respiraba.

La prensa libre ha sido siempre la mayor preocupación del fascismo. Los grandes diarios no estaban aun completamente sometidos, aunque muchos simpatizaban con los nuevos dominadores; el diario más im-

portante de Italia, **El Corriere della Sera,** que había apoyado el fascismo en los comienzos, se le puso en contra después de la marcha sobre Roma, siendo el prototipo de la oposición moderada; además, estaba la prensa de izquierda, el **Avanti!** y **Giustizia,** socialistas; **La Voce Republicana,** de los republicanos; el **Ordine Nuovo,** de los comunistas. Había, además muchos semanarios, entre los cuales dos o tres anarquistas (1). Los monárquicos constitucionales disponían de una poderosa hoja cotidiana: **Il mondo,** cuya oposición al fascismo se hizo cada vez más violenta. A principios de 1924 empezó a salir en Roma un semanario humorístico: **Il Becco Giallo,** que tiene una parte importante en la historia de este período y en la formación de la mentalidad italiana de la época. En el momento del asesinato de Matteotti, todas estas voces gritaron tan fuerte, que pareció que eso solo bastara para que se tambaleara el edificio fascistas, poco sólido aún.

Améndola, ex ministro del Reino de Italia, antifascista monárquico, pagó más tarde con su vida su actividad periodística; y así les pasó a muchos otros. Pero mientras tanto, en esa atmósfera de terror y de violencia, seguía existiendo un mínimo de intercambio espiritual entre los ciudadanos: no era la oscuridad completa. Así se llegó al escándalo Matteotti. Las realiaciones prácticas del primer año y medio de fascismo no habían sido gran cosa. El 8 de agosto de 1924 Mussoli-

---

(1) Desde principio de 1920, los anarquistas tenían en Milán un diario **Umanitá Nova,** cuya sede fué invadida y saqueda, una primera vez por los fascistas en marzo de 1921. Trasladado a Roma sufrió otras dos agresiones fascistas enseguida después de la marcha sobre Roma y por fin, fué suprimido por el gobierno, con una medida de orden policial.

ni, hablando en una reunión del Gran Consejo Fascista dijo en otras cosas: "Como hemos tenido que emplear cinco años en desplegar una actividad militante y en organizar luchas, si se exceptúan los intentos que han circulado estas últimas semanas por los periódicos, no hemos podido dedicarnos seriamente a tratar a fondo determinados problemas".

Giovanni Gentile

La fusión con los nacionalistas a principios de 1923 había dado al partido fascista cierto contenido teórico y también un cierto número de hombres políticos y de estudiosos que no consiguieron, sin embargo, transformar completamente esa simple voluntad de dominio en una fuerza política coherente. La más importante de las reformas fascistas de ese primer período fué la de la escuela. Giovanni Gentile, ministro de Instrucción Pública de ese primer ministerio surgido de la marcha sobre Roma, hizo un verdadero golpe de Estado dentro de la enseñanza. Esa reforma, que fué actuada de golpe a través del Estado mussoliniano, tiene cosas buenas y malas. A pesar de haber sido llamada por Mussolini "la más fascista de las reformas" no tenía un contenido específicamente fascista, tan es así que ha llegado al año 1933 profundamente modificada, para adaptarla a las exigencias del Estado totalitario. Gentile, que había sido partidario de la escuela laica, demostró estar a la altura de los tiempos, introduciendo la enseñanza religiosa en la escuela primaria. Fué éste el primer paso que acercó el fascismo al Vaticano, a pesar de ser los católicos militantes casi todos antifascistas, a pesar de las destrucciones de las cooperativas católicas y del

asesinato del cura Don Minzoni por parte de los fascistas.

Giovanni Gentile fué el primer teórico del fascismo; mejor dicho, fué el teórico del fascismo en su primer período. Su filosofía se definía neohegeliana. Como Hegel, exaltó el Estado, como Hegel trató de quitarle al Estado su carácter administrativo e impersonal para darle un sentido moral que justificara el absolutismo.

En los primeros tiempos, de 1922 a 1925, la cultura italiana sufrió una verdadera inflación del "idealismo actual" de Gentile, proclamada "filosofía de Estado". Los profesores, los inspectores, los maestros, se declaraban gentilianos y hablaban de "acto puro", como medio infalible de obtener o conservar un puesto. Era una situación muy parecida a la que describe Schopenhauer en el prefacio a una de sus obras refiriéndose a los hegelianos, filósofos del Estado, en la Alemania de su tiempo. La filosofía de Gentile contribuyó mucho a dar la terminología exterior a la teoría fascista del Estado que, formulada en este primer período, fué coordinada sólo después en el sistema doctrinario que el fascismo presenta a los ojos del mundo. En ese entonces se hablaba de Estado ético, ahora se habla de Estado corporativo; dos nombres distintos o más bien opuestos para decir la misma cosa.

El Estado ético

El 15 de julio de 1923 Mussolini daba en la Cámara de diputados su más sincera definición del Estado. "El Estado — dijo — es el "carabiniere", es decir, el gendarme". Pero los estudiosos no se fijan en las cosas sinceras, sino en las cosas profundas, no reparan en las frases senci-

llas, sino en las que tienen un complicado contenido teórico. Así es que todo el mundo se ha olvidado de estas palabras de Mussolini y de las otras que identifican el Estado con el gobierno, para ponerse a estudiar en qué consiste la eticidad del Estado o sobre qué se basa el sistema corporativo.

Del concepto del Estado ético se habló mucho de 1924 a 1926, es decir, en el período en que el fascismo se encaminaba al totalitarismo. Benedetto Croce lo definía y lo criticaba entonces en pocas palabras, en un artículo de su revista **Crítica** (1925) del que traduzco los párrafos más importantes: "Para la moralidad no hay otros criminales que los que no se han elevado aun hasta la vida moral"; y a menudo alaba, admira, ama y celebra los perseguidos por los gobiernos, los condenados, los vencidos, y los santifica como mártires de la idea. Concibiendo la "moralidad" como "Estado ético" e identificando éste con el Estado político o Estado sin más, se llega al concepto (aceptado, por otra parte, por los teóricos del Estado ético), de que la moralidad concreta se encuentra toda en los que gobiernan, en el acto en que gobiernan, y sus adversarios deben considerarse como adversarios de la moral en acto, merecedores no sólo de ser castigados según la ley y fuera de la ley, sino también de enérgica condena moral. Es, por decirlo así, una concepción "gubernamental" de la moral.

Es la demostración de que el hegelianismo no era sino un pretexto para dar un barniz filosófico cualquiera al absolutismo, así como, en el segundo período, el corporativismo será —lo veremos cuando lo trate especialmente— una tentativa de justificar la

dictadura, dándole un contenido económico. En el primero y en el segundo aspecto de la doctrina del Estado volvemos a encontrar "el estado gendarme" del que hablaba, en un arranque de sinceridad, Mussolini.

Pero, para no salir del primer período, veamos cómo Gentile, filósofo oficial, justificaba la violencia estatal y la violencia ilegal del fascismo: "Quien distingue la fuerza moral de la material, la fuerza de la ley libremente votada y aceptada de la fuerza violenta que se opone a la voluntad del ciudadano, es un ingenuo. Toda fuerza es fuerza moral porque se dirige siempre a la voluntad: y cualquiera que sea el argumento empleado —desde el sermón hasta la cachiporra— su eficacia no puede ser otra que la que obra interiormente en el hombre y lo convence a dar su consentimiento". (1).

Estos sofismas, que son casi juegos de palabras, nos dan la pauta del esfuerzo que hace el fascismo para transformar una realidad material en una doctrina trascendente. Toda su teoría es así, en todos los campos; la realidad es: absolutismo unipersonal, al servicio de una clase, contra la otra; el vestido teórico es: divinización del Estado que, realizando en sí mismo la conciencia moral de la Nación, concilia en sí los intereses materiales de los ciudadanos.

Mussolini escribió un artículo para ilustrar la palabra "fascismo" en la letra "f" de la Enciclopedia oficial Treccani. Sería interesante estudiarlo, para saber qué idea se hacía del fascismo su jefe, en el mo-

(1) Estas palabras pertenecen a una conferencia pronunciada por G. Gentile en Palermo, el 31 de marzo de 1924. Publicada el día siguiente en el diario **I'Ora** de aquella ciudad y reimpresa más tarde en un libro con otros escritos del mismo autor.

mento en que escribía eso, si el estilo no fuera completa y evidentemente el mismo de Gentile. Pero, como por lo menos la firma es de Mussolini, es bueno saber que él acepta la idea de que "la nación no engendra al Estado... antes bien es la nación que es creada por el Estado... El Estado, como voluntad ética universal, es creador del derecho".

Si se piensa que para él (ahora no lo dice, pero lo dijo) el Estado es el gobierno y el gobierno, de hecho, es él mismo, se ve hasta qué punto llega el absolutismo fascista. En el fondo la esencia de la doctrina es ésta: la voluntad de una persona elevada a norma ética universal y obligatoria para 40.000.000 de habitantes. Ninguno de los zares de Rusia pretendió nunca tanto. Lo que en cambio no se ve en estas palabras es que esta voluntad suprema, semidivinizada, no se eleva trascendentalmente por encima de la nación, sino que toma parte en la contienda social, poniendo su fuerza al servicio de los unos contra los otros. En realidad, el Estado siempre es esto: expresión de una minoría poderosa que se sirve de él para oprimir a la mayoría. Pero en el llamado Estado totalitario el fenómeno toma un carácter absoluto que los otros sistemas no conocen. Estudiaremos mejor estos caracteres cuando hable del Estado corporativo, que constituye por ahora la última expresión del régimen fascista y no es otra cosa que el principio del Estado ético trasladado al campo económico.

Estos conceptos, expresados por Gentile, no habían sido tomados muy en serio ni por los mismos fascistas, en los dos primeros años de gobierno. Las dificultades que se presentaban a cada rato frente a esos

hombres que tenían la costumbre de la agitación callejera, pero no sabían nada de la ciencia de gobierno, las necesidades imperiosas de la lucha contra los opositores internos, no les dejaban mucho tiempo para elaborar o siquiera aceptar teorías definitivas. La inexperiencia diplomática de Mussolini y de sus colaboradores se puso bien de manifiesto en el episodio de Corfú, isla griega que fué ocupada improvisamente por las tropas italianas, para solucionar con la violencia un entredicho con Grecia. Naturalmente, Inglaterra intervino y los soldados italianos tuvieron que volver a embarcarse, a pesar de la exaltación patriótica de la prensa fascista que veía en esta hazaña teatral terminada en forma ridícula, la prueba de la enérgica política del gobierno fascista. En general, en este primer período, la acción diplomática de Mussolini tiene toda por objeto reforzar su posición en la política interna. Esta era en realidad la que absorbía todos sus cuidados en el campo legal y en el ilegal.

Matteotti

Hemos visto que el Parlamento italiano se había quedado inerte frente o lo que él debía considerar como una usurpación. Ahora bien, este mismo parlamento votó una reforma electoral propuesta por las fascistas, que era para el parlamentarismo demócrata un verdadero suicidio. En abril de 1924 se realizaron las elecciones. Fueron llamadas "las elecciones de la cachiporra". Preparadas con el terror, realizadas bajo el dominio de la fuerza y del fraude, dieron el resultado que suelen dar las elecciones en casos semejantes. Los fascistas fueron elegidos en gran número.

Pero en la nueva cámara, un diputado socialista muy valiente, que ya había publicado documentos aplastantes sobre el primer año de dominación fascista, se levantó para hablar, con cifras en la mano, contra la validez de las elecciones. Los camisas negras que llenaban la cámara, ya no en la barra, sino en las bancas de diputados, quisieron ahogar su voz a gritos. No lo consiguieron. Mussolini lo miraba fijo. Cuando terminó, después de una hora y media, Matteotti dijo a los amigos que lo rodeaban: "Ahora podéis preparar mi oración fúnebre". Y, como todos saben, pocos días después, el 10 de junio de 1924, unos sicarios de Mussolini lo raptaron en plena Roma, lo empujaron en un coche y allí adentro lo mataron a puñaladas, yendo después a esconder el cuerpo en un lugar desierto de la campaña romana.

Una serie de circunstancias hizo de este crimen el símbolo de todos los innumerables crímenes. La opinión pública se conmovió. Un espíritu de rebelión abierta recorrió toda Italia. Mussolini, el inspirador del asesinato, se vió a dos pasos de la cárcel y así lo dijo a sus amigos que lo han repetido después. El pueblo italiano, confiando una vez más en los medios legales, magistratura, alta corte de justicia, monarquía, no se sublevó más que con gritos de indignación. Los diputados opositores no hicieron sino abandonar la cámara. Entonces, los dominadores, que se habían visto perdidos, que estaban viendo derretirse bajo la impresión de la desaprobación popular "el bloque granítico" del partido, recobraron ánimo.

El verdadero salvador del fascismo en aquel momento no fué Mussolini, sino uno de los más violentos

gregarios, Farinacci, de Cremona, el cual fué el primero que tuvo una idea genial; la reivindicación al fascismo de ese crimen y de todos los crímenes.

El discurso del 3 de enero de 1925

Siguiendo esa sugestión, el 3 de enero de 1925, Mussolini pronunció en la cámara uno de esos discursos suyos que marcan, como pilares, las distintas etapas de la historia italiana de estos últimos tiempos. Dijo que "si el fascismo era una banda de criminales, él era su jefe; que él aceptaba íntegra la responsabilidad de todo lo que había pasado. Si algún diputado quería acusar al jefe del gobierno ante la Alta Corte de Justicia, que lo hiciera (hay que observar que los diputados opositores habían abandonado desde hacía tiempo el Parlamento); en caso contrario, la violenta campaña de la prensa tendria que cesar en las 48 horas".

Este discurso fué —dice Nemi— el 2 de diciembre de Mussolini. Sin duda, la fecha del 3 de enero de 1925 es más importante que la de la marcha sobre Roma. Del día a la mañana la atmósfera cambió. A la agitación violenta e indignada sucedió el frío del terror. Los diarios no pudieron decir más una palabra contra el gobierno so pena de secuestro. Las violencias ilegales continuaron en la calle, pero el gobierno fué perfeccionando los instrumentos de opresión legal. Este perfeccionamiento culminó en las leyes excepcionales de noviembre de 1926. Hasta esa fecha nos encontramos, sobre el terreno político, en un período de transición entre la violencia de las escuadras y la violencia del Estado. Mientras los diarios, bajo la amena-

za continua de un secuestro, adquirían un carácter completamente anodino (el semanario humorístico **In Becco Giallo** se vió obligado a veces a salir con viejas historietas para niños o con los figurines de última moda), mientras la magistratura, abdicando su independencia, absolvía a algunos de los responsables del asesinato Matteotti, condenando a los otros a penas ridículas, las agresiones ilegales se multiplicaban. La amnistía de julio del 25 es una promesa de impunidad. Améndola, ex ministro monárquico, es galopeado salvajemente en la carretera de Montecatini y muere poco después a consecuencia de los golpes. En la noche del 3 de octubre, en Florencia, el diputado Pilati, mutilado de la guerra, y el abogado Console, fueron muertos en sus casas, frente a sus familiares. Trece escritorios de abogados, un sanatorio y muchas casas particulares fueron devastadas e incendiados esa noche.

Ya el gobierno no trataba de separar su responsabilidad de la de los asesinos. Estos episodios formaban parte de la acción totalitaria del Estado.

Y aquí hay que hacer una observación desalentadora para los que hablan de una justicia inmanente en la historia o que, siguiendo la moral de los libros de texto, dicen que cada crimen trae consigo su castigo. El crimen Matteotti fué la salvación del fascismo, el principal factor de su poder actual. Sin esa necesidad imperiosa de sobreponerse a todos los escrúpulos, de hacer callar por todos los medios la voz de la indignación popular, el fascismo habría continuado su acción gubernamental vacilante, y, cuando se hubiera terminado, por natural agotamiento, la violencia callejera,

se habría probablemente extinguido en la plácida rutina de la vida ministerial. Los mismos fascistas reconocen que el fascismo encontró con el asesinato de Matteotti su camino actual. Dijo en efecto **La Tribuna**, diario fascista de Roma, el 17 de marzo de 1928: "La crisis de 1924 fué la verdadera bienhechora crisis totalitaria del Fascismo; en esa ocasión él adquirió la plena conciencia de sí mismo y de su capacidad para gobernar toda la vida italiana".

La traición de la monarquía, que había prometido abandonar a Mussolini en cuanto hubiera pruebas de su culpabilidad y le reafirmó a último momento su confianza, la debilidad de la oposición parlamentaria que lo esperaba todo del rey, la ceguera del pueblo que todo lo esperaba del Parlamento, trasformaron lo que habría podido ser un peligro mortal para el fascismo, en una causa de fortalecimiento. En cuanto el liberalismo constitucional y la democracia parlamentaria, dejaron de ser un espantajo para el gobierno fascista, éste pudo concentrar toda su actividad en vencer la resistencia popular. Pero contra el pueblo no se combate con intrigas ministeriales; es inútil salvar las apariencias; la única arma es la fuerza. Esta es la causa del discurso del 3 de enero y de toda la política interna del fascismo en los años que siguieron.

Los atentados

De noviembre de 1925 a noviembre de 1926 trascurre un año que se puede llamar el año de los atentados. Si en la vida de otras naciones éstos no serían más que episodios, en Italia fueron historia, ya que a cada ten-

tativa de eliminar violentamente de la vida italiana la persona de Mussolini, corresponde una modificación, en sentido absolutista, de las leyes, de la táctica extralegal y de toda la orientación general del fascismo. Primero fué la tentativa del socialista Zaniboni, que la policía conocía con veinte días de anticipación, a través de los informes de un hábil agente provocador, y que sirvió de pretexto a numerosos "Te Deum", a manifestaciones fascistas acompañadas de las consabidas destrucciones, a nuevas leyes opresivas. En abril de 1926, es una irlandesa católica la que dispara sobre el Duce y llega a herirlo; en septiembre es el anarquista Gino Lucetti el que lanza una bomba contra el coche de Mussolini. Por fin el 31 de octubre de 1926 tenemos en Bolonia el último y más misterioso de esta serie de atentados. Mientras Mussolini pasa en automóvil entre dos alas de camisas negras se oye un disparo. Los milicianos se precipitan sobre un muchacho rubio de 16 años, fascista él mismo y de familia fascista y lo acribillan a puñaladas. El cadáver es arrastrado por la calle y sobre él se desahoga la rabia fascista.

No se supo nunca, acaso nunca se sabrá, si el muchacho disparó o siquiera si hubo disparos. Pero esa misma noche empezó en toda Italia un nuevo período de terror. Todas las caras eran pálidas por las calles de Bolonia; nadie decía una palabra. Se contaba en voz baja que algunos antifascistas habían sido muertos en los distintos barrios de la ciudad; se contaba que en Ravena siete obreros, arrastrados por la milicia en el inmenso pinar, habían sido fusilados. Se hablada de listas de recepción, de una nueva noche de San Bartolomé-

Las leyes excepcionales

Dos días después se conocían ya las leyes excepcionales que entraron en vigor el 9 de noviembre y que, transformándose en definitivas, debían dar al fascismo su carácter totalitario. Mussolini mismo las resumió más tarde en su discurso del 26 de mayo de 1927: "Después del pequeño incidente de Bolonia, yo mismo he dictado, en la noche, las medidas a tomar; secuestro de todos los pasaportes para el extranjero; orden de disparar (sin aviso) sobre todos los que fueran sorprendidos en la tentativa de atravesar clandestinamente la frontera; supresión de todas las publicaciones antifascistas, diarios o periódicos; disolución de todos los grupos, asociaciones y organizaciones antifascistas o sospechosas; deportación (1) de todos los antifascistas conocidos o que actúen en cualquier forma contra el gobierno; creación de una policía especial en todas las regiones; creación de oficinas de investigación secreta y de un tribunal especial".

Desde el mes de noviembre de 1926 hasta hoy, toda la actividad política interna del gobierno fascista se ha concentrado en la tarea de estabilizar, perfeccionar, ramificar para que lleguen a todos los rincones del país, estos medios legales de opresión forjados en la atmósfera de terror creada por el atentado de Bolonia.

Desde la pequeña ley que trasforma a todos los porteros en agentes policiales, hasta el restablecimiento de la pena de muerte, todos los medios han sido empleados, El trágico balance del Tribunal especial para la defensa del Estado, inaugurado solemnemente el 1.º

---

(1) Hay que entender por "deportaci6n" la relegación en islas o en pueblitos especialmente destinados para esta función policial.

de enero de 1927, en los cuatro años que van de esa fecha a junio de 1932, es el siguiente: 9 condenas a muerte; 257 personas condenadas a más de 10 años (por un total de 6.075 años); 1.391 personas condenas a menos de 10 años (por un total de 4.030 años). El corresponsal fascista de **Il Corriere della Sera** escribía en el **Times**, el 18 de noviembre de 1932: "Los que han sido sometidos al Tribunal Especial, fueron 10.004; los condenados a penas muy duras 1.986 (1). Hay que hacer observar que los absueltos sufrieron todos antes del juicio una detención de meses y a veces de años y que casi todos salieron de la cárcel para ir directamente a las islas de deportación. La deportación es una medida policial que no tiene nada que ver con la magistratura. No hace falta, para ser deportado, ni proceso, ni condena. El promedio anual de los deportados pasa de los 2.000. Todo esto en el campo de las medidas contra los adversarios políticos.

El Tribunal Especial, la pena de muerte, las deportaciones, formaban parte de aquellas leyes excepcionales que fueron promulgadas en noviembre de 1926 por cinco años; pero cuando el período fijado terminó, el gobierno no sintiéndose, evidentemente, muy seguro del unánime entusiasmo fascista de la población, las renovó por otro período. Mientras tanto, se elaboraba el Código penal fascista, que no hizo sino dar carácter permanente a esas leyes provisorias. En la patria de Beccaria, el jurista defensor del **derecho humano a la vida**, el nuevo Código retablecía la pena de muerte que había sido abolida en 1890.

---

(1) "Contro il decennale e per l'azione". Edición de Giustizia e Libertá, Italia 1932 (clandestina), p. 26.

El código penal fascista

El proyecto había sido elaborado por el ministro **Rocco y éste** lo presentó a la Cámara acompañándolo con una exposición de sus teorías jurídicas. Para él, el objeto de la pena es la **intimidación**; la pena sirve como ejemplo y como satisfacción (naturalmente como satisfacción del sentimiento de venganza); las tendencias a la piedad excesiva deben ser eliminadas; hay que introducir en la nueva legislación los **medios más rigurosos** de prevención y represión contra la delincuencia y "especialmente contra las manifestaciones criminales de los partidos subversivos". Entre las cosas más características de ese proyecto está el hecho de que aún en caso de absolución, el juez tiene la facultad de castigar a las personas que le parezcan peligrosas con "medidas de seguridad" por tiempo indeterminado, que consisten o en la internación en reformatorios judiciales, casas de trabajo o colonias agrícolas o en la llamada "ammonizione", es decir, limitación y control de la libertad individual. Además la policía tiene una autoridad superior a la de los jueces. Dice en efecto la ley: "se reserva a los órganos policiales plena libertad de iniciativa en la lucha contra las clases peligrosas de la sociedad y se conserva intacto su derecho de intervenir en todos los casos en que le falten al juez los elementos de juicio para aplicar las medidas de seguridad, o en caso de que el juez las haya revocado". Los artículos que se refieren a la prensa y al ejercicio del periodismo son tan rigurosos y tendenciosos que ya sólo agentes fascistas pueden dedicarse a esta profesión.

Este Código, aprobado por la Cámara, entró en

vigor el primero de julio de 1931. En él, Italia vió la interrupción o, mejor dicho, la negación de toda su tradición jurídica representada por Beccaria, Romagnosi, Carrara, y por la escuela penal positiva. Con él se borró de la historia de Italia, la gloria de la abolición de la pena de muerte, así como el tratado de Letrán borró la gloria del 20 de septiembre.

Mientras con la reacción policial e ilegal a la vez el gobierno fascista trataba de ahogar todas las voces de oposición popular, realizaba también un esfuerzo continuado para consolidar su absolutismo en el terreno constitucional. La ley del 24 de diciembre de 1925 sobre el primer ministro, completada por la otra sucesiva del 31 de enero de 1926, atribuía al jefe de los ministros, es decir a Mussolini, un poder legislativo. La primera de estas dos leyes, anterior a la reforma del Parlamento, tenía por objeto impedir que se desarrollaran en la cámara discusiones políticas molestas y decía: "ningún tema puede ser puesto en la orden del día de una de las dos cámaras sin la adhesión del jefe del gobierno". Se confunden así los campos de acción del poder ejecutivo y del poder legislativo y esta confusión llega al colmo con la aprobación de la ley electoral corporativa de 1928, que por otra parte será nuevamente modificada — prosiguiendo en el mismo sentido— en un futuro próximo.

El Gran Consejo

Al margen del ministerio vive de vida indeterminada pero vigorosa el Gran Consejo Fascista que es órgano a la vez del partido y del Estado y cuyos miembros son nombrados por el Duce mismo. Con la reforma del

otoño de 1929, este organismo definido por Mussolini: "el Estado mayor del Duce", adquiere un poder extraordinario, que se extiende hasta el campo de la sucesión dinástica de la casa de Saboya. Los diputados del Parlamento corporativo son designados por él a través de un sistema de elección sindical en la cual — como veremos al hablar del corporativismo— los sindicatos no tienen sino un papel burocrático y formal. Así, siendo el Gran Consejo emanación directa del Jefe del gobierno, toda la vida política se concentra en este último. Los mimos ministros no pasan de ser simples empleados. El primer presidente de la suprema corte de Casación, senador Mariano D'Amelio, explica así el mecanismo del Ministerio: "El rumbo general político del gobierno ya no es dado colegialmente por el consejo de los ministros, sino por él solo (el primer ministro). En él se concentra la responsabilidad que antes era del gabinete". Responsabilidad, es decir, autoridad, ya que de responsabilidad real no se puede hablar donde no hay control. Al mismo concepto jerárquico y absolutista responde la ley que en la administración de la comuna sustituye al alcalde elegido, por el pueblo, el "podestá" nombrado por el gobierno.

La milicia

Pero este edificio construído sobre la nación artificialmente, sin arraigos directos en la vida del país, tiene necesidad de una defensa propia, de partido. El ejército, que se renueva todos los años, no puede ser un aliado seguro, aunque sus jefes lo sean. Por eso Mussolini tiene una milicia propia, la Milicia voluntaria por la seguridad nacional, compuesto de 350.000 hombres, pagados por la única misión de defender el fascismo. Esta milicia

que pesa en forma extraordinaria sobre el contribuyente italiano (sólo en el año 1927 costó 160 millones de liras, cifra que aumentó ciertamente en los años posteriores) está constituída por los antiguos escuadristas y por los jóvenes que ingresan a ella a través de las formaciones fascistas premilitares. En las bayonetas de esos milicianos —a pesar de las consideraciones morales sobre la debilidad de la fuerza material— está el principal sostén del fascismo y el principal obstáculo que encontrará en Italia la lucha por la libertad.

El mismo Mussolini justificó este mecanismo cada vez más perfeccionado al servicio de un absolutismo unipersonal con la necesidad de vigorizar a Italia desde el punto de vista económico y de darle fuerza y grandeza desde el punto de vista internacional e imperialista.

"Restauración" económica

Se acepta a menudo, hasta por los que no tienen ninguna simpatía por el fascismo como sistema político, el criterio de que éste salvó a Italia de la quiebra. Las publicaciones de propaganda y hasta las revistas serias de economía y los boletines estadísticos oficiales se encargan de conservar esta creencia en la opinión pública extranjera. Pero, mirando las cosas de cerca, se ve que esa pretendida restauración económica se basa exclusivamente en la aparatosa reclame, que es una de las características fundamentales de todas las dictaduras. No voy a tratar a fondo la cuestión porque el argumento es vastísimo y sobre todo porque el problema no es de mi especialización. Me limitaré a citar algunos

ejemplos. Dicen los fascistas que en el primer ejercicio financiero del gobierno surgido de la marcha sobre Roma el déficit del balance disminuyó muchísimo; desapareció en los años siguientes para resurgir en el momento de la crisis. Ernesto Rossi, en una serie de artículos publicados en **Riforma Sociale** entre 1928 y 1930, demostró la falsedad de esas cifras. Pero, aún aceptándolas, encontramos que ya antes de la marcha sobre Roma el déficit iba disminuyendo anualmente a medida que nos alejábamos de la guerra. En 1921, el ministro de Hacienda, De Nava, anunció que en el ejercicio 22 - 23 (que fué el primer ejercicio fascista) el déficit sería reducido a tres mil millones y Mortara, siempre antes de la marcha sobre Roma preveía que éste desaparecería en 1924: que es lo que aconteció, lo que debía acontecer con o sin los fascistas en el gobierno. Las innovaciones de Mussolini consistieron en contraer fuertes deudas con banqueros norteamericanos, mientras los gobiernos profascistas se habían negado a ello (1).

La deuda pública, de 1922 a 1932 aumentó en 15 millones (14,9 %).

Las condiciones económicas del pueblo italiano son horribles; el fascismo no puede negarlo, pero hace recaer toda la responsabilidad de la crisis interna sobre la crisis internacional. Sin embargo, si el país se hubiera encontrado al comienzo de ésta en buenas condiciones, habría soportado más fácilmente el período de depresión. En realidad la crisis empieza en Italia en 1927, época de prosperidad para la economía mundial.

---

(1) "Contro il decennale e per l'azione". Edición **Giustizia e Libertá**, p. 59.

Mussolini subordina todo, desde la economía hasta la literatura, a su prestigio personal. A esta preocupación obedece su política de la revalorización de la lira. En su famoso discurso de Pesaro, pronunciado poco tiempo después de la marcha sobre Roma, había anunciado a Italia y al mundo que el fascismo en poco tiempo llevaría el valor de la lira a cincuenta centésimos oro. Había que tratar de mantener la imprudente promesa, costara lo que costara. La exportación se resintió enseguida de esta revalorización forzosa. El 22 de diciembre de 1927 el valor de la lira fué estabilizado al 27,8 % de su antiguo valor. La depresión, que había empezado ya desde el principio de la revalorización, fué acentuándose cada vez más. Decía Mussolini el 9 de octubre de 1927: "Hablemos ahora francamente, sin piadosos eufemismos. La crisis existió. La crisis fué grave. La crisis era fatal, ya que estaba relacionada con la política monetaria de la que el régimen acepta plenamente —duramente— toda la responsabilidad".

La Batalla del trigo

Los ejemplos se podrán multiplicar en todos los campos. Habría que hablar especialmente de las grandes batallas económicas de las que el fascismo se jacta en todo el mundo. Elijamos una: la batalla del trigo que, según las palabras del Duce: "significa libertar al pueblo italiano del pan extranjero", es decir, eliminar las importaciones. Ahora bien, después de la batalla del trigo, la importación de este artículo disminuyó en 3.200.000 quintales sobre 23.900.000. Pero paralelamente aumentaba la importación de maíz en 3.200.000 quintales. ¿Es que se produce más trigo o que los ita-

lianos comen más polenta? En las estadísticas de producción las mismas publicaciones oficiales confiesan errores por exceso. La cosecha del décimo aniversario de la marcha sobre Roma fué buena y todos los diarios la celebraron como una victoria de la batalla del trigo inspirada por Mussolini. Ante todo hay que obsevar que si en Italia el aumento de producción respecto al año precedente fué del 10 o|o, en Francia del 23 o|o y en España del 34 o.o. Francia y España no combatieron la batalla del trigo, ni tienen régimen fascistas (1).

Por otra parte es muy difícil que las estadísticas oficiales sean exactas, ya que no se comprende cómo, con un aumento de producción de 7.000.000 de quintales sobre la cosecha de 1931, las importaciones de trigo, según publicaciones del ministerio de Hacienda, marquen un aumento notable, llegando casi al doble en el de diciembre de 1932. (2). Esto mientras nos llega la noticia de que el pueblo italiano come siempre menos pan. No hace mucho que se habló de fabricar pan con un 30 o|o de féculas de papas.

Pero, basta de números.

El Tratado de Letrán

Prescindiendo del problema de la cultura y del problema sindical que trataré aparte, nos queda por examinar otro aspecto importante de la vida italiana: el aspecto religioso. Con el tratado de Letrán firmado el 11 de febrero de 1929 entre la Iglesia y el Estado, este aspecto sufre una modificación profunda.

---

(1) "Contro il decemale e per l'azione" pág. 74-79.

(2) "La battaglia del grano", estudio sobre el libro "Mussolinis Getreide-Schlacht" del doctor E. Muller-Einhart, en el "Kuaderno" 7 di **Giustizia y Libertá**, pág. 79.

El Tratado de Letrán, considerado aisladamente, parece un fenómeno raro y anacrónico. Sus antecedentes y sus cláusulas son más o menos conocidos. Todo el mundo sabe que el 20 de setiembre de 1870 las tropas italianas, entrando violentamente en Roma, devolvían a Italia su antigua capital y producían a la vez una modificación profunda en la estructura del catolicismo.

20 de Septiembre de 1870

El poder temporal de los papas, que según la historia remonta al VII siglo y según la leyenda a Constantino, ese poder temporal que Dante maldijo y que proyectó su sombra sobre una gran parte de la historia de Occidente, se había derrumbado frente a unos cuantos fusiles, como las casitas de arena que construyen los niños se deshacen antes de que las toquemos con el pie.

Cae así lo que está carcomido, lo que espera para caer no una causa, sino un pretexto. Los hechos del 20 de setiembre de 1870 parecieron en ese entonces, más que un acontecimiento político, la conclusión fatal de un proceso lógico que había empezado en Comte o mejor dicho en Voltaire y se había continuado a través del entusiasmo materialista y cientifista que dominaba y siguió dominando hasta el principio de este siglo en Europa.

Todo un larguísimo período histórico parecía definitivamente cerrado. Y cuando la victoria de la razón sobre el misticismo se presentó a los ojos de la gente con los mismos caracteres de firme seguridad que tiene la abolición de la esclavitud o la muerte del paganismo, el entusiasmo se fué atenuando, el anticlericalismo pa-

el refinamiento de la duda y de la revisión y el lujo de considerar ese pasado reciente más como objeto de estudios históricos que de polémicas.

La Iglesia, por larga tradición, no olvida nunca, y, a través de los siglos, aprendió a esperar. Pero sus protestas se hicieron siempre más formales y burocráticas. Las reivindicaciones del poder temporal habían adquirido ya antes de la guerra ese mismo carácter de tradicionalismo rutinario que quita todo significado a las plegarias latinas y a las ceremonias simbólicas del culto. La visión del supremo sacerdote despojado del poder material y prisionero en el Vaticano no perturbaba ya ninguna conciencia. Y, en el campo contrario, la lucha anticlerical, que tenía en Italia una tradición gloriosa y se identificaba en parte con las luchas por la independencia nacional, se había convertido, a los ojos de los más jóvenes, en un conflicto superado. Todos síntomas éstos de que en la conciencia italiana el problema del poder temporal ya no era un problema, sino simplemente un larguísimo episodio histórico definitivamente cerrado.

La única consecuencia práctica de este conflicto innocuo y tradicional fué un desarrollo notable de la enseñanza laica y una relativa independencia de la vida cultural italiana en materia religiosa, a pesar de ser el catolicismo religión oficial del Estado.

El repunte del sentimiento religioso

Pero, después de la guerra, con el resurgimiento de los valores irracionales, la Iglesia también empezó a alcanzar ventajas, invisibles en los comienzos, siempre más claras después. Los rudos golpes que recibió en el

terreno material con la caída del Imperio Habsburgués antes, y con el derrumbe de la monarquía española después fueron compensados por el aumento de las posibilidades de proselitismo, producido por la crisis espiritual de la post-guerra.

Las modificaciones de fronteras, los cambios constitucionales aislados, la fluctuación incesante de las relaciones diplomáticas no tienen sino un valor episódico frente a la inseguridad permanente en que vivimos, frente a la inseguridad de esta espera angustiosa, frente a la miseria, al hambre y al fantasma horrible de una próxima guerra, que amenaza ser la última, no por razones de progreso y de repugnancia moral, sino por el agotamiento físico del material humano.

La humanidad, consciente o inconscientemente, con razón o sin ella, se siente en peligro de muerte y, como los enloquecidos fanáticos a la espera de la anunciada catástrofe del año mil, trepa en las escalinatas de la iglesia, de cualquier iglesia, en busca de una salvación que esté fuera y por encima de estas arenas movedizas que parecen absorbernos. Un extraño libro del ruso Nicolás Berdiaeff (1) anuncia y preconiza una vuelta a la Edad Media y el restablecimiento de la teocracia sobre las ruinas de la civilización humanística y laica del Renacimiento, cuyas últimas, agónicas manifestaciones serían la burguesía capitalista por un lado y el socialismo por el otro. Libros como ése, arbitrarios y paradójicos, tienen sin embargo valor de síntomas, unilaterales si se quiere, pero reveladores.

Cuando el principio de autoridad triunfa en la vi-

---

(1) Nicolás Berdiaeff. "Una nueva Edad Media", Ed. Apolo, Barcelona, 1923.

da política, el dogma religioso se prepara para invadir y dominar la vida moral. Y los dos fenómenos obedecen a las mismas causas, son dos aspectos de la misma realidad. El oscurantismo religioso es el mayor peligro que acarrea para el mundo el fascismo.

El diablo se hace fraile

El primer programa de los fascios de 1919, era anticlerical así como era demagógicamente izquierdista. Mussolini por su parte se había dedicado a menudo, en su pasado, a aquella fácil propaganda antirreligiosa, que se basa sobre un materialismo barato y sobre sátiras y chistes más baratos aún. He aquí su pensamiento sobre la cuestión romana: "Los que pertenecen a la nueva generación, nacida después de 1870, no saben probablemente que exista una cuestión romana. Yo, por mi parte, nunca me dí cuenta de ello... La cuestión romana ha sido resuelta. Quererla actualizar es cosa de locos. Y para los locos está la camisa de fuerza. Los italianos deben preparar muchas de esas camisas, para los clericales de Italia y sus amigos de Alemania."(1).

La transición de este estado de ánimo a los pactos Letranenses no fué rápida —al menos aparentemente— pero era fatal. Ya en los primeros tiempos, antes de la marcha sobre Roma se vió la alianza lógica de los dos principios. Las escuadras negras, sirviendo los intereses de los agrarios, devastaban, a la vez que las cooperativas socialistas, también las cooperativas católicas. El cura de Argenta, Don Minzoni, caía bajo el machete fascista. Pero en la nueva atmósfera que se había creado, atmósfera de terror antiobrero, los patrones empe-

(1) Il Popolo d'Italia, 27 de Septiembre de 1916.

zaron a despedir a los asalariados que no bautizaban a sus hijos. En poco tiempo, especialmente en los pequeños pueblos, hubo muchos bautismos de niños crecidos y muchísimos cambios de nombres (1). Las procesiones volvieron a llenar las calles y las plazas en un largo despliegue.

Después de la marcha sobre Roma las relaciones entre el Estado y la Iglesia siguieron una línea complicada y tortuosa. Pero sea en los acuerdos, sea en los conflictos, el contacto entre los dos poderes era más íntimo que antes. El Estado tomó a veces frente al Vaticano la posición violenta del hereje; pero ya no era el Estado laico; la tolerancia indiferente ya no era posible. A pesar de sus repugnancias antagónicas por el clero romano, Mussolini no podía dejar de comprender que sólo la Iglesia sería capaz de ayudarle en sus esfuerzos para extender el totalitarismo fascista al campo del espíritu y de la cultura. Y sin hacer manifestaciones públicas de conversión empezó a dar una moderada y prudente adhesión personal a las prácticas del culto.

Los boloñeses recuerdan aún una sabrosa y rápida escena muda ocurrida en la célebre iglesia de S. Petronio una vez que Mussolini pasó por Bolonia. Entró en la iglesia el Duce acompañado por el jefe fascista de la ciudad, Leandro Arpinati, que conservaba aún todo su

---

(1) Naturalmente se cambiaban los nombre de significación irreligiosa o subversiva, bastantes frecuentes entre el pueblo (ateo, comunardo "ribelle", etc.). Muy pronto la imposición privada fué ratificada y completada por una orden gubernativa por la cual se substituía esos nombres por otros en el registro de estado civil (recuerdo de un comunicado transformado en Patricio sin consultar a los padres) y se prohibía usarlos para los niños que nacieron de ese momento en adelante.

anticlericalismo, y por un grupo de fascistas. Llegado a la pila del agua bendita, Mussolini extiende el brazo, moja la mano y se persigna. Arpinati abre enormemente los ojos y la boca, asombrado. El jefe supremo lo mira entonces con ojos feroces y el otro compone inmediatamente una cara seria de etiqueta para esconder momentos después en el pañuelo una sonrisa incontenible. Aunque la historieta no fuera auténtica, simboliza en todo caso muy bien el estado de las cosas en los primeros tiempos del gobierno fascista. La lentitud, casi diría el pudor de las relaciones con la Iglesia en ese entonces, eran debidas sobre todo al temor de despertar oposición en el campo del escuadrismo fascista más belicoso, temor que resultó infundado con el tiempo.

Por eso el concordato llegó solo en 1929, por eso en el campo de la cultura oficial el período católico fué precedido por un período gentiliano de transición, hecho de concesiones sucesivas intercaladas por polémicas y conflictos. Gentile, que formó parte del primer gabinete fascista, ocupando el ministerio de Instrucción pública, no era ni es católico, pero tuvo en los comienzos el apoyo de la Iglesia, que olvidó transitoriamente sus apologías de Giordano Bruno, para aceptar de sus manos el valioso regalo de la implantación de la enseñanza religiosa en la escuela primaria. Para justificar esta concesión que estaba reñida con sus anteriores manifestaciones en favor de la escuela laica, Gentile recurrió a su teoría que la religión es una preparación a la investigación filosófica que la niega superándola. El catolicismo en Italia, como el protestantismo en Alemania o el islamismo en Turquía sirven para los niños y para

el pueblo, dos categorías incapaces de elevarse hasta el Empíreo de la filosofía.

La Iglesia, fiel a su método de tomar lo que se le da como si fuera sólo una pequeña parte de lo que se le debe, no se confirmó y, después del idilio de los primeros tiempos, empezó una lucha sorda contra su aliado ocasional. Que los católicos sean antigentilianos no puede extrañar a nadie. La Iglesia romana es asombrosamente oportunista en la práctica; pero no cambia tan fácilmente y tan rápidamente sus doctrinas, cimentadas por siglos y siglos de tradición, ni sus métodos de lucha teórica. El inmanentismo de Gentile, la asusta aún más que su viejo enemigo, el positivismo, porque es más ambiguo, se presta mejor a confusiones y peligrosos acercamientos, y, sobre todo, porque encauza en su provecho una parte de aquel movimiento de reacción al materialismo que parecía destinado a ser campo de caza reservada para la Iglesia.

En 1924, Gentile, asustado por el escándalo Mateotti, abandonaba el ministerio. Le sucedía Casati, substituído a su vez en 1925 por Pedro Fedele. Aunque el fascismo siguiera exaltando la reforma escolar de 1923 como "la más fascistas de las reformas" y proclamara su intangibilidad, el nombramiento del católico Fedele fué una victoria para la Iglesia. El nuevo ministro, respetando la parte exterior de la reforma, empezó a modificarla lentamente en la substancia. Algunos de los gentilianos más perspicaces, como Giuseppe Saitta, director de la revista **Vita Nuova** de Bolonia, protestaron ruidosamente y hablaron de traición. Pero esas voces aisladas fueron acalladas muy pronto. Los partidarios del idealismo actual (éste es el nombre de

la doctrina de Gentile) siguieron ocupando posiciones brillantes desde el punto de vista material, a pesar de que sus teorías perdieron terreno en el campo intelectual y a pesar de un pequeño incidente ocurrido personalmente a Gentile, quien recibió la desaprobación de las superiores jerarquías por haber llamado a colaborar en la Enciclopedia oficial, por él dirigida, a muchos escritores no fascistas o antifascistas.

Los sucesores de Pedro Fedele en el Ministerio de Instrucción pública (que ahora se llama de la Educación Nacional) no tuvieron una actuación original, limitándose a ser dóciles instrumentos del gobierno, es decir del partido fascista. La Iglesia pudo lograr así otras concesiones a la vez que empezaba a atacar más abierta y violentamente la filosofía gentiliana, que tenía aún carácter oficial. En 1927 y 28 algunos idealistas actuales, sintiendo acercarse la atmósfera del concordato, empezaron a buscar puentes intelectuales que pudieran llevarlos a un acercamiento al catolicismo. Un ejemplo típico de estos juegos de equilibrio filosófico lo encontramos en Armando Carlini, lugarteniente de Gentile y profesor de la Universidad de Pisa, que ha entrado o está por entrar en la ortodoxia.

Hay que decir que la influencia de Gentile no ha sido definitivamente anulada, ya que resurge en cada uno de los inevitables conflictos entre Estado e Iglesia. Pero él mismo siente que pierde continuamente terreno. En 1928 se quejaba de que el Vaticano quisiera extender fuera de la escuela primaria su esfera de acción: "Tú ofreces una mano, y te toman el brazo, para aferrarte después la cabeza" escribía en el mismo año.

A pesar de estas quejas y de las protestas de al-

gunos fascistas anticlericales, las relaciones entre Mussolini y el Papa, entre César y Pedro, fueron estrechándose cada vez más, a través de violentas alternativas de conflictos y de períodos de paz. Aquiles Ratti, papa Pío XI, parecía predestinado a desempeñar ese papel. En efecto, ya desde cuando, hace 35 años, pequeño abad elegantemente vestido, frecuentaba en Milán los ambientes más lujosos, combatía secretamente una lucha sorda contra la democracia cristiana, que tenía en la capital del Norte su campeón en el sacerdote Don Albertario, condenado por ese motivo a tres años de reclusión junto con Felipe Turatti. (1898).

Otro papa habría acaso vacilado antes de aceptar ciertos artículos del Pacto de Letrán. Pío XI no, ya que él concibe la iglesia más como una institución política que como una entidad religiosa.

Con el concordato el gentilianismo recibió un golpe mortal. Mientras por un lado pasaba de moda en el campo de la cultura, por el otro veía seriamente comprometida su posición oficial. En las escuelas siguió dominando porque los programas, los reglamentos, toda la pesada rutina burocrática, son muletas con las cuales hasta un muerto puede caminar. Pero en el campo católico la ofensiva se hizo más abierta y más intensos los preparativos para recoger la sucesión. En 1930, el padre Gemelli abrió los cursos de la Universidad Católica de Milán, rocafuerte de la filosofía escolástica, con un discurso en el que (según el resumen del **Corriere della Sera**) "proclamaba la necesidad de prescindir de cualquier híbrida tentativa de conciliación y de oponerse a la corriente idealista dominante en el campo de la filosofía. Asignaba a la Universidad

Católica una misión análoga a la de la Universidad de Lovaina que hace treinta años combatió contra las doctrinas positivistas. Dijo que el idealismo proviene de los países nórdicos y que obstaculizando su marcha los católicos harían obra de italianidad.''

Si las cosas siguen así, muy pronto en las escuelas y en la cultura italiana las nebulosas del idealismo actual se verán substituídas por la filosofía tradicional de la Edad Media. De a poco, con la paciencia que tienen todos los santos, Santo Tomás desplazará definitivamente a Hegel.

La verdadera Italia no se interesa en esta substitución que se produce en la superficie. Lo que se desarrolla en las profundidades del alma italiana —repito— no podemos saberlo. Pero sí sabemos que las fuerzas de la vida son poderosas y que, el día que se manifieste lo que ahora se está elaborando ocultamente, no encontraremos allí ni la divinización del Estado ni la limitación opresiva del dogma.

Tratado y Concordato

Pero mientras tanto las consecuencias del tratado rebosan enormemente el campo de las escuelas y de la cultura oficial. En todos los campos es la Edad Media que vuelve.

El poder temporal ha sido restablecido sobre la base de un pequeño territorio (el área del Vaticano de S. Pedro y anexos) pero ha resurgido íntegro como institución jurídica. La conciliación con la Iglesia ha sido celebrada por el gobierno como un gran triunfo. Mussolini había conseguido lo que ningún ministerio había podido conseguir antes del fascismo. Y es cierto. Pero también es cierto que nadie se había atrevido nunca

a ofrecer en nombre de Italia tantas ventajas a la Iglesia. Sólo el fascismo, que no tiene necesidad de tener en cuenta la opinión pública, podía hacerlo.

Erzberger, ministro astriaco durante la guerra y leader de los católicos, propuso a la Curia Romana un proyecto de tratado internacional, realizable en caso de una victoria austro-alemana, con el que se pensaba resolver la cuestión romana en la forma "más favorable para la Iglesia y más humillante para Italia." El papa aceptó. Y bien, ese proyecto, que de haberse llevado a cabo, habría sido considerado en esos tiempos como un desastre para Italia, no era tan favorable para la Iglesia como el tratado de Letrán, ya que contemplaba una indemnización de 500 millones en vez de los 1450 que ofreció y pagó el fascismo, entregaba al papa en soberanía un territorio menor que el que forma ahora la ciudad del Vaticano, y por fin no incluía entre sus cláusulas la ingerencia del poder religioso en la vida civil. Y ese hipotético tratado, publicado en las memorias de Erzberger, habría sido en todo caso una consecuencia de la derrota, mientras el Tratado de Letrán representa una "victoria" del fascismo. (1)

El restablecimiento del poder temporal no tiene una gran importancia práctica, porque el Estado Vaticano por su reducido territorio no representa una potencia material; pero sus consecuencias son graves, aún desde un punto de vista burgués y estatal, en el campo jurídico y diplomático. El órgano oficial del Papado, el **Osservatore Romano** en el curso de una aparentemente inocua polémica histórica, reivindicaba el

(1) Luis Fabbri. — El tratado de Letrán (pág. 55).

derecho que tiene la Iglesia como potencia política de trabar alianzas y de llamar en su ayuda al ejército de cualquier país extranjero contra quien la atacara o no reconociera sus exigencias. Y se sabe hasta donde pueden llegar las exigencias del representante de Dios sobre la Tierra. Desde el 11 de febrero de 1929 las reivindicaciones y las protestas de la Iglesia tienen pues una base material que antes no tenían. Y el mismo Estado fascista lo aprendió a sus expensas en las inevitables rencillas a las que dió lugar la aplicación de algunas cláusulas del concordato.

El acuerdo de Letrán comprende dos partes: el **Tratado,** que tiene un alcance internacional y que se refiere a la formación del Estado del Vaticano, a la extraterritorialidad de algunas iglesias y tenemos eclesiásticos comprendidos en territorio italiano a la indemnización con la que el Estado paga, a distancia de 60 años, la famosa brecha de Porta Pía, etc., y el **Concordato,** al que el Papa atribuye sin duda una importancia aun mayor.

El Concordato establece los privilegios y las atribuciones del elemento eclesiástico en la vida italiana y resucita así todo un pasado que parecía bien muerto. No tiene mucha importancia el hecho de que se exima a los curas del servicio militar o de que el matrimonio religioso sea reconocido por las autoridades sin necesidad del matrimonio civil; pero sí tiene importancia la autorización otorgada a las congregaciones religiosas de poseer bienes colectivos o la disposición por la cual ningún sacerdote o ex-sacerdote alcanzado por una condena eclesiástica podrá ser conservado en un empleo público. El poder económico y el poder jurídico de la

Iglesia medioeval están algo más que en germen en estas cláusulas.

La iglesia y la enseñanza

Pero hay una parte del Concordato mucho más grave por sus consecuencias inmediatas y lejanas: es la que se refiere a la enseñanza. La ingerencia eclesiástica se extiende ahora desde la escuela primaria hasta la Universidad, sin dejar de lado los cuerpos premilitares fascistas de los Balilas y de los avantguardistas. En las escuelas secundarias han sido eliminados los textos heterodoxos que respondían a la orientación gentiliana; libros y profesores deben ser del agrado de la Iglesia.

Y es en este terreno donde surgieron y continuarán surgiendo los conflictos entre fascismo y catolicismo. El Estado fascistas es totalitario; el individuo en cuerpo y alma, no debe existir, sino como instrumento suyo; quiere realizar, en una palabra, lo que pudieron realizar sólo las antiguas teocracias, en las que el poder religioso sobre la voluntad y el pensamiento se unificaba con el poder político sobre los actos y las palabras. Ahora bien: Teniendo la Iglesia, desde los tiempos de Gregorio VII, las mismas aspiraciones, es natural que las dos instituciones no puedan coexistir pacíficamente. Las palabras del monje Hildebrando en el siglo XI, son eternamente actuales para la Curia Romana: "El pontífice, como Vicario de Cristo sobre la tierra es superior a cualquier autoridad temporal; tiene derecho a deponer los emperadores y a eximir a los súbditos de la obligación de obedecer al soberano; todos los soberanos deben reconocer que de él emana su autoridad." (1)

---

(1) En el "Dicatus papae" publicado durante el pontificado de Nicolás II (siglo XI).

Por esto la actitud de la Iglesia es una actitud de protesta permanente, protesta que fué estéril e inocua desde 1870 hasta 1929 porque caía en el vacío de la indiferencia general, más eficaz ahora que el fascismo se proclama restaurador de la conciencia religiosa italiana y, como los emperadores de la Edad Media, quiere servirse del apoyo eclesiástico para sus fines políticos. El poder absoluto, sea cual fuera su origen y su forma, está destinado por su misma naturaleza, por su misma falta de justificaciones humanas, a buscar una legitimidad sobrenatural y a depender pues de las castas sacerdotales. Pero como un absolutismo no puede tolerar otro absolutismo, también los choques son inevitables. De Saul a Enrique IV, de Enrique IV a los tiranos iluminados del siglo XVIII, siempre se repite el mismo conflicto de esas dos realidades iguales y rivales unidas eternamente por una sola cadena.

El fascismo, resucitando el poder temporal y la supremacía espiritual de la Iglesia, ha resucitado también este viejo y anacrónico problema que no tiene nada que ver con los intereses vitales del pueblo. No habían transcurrido dos años de la firma del Tratado de Letrán y ya el totalitarismo fascista chocaba con la invación católica, sobre la cuestión delicada e importantísima de la educación de la juventud. El fascismo ha empleado diez años para perfeccionar su sistema educacional. Ya ningún resorte se le escapa; ya todos los sectores del alma infantil son sondeados y moldeados para la completa realización de la fórmula: "El individuo existe por y para el Estado". En este concierto armónico la educación religiosa ponía, como es natu-

ral, la nota discordante por la razón muy sencilla de que, con toda su buena voluntad, ningún cura podía enseñar la divinización del Estado.

La Iglesia había llamado a Mussolini con el nombre de "enviado de la Providencia", pero no podía pasar de ahí sin destruir sus mismas bases teóricas. Y en 1931 la Acción Católica fué disuelta y muchos locales consagrados a la organización juvenil o al culto fueron devastados por los camisas negras. Allí se preparaban —decían los 'boletines fascistas— los cuadros de una organización política destinada a minar las bases del régimen y a sucederle. Interpretado literalmente era un pretexto, pero en la substancia era y es verdad. La Iglesia se prepara para recoger los frutos de esta situación favorable para ella. Por eso hace 'alarde, de vez en cuando, de una especie de autonomía espiritual respecto al partido dominante a pesar de que su conducta ordinaria sea de acatamiento y de servilismo.

Trata, como ha tratado siempre la Iglesia, de servirse del poder político sirviéndole lo menos posible. El Estado siempre trató de hacer lo mismo con la religión. En este juego callado gana el más hábil; y en el caso que nos ocupa el más hábil es el papa. El 4 de julio de 1931 éste, que no se había conmovido por todas las tragedias de la vida italiana causadas por el fascismo, que no había tenido una palabra de reprobación por el asesinato del cura antifascista Don Minzoni, que recibía como embajador de Italia ante el Vaticano al responsable de las matanzas de Turín, repentinamente indignado por la disolución de la Acción Católica, base del poder político de la Iglesia en Italia, publicó una encíclica enérgica que hubiera bastado para

hacer condenar a cualquier italiano a 20 años de cárcel. El documento acusa el régimen fascista "de querer monopolizar íntegramente la juventud, en provecho exclusivo de un partido, inculcándole una estatolatría pagana en conflicto con los derechos de la familia y de la Iglesia". Declara que no hay libertad de prensa en Italia, denuncia las violencias y por fin dice que el juramento impuesto a la juventud fascista está en contradicción con la moral cristiana.

Mussolini, que, por la circunstancia, había resucitado su viejo anticlericalismo, tuvo que ceder por fin frente al adversario que él mismo se había creado y permitió la reorganización de la Acción Católica bajo otra forma. La paz volvió, pero no definitivamente. De vez en cuando se plantea otro pequeño conflicto que termina siempre con una victoria de la Iglesia.

El Vaticano posible sucesor del fascismo

Me he detenido tanto sobre la cuestión religiosa porque, si la voz del pueblo no se hace oír (y el pueblo no habla por medio de los diputados, sino por medio de revoluciones), el heredero directo del fascismo, al menos en los países latinos, será el Vaticano. Esta eventualidad, con su corolario de regresión cultural y política, es el peligro mayor que acarrea, para un porvenir no muy lejano, la reacción fascista. Y es un peligro que generalmente no se ve o no se considera bastante.

Lo malo es que estamos demasiado compenetrados por la convicción orgullosa de haber destruído definitivamente ciertas posibilidades históricas. Nuestra conciencia de seres modernos no comprende el pasado porque lo desprecia y no se da cuenta de los peligros y de

las ventajas que se esconden en la herencia ignorada, que los siglos transcurridos nos transmiten.

Los primeros pensadores griegos veían en la historia un eterno repetirse de los mismos ciclos; y Nietzsche recogía emocionado ese mensaje lejano, esa visión integral de la realidad, que era de esclavitud y que le pareció ser de liberación. Un siglo antes el solitario filósofo napolitanio, J. B. Vico, había enunciado la misma teoría, que él llamaba de los "Corsi e ricorsi". En esta concepción se niega la doctrina del progreso ilimitado acariciada por los enciclopedistas y por el fácil liberalismo de los tiempos pacíficos; y se niega a la vez la muerte, no la de los hombres, sino la de los hechos y de las ideas. Todo lo que ha sido volverá a ser, todo lo que murió resurge; teoría demasiado simétrica y estéticamente hermosa para ser verdadera, demasiado desesperante, desde el punto de vista de la moral y de la acción, para ser aceptable.

La doctrina de los círculos cerrados que se repiten invariablemente y la otra de la línea recta que asciende indefinidamente, son dos estilizaciones muy nuestras y muy falsas de la historia. El drama continuo de los hombres es una creación incesante de la voluntad humana o, mejor dicho, de las voluntades humanas, que, chocando y fundiéndose, construyen una realidad que no responde a ninguna teoría y que comprende progresos y regresos, muertes y resurrecciones.

Sin embargo, en las afirmaciones absolutas de Nietzsche o de Vico, hay una verdad relativa y es ésta: ninguna realidad histórica — idea, institución, costumbre, ley — muere tan definitivamente que no pueda resurgir, bajo la misma forma o bajo otra, a distancia de

un siglo o de diez. La repetición no es fatal; pero el pasado queda latente en el humus del porvenir, así como una cualidad materna permanece en el hijo en estado de potencia, esperando una ocasión externa — que puede no presentarse nunca para transformarse en el acto. En realidad la historia no es sino el continuo entrecruzarse, silencioso o violento, de las tendencias elementales del alma humana, que cambian su aspecto exterior en el refinamiento de las distintas civilizaciones, pero no su naturaleza íntima.

La victoria de los impulsos buenos (o que consideramos buenos) sobre los otros no tiene nunca carácter definitivo; no hay derechos adquiridos. Para mantener una posición hay que volver a conquistarla todos los días.

El error que perdió a la democracia es justamente la concepción estática y fatalista de la historia. Las conquistas liberales del siglo pasado parecieron un patrimonio inalienable; y faltó entonces el esfuerzo de superación que era el único medio para conservarlas.

¿La monarquía de derecho divino? Una institución derrocada por la Revolución Francesa y a la que la guerra mundial dió el golpe de gracia. ¿El poder temporal? Muerto irremisiblemente en 1870. Y el poder temporal resurgió; y la monarquía de derecho divino también. ¿Qué importa que las justificaciones mitológicas de la ascendencia divina o de la unción del Señor hayan sido substituídas por la fe mesiánica en un hombre considerado superior o simplemente por el acatamiento de la fuerza brutal? La tendencia es la misma y los resultados también. En realidad el derecho divino no era sino el símbolo, el nombre oficial y de

etiqueta, del derecho del puño. En la antigüedad todos los usurpadores eran hijos de dioses, expresión convencional para decir: hijo de padre desconocido o sin alcurnia. Era un hipócrita homenaje al principio de la legitimidad de la sangre, continuamente violado. Muerto este principio, murió la fórmula; pero la misma realidad resurge con otras fórmulas, ahora que cayó en astillas el concepto del poder como expresión de la voluntad popular. Y hasta que no se consiga abolir el poder de unos hombres sobre otros, hasta que no se consiga derrocar al principio de autoridad en sí mismo, no lograremos salir del círculo vicioso.

CAPITULO IV

Corporativismo

Las corporaciones en la Edad Media

La organización política basada en una armazón gremial, tiene en Italia antiguas y gloriosas tradiciones. Algunas de las más célebres y refinadas repúblicas comunales de la Edad Media italiana, se basaban en las corporaciones. La democracia florentina del siglo XIV, tan fecunda en resultados económicos y culturales, era una democracia corporativa. El pueblo, derrotada la aristocracia de origen feudal, se dió con las "ordenanzas de justicia" de 1294 una organización política que tenía sus raíces en la clasificación gremial. Quien no pertenecía a ninguna de las **artes** o de los oficios en que estaba dividida la población productora no podía ocupar ningún puesto de pública responsabilidad. Dante Alighieri, aristócrata de nacimiento y de espíritu, el más inclasificable de los genios, sin embargo, si quiso participar en la vida política de su patria, tuvo que inscribirse en uno de los oficios llamados mayores, el de los médicos y farmacéuticos. A través de sus repre-

sentantes, los gremios dominaban toda la vida pública. Los palacios de las corporaciones (de los obreros de la lana, de los mercaderes, de los escribanos) construídos con las riquezas derivadas de aquel primer florecimiento comercial e industrial, figuran entre los monumentos más hermosos que la Edad Media haya dejado en las plazas de Italia. Y no solamente de Italia. Basta pensar en la Grand Place de Bruxelles, en cuyo costado noroeste se suceden los lujosos antiguos palacios de las corporaciones de los tenderos, de los bateleros, de los carpinteros, de los panaderos, para tener una visión de lo que fueron esas organizaciones gremiales de la Edad Media.

Ahora bien: el fascismo y antes que él D'Annunzio, han resucitado el nombre. ¿En qué relación está ese nombre con la realidad de hace seis siglos y con la realidad presente? ¿Tiene verdaderamente el sistema corporativo fascista la originalidad y la eficacia que sus teóricos o, mejor dicho, sus propagandistas quieren atribuirle?

Instituciones jurídicas creadas por el pueblo, las corporaciones fueron en muchas ciudades de Italia la base de esas libertades comunales de la Edad Media que en la península iniciaron la destrucción del régimen feudal anticipando en siete siglos las consecuencias de la toma de la Bastilla. En las corporaciones medievales encontramos reflejada ya claramente, en los tiempos obscuros y confusos del dominio imperial y eclesiástico, la lucha de la clase en sus distintas fases. Véanse en Florencia las luchas del "pueblo gordo" ("artes mayores": artes es lo mismo que corporaciones) contra la nobleza; y las del "pue-

blo flaco'' (''artes menores'') contra el pueblo gordo. Y véanse en fin, la desordenada rebeldía de los asalariados más humildes, que en el florentino de aquellos tiempos se llamaban ''ciompi'' y en el alemán de Marx se llamarían ''lumpen proletariat'', rebeldía seguida por la constitución de otras tres corporaciones que entraron a formar parte del gobierno de la ciudad.

El fascismo emplea las palabras ''corporaciones'' y ''estado corporativo'' reivindicando para sí los títulos de nobleza que provienen de una lejana y gloriosa tradición histórica. Pero ¿qué relación puede haber entre un sistema que pone la Comuna en las manos de los gremios y otro que hace de los gremios un instrumento pasivo en las manos de un Estado centralizador y totalitario? Dice Pasquale Villari, el más autorizado historiador de la República florentina: ''No debemos pensar que el gobierno (de la Comuna de Florencia) tuviera la importancia que tienen los gobiernos de las sociedades modernas, ya que en Florencia el poder residía siempre en las manos de las asociaciones... El gobierno central tenía una importancia secundaria, y esto nos explica el hecho de que, en aquellas revoluciones continuas, en aquellos cambios de leyes y estatutos, cuando a nosotros nos parece que no existe un gobierno, las cosas procedieron según su orden natural y normal... No era un Estado centralizado como los modernos; era una especie de confederación de artes y oficios, de agrupaciones de sociedades diversas. Este carácter general lo encontramos en todas las Comunas italianas, pero sobre todo en Florencia...''

Cuando D'Annunzio, llevado por una fiebre de acción toda literaria, guió sus legionarios a la conquista Fiume y se encontró después con la necesidad de organizar la vida en el pequeño Estado improvisado, redactó una constitución que tiene su pequeña importancia en los antecedentes teóricos del corporativismo (quiero decir en la historia de la palabra). D'Anunzio, como casi todos los artistas refinados, tiene una predilección de carácter estético por las cosas y las instituciones que pertenecen a un pasado lejano. El lujo espléndido y cruel de las cortes del Renacimiento, la dorada decadencia bizantina o la aurora fecunda y sana de las Comunas, todo esto es para él fuente de poesías y objeto de añoranza. Y en su afán de vivir la poesía, quiso resucitar en Fiume la Comuna medioeval, idealizándola y substituyendo al profundo sentido práctico de nuestros padres el lujo inútil de sus fantasías estéticas. Escribió un Estatuto como había escrito tragedias. Y fué ese Estatuto, que llamado "La Carta del Carnaro", el que inició la moda y la fortuna de la palabra "corporación". Pero las corporaciones de D'Anunzio, que, por otra parte, quedaron en el papel y no llegaron nunca hasta la banalidad de la realización práctica, eran descentralizadas y democráticas y no transmitieron a las corporaciones actuales más que el nombre y la retórica.

Y no podían transmitirles otra cosa ya que lo que fué realidad real en la Edad Media no puede ser ahora sino realidad poética. Las corporaciones creadas para el artesanado son un contrasentido en la gran industria. Lo único que pudo resucitar el fascismo fué la jerarquía cerrada que oprimía toda la organización interna

de las corporaciones medievales y que, si era en ese entonces un producto de los tiempos, es hoy un anacronismo.

Tres puntos me parece necesario aclarar para una más exacta comprensión de las cosas: ante todo la realidad sindical italiana del perío prefascista, es decir, lo que el fascismo destruyó; después la teoría fascista del Estado corporativo como se manifiesta en las nuevas leyes; y por último, las relacionts entre las leyes y los hechos.

Las organizaciones obreras antes de la guerra

En Italia el movimiento obrero, después de los primeros tímidos ensayos debidos a la propaganda de Mazzini (sociedades obreras republicanas) y de Bakunin (fascios obreros internacionalistas) en el siglo pasado, se había fortalecido muchísimo en los primeros años de este siglo. En 1906, de un congreso sindical que representaba a 250.000 obreros organizados surge la Confederación General del Trabajo que siguió siendo la principal organización obrera italiana mientras duró la posibilidad de una vida libre en Italia. En el mismo año la flamante confederación establece una alianza con la **Liga Nacional de las Cooperativas y con la Federación Nacional de las Sociedades de Socorro mutuo.**

La Confederación, independiente de los partidos en los comienzos, siguió siempre sin embargo una línea de acción socialdemócrata. (1) Más radical; en sentido soreliano y libertario a la vez, fué otra orga-

(1) Más tarde se vinculó también oficialmente con el Partido Socialista por medio de un Pacto de Alianza (en los últimos tiempos de la guerra 1914 - 18, ó poco después).

nización surgida de la minoría disidente del mismo congreso, aumentada por la adhesión de los anarquistas: la **Unión Sindical Italiana(1)** que llegó en seguida a tener 100.000 afiliados y que ejerció una influencia notable en la Italia del Norte. Fuera de estas dos organizaciones, vivían además algunos sindicatos autónomos, como el de los ferroviarios (muy fuerte y muy influenciado por elementos anarquistas).

En 1914, en vísperas de la guerra, la Confederación General del Trabajo había llegado a tener 321.853 organizados. Y a este progreso de las organizaciones obreras corresponde un nivel siempre más elevado del standard de vida de las clases más humildes y aun un progreso constante en el desarrollo industrial, progreso en que las justas exigencias de los productores tenían su parte de mérito, ya que obligaban a los industriales a no dormirse en el cómodo sillón de la rutina.

Existían también numerosas y fuertes asociaciones sindicales católicas que habían surgido después de la encíclica "Rerum Novarum" de León XIII; pero su programa colaboracionista, es decir, antisindical y antiproletario, las fué debilitando de a poco, haciéndolas pasar, en el período que va de 1903 a 1911, de 400.000 a 104.164 miembros. (2)

Después de la guerra

Después de la guerra, la crisis económica, el aumento vertiginoso de los precios y una cantidad de factores psicológicos que todos conocen y que sería inútil enumerar

---

(1) La Unión Sindical Italiana fué fundada en 1912; anteriormente las organizaciones obreras con tendencia sindicalista y libertaria estaban relacionadas por un comité central "de la acción directa".

(2) Buozzi et Nitti. — "Fascisme et Sindicalisme", Valois, París.

aquí, agudizó el conflicto entre el capital y el trabajo, no sólo en Italia, sino en todas partes.

Las necesidades de esta lucha empujan a los obreros en masa hacia las organizaciones. En un año, de 1918 a 1919, la Confederación General del Trabajo quintuplica casi sus miembros. La Unión Sindical llega a tener alrededor de 300.000 afiliados. Las huelgas se suceden rápidamente unas a otras, sin que los salarios, en esa carrera loca, lleguen a alcanzar casi nunca el índice del costo de la vida. Estas huelgas, a pesar de la atmósfera revolucionaria que se había creado en Italia, eran casi siempre reformistas, así como reformistas eran las cooperativas y las sociedades de asistencia que se iban creando en esos años.

Los organismos para la reconstrucción económica de la sociedad sobre bases más justas surgían en toda parte con ritmo acelerado. Faltaba la organización de la defensa armada, de esos mismos institutos y, sobre todo, faltaba iniciativa en las masas, acostumbradas a recibir órdenes y a esperarlas de las superiores jerarquías sindicales y de partido. Los jefes, como siempre, faltaron a su misión y la organización obrera italiana fué destrozada, cuando los capitalistas, heridos en sus intereses, pasaron bruscamente de la espera atemorizada a la acción violenta y extralegal.

Ahora los fascistas se jactan de haber salvado a Italia del desorden rojo y hablan del período de la ocupación de las fábricas como de un momento bochornoso de la vida italiana.

Sin embargo, en ese período Mussolini, prosiguiendo su táctica de demagogía frente a los obreros y de chantage frente a los industriales, exaltaba el gesto

revolucionario de las masas productoras. Su campaña contra las organizaciones socialistas y sindicalistas se basaba a menudo en la acusación de carecer de espíritu revolucionario. Los mismos sindicatos fascistas que empezaban a surgir y contaban con un número insignificante de afiliados no tenían una línea de conducta uniforme. Eran revolucionarios donde los industriales o los propietarios rurales se negaban a reconocerlos; pero se trasformaban en rompehuelgas al servicio de los patrones donde éstos los ayudaban.

Si un movimiento anticapitalista hubiera estallado, en muchas partes de Italia habrían encontrado inmediatamente los instrumentos adecuados para una evolución hacia una economía nueva. Algunos ejemplos: La provincia de Ravena, sobre sus 250.000 habitantes contaba con 20.000 organizados. Las cooperativas de consumo tenían 12.000 miembros y sus negocios alcanzaban anualmente un movimiento de 25 millones de liras. En 1921 las cooperativas de trabajo y de producción habían efectuado trabajos por un valor de 7.728.000 liras. Las cooperativas agrícolas cultivaban 9.605 hectáreas de tierra. (1).

En Bolonia, donde vivía yo en aquella época, el "Ente autónomo de consumo" absorbía gran parte del comercio. El alcalde socialista, organizador y animador de ese instituto, no era un revolucionario, pero declaraba que si, contra sus deseos, se hubiera producido una revolución anticapitalista, él podía comprometerse a abastecer toda la zona a través de la red de las cooperativas. En efecto, durante la guerra, mientras ciudades importantísimas, como Turín, se habían quedado

---

(1) Buozzi et Nitti. — Obra citada.

a veces sin pan, Bolonia, gracias a esa organización de la distribución, había seguido un ritmo de vida casi normal.

Molinella, esa pequeña ciudad de la llanura emiliana que resistió desesperadamente hasta el agotamiento, oasis de héroes entre la masa gris de los resignados, tenía un sistema de cooperativas agrícolas cuyo capital ascendía a muchos millones y que controlaba prácticamente la producción de ese sector.

Los ejemplos podrían multiplicarse: Milán, Reggio Emilia, Novara... Y el desarrollo de la cooperación estaba estrechamente ligado al movimiento sindical.

Las clases dominantes se asustaban por los cantos revolucionarios de las multitudes, pero más se asustaban por ese trabajo tranquilo y práctico que minaba lentamente su dominio. Y cuando vieron que, detrás de los himnos no había una seria preparación armada, empezaron la ofensiva, encontrando su instrumento adecuado en las escuadras de acción del partido fascista. Las expediciones punitivas, puestas al servicio de los grandes industriales y de los grandes terratenientes, muchas veces organizadas y pagadas por ellos, protegidas por la policía, apoyadas por las fuerzas armadas, no demoraron mucho tiempo en destruir todo lo que había sido pacientemente construído. Los primeros edificios incendiados fueron las cooperativas, las bolsas de trabajo, las bibliotecas obreras; las primeras víctimas del puñal fascista fueron organizadores obreros. Estallaba una huelga: con un golpe de teléfono el industrial llamaba a los camisas negras; se repetían las escenas de terror de todas las expediciones punitivas. Los obreros no disponían de dinero ni de automóviles

para reunirse en gran número rápidamente; allanamientos previos de la policía habían dejado sin un arma las casas de los proletarios. La derrota era casi siempre fatal. Las huelgas empezaron a disminuir y los propietarios de los medios de producción, vueltos insaciables por las fabulosas ganancias del período bélico, aprovecharon la impotencia de los obreros para rebajar inmediatamente los salarios. A esto le llaman ahora los fascistas "haber salvado a Italia del desastre."

La demostración de la vitalidad creativa del movimiento obrero italiano fué dada por el clamoroso episodio de la ocupación de las fábricas por parte de los obreros, que pareció el principio de una vida nueva y no fué sino la aplicación de un método inédito a la rutinaria lucha gremial para mejoras inmediatas. Debía salir de allí una sociedad de productores emancipados del capital y salió... la promesa del control obrero en las fábricas. Cuando los dueños de los instrumentos de producción vieron que la clásica montaña daba a luz el clásico ratoncillo, midieron sus fuerzas y las de sus adversarios y alimentaron con su dinero al fascismo, el instrumento inmediato de defensa, el futuro campeón de la dictadura capitalïsta en Europa y en el mundo.

La prehistoria del Corporativismo

En 1927 Alfredo Rocco, que fué y es el principal jurista fascista, escribía: "No siempre la idea que dió impulso a la revolución, triunfa en la revolución; es el caso del bolchevismo ruso, que, después de haber hecho la revolución para realizar el comunismo marxista,

se encamina netamente hacia un estado de cosas que no es ni comunista ni marxista... El fascismo, por el contrario, figura entre las revoluciones que, a pesar de las inevitables adaptaciones impuestas por las necesidades histórica realiza su ideología.'' (1)

Alfredo Rocco, conoce bien la historia del fascismo Se podría, pues, creer, por sus palabras, que la modificación que el fascismo impuso a la sociedad italiana no fué sino el lógico y coherente desarrollo evolutivo de principios b;sicos establecidos de antemano, como razón e impulso de la acción práctica.

Veamos las líneas principales de esta evolución en el campo sindical, desde el programa de 1919 hasta la reciente organización corporativa de la vida italiana, donde el sindicato es absorbido y superado en el sistema totalitario de la vida nacional. Voy a hablar por ahora de la evolución teórica y legislativa, no del desarrollo de los hechos que sigue una línea paralela sí, pero distinta.

Veamos ante todo los artículos del primer programa fascista de 1919 que se refieren a la condición de los obreros. Art. 11 ''Prohibición del trabajo de los niños que tengan menos de 16 años. El día de trabajo de 8 horas.'' Art. 12 ''Reorganización de la producción según el principio cooperativo y participación directa de los obreros en los beneficios.'' Además: participación de los representantes de los trabajadores en el funcionamiento técnico de las industrias; salario mínimo; autorización a las organizaciones proletarias para administrar las industrias y los servicios públicos.

---

(1) Alfredo Rocco. — ''Ta Transformazione dello Stato''. — Ed. La Voce, Roma, 1927 (pág. 7).

En el terreno político —al que debo entrar por las necesidades de la comparación, ya que el Parlamento corporativo actual es un organismo político teóricamente basado en los sindicatos— el programa de 1919 pedía en su Art. 2°: "Descentralización. Soberanía del pueblo, ejercida a través del sufragio universal, igual y directo, por todos los ciudadanos de ambos sexos, reservándose el pueblo el derecho de iniciativa para el referéndum y el veto."

En ese período Mussolini apoyaba en su diario la ocupación obrera de las fábricas y escribía (6 de abril de 1920), frases como ésta: "Yo soy partidario del individuo y estoy en guerra contra el Estado... El Estado es una máquina terrible que traga a los hombres vivos y los restituye muertos como números (1) o ésta otra: "La tierra es para el que la trabaja." (2).

Los primeros sindicatos fascistas

Este es el punto de partida. Mientras tanto, en la práctica, el fascismo organizaba sus sindicatos, que surgieron sin ningún carácter definido teniendo como única misión la lucha contra los sindicatos rivales de la Confederación General del Trabajo, de la Unión Sindical, de los católicos. La idea corporativa no asomó nunca en la política sindical fascista de los primeros años, ni siquiera como presentimiento. Los sindicatos fascistas eran en los comienzos pequeñas minorías turbulentas, destinadas a engrosarse con los contingentes obreros que la violencia de las escuadras de acción separaba de las organizaciones libres. El número de sus

---

(1) **Il Popolo d'Italia** del 6 de abril de 1920.
(2) **Il Popolo d'Italia** del 11 de abril de 1920.

afiliados, en efecto, fué insignificante hasta fines de 1921, pero, a medida que se intensificaban los asaltos y los incendios, a medida que el apoyo patronal al fascismo se hacía más definitivo y decidido, ese contingente aumentaba muchísimo y con una rapidez extraordinaria, aunque no llegó a alcanzar la cifra de los organizados, que tenía en 1919 la Confederación General del Trabajo, sino mucho tiempo después de la marcha sobre Roma. (1) Este incremento de los sindicatos fascistas se debía no sólo al terror, sino también a la táctica de los industriales que los protegían y daban trabajo preferiblemente a sus afiliados. Más que organizaciones de defensa obrera eran instrumentos de combate antiobrero y a veces también instrumentos de chantage hacia los dadores de trabajo, ya que los sindicatos fascistas eran siempre muy revolucionarios contra los patrones que no querían reconocerlos y apoyarlos.

El terror de las escuadras negras empezó en el campo, donde la intimidación era más fácil y los adversarios se encontraban más dispersos. Por eso los primeros progresos numéricos de los sindicatos fascistas se realizaron entre los agricultores. El proletariado industrial —excepto minorías sin importancia— no empezó a ingresar en ellos sino mucho más tarde. Pero las adhesiones, sea en el campo, sea en las ciudades, no eran ni profundas ni sinceras; eran la prueba de una voluntad débil de una pequeña parte de las masas productoras, pero casi nunca de una convicción auténtica o de auténticos intereses colectivos. Yo puedo afirmar

---

(1) Hermann Heller. — "Europa y el fascismo". Ed. España, Madrid, 1931, (pág. 182).

eso por experiencia directa, por el conocimiento que tengo del ambiente. Pero, como nadie está obligado a creerme, voy a citar algunos episodios que tienen valor de pruebas, advirtiendo que los elijo entre muchos. "En la comuna d'Adorno había 420 sombrereros; el sindicato de la Confederación había sido destruído violentamente y sobre sus ruinas había surgido el sindicato fascista, fuerte de 200 miembros. Entonces, en 1923, casi un año después de la marcha sobre Roma, creyendo segura la victoria, los fascistas toleraron que los sombrereros votaran por sufragio libre y secreto, si querían pertenecer a la C. G. del T. o a la C. de los sindicatos fascistas. Y bien: sobre 420 votos, 397 fueron para la C. G. del T., 14 para los sindicatos fascistas y 9 en blanco.(1) Este era el espíritu de las masas. Más tarde, en 1925, se realizaron en las fábricas las elecciones para las comisiones internas, y, a pesar de la semi inexistencia del sindicalismo libre en el campo práctico y del número de afiliados con que contaban los sindicatos fascistas, estas elecciones fueron un triunfo para los socialistsas y los comunistas. Basta citar el resultado en los talleres de la Fiat, la famosa fábrica de automóviles de Turín: 4.740 votos comunistas, 4.463 socialistas, 760 fascistas. (2)

Estas elecciones se realizaban en 1925, después del discurso del 3 de enero, que había inaugurado la segunda fase, diría casi la fase pretotalitaria del fascismo gubernamental. Todavía la organización obrera era teóricamente libre. Todavía no se habían modificado las leyes y se seguían aplicando en la burocracia sindi-

---

(1) Buozzi et Nitti. — Obra citada, (pág. 118).
(2) Hermann Heller. — Obra citada, (pág. 185).

cal los viejos métodos. Pero, después de estas elecciones, en el acuerdo de palacio Vidoni, del que hablaremos luego, las comisiones internas en las fábricas fueron abolidas, reemplazándolas en sus funciones los sindicatos fascistas.

Mientras tanto, éstos a la vez que destruían los sindicatos libres, se apoderaban también de sus sedes, de sus riquezas, de sus documentos legales con la ayuda oficial de la autoridad. Generalmente el procedimiento era éste. Había en un pueblito un sindicato obrero con algunos capitales. Las escuedras de camisas negras impedían con la violencia que el sindicato funcionara, dispersaban con el terror a su afiliados y recogían a los más débiles en un sindicato fascista. Este se presentaba entonces como el sucesor legítimo del otro y se apoderaba, con la sanción legal de las autoridades, del dinero y de los bienes de su predecesor. Y, aunque ningún miembro del antiguo sindicato hubiera pasado al nuevo, la operación se realizaba siempre porque las autoridades nunca exigían pruebas. Lo mismo se hacía con las cooperativas y con las sociedades de socorro mutuo. Muchas de estas últimas, después de haber pasado a manos de los administradores fascistas desaparecieron a través de una rápida decadencia.

Los sindicatos fascistas —repito— a pesar de adoptar a veces y sólo en los comentarios periodísticos el nombre de corporaciones, —puesto de moda por D'Annuncio en Fiume,— no tuvieron, en sus cuatro primeros años de vida, ningún carácter que los acercara al tipo de sindicalismo de Estado basado en la colaboración de clase que es presentado por los teóricos actuales como la esencia misma de la idea fascistas. La trans-

formación es lenta y debida sobre todo a motivos contingentes que se resumen en uno solo: la necesidad de destruir hasta en las posibilidades burocráticas, la organización obrera libre que constituía a la vez un peligro para el capitalismo y una amenaza para el Estado fascista.

Las etapas de esta lenta evolución son o parecen a veces insignificantes. Ante todo, el gobierno dió facultad a los prefectos (representantes del poder ejecutivo en las provincias) para disolver cualquier organización por simple motivo de orden público. Naturalmente, esta medida era una primera arma legal contra los sindicatos no fascistas. Después con la ley del 24 de enero de 1924 el gobierno se atribuía el control directo de estos sindicatos.

En todo el año 1924 y en el 1925 las condiciones siguieron así. Desde el punto de vista formal, seguía existiendo la libertad de organización. En la realidad lo poco que aun quedaba tenía que limitarse a una actividad semi clandestina, ya que, en las distintas localidades el verdadero poder no se encontraba en las manos de los que estaban oficialmente encargados de hacer respetar las leyes, sino en las de los grupos fascistas de acción que imponían con el revólver y el puñal otra ley, la ley real y brutal que anticipaba en la práctica lo que fué sancionado después jurídicamente. Hemos visto que en 1925, después de tres años de dominación fascista, las elecciones de las comisiones internas de fábrica dieron un resultado extramadamente favorable a los socialistas. Esta derrota y la resistencia sorda y pasiva de las masas, fueron los principales factores que empujaron poco a poco al gobierno en el camino del

totalitarismo, expresado en la fórmula: "todo para el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado".

El pacto de Palacio Vidoni

Como primer paso, el 2 de octubre de 1925 se celebró en el palacio Vidoni, en Roma, un acuerdo extraoficial, pero inspirado directamente por el gobierno, entre la Confederación General de la Industria y la Unión de los sindicatos fascistas, en el que la organización patronal se comprometía a considerar a esta última como legítima y única representante de los obreros. Hay que considerar que la Unión de los sindicatos fascistas comprendía apenas el 20 o|o de los trabajadores. Por el mismo acuerdo se abolían las comisiones internas en las fábricas. Un mes después el gobierno, con un decreto, declaraba revocables o modificables los contratos de trabajo anteriores al acuerdo de palacio Vidoni, abrogando las leyes que los garantían. Como se ve, ese trabajo de eliminación progresiva de las fuerzas contrarias es lento e inconsciente, ya que no se sabe adónde quiere llegar, guiado, en cada uno de sus pasos, por las necesidades del momento. En el campo sindical como en los otros el fascismo es, en esa época de transición, una violencia en busca de una teoría.

Después de novimbre de 1925 las medidas represivas y les decretos restrictivos contra las organizaciones libres se intensifican extraordinariamente, pero tienen siempre un carácter de combate, no constructivo, sino destructivo. No voy a enumerar aquí estas medidas que destruyeron hasta las apariencias del sindicalismo libre, porque me interesa llegar pronto al trabapo de creación del gobierno fascista en el terreno sindical,

trabajo que se realizó principalmente en el 1926 y 1927.

Evolución teórica del corporativismo

Con la ley del 3 deabril de 1926 nace el corporativismo. Esta obra legislativa fué completada por un decreto del Poder Ejecutivo el 1° de julio del mismo año y culminó en la "Carta del Lavoro" promulgada el 21 de abril de 1927 en ocasión de la fiesta fascista del trabajo (1). Paralelamente los teóricos dedicaban su actividad a la formación de una doctrina corporativa.

Me interesa delinear a grandes rasgos ese edificio teórico, levantado por el fascismo como justificación de modificaciones reales en la situación sindical del pueblo italiano, que se sucedieron en el tiempo sin obedecer a ningún sistema, dirigidas siempre contra "algo" y no para la construcción de algo.

Según Alfredo Rocco, inspirador de la legislación obrera fascista, según Gino Arias, su principal exégeta y según la multitud de los propagandistas, el plan constructivo al cual tendía la evolución del Estado italiano, era hasta el año pasado (1933) el siguiente: 13 confederaciones, aumentables según las necesidas y repartidas así: 6 obreras, 6 patronales y 1 para las profesiones liberales, constituyen algo así como las columnas verticales del edificio. Tanto los obreros como los dadores de trabajo deberían estar organizados cada uno en su campo en las siguientes confederaciones: de la agricultura, de la industria, del comercio, del crédito, de los trasportes marítimos y aéreos y de los trasportes internos. Las confederaciones están formadas (siempre en el proyecto) por los sindicatos. En el

(1) Para "La Carta del Lavoro", véase: Francisco C. Bendicente "La Carta del Lavoro", Buenos Aires, 1928.

orden sindical que, como dice Rocco, es vertical, no se admiten interferencias entre la zona de los patrones y la de los obreros, netamente separadas. La relación entre esas dos fuerzas, empeñadas en un conflicto secular que el fascismo dice haber solucionado en el plano superior de los intereses nacionales, se establece a través de organismos horizontales, llamados corporaciones, una para cada categoría de la producción. La corporación, órgano de síntesis del sindicato patronal y del correspondiente sindicato obrero, no tiene atribuciones bien determinadas. No tiene personalidad jurídica, sino que es un órgano de la administración del Estado; sus jefes son nombrados por el gobierno. En teoría sirve para conciliar los intereses de los obreros y de los dadores de trabajo en provecho de la producción y de toda la nación. A través de la corporación, los sindicatos entran a integrar el Estado. Este se llama Estado corporativo, no porque sea una emanación de las corporaciones, sino porque crea las corporaciones y por medio de ellas ejerce un control general sobre toda la sociedad. En su discurso del 9 de marzo de 1928 en la Cámara, el ministro de Justicia decía, en efecto: "El Estado corporativo no es el Estado en manos de la corporación, sino la corporación en manos del Estado. El Estado es quien reconoce a los sindicatos, el que los asimila como sus propios miembros y se sirve de ellos para acercarse a las masas y procurar su bienestar moral y material."

En relación con las corporaciones el Estado crea el órgano legislativo, que es el parlamento corporativo. Por encima de las corporaciones, en un plano jerárquico superior está el Consejo Nacional de las corporaciones compuesto de 159 miembros y el Ministerio de las

corporaciones. El objeto declarado de estos órganos horizontales de relación entre sindicatos obreros y sindicatos patronales es el de sustituir la autodefensa de clase, prohibida ya por las primeras leyes sindicales fascistas, con la colaboración de clase; es el de sustituir la solidaridad internacional de los trabajadores, con una solidaridad nacional entre obreros y patrones contra los otros países. Nosotros queremos sustituir la guerra entre las clases por la guerra entre las naciones, dicen los fascistas. Todo este edificio, que aun no ha pasado completamente del estado de proyecto al de realización y sufre —en el papel— incesantes transformaciones, se basa en un principio jerárquico. Ya desde los primeros tiempos de actuación en la calle, los sindicatos fascistas se distinguían de los otros por el hecho de recibir sus dirigentes de las autoridades del partido, sin ninguna designación electiva de parte de los afiliados. Este carácter se ha ido acentuando siempre más; ahora es el Estado el que nombra los dirigentes sindicales. (1) ese extraño Estado fascista, que según la teoría oficial, es el creador de la Nación y se identifica con el Gobierno y con el Partido, reduciéndose, a través de varias ficciones legales, a la persona misma del primer ministro.

Naturalmente, esta arquitectónica organización sindical comprende sólo a los sindicatos fascistas que son los únicos reconocidos por las leyes y los únicos existentes, formando aquella minoría activa, que, según Mussolini, es la única que tiene importancia y hace la historia. Es la doctrina de los que no pueden conquistar

(1) A veces se realizan elecciones "por aclamación" sobre propuestas de los dirigentes fascistas; cambia la forma pero no la substancia.

la mayoría. Mussolini sabe que no la tiene. En efecto, mientras se jactaba en general del entusiasmo fascista del pueblo italiano, el jefe de gobierno en el mismo discurso (1) en que anunciaba la futura cámara corporativa, tenía que confesar lo que sigue: "No hay que hacerse muchas ilusiones por lo que se relaciona con el proletariado de las ciudades: en gran parte está aun distante y, si ya no es contrario, permanece ausente. Es evidente que tendremos que ser ayudados por las leyes fatales de la vida. La generación de los irreductibles se eliminará por ley natural. Vendrán los jóvenes, obreros y campesinos que estamos reclutando en los Balilas y en los Vanguardistas, potentes organismos que nos permiten controlar la vida de la nación de los seis a los sesenta años". En estas condiciones, la jerarquía es para el fascismo aun más una necesidad que una doctrina.

Vamos a ver qué parte de ese plan dibujado teóricamente por Rocco ha sido realizado en las leyes. Después veremos qué relación hay entre las leyes y los hechos.

Legislación corporativa

En las leyes y decretos de 1926 que, según el ministro de Justicia Alfredo Rocco, representan la solución de un problema que atormenta a la humanidad desde hace 100 años, se establece que puede ser legalmente reconocido un sindicato obrero o patronal que comprenda la décima parte de los trabajadores del ramo, siempre que se preocupe no sólo de la protección económica, sino también de la educación moral y nacional de sus afiliados, que tenga dirigentes de fe nacional segura, que exija, para

(1) **Il Corriere de la Sera**, 27 de mayo de 1927.

la admisión de sus miembros, una buena conducta política desde el punto de vista nacional. Para cada ramo de la producción no se admite el reconocimiento legal de más de un sindicato. En otras palabras: se reconocen exclusivamente los sindicatos fascistas. Y no es ésta una simple deducción mía. Mussolini y Rossotni lo declaraban abiertamente. (1) Los sindicatos reconocidos representan a todos los obreros o patrones del ramo, aun en las localidades en las que no tienen ningún inscripto, y pueden imponer a todos los trabajadores o dadores de trabajo de la categoría que representan, inscriptos o no, una cotización anual, deducidas del salario en caso de que se trate de obreros.

Los contratos de trabajo celebrados por las organizaciones reconocidas son obligatorios para todos los que pertenecen al ramo al que el contrato se refiere.

Los sindicatos no reconocidos, no teniendo personalidad jurídica no pueden hacer nada de lo que hace un sindicato, aun en teoría. En la práctica, la organización autónoma ya no existía. Con las leyes excepcionales de noviembre de 1926 que disolvían todas las asociaciones, "antinacionales", es decir no fascistas, la Confederación General del Trabajo, que no era más que una sede y un sello, se trasladó a París a través de la fuga clandestina de sus miembrios. Y sin embargo cinco meses después la "Cárta del Lavoro" inicia su artículo 3° con estas palabras destinadas a la Oficina Intenacio-

---

(1) Roberto Farinacci, entonces Secretario General de Partido, escribía: "Esto es justo porque hay que recompensar a los que han servido al fascismo". Por lo visto —comenta Arturo Labriola— se hacen las revoluciones para dar de comer a los revolucionarios. (A. Labriola, "L'Etat et la Crise", París, 1923, pág. 294).

cional del Trabajo de Ginebra: "La organización sindical y profesional es libre."

Ya en las leyes de 1926 se preveía, pero sólo como proyecto para el futuro, la institución de organismos estatales de relación entre sindicatos patronales y sindicatos obreros.

La Magistratura del Trabajo

Para sustituir la autodefensa de clase y al mismo tiempo la costumbre del arbitraje interno que daba a los obreros un poder igual al de los patrones en la resolución de los confictos del trabajo, fué instituida en el mismo año y en las mismas leyes, la Magistratura del Trabajo, sección especial de las cortes de apelación, constituídas por tres magistrados, dos consejeros de la misma corte y dos expertos provistos de diploma universitario o de título equivalente y de "conducta política intachable".

Por la misma constitución de este Tribunal, en el que no interviene para nada el elemento obrero, se puede adivinar cuál será su actuación. Luego lo veremos con datos precisos. La consecuencia lógica de la institución de la Magistratura del Trabajo es la prohibición de la huelga y del lock-out.

En el mismo año 1926 un decreto creaba el Ministerio de las corporaciones y el Consejo Nacional de las corporaciones. Pero a los tres años, en 1929, no existía aún en Italia ninguna corporación y el Consejo no se había reunido nunca. La ley había encontrado aplicación inmediata en su parte represiva, dirigida a impedir cualquier retorno al pasado. Pero el Estado corporativo, del que hablaban todos los discursos del "Duce" y todos los diarios italianos, demoraba en na-

cer. Como órganos de relación horizontal funcionaban mientras tanto los comités intersindicales, compuestos por delegados de los patrones y de los sindicatos obreros fascistas y presididos por el secretario del fascio local.

En su conjunto estaban bajo la dirección del secretario del partido fascista. Estos comités tenían por cometido el examen de los conflictos entre capital y trabajo, el control y la vigilancia políticoeconómico sobre las organizaciones y sus dirigentes, la elaboración de los contratos de trabajo. En realidad estos organismos absorbían y centralizaban todas las actividades de los sindicatos. El Ministro Bottai elogia en la cámara en marzo de 1928 la labor de estos comités que podríamos llamar precorporativos, por su obra, en el sentido de una reducción de los salarios y de los precios (1). Veremos que la reducción de los salarios, debido al sindicialismo fascista fué mucho mayor que la de los precios.

La "Carta del Lavoro"

Este edificio jurídico se vió coronado por un documento no jurídico, trabajo personal de Mussolini, promulgado en 1927 con el nombre de "Carta del Lavoro", que no hacía sino englobar en un sistema teórico más o menos orgánico las disposiciones del año precedente. Se reafirma en el articulado de la "Carta" la fe del fascismo en la propiedad privada, se fijan las atribuciones de las corporaciones (que, por otra parte, aun no habían sido creadas)' se rechaza cualquier criterio de salario mínimo de salario proporcional al costo de la vida, dos conceptos que, según Bottai, son poco dinámicos, se reco-

(2) Buozzi et Nitti. Obra citada. (pág. 171).

mienda a las asociaciones de dadores de trabajo el aumento de la producción, la reducción de los gastos (es decir, en el fondo, también de los salarios) y la aceptación de los inscriptos en las listas de colocación dando preferencia a los afiliados al partido y a los sindicatos fascistas. Las otras disposiciones ya figuraban o en las leyes 1926 o bien en la constitución de las viejas organizaciones socialistas o católicas. Por otra parte, las clausiras que se refieren a los contratos colectivos de trabajo, fueron aplicadas muy raramente.

En la sustancia los sindicatos, instituciones más de hecho que de derecho, tienen sobre ciertos puntos una reglamentación muy vaga que demuestra cómo la realidad que la ley se esfuerza por cubrir es a menudo inconfesable. Los sindicatos no funcionan como tales. Se limitan a recibir órdenes y a imponer su aplicación. No se explica de otra manera cómo en 1927, despusé de seis años de vida sindical, se planteara una discusión sobre este punto: si los dirigentes obreros deben ser electivos o nombrados jerárquicamente.

La ley del 3 de Abril de 1926 dice que deben ser nombrados según los estatutos internos de cada asociación y aprobados por el Ministerio. Así es que los dadores de trabajo eligen sus dirigentes, mientras los sindicatos obreros ven imponer sus jefes desde arriba ,como desde arriba se ven imponer resoluciones, contratos, etc. Este criterio de los nombramientos hechos en las altas esferas — dice el secretario del partido en 1928 para terminar con la discusión — dió buenos resultados y suprimió completamente la mentalidad democrática. Así que hay conservarlo.

Pero la ley no dice nada al respecto. Lo que se pue-

de observar es que los dirigentes y los representantes de los obreros pertenecen casi todos a la clase de los abogados; casi ninguno sale del proletariado. Además de los sindicatos obreros y patronales, existen las federaciones profesionales de los médicos, abogados, periodistas, etc. Estas federaciones establecen las listas de sus afiliados, de las que son generalmente excluídos todos los que tienen un pasado o un presente demasiado...impuro(1). Y la ley impide el ejercicio de la profesión a los que no figuran en esas listas. El periodismo, para citar el ejemplo más evidente y conocido, ha sido depurado completamente. "En un régimen totalitario como debe ser el que surge de una revolución triunfante, la prensa es un elemento de este régimen, una fuerza al servicio de este régimen. He aquí porqué la prensa italiana es fascista." Así habla Mussolini.(2)

Un paso más hacia el Estado corporativo integral, como lo concibe Rocco, fué dado con la ley electoral del 17 de Mayo de 1928, elaborada por el Gran Consejo fascista, esa asamblea nombrada directamente por el Duce, en la que todos los poderes se confunden, en la vaguedad de las atribuciones. El Parlamento que salió de la aplicación de esta ley tiene la misma realidad y las mismas raíces que tienen los sindicatos. Como éstos, teniendo el mismo nombre de las organizaciones libres, son en realidad instituciones de carácter militar que no hacen sino ejecutar órdenes, así la Cámara, que surge a través de un complicado sistema de doble elección se

(1) Por ejemplo: fué expulsado de la orden de los abogados de Roma, a pesar de su fama de insigne jurista, el viejo F. Saverio Merlino (muerto en 1930), que ejerció la profesión desde hacía más de 50 años y había defendido al anarquista reficida Bresci en 1900.

(2) Discurso del 10 de octubre de 1928.

reduce, si observamos un poco el mecanismo, a una asamblea nombrada por el gobierno. En efecto, la ley que suprime el sufragio universal, establece que el cuerpo legislativo se componga de 400 miembros, elegidos por el Gran Consejo (emanación personal de Mussolini) sobre un total de 800 candidatos propuestos por las trece confederaciones corporativas y por ciertas asociaciones culturales, mutualistas y benéficas. Los candidatos no son propuestos directamente por los obreros y los dadores de trabajo, sino por los consejos generales de las confederaciones, electivos en las organizaciones patronales nombrados por el gobierno en las organizaciones obreras. Así en realidad los obreros no tienen nada que ver con la proposición de candidatos, mientras los patrones pueden influenciarla. Cuando el Gran Consejo tiene en sus manos la lista de candidatos elige en ella o fuera de ella si así le parece (éste es el punto más admirable de la ley) a los 400 diputados. Después los electores, es decir los que pertenezcan a los sindicatos o que se encuentren en ciertas condiciones determinadas, votam globalmente la lista con un "sí" o con un "no".

Es seguro que, con todas estas precauciones y con las que se toman extraoficialmente, si la lista del Gran Consejo no fuera aprobada los hombres tendrían derecho a creer en milagros. Por este caso no puede suceder. Y si sucediera, la ley establece que se realice una segunda elección con distintas listas. Pero éstas, propuestas con el mismo sistema, nunca contendrían nombres de opositores y la victoria sería siempre del fascismo.

El Consejo Nacional de las Corporaciones

En 1929 y 1930 asistimos al trabajo para transformar la Confederación de los sindicatos fascistas en las seis confederaciones previstas por la ley paralelas a las seis ya constituídas por los patrones. En 1930, sin que existan aún las corporaciones se vota la constitución del Consejo Nacional de las Corporaciones, ya instituído en 1926 y que no había funcionado nunca. Este organismo compuesto de 159 miembros de entre los cuales sólo cuarenta son representantes de los sindicatos obreros a través del nombramiento efectuado por los dirigentes, es presidido por el jefe del gobierno — es decir el Duce — "provisto de amplios poderes discrecionales". (1) Mussolini llama al Consejo Nacional de las Corporaciones "el estado mayor de la economía nacional".

Las corporaciones propiamente dichas aun no han sido instituídas, a pesar de haber pasado ocho años desde la ley que las anunciaba.

El 27 de enero de 1931 el Consejo fué dividido en tantas secciones cuantas debían ser, en el proyecto de Rocco las corporaciones. Hubo así 7 comités (para la agricultura, la industria, el comercio, los transportes marítimos, los transportes terrestres, el crédito y los profesionales y artistas que se reunían de vez en cuando con el nombre de "corporaciones". Pero en los discursos oficiales del año 1933 a menudo asoma la confesión de que todavía no habían sido creados los organismos corporativos horizontales que figuraban en los proyectos de 1926. (2)

(1) Mussoiini está autorizado a modificar la composición del Consejo, a prohibir que documentos o memoriales lleguen a manos del Consejo y sean discutidos, a no tener en

En el curso de estos últimos años desde la promulgación de la Carta del Trabajo, cada nuevo decreto, cada modificación en las leyes, fué saludado como el acontecimiento histórico que marca el surgir del Estado corporativo. Así, en la segunda mitad de 1933 la prensa de la península, de acuerdo con las instrucciones dirias transmitidas desde las oficinas del Jefe de Gobierno, empezó a preparar un ambiente de curiosidad alrededor de las próximas "realizaciones" en el campo corporativo. Se dejó a los teóricos fascistas cierta libertad de discusión o, mejor dicho, de previsión. Cada cual, según sus preferencias o sus intereses trataban de adivinar lo que se estaba gestando en el cerebro del Duce.

Ya en el "Congreso de Estudios Corporativos" reunido en Ferrara en 1932 se habían escuchado opiniones muy distintas sobre el papel futuro de esos organismos que desde 1926 constituyen nominalmente la base del régimen fascista, sin haber existido nunca ni en la práctica, ni en la teoría, siendo en realidad sólo un nombre y un mito (No hay que olvidar que Mussolini fué discípulo de Sorel). Hubo en el Congreso de Ferrara y en las discusiones que siguieron hasta noviembre de 1933, un ala derecha y un ala izquierda.

El fascismo de izquierda

Se oyeron palabras a las que los italianos ya no estaban acostumbrados. Hubo discursos, artículos, libros que aliaban a la adoración por el Duce una audacia teórica que los

---

cuenta las deliberaciones, a prohibir su publicación, a dejar de convocar el Consejo por todo el tiempo que quiera, etc., etc. (Y en ese "etcétera" cabe todo lo que se nos puede ocurrir) véase: "Quaderno di G. Ch., N.° 9, pág. 119).

(2) Salvemini "Capitale e Lavoro nel'Italia Fascista, Quaderno de **Giustizia e Libertá** (pág. 118 y 120).

conservadores llamaban bolchevizante. Pero nadie se asustaba. Mussolini sonreía benévolo, decía que no hay que "tenerle miedo al coraje" y aprobaba de vez en cuando en forma ambigua los atrevimientos de sus "enfantes terribles".

El profesor Ugo Spírito en el Congreso de Ferrara y un año después en su libro sobre "Capitalismo y corporativismo" publicado por la editorial Sansoni, de Florencia, sostenía, que las futuras corporaciones serían propietarias: "ni propiedad privada, ni burocráticamente pública, sino propiedad de la corporación". El nuevo "capitalismo corporativo" apoyado por un prefacio de Mussolini no asustó a ningún capitalista. En Italia ya nadie se impresiona por las palabras.

A un periodista francés, que lo interrobaga ansiosamente, Mussolini contestaba: "Estoy preparando grandes cosas. Quiero llegar al régimen corporativo..." (1) Y, en efecto, al mes de esta entrevista, el 14 de noviembre de 1933 presentaba al Consejo de las Corporaciones una moción "histórica" (todo es histórico ahora en Italia, pero más que todo los discursos del Duce) en la que definía las futuras corporaciones como "el instrumento que, al amparo del Estado, realiza la disciplina integral, orgánica y unitaria de las fuerzas productivas", asignaba al Consejo Nacional de las Corporaciones un poder legislativo en materia económica y encargaba el Gran Consejo Fascista de las reformas constitucionales necesarias para la realización del proyecto. Acompañó la moción con un largo discurso en el que hacía la historia del capitalismo, identificándolo arbitraria-

---

(1) Entrevista con Henry de Kerillis publicada en el **Petit Parisien**, en octubre de 1923.

mente con el liberalismo económico y, declarando, como un marxista cualquiera, que la depresión actual no es una crisis en el sistema, sino una crisis del sistema. Pero, después del discurso, el corporativismo quedaba más misterioso que antes; ni una palabra acerca de la propiedad y de los otros problemas vitales que son una consecuencia de la "crisis del sistema".

Las agencias, en las dos semanas precedentes, habían anunciado a todo el mundo la próxima substitución de la Cámara de Diputados por una asamblea de técnicos y representantes sindicales. Mucho ya se había escrito en todas partes sobre esta innovación, que podía ser la tecnocracia, el Estado sindical, una especie de bolchevismo, etc., etc. Todos los diarios extranjeros habían anunciado la reforma como un acontecimiento inmediato, en coincidencia con la terminación del período legislativo. En su discurso del 14 de noviembre en cambio Mussolini postergó la transformación para más adelante, cuando estuvieran constituídas esas corporaciones, anunciadas ya como una gran conquista en 1926 y aun al estado de nebulosas en 1934.

"No habiendo tiempo suficiente en estos meses para la creación de los nuevos Institutos corporativos, la nueva Cámara será elegida con los mismos métodos que en 1929... Es perfectamente comprensible que más adelante el Consejo Nacional de las Corporaciones substituya en todo la actual Cámara, que no nos gustó nunca. Esta Cámara es anacrónica..., ajena a nuestra mentalidad y a nuestra pasión de fascistas... presupone un mundo ya demolido..." Estas palabras pertenecen al discurso reciente del 14 de noviembre de 1933. ¿Habrá quien se acuerde, aún, en Italia, de los discursos en que Mu-

ssolini exaltaba la actual Cámara, surgida de la reforma electoral fascista de 1928, como la expresión más pura del Estado corporativo? La historia del Corporativismo está toda en estas contradicciones; es una historia de palabras. En 1927: "Hemos creado el Estado corporativo" (1); en 1934 "Estamos por crear el Estado corporativo".

Las corporaciones

El 13 de enero de 1934 Mussolini presentando el proyecto de la ley corporativa ilustra una vez más en el Senado la "nueva economía" e insiste sobre este punto: "La economía corporativa respeta el principio de la propiedad privada... El Estado interviene sólo cuando la economía individual es insuficiente". Las afirmaciones anticapitalistas del 14 de noviembre habían sido archivadas. Mientras tanto el senador De Vecchi, el inspirador de la matanza de Turín, daba esta clara e idealista definición de las corporaciones: "La corporación es la paz social en el reïno del purísimo espíritu".

Entre discursos aclaratorios y apologéticos fué aprobado por fin en enero de 1934, el reglamento de las corporaciones. Como medida previa habían sido destituídos los dirigentes sindicales Razza, Clavenzani, De Marsanich y otros, que creyendo interpretar las futuras tendencias de Mussolini y queriendo desempeñar con cierta aproximación su papel de representantes obreros, habían participado en las discusiones corporativas del año pasado con las ideas

(1) Véase el discurso del 26 de mayo de 1927 en la Cámara (**Il Corriere della Sera**, del día siguiente) y el otro del 10 de marzo de 1929 en la Asamblea quinquenal del régimen (**Il Corriere della Sera**, del 12 de marzo de 1929).

del llamado fascismo de izquierda. Esta corriente, alentada a veces, aunque en forma ambigua, por el jefe del gobierno, sirvió por algunos meses para sondear la opinión pública en el mismo campo fascista y para asombrar a los extranjeros, que acaban por confundir un corporativismo con otro, las teorías con las leyes y éstas con las realizaciones prácticas.

Como siempre, Mussolini tiró sus instrumentos después de haberlos utilizado. El fascismo de izquierda desempeñó su función en 1933; en 1934 los dirigentes de las trece confederaciones pertenecen todos a la tendencia tradicional y esencial del fascismo. Entre ellos está Pirelli, el más conservador de los grandes industriales.

En el campo teórico y legislativo el reglamento de las corporaciones aprobado en enero es el único documento que pueda servir de base a una definición del corporativismo fascista en este momento.

Ante todo las corporaciones ya no son siete como en el proyecto de Arias. Cada confederación sindical comprende una multiplicidad de categorías que ahora son declaradas autónomas y forman sendas corporaciones con las categorías correspondientes de la Confederación paralela. Las Confederaciones que, agrupando en gran escala, por un lado a los obreros, por el otro a los dadores de trabajo, tenían, a pesar de todo, un contenido clasista, han sido reducidas a un papel secundario y casi superfluo. A pesar de la existencia puramente burocrática de los sindicatos, el concepto mismo de la organización obrera parece peligroso. Se trata de oponer a la solidaridad de clase una solidaridad entre los patrones y obreros de una misma categoría.

No se puede desconocer que resurge aquí el círculo

cerrado de las corporaciones medioevales, pero con otro espíritu y en otras condiciones.. Ahora, en los complicados engranajes de una nación moderna, la división por categoría es una cosa natural para la clase de los dadores de trabajo, mientras es un contrasentido para los obreros, que tienen en la unión la única garantía para la defensa de sus intereses. La diferencia esencial entre las antiguas y modernas corporaciones es que éstas últimas son creadas por el Estado y son órganos del Estado. Esto desplaza y cambia fundamentalmente todos los términos de la cuestión; ni se concibe como las dos cosas pueden llevar el mismo nombre. En las corporaciones medioevales existían jerarquías internas y los que tenían en las manos los instrumentos de producción oprimían a otros. En la nueva creación italiana esta opresión es oficializada por el Estado que controla todas las manifestaciones de la vida e impide cualquier evasión.

Corporativismo y capitalismo

Para los grandes industriales y los grandes agrarios esta organización representa la seguridad frente a las incógnitas planteadas después de la guerra por la evolución de la clase obrera y, sobre todo, por el caos económico. El Estado fuerte, creado por ellos hace desaparecer por un lado el fanastama terrible de la expropiación revolucionaria y por el otro sostiene con el dinero de todos, las empresas en peligro. Y un día u otro, cuando llegue el desenlace que todos presienten, cuando la "crisis del sistema" sea más fuerte que todos los puntales, los industriales pasarán con pocos trastornos de su posición actual al papel de funcionarios económicos, de altos empleados del Estado. Es una mentalidad

que se está difundiendo en la clase capitalista. Decía el honorable Olivetti en la asamblea de los industriales mecánicos y metalúrgicos de Turín, el 20 de noviembre de 1933: "Los industriales piensan: sigamos. Cuando nuestras empresas ya no puedan resistir, pediremos la ayuda del Estado. Yo sé bien que muchos industriales en estos momentos de dificultades y de obstáculos cambiarían con gusto su situación de jefes de empresas con la situación de simples funcionarios, directores de casas industriales, sin el riesgo de las quiebras y con la seguridad de un apoyo exterior en los casos difíciles" (1).

Por ahora estos deseos son individuales y casi inconscientes. Pero es indudable que existe en este momento la tendencia a pasar de una fase de dominio capitalista, a otro de preponderancia burocrática a través de una cerrada organización estatal. En Rusia, donde el capitalismo apenas existía, la casta de los funcionarios han surgido de capas sociales aun vírgenes. En los otros países el fascismo, que empieza siempre por aplastar a la clase obrera e impedir sus tentativas de recoger la herencia capitalista, se concreta después en un gobierno absoluto que podrá muy bien ser el vehículo por medio del cual a la supremacía capitalista suceda la supremacía burocrática, sin que por esto la clase dominante tenga que abandonar su posición preeminente. El Estado será su puntal o, mejor dicho, su misma expresión en el campo político, mañana, como hoy. Por eso lo más peligroso en el fenómeno fascista no es su carácter capitalista, sino su aspecto estatal, que se identifica con

---

(1) **La Organizazione Industriale.** (Boletín de la Conf. Gen. Fascista de las Industrias italianas). Citado en el **Operaio Italiano,** 13 de enero de 1934. París.

su aspecto clasista. (El capitalismo no es, sino una forma transitoria de la clase explotadora; el Estado es su expresión permanente).

Desde 1922 todas las fuerzas del fascismo tienden a la formación del Estado fuerte. La nueva ley sobre las corporaciones es un peldaño más de la progresiva identificación del poder legislativo con el poder ejecutivo que constituye el síntoma jurídico (el solo apreciado en el exterior) de lo que es la realidad italiana desde la marcha sobre Roma. Y ahora la Cámara, emanación indirecta del gobierno, no tiene otra misión que la de transformar en leyes los decretos del ministerio. Y se anunció como próxima la muerte del Parlamento, que será substituído por el Consejo Nacional de las Corporaciones.

No se puede adelantar nada seguro sobre esta reforma constitucional. Pero el reciente raglamento nos permite observar el instituto corporativo en su carácter actual de suprema autoridad económica. Las distintas corporaciones serán creadas por un decreto de Mussolini (art. 1o.) Sus presidentes, también nombrados por el Duce, serán miembros del gobierno o funcionarios del partido; (art. 2.o) Sus miembros serán nombrados por las respectivas asociaciones de categoría, pero el nombramiento no tendrá valor sin la aprobación del jefe del gobierno; (art. 3.o) La corporación podrá dictar normas para las relaciones económicas y la disciplina unitaria de la producción. Este es el eje de la reforma corporativa, según los fascistas. Pero la corporación puede ejercer esta función sólo con el consentimiento previo del Duce (art. 8.o) Además, éste tiene la facultad de anular estas normas negándose a permitir, por medio

de un decreto, su publicación oficial, (art. 11) (1). A. todo esto hay que añadir que por ahora existe una sola corporación que no es seguramente la más importante: la corporación del espectáculo. (2).

De esta exposición bastante aburrida en la que no puse nada mío, haciendo hablar a los documentos oficiales fascistas, creo que resultan claras dos cosas: 1.o Este complicado sistema de arquitectura social, aun, incompleto, no tiene carácter sindical, ni tiene nada que ver con lo que tradicionalmente se entiende por corporaciones, ya que la masa organizada no es activa, sino pasiva, no crea, sino obedece, ejército mudo al servicio forzado del absolutismo. 2.o El corporativismo, instrumento de dominio de una partido, es, a la vez, un arma en la mano de la alta burguesía capitalista que subvencionó a ese partido y ahora sostiene al Estado, aunque sirve a veces como arma de recíproco chantage en las pequeñas luchas ocasionales que se producen entre el gobierno y algunas fracciones capitalistas.

Como se aplican las leyes

Estos caracteres, que son claros ya en las disposiciones legislativas, se hacen evidentísimos en el terreno de los hechos, donde la sobreestructura teórica cae, para dejar desnuda la armazón opresiva.

Desde el punto de vista político, decía, el sindicato,

---

(1) Quaderni de **Giustizia e Libertá** No. 10, pág. 16-28.

(2) Naturalmente, después de enero a continuado el trabajo legislativo para dar forma a las futurns corporaciones. Según un reciente comunicado del Comité corporativo (mayo 1934) las Confederaciones serán reducidas a nueve (las cuatro Confederaciones obreras y las cuatro patronales, de la agricultura, comercio, industria y crédito, y, además, la confederación de los intelectuales); las corporaciones serán veintidós: ocho para el

que ahora se llama asociación de categoría, no es más que un instrumento policial de vigilancia y de control. En efecto: no basta que los jefes les sean impuestos jerárquicamente desde arriba, sino que un decreto de febrero de 1933 los declara inamovibles. No basta que cualquier acto importante del sindicato sea realizado por los dirigentes o por los comités intersindicales sin escuchar lo opinión de las masas organizadas, sino que nunca se realizan asambleas consultivas y menos deliberativas.

En abril de 1933, después de doce años de sindicalismo fascista, el subsecretario Biagi, en un discurso, recomendaba a los obreros organizados entrar en contacto con sus organizaciones, discutir en las asambleas sus intereses y sus necesidades, hablar libremente. Y un empleado organizado envió entonces a un periódico fascista de Florencia (1) una carta que contenía estas frases: "Es muy cierto. Seguramente S. E. Biagi, habló en tal forma porque sabe que muy poco de lo que él recomienda aconteció hasta ahora, aunque hayan pasado muchos años desde la constitución de los sindicatos. En efecto, yo, que estoy regularmente inscripto en el sindicato de la industria, nunca he tenido la posibilidad de ponerme en contacto con la organización, de discutir en las asambleas, de expresarme libremente..." Como se ve, los obreros no hacen, sino pagar la cotización (y tendrían que pagarla lo mismo si no estuvieran organi-

---

ciclo productivo agrícola, ocho para el ciclo comercial e industrial y seis para las otras actividades. Serán órganos coordinativos de las asociaciones de categoría (una obrera y una patronal) que integran las Confederaciones paralelas.

(1) **L'Universale** del 25 de abril de 1933.

zados) y sufrir las consecuencias de acuerdos celebrados por sus dirigentes con los cuales no tienen contacto.

De vez en cuando se realizan algunas asambleas, es cierto; son reuniones imponentes y numerosas, a las que concurren todos los obreros encuadrados militarmente por el sindicato. Los dirigentes pronuncian inflamados discursos, coronados por los aplausos reglamentarios, y después el mitín disciplinado termina. A veces hasta se hacen elecciones. El secretario presenta un lista y ésta inmediatamente resulta electa por aclamación. Razza, De Marsanich y otros fueron "electos" en esta forma, lo que no impidió que fueran substituídos por Mussolini en cuanto éste lo creyó conveniente.

Ha ocurrido el caso que los obreros se han negado a votar por aclamación la lista oficial. El fenómeno no se produce a menudo; pocos son los que están dispuestos a sacrificar su pan y su libertad por una cuestión de detalle. Yo conozco un caso sólo (1) En una reunión de categoría de los tipógrafos romanos, éstos se opusieron a la reelección de la comisión directiva fascista, cuyos poderes terminaban y nombraron en su lugar a viejos dirigentes obreros de la época prefascista. Inmediatamente la comisión fué disuelta y llegó un comisario gubernativo con plenos poderes.

En su discurso del 13 de enero (1934) en el senado Mussolini, queriendo explicar las corporaciones de categoría como un restablecimiento de los contactos entre la armazón sindical y las masas, manifestaba involuntariamente el estado real de las cosas: "El sindicato, la asociación elemental, la que debe vivir en contacto íntimo y contínuo con los individuos, fué perdiendo im-

(1) Citado por el **Avanti!**, París 11 de febrero de 1934.

portancia y atrofiándose, mientras se desarrollaban las asociaciones superiores (es decir las Confederaciones que se reducen a pura burocracia estatal).

Y hemos visto que el remedio, la corporación de categoría, restablece los contactos sólo desde el punto de vista de una más estrecha vigilancia.

Los trabajadores, en efecto, fuera de las pocas reuniones oficiales en las que cada uno, mudo y disciplinado, desconfía de su vecino, están completamente aislados unos de otros, ya que cualquier reunión obrera espontánea tendría un carácter sospechoso y los padres de familia que tienen aún grabado en la memoria el recuerdo de los días de terror, prefieren comer cada vez menos, resignadamente y en silencio, antes que llamar la atención de los conquistadores.

El corporativismo instrumento del capitalismo

Decía que, desde el punto de vista económico, el sindicato obrero y toda la armazón corporativa son un arma en manos del capitalismo. Basta una simple comparación entre las organizaciones obreras y las paralelas confederaciones patronales para darse cuenta de esto. Los terratenientes de la Confederación de la Agricultura, los industriales de la Confederación de la Industria, son pocos, son todos fascistas conocidos que ejercen una notable influencia sobre el ministerio de las corporaciones, pueden reunirse cuando quieren, elegir libremente sus representantes, mover todos los resortes para conseguir ventajas. Es muy natural que la resistencia de los dirigentes obreros, ligados con ellos a veces por vínculos de amistad o de intereses y desligados de toda relación íntima con las organizaciones que dirigen, no sea muy tenaz en los conflictos que sur-

gen entre el capital y el trabajo. A veces, cuando las pretensiones de los industriales son exageradas, los representantes obreros elevan unas protestas descoloridas, indiferentes como las defensas de los abogados de oficio.

En el extranjero el fascismo presenta el sistema corporativo como la única forma que se ha encontrado de proteger los intereses obreros armonizándolos con los de la nación. En el interior los diarios exaltan la benevolencia del Duce hacia la clase obrera (como si el bienestar —que en este caso es hipotético— fuera para ella no un derecho y una conquista, sino una dádiva de las supremas autoridades) y se encargan continuamente de trasmitir a Mussolini la imaginaria gratitud de las masas. Pero en Italia todos saben la verdad y ésta se revela, en el momento menos pensado a través de las mismas palabras de los dominadores que olvidan por un instante la máscara. En mayo de 1932 el industrial, senador Tofani, en un discurso suyo en el senado exponía estas dudas "¿No habremos errado el camino haciendo una enconada guerra a la mano de obra, en la esperanza de conseguir el máximo desarrollo y rendimiento de las empresas?"

El senador Marconi tuvo oportunidad de hacer resaltar el error que se había cometido poniéndose en conflicto con los obreros, a los que había que asegurar otro standard de vida. A pesar de estos escrúpulos, sugeridos por razones contingentes, las cosas siguieron como antes. Según un artículo del fascista Clavenzani, en el **Lavoro fascista** del 2 de junio de 1933, las reducciones de salario aceptadas disciplinadamente por los obreros desde el año 1927 han llegado en algunas categorías

al 40 o|o y nunca son inferiores al 20 o|o, mientras el costo de vida se ha visto reducido sólo en el 15,73 o|o. Además, siempre según el mismo autor, muchas reducciones de salario se han efectuado ilegalmente, prescindiendo de los acuerdos y de los contratos de trabajo. Y las denuncias de los obreros son inútiles. Hace algún tiempo, para castigar ejemplarmente la violación de un contrato por parte de un industrial se le retiró solemnemente, pero no se sabe si con seriedad, el carnet del partido fascista. Ese fué todo el castigo. Ya a fines de 1927 eran millares las denuncias por violación de contratos de trabajo que se depositaban regular e inútilmente, en las prefecturas. (1)

En 1931, el Comité corporativo central deliberó que "las organizaciones de los trabajadores, de acuerdo con las de los dadores de trabajo deben examinar la situación salarial teniendo en cuenta todos los factores de tiempo, de rendimiento y de organización técnica." Pero, después de dos años, Clavenzani, en el mismo artículo precedentemente citado, dice que a la organización sindical de los trabajadores no le fueron suministradas las posibilidades ni los elementos necesarios para estudiar los fundamentos de los pedidos de reducción salarial. Y un mes después el diario **Lavoro Fascista** escribía: "Los sindicatos obreros están aun por entenderse con las organizaciones patronales; es necesario que éstas se convenzan de que no se puede dejar por más tiempo al sindicato a las puertas de las fábricas". Esto en 1933.

Como se ve, cuando Bottai dice que las organizaciones actuales son profundamente distintas de los sindi-

(1) "Buozzi et Nitti, obra citada. Pág. 229.

catos clasísticamente concebidos de la época prefascista, se le puede creer. Esa era la época del derecho de huelga y de las comisiones obreras en las fábricas, elementos ignorados en el sindicato de hoy.

Cuando, a pesar de toda su buena voluntad, los organizadores obreros no llegan a ponerse de acuerdo con los patrones sobre cuestiones de salario, interviene la famosa Magistratura del Trabajo. Frente a un tribunal sobre el cual no tienen ninguna influencia, la actitud de esos pseudo representantes obreros cambia bruscamente y se hace agresiva y violenta, —aunque perfectamente inocua— contra los dadores de trabajo. Y la magistratura, después de varias audiencias, se decide siempre en favor de las exigencias de los patrones.

La reducción de los salarios

He aquí por ejemplo lo que pasó en el conflicto entre 30.000 obreros de la seda en la provincia de Como, Varese y Milán y los industriales respectivos. Los patrones hab´an pedido una reducción de los salarios en un 33%; los sindicatos obreros no aceptaban más que una reducción del 10%. Entonces la pendencia fué llevada ante la Magistratura del Trabajo. En las cuatro audiencias del proceso resultó que de 1929 a 1932, en tres años, los salarios en este oficio habían sido disminuídos en un 50%. Con las pretensiones de los industriales, la reducción habría llegado al 83%. La Magistratura del trabajo fué generosa. En vez del 33%, la reducción que siguió a la sentencia del 11 de julio fué del 2 al 11,43% según las categorías. Frente al tribunal, los organizadores obreros que en sede conciliativa habían propuesto una reducción del 10% fueron, cuando ya no podían hacer nada, de una intransigencia heroica. Puestos frente

al público, rechazaron cualquier reducción ulterior para demostrar lo que todos los diarios dijeron entonces, es decir, que el sindicato fascistas defiende a los obreros. Pero después, disciplinadamente, se inclinaron ante la sentencia judicial que elevaba hasta el 60% la reducción global de los salarios en cuatro años y no admitía la investigación pedida sobre el estado de la industria de la seda que habría demostrado la injusticia de las exigencias patronales.

Los industriales, en ese proceso, como en todos los que se discuten ante las magistraturas del trabajo, eran los dueños absolutos del campo. A pesar de haberse demostrado en las audiencias que los obreros no tolerarían, sin un material peligro de vida, una nueva reducción, el abogado Cantoni, que defendía la tesis de los industriales, dijo con indiferencia y también con cierto menosprecio: "Los obreros, con tal de trabajar, se adaptarían a salarios aún inferiores a los que proponen los patrones". En efecto, es cierto. Eso pasaba hace un siglo, cuando el trabajo era una mercadería indefensa. Eso pasa en la Italia de hoy, en la que los sindicatos, que, según un diario fascista "defienden los intereses de los trabajadores con seriedad", no son en realidad, sino un instrumento más de la violencia capitalista contra los productores.

Los ejemplos abundan. Otro caso típico es el de las obreras que trabajaban en la cosecha del arroz. En marzo de 1927 su salario sufrió una reducción, aceptada por los dirigentes del sindicato. Después de quince días los patrones quisieron establecer una nueva rebaja. Los sindicatos no se negaron, pero propusieron una rebaja menor. La Magistratura del Trabajo aceptó la propues-

ta del sindicato y ordenó a las obreras que devolvieran la diferencia entre el salario recibido en los primeros quince días y las nuevas tarifas. La Magistratura —dijeron los diarios— demostró una vez más que el régimen protege a los trabajadores. En efecto, no se podía negar que había sancionado la propuesta del sindicato, es decir de los dirigentes sindicales... nombrados por el gobierno.

Pero la anécdota no termina aquí. En 1928 los salarios de las obreras del arroz sufren una nueva reducción del 7,5%; en 1929 (no se diga que en régimen fascista los salarios nunca aumentan) aumentaron de 1,5%. Pero en 1930 hubo otra rebaja del 17,5%. En 1931 se repite el juego de 1927, los patrones exigen otra reducción del 35 %. Los funcionarios sindicales ofrecen el 20%. La Magistratura del Trabajo defiende como siempre a los obreros "acercándose más a la petición formulada por los trabajadores que a la de los patrones" y estableciendo una rebaja salarial del 24%. La sentencia contiene estas palabras: " El Tribunal indica a la pública admiración la actitud conservada por las dos confederaciones de patrones y agricultores y por sus representantes". Durante la discusión de la causa "los trabajadores, no con el odio de clase en los ánimos, sino al canto de himnos patrióticos, volvieron al trabajo para realizar las labores en tiempo oportuno, aunque aun no conocieran el salario que iban a cobrar" (1). En 1932 los precios del arroz aumentaron, pero los sindicatos consintieron en no pedir aumento de salarios "en vista de los intereses de la producción". En

(1) **Hoja de Informaciones Corporativas.** (Publicación del Ministerio de las Corporaciones) Ed. Española. Año III, No. 8, (pág. 2-3).

1933, nueva rebaja (1) y así probablemente continuará hasta que la eliminación por hambre de un elevado porcentaje de trabajadores no resuelva el tormentoso problema de la desocupación, y será otra victoria del régimen.

Es inútil relatar detalladamente otros hechos semejantes. El procedimiento siempre es el mismo. Quien tenga tiempo y gana de hacerlo puede ver las sentencias de la Magistratura del Trabajo en el conflicto de los marinos (1928) y de los agricultores de la provincia de Cremona (1932), y la estipulación pacífica en el Ministerio de las corporaciones de contratos de trabajo para los obreros de la lana de la provincia de Biella y para los que trabajan en los astilleros del Adriático (1933). Para los obreros de Biella fué establecida por las dos Confederaciones paralelas una reducción salarial que va del 40% al 55%, según las categorías. El día en que los obreros se enteraron por los diarios de las nuevas condiciones estipuladas en Roma por sus representantes, se encontraron con que la milicia fascista y la policía del distrito habían sido reforzadas y acuarteladas en vista de posibles movimientos de protesta (2).

Si no temiera aburrir podría citar otros hechos: condenas a años de cárcel por simples conatos de huelga, por un lado, y por otro, reconocimiento del derecho de lock-out, disfrazado con el pretexto de imperiosas necesidades económicas de las empresas que cierran sus puertas. Naturalmente, esta parcialidad constante de la Magistratura del Trabajo y de toda la organización

---

(1) Chenato Salvemini. "Capitale e Lavoro nel'Italia Fascista". Cuaderno No. 8 de **Giustizia e Libertá**. (Pág. 113-114.

(2) "**L'Operaio**" italiano, 30 de diciembre de 1933. París.

corporativa en favor de los capitalistas sufre algunas excepciones, pero son excepciones que confirman la regla, porque es matemáticamente seguro que el industrial que no sale con la suya o no es fascista, o tiene rivalidad de intereses con los grupos de industriales que sostienen al régimen y se sostienen con él.

El Estado fascista, bajo su nuevo nombre de Estado corporativo, se pone en un plano de superioridad trascendente y pretende representar los intereses supremos de la nación, frente a los cuales los intereses particulares del capital y del trabajo tienen que sacrificarse.

En realidad —creo haberlo demostrado con creces — sólo el trabajo es sacrificado sobre el altar del capitalismo. El Estado corporativo—dice Salvemini en un reciente estudio sobre esta cuestión (1) — se ha hecdo dueño de todo el trabajo, dejando en mano de los particulares el capital''. Es ésta la única coherencia íntima del fascismo, desde 1919 hasta hoy. A través de la cinematográfica sucesión de los programas, desde el socialismo revolucionario de los comienzos hasta el absolutismo de nuestros días, la realidad del movimiento fascista, más o menos disfrazada, siempre fué la misma.

El Estado en manos del capital

''El capitalismo —decía Mussolini en uno de los discursos preparatorios de la ley del 3 de abril de 1926, con la que se inició el corporativismo— tiene una función que el sindicalismo fascista reconoce plenamente... No solamente el capitalismo no está en su fase de decadencia, sino que todavía no llegó a su aurora. Debemos acos-

(1) G. Salvemini, ''Capitale e Lavoro nell'Italia fascista''. Quad. 9 di Giustizia e Libertá. pág. 123

tumbrarnos a pensar que este sistema capitalista, con sus virtudes y con sus defectos, tiene ante sí algunos siglos de existencia''. Es un lenguaje éste que ni el mismo capitalismo, si es que se puede personificar un sistema tan impersonal se atrevería a tener en estos momentos, en que las mismas fuerzas económicamente prevalentes buscan afanosamente una solución que no puede ser, sino un cambio. En efecto, en estos últimos tiempos, de acuerdo con la atmósfera revisionista que de difunde en los ambientes del capital, también el lenguaje de Mussolini ha variado aparentemente. Se sabe que una de las cualidades principales del Duce es esta especial sensibilidad metereológica que le permite ponerse a tono con el futuro más inmediato.

Pero, si cambia la forma de sus discursos, la substancia permanece igual. Es el discurso ''audaz'' del 14 de noviembre de 1933, no ataca al capitalismo en sí, sino al liberalismo capitalista, aplastado ya por los ''trusts'' mucho antes que por las corporaciones. El fascismo no es el capital en manos del Estado, sino el Estado en manos del capital, otra forma ésta de destruir el capitalismo liberalista. Y esta realidad, que se ve clara en los hechos, se vislumbra a veces en las palabras mismas de los jerarcas fascistas. En la sesión del 30 de abril de 1932, por ejemplo, Bottai presentó a la Cámara la ley sobre consorcios obligatorios, destinada a someter los consorcios al control del Estado. En ese discurso Bottai se quejaba de que, hasta ese momento, el Estado hubiera sido un instrumento de esas asociaciones sólo aparentemente voluntarias: ''Está de moda, apenas se tiene la sensación que en un determinado sector las cosas no marchan bien, de solicitar un consorcio... Los síntomas de la agudización del fenómeno consorcialista

son los siguientes: 1°) tendencia a apoyarse sobre la autoridad de las organizaciones sindicales para hacer fuerza sobre la voluntariedad de la adhesión a los consorcios; 2°) tendencia a solicitar la intervención del gobierno, para ganar voluntarios a la causa de cada consorcio... El Estado, privado de cualquier instrumento jurídico de intervención, ha debido limitarse a persuadir o a obligar a los recalcitrantes a una formación económica, de la que no tienen ningún control efectivo y substancial (1) Ahora bien: nunca se pudo decir eso con relación a los organismos obreros, que no tienen ninguna existencia autónoma. El trabajo es controlado por el Estado. El capital se sirve del Estado. Por lo tanto (si los silogismos conservan algún valor) el capital es dueño absoluto del trabajo. La contra prueba está en el hecho de que la ley propuesta por Bottai no fué aplicada. Como, según esta ley, la obligatoriedad del consorcio traía aparejado el control estatal, no sólo se detuvo la tendencia hacia los consorcios obligatorios, sino que algunos de los que ya tenían este carácter (como el siderúrgico) para sustraerse al control se trasformaron e nvoluntarios (2). Es éste un ejemplo de detalle. Pero toda la realidad italiana demuestra que las fuerzas capitalistas dominan y no son dominadas.

El ejército corporativo, perfectamente controlado por esas fuerzas, es para ellas un elemento de seguridad, puesto que el segundo término del binomio, el trabajo, inmovilizado en los cuadros rígidos y exteriores de la organización, no podrá influenciar las futuras transformaciones con el empuje propulsivo y orientador

---

(1) **Hojas de informaciones corporativas.** Roma, abril-mayo de 1932.

(2) Rosenstock-Frank. "La corporazione". Quaderno 10 di **Giustizia e Libertá**, pág. 13.

de sus intereses y de su voluntad. Pero por ahora el capitalismo italiano es más estático que dinámico y se conforma con utilizar el sistema corporativo como sostén mecánico para seguir viviendo a través de progresivas reducciones de salario y a través de la ayuda interesada del Estado, que emplea para financiar las industrias en peligro el dinero de todos. En otras palabras: más adelante el capitalismo podrá utilizar la jerarquía sindical como vehículo de una posible transformación interna que lo salve de la muerte; por ahora, es un simple expediente para seguir viviendo al día. Y esto es lo que nos interesa en este momento. El porvenir —decían nuestros antiguos padres— está en las rodillas de Júpiter.

CAPITULO V

Las dictaduras y la cultura

No todas las dictaduras actuales son de origen fascista. Sin embargo frente al problema cultural no se pueden establecer divisiones. Para las múltiples exigencias de la vida espiritual del hombre todos los dogmas son trabas. En Italia y en Alemania el proceso es más agudo, las consecuencias más graves; pero en el campo cultural que es único y no conoce fronteras, la lucha se combate sobre un frente más amplio, entre el pensamiento en continuo y libre desarrollo por un lado y por el otro el espíritu de autoridad que sacó nuevo vigor de la guerra y tiene hoy su manifestación más típica y más completa en los Estados fascistas.

Absolutismo de ayer y de hoy

El problema de las relaciones entre el poder político y la cultura de un pueblo, es viejo y nuevo a la vez. Viejo, porque ee planteó por primera vez cuando surgió la autoridad estatal en el mundo, nuevo porque sus dos términos han cambiado completamente de aspecto en estos últimos tiempos. Entre la reacción como la entendemos ahora a través de la definición que de ella nos dan los hechos, y la opresión que ejercían en la historia pasada los regímenes absolutos, media una

diferencia profunda: La diferencia entre la dictadura, en el sentido moderno de la palabra y la tiranía, como la entendían nuestros abuelos republicanos que luchaban con las armas y con la pluma contra la monarquía de derecho divino.

La tiranía clásica de los pequeños príncipes del Renacimiento o de los soberanos absolutos anteriores a 1789 era más artificial más restringida. Limitándose el campo político, vigilaba sólo las formas más visibles de la cultura, dejando que, al margen de la literatura y del arte propiamente dichos, fluyera la multiforme vida del pueblo, que forja e incuba continuamente posibilidades nuevas, desarrollos inéditos. La prohibición, la censura no pasaba del terreno político; y, a pesar de las trabas, la civilización podía encontrar las brechas para seguir su camino más absorbente en su esfuerzo hacia la universalidad, la Iglesia vigiló siempre todas las manifestaciones culturales, viendo peligros donde no los veía el Estado. Pero las dos esferas de influencia no siempre se identificaban.

Por el contrario hoy las dictaduras tienen o quieren tener ese carácter integral, que fué siempre la aspiración de la Iglesia. Hitler quema en las plazas los libros que representan la cultura libre, y los camisas pardas alimentan esas hogueras con el entusiasmo de los primeso monjes que destruían los restos de la cultura pagana. Pero si el Estado alemán ha tomado de la Iglesia la intolerancia fanática, el Estado Italiano ha heredado y copiado de ella la intolerancia hábil, que consigue efectos más duraderos. "La libre competición de las ideas — dice **Il Corriere della'Sera** del 9 de mayo de 1933 — es una de las mentiras más burdas de

la filosofía iluminista''. Este concepto que era antes un concepto prevalentemente eclesiástico, domina hoy toda la actitud de los Estados dictatoriales frente a la cultura.

Profundamente distintas —pues— las tiranías de ayer, prevolentemente políticas, de las dictaduras de hoy prevalentemente económicas y clasistas, también distinta será la posición que en el combate ocupa todo el mundo cultural, que tiene ahora, desde la Revolución francesa en adelante otra extensión, otras bases, otras raíces que esas pequeñas y cerradas ''repúblicas de las letras'' de que un Boileau o un Metastasio eran directores o animadores.

He recordado tiempos que pertenecen a un pasado relativamente remoto porque el problema ''si la tiranía favorece las letras o las perjudica'' siempre ha formado parte del casuitismo más o menos académico de los literatos y los críticos literarios.

Arte y libertad

Nada de académico tenía sin embargo la actitud de un Victorio Alfieri, cuando escribió que el arte que florece bajo la tiranía es arte falso, arte de puro espejismo en que la forma mata a la vida. Esos versos suyos tan ardientes y tan altivos, en los que se siente vibrar el orgullo de quien sólo supo encontrar el arte en la libertad y en los que resuena el desprecio hacia los poetas de Estado de aquellos tiempos, se leen hoy en Italia con un entusiasmo que los hace actuales. El grito de indignación y de dolor del viejo poeta, que por tantos otros aspectos está bien lejos de nosotros, encuentra ahora un eco, que los que están arriba no oyen, pero que oíamos

nosotros, en el silencio de tumba en que estábamos encerrados.

Y los que, a pesar de haber abandonado materialmente la cárcel, no hemos dejado de vivir en ella con la parte mejor de nuestra alma, porque en ella viven y sufren los hermanos queridos, todavía sentimos la emoción de entonces, cuando encontramos entre los viejos libros ese desafío magnífico lanzado a la cara de los opresores y esa fe intensa en la libertad como factor de vida, como condición del arte, como alimento indispensable de la inteligencia humana.

Pero, como decía, desde los tiempos en que el iluminismo y la enciclopedia creaban ese mismo tipo de tirano un poco esquemático, sin variedad y sin matices que encontramos también, rígido y sombrío, en las tragedias de Alfieri, hasta nuestra época en que verdaderamente las cosas son más grandes que los hombres y los tipos pierden sus límites fijos y se confunden multiplicándose en la complicación de la vida, la situación, evidentemente, ha cambiado mucho. Han pasado los tiempos en que un hombre podía decir "el Estado soy yo". Mussolini, Hitler, lo dicen, pero no son más que palabras. Basta detenerse un poco a considerar los continuos cambios de ruta de Mussolini en política interna y exterior, para darse cuenta de que la única voluntad firme que lo guía es la de mantenerse agarrado a la silla dictatorial. En todo lo demás se deja llevar por los acontecimientos.

Las dos fuerzas

La organización política y económica de la sociedad se ha sobrecargado enormemente con los elementos más heterogéneos y el hombre ya no puede abarcar todo con sus ojos peque-

ños. En este momento caótico el individuo, aún el más consciente, el que marcha derecho hacia un fin determinado por su libre voluntad, ve perderse sus acciones a muy poca distancia de él, en el mar tempestuoso que no tolera senderos trazados, y no puede seguirlas en sus efectos y en sus prolongaciones. En este caos una realidad se está delineando marcadamente, una realidad que tiene sus raíces en los hombres, pero que parece a veces elevarse por encima de ellos, más fuerte que ellos. Es una realidad brutal, es un retorno del pasado más obscuro que se ha vestido del acero de nuestras máquinas y amenaza al mundo desde lo alto de los rascacielos. Y otra realidad se está lenta y fervorosamente abriendo camino en la selva tan enmarañada de los hombres y de las cosas: la realidad contraria, que tiene en sí misma una savia más joven, un entusiasmo más puro; pero que tiene menos fuerzas porque no tiene las máquinas, que sin embargo ella misma ha creado, ni tiene el dinero. Esta segunda realidad recibe toda su fuerza de la buena voluntad de los hombres, voluntad que puede ser más fuerte que las cosas, que la máquina, que el dinero y sobre esta posibilidad se basa todo el porvenir de la civilización humana.

Estas dos grandes corrientes contrarias, la de la dictadura y la de la libertad, son, al menos en el campo espiritual y casi diría moral, las dos líneas de referencia, según las cuales se puede intentar una clasificación, que nos haga comprender algo en la confusión del mundo contemporáneo. Una y otra son ahora — repito — muy distintas de lo que eran en el siglo pasado. Casi diría que son "otras"; en todo caso son

más radicales, más completas. La libertad ya no se conforma con el sufragio universal y la dictadura llega mucho más allá de la reacción legal y de la ley marcial. En los dos casos es la bancarrota de las leyes. La almohadilla democrática, en que iban a morir hasta cierto punto suavemente los golpes de las fuerzas contrarias, se ha gastado mucho. Y el campo se divide entre los que quieran superar la democracia siguiendo su misma línea evolutiva, que está bien marcada a partir de la Revolución Francesa y marcada con la sangre y el sudor del pueblo, y los otros que quieren borrar con la nueva moral de la violencia y del derecho del más fuerte todas las conquistas de un siglo y medio de historia. Este último es el campo en que se ha refugiado el capitalismo que ve escaparse de entre sus manos el dominio del mundo y quiere conservarlo con todos los medios. El primero sería, mejor dicho es, el campo de las fuerzas nuevas, de las fuerzas del pueblo que trabaja y que está dejando de ser un instrumento para hacerse factor de vida y de creación. El peligro mayor para el porvenir de las civilizaciones humanas está en la posibilidad de que, por las necesidades de la lucha o por un contagio que es frecuente entre ejércitos enemigos, las fuerzas nuevas acepten el terreno y las armas de los adversarios. El pueblo no tiene nada que ganar en la limitación o en la supresión de la libertad.

La dictadura que humilla al hombre y destruye en él los resortes personales, no puede ser un factor de vida y de progreso, porque las raíces de la vida y de la evolución están en la iniciativa de los individuos, de todos los individuos. El ahogar este manantial perenne y siempre nuevo no puede ser sino el último expedien-

te de un mundo que ya ha muerto en la conciencia de los hombres y en la lógica de las cosas, y quiere sobrevivir a sí mismo artificialmente en los hechos materiales. La dictadura es un fenómeno de agonía; es un absurdo aprisionar en ella un mundo que nace. No tengo que ocuparme aquí de todos los múltiples aspectos de esta cuestión. Pero el problema cultural al que debo referirme, copendia un poco a este propósito también los otros problemas, ya que la cultura, entendida en sentido amplio, abraza todas las manifestaciones de la vida de un pueblo, si no en su aspecto exterior, al menos en su substratum. La evolución cultural de los productores les ha dado una conciencia de clase; es esta evolución cultural la que está, a paridad de importancia con otros factores, en los orígenes mismo de la crisis actual del mundo burgués y capitalista. Y el capitalismo, nacido paralelamente a la libertad de pensamiento, no tiene otro remedio ahora, si quiere prolongar su vida, que ahogar con todos los medios el irresistible impulso del mundo hacia nuevas formas. Nosotros asistimos a este esfuerzo desesperado en casi todos los grandes países, ya que, donde las fuerzas de la reacción no han llegado a adueñarse completamente del poder político, ejercen sin embargo sobre todas las formas del pensamiento y de la acción un control de carácter económico.

Los dos Estados en que la dictadura cultural es más completa más cerrada, son Italia y Rusia. La primera constituye el ejemplo más típico de la dictadura capitalista; la segunda ha caído en la terrible equivocación de querer construir el porvenir con los mismos métodos mecánicos con que se conserva un pasado ya muer-

to. Y esta equivocación es tanto más grave en el campo de la cultura, porque ésta, siendo esencialmente vida, movimiento, desarrollo, no puede tolerar sin peligro los límites fijos, estáticos de la reglamentación oficial.

En Italia

El ejemplo de Italia bastaría para demostrarlo. No es fácil llegar a hacer un cuadro completo y transmitirlo a los otros, con el pobre instrumento de la palabra escrita, esa sensación terrible de vacío, de aislamiento, de opresión espiritual que todo el mundo que piensa y estudia experimenta en Italia desde 1925: dije experimenta, mejor hubiera dicho experimentaba, ya que la mayoría de los hombres se acostumbran a todo. Es muy difícil dejar de fumar o de emborracharse; pero ¡es tan fácil dejar de leer y de pensar! El fascismo ha conseguido en este campo lo que quería; ha logrado adormecer el cerebro de las grandes masas y dificultar enormemente la autoeducación de las minorías que no se adaptan a dejar morir su inteligencia. Lo ha logrado con un sistema bastante complicado y casi diría perfecto, que vale la pena ilustrar.

¿Cuáles son los vehículos de la cultura de un pueblo? Son sin duada infinitos (y es por esto que no hay que perder del todo la esperanza), pero se pueden reducir a cinco o seis grupos principales: ante todo la enseñanza en sus múltiples formas (escuelas primarias, después la prensa (diarios, revistas y libros, en las librerías, en las bibliotecas particulares y en las bibliotecas públicas) ; en el tercer puesto, que, cuando se habla

de grandes masas, bien podría ser el primero, están los espectáculos públicos (teatros y cinematógrafos) y la radio. En fin, factor muy importante, a pesar de ser invisible, el continuo y menudo cambio espiritual entre un individuo y otro, por medio de la conversación y de la correspondencia. Estos últimos son los vasos capilares de la vida psíquica de un pueblo y constituyen el camino oculto por el cual el alimento espiritual elaborado en los libros y en los diarios, círcula por todo el país y es asimilado y transformado en sangre y en energía.

Hasta estas formas básicas y primordiales de la vida espiritual colectiva ha llegado el fascismo, que interpone su sombra entre dos amigos que conversan y dos amantes que se escriben, y hasta llega a perturbar con la sensación del peligro el coloquio íntimo y mudo del libro con su lector. Ha conseguido, con un sistema de vigilancia que ni la Inquisición ni el Zar de Rusia conocieron nunca, impedir, no sólo la exteriorización del pensamiento, sino el pensamiento mismo. El pensamiento solitario, que no es fecundado continuamente por la conversación y por la discusión, que no tiene alimento variado de libros y diarios, no puede vivir y evolucionar, a menos de no tener un vigor interno extraordinario que se puede encontrar sólo en contadas personas.

Este trabajo para aislar al individuo de toda la inmensa variedad de la vida y para hacer de él el tipo standard del buen ciudadano fascista y del buen soldado, empieza en el niño, en el pequeño hombre en formación en el cual es importante matar ciertas inclinaciones y fortificar otras, siempre las mismas.

La escuela primaria

A los seis años en Italia el niño ingresa a la escuela primaria: en su primer libro de lectura, que es libro de Estado, igual para todos los colegios de Italia, desde los Alpes hasta Sicilia, las láminas representan niños con camisas negras, pequeños balilas presentados como ejemplo de valor y de patriotismo. La primera frase que aprenden a deletrear después del estudio de las vocales es "eia, eia, alalá", el grito salvaje que acompañaba los tiros y los golpes de puñal de las primeras expediciones punitivas; en la última página un balila con la pluma en la mano proyecta en la pared la sombra de un miliciano con bayoneta. En la escuela los niños que se han inscrito entre los balilas gozan de todas las preferencias, reciben libros y subsidios. Los maestros, que ven variar mucho el juicio de las autoridades escolares sobre su labor según el número de balilas que tienen en su clase, ejercen presiones continuas sobre los padres para que cedan a sus pequeños. Las familias tienen miedo de comprometer el porvenir del niño o el empleo del padre y muchas veces se resignan a ver pesar sobre los hombros inconscientes del hijo la aborrecida camisa negra. Y he aquí al pequeño aferrado por el engranaje que lo transformará progresivamente en vanguardista, en joven fascista y por fin en miliciano a través de una instrucción militar basada sobre la disciplina más estrecha y sobre esta fórmula indiscutible e incesantemente repetida "Mussolini no se equivoca nunca".

Para el niño que no es balila la vida escolar es más difícil: los exámenes presentan mayores dificultades, las excursiones de estudios les cuestan más.

Recuerdo el caso de niños de nueve o diez años que

lloraban suplicando para que el padre los apuntara entre los balilas, no por convicción o por sugestión, sino para salir de esa situación humillante de continua inferioridad. Hay niños con conciencia de hombres, que resisten. Uno escribió en la composición diaria (que la buena y prudente maestra hizo desaparecer) : "No quiero ser balila, porque ser balila hoy significa ser miliciano fascista mañana". Pero no se puede pedir que todos los hombrecitos de diez años sean tan independientes y tan imprudentes. Por un lado saben que con un gesto de rebeldía arruinarían a su familia y por el otro se dejan moldear por el ambiente, como todos los niños; sólo los más inteligentes y generosos cultivan silenciosamente los gérmenes de las rebeliones futuras.

El 11 de junio de 1932 el diario **La Gazzetta del Popolo** de Turín (1) publicaba un suelto, ilustrando y citando las frases más impresionantes de las composiciones hechas por niños de tercer grado en una escuela primaria de los alrededores de la ciudad. Había fracasado un atentado a la vida de Mussolini. El maestro, fascista, propone a sus discípulos el siguiente tema: "¿Qué haríais con el criminal?" El diario cita complacido las contestaciones de esos niños de ocho años de los que la escuela quiere hacer otros tantos verdugos. Son proposiciones de torturas refinadas, de ejecuciones capitales por medio de fusilamiento, de la horca, del fuego, descrita con todos sus detalles y con abundantes faltas de ortografía.

El problema de la infancia, educada en el servilismo más bajo y en el odio sádico contra los enemigos

(1) Citado en el Quaderno 3 di **Giustizia e Libertá** — Junio de 1932.

del régimen constituido, es uno de los más angustiosos entre los que el fascismo presenta a la vida futura. Por suerte, de la escuela de los jesuitas salieron muchos libre pensadores y la historia no se repite sólo en provecho de la reacción.

Como los sindicatos sirven para vigilar a los italianos en su vida de trabajo y el "Dopolavoro" sirve para controlar sus horas libres, militarizando hasta el descanso(1), así la escuela es un instrumento para vigilar, a través de los niños, la intimidad de la familia. "¿De qué habla tu padre durante el almuerzo?" es otro de los temas de composición que caracterizan a la actual vida escolar italiana.

Y este sistema, de control y de formación a la vez, cuidado en sus mínimos detalles, rige toda la enseñanza, desde el jardín de infancia hasta la Facultad.

La lucha toda interior de los estudiantes contra la atmósfera fascista que domina en las escuelas es uno de los más interesantes entre los dramas mudos de la vida italiana contemporánea. En la enseñanza secundaria y en las facultades los profesores antifascistas o simplemente no fascistas son eliminados de a poco, con un trabajo que dura desde 1922.

Las escuelas secundarias

"Hasta un profesor de matemática — ha dicho Mussolini — es necesario que sea fascista, porque hay maneras de decir las cosas o de no decirlas que permite introducir el veneno antifascista, aun en la demostración de un

---

(1) La **Opera Nazionale Dopolavoro** es, para los obreros y empleador lo que la **Opera Nazionale Balilla** para los niños. Después del trabajo, los obreros inscritos, que gozan de notables

teorema''. Pero este trabajo de fascistización se ejerce especialmente sobre las cátedras de historia, de literatura y de filosofía. No puedo resistir a la tentación de citar como una singular victoria pasiva del feminismo de Italia el hecho de que el gobierno haya excluído desde 1927 a las mujeres profesoras de Liceo de estas cátedras consideradas más profundamente formativas, porque, según su criterio, una educación femenina no puede forjar buenos milicianos fascistas. Es un reconocimiento que tiene su valor moral.

No quiero hablar aquí, ni de la obligación de saludar romanamente, de las conmemoraciones y fiestas fascistas que se intercalan continuamente en la labor escolar, ni de las organizaciones estudiantiles oficiales (las únicas permitidas) que invaden completamente el campo de la escuela, organizando en las aulas conferencias de propaganda y en todas partes un servicio de espionaje sistemático y oficialmente reconocido sobre profesores y discípulos. Son las altas autoridades escolares mismas las que incitan en circulares públicas a los estudiantes a vigilar la conducta política de sus profesores y a denunciar sus ímpetus de rebeldía. Cualquier italiano tendría a este propósito abundancia de documentos. La vigilancia sobre la escuela forma parte de las atribuciones de las organizaciones fascistas.

He aquí por ejemplo un documento, perfectamente oficial, que se ha publicado en los diarios de Italia. Lo traduzco de **Il Corriere della Sera** del 7 de abril

---

ventajas, se reunen en los locales del **Dopolavoro** para dedicarse a actividades culturales y deportivas bajo la dirección de maestros y organizadores fascistas. La actividad cultural consiste en algunos cursos, en muchas conferencias de propaganda, en algunas representaciones dramáticas instructivas.

de 1932 — "En las notas informativas sobre los Jefes de los Institutos de enseñanza y sobre los profesores secundarios es naturalmente obligatorio también el juicio político. A este propósito el ministro de la Educación Nacional ha enviado al prof. Arturo Marpicati que el Secretario del Partido ha nombrado jefe de la Asociación fascista de la escuela, la carta siguiente: "Me es grato, informarte que, de acuerdo con lo que me has escrito acerca de las informaciones políticas sobre los profesores de enseñanza secundaria, ya envié órdenes a los decanos para que, con el fin de formular exactamente su juicio de carácter político sobre los profesores, pidan de aquí en adelante a los secretarios federales del Partido fascista los elementos que estos posean al respecto".

He aquí el destino, el pan de un profesor, abandonado oficialmente, legalmente, en las manos de un individuo que por lo general no tiene nada que ver con la intuicción, de un individuo al que una propaganda rencorosa hecha durante varios años por las pequeñas hojas fascistas de provincia ha inspirado el odio y el miedo a la cultura independiente.

No todos los maestros, no todos los profesores aceptan estas condiciones intolerables. Algunos, a pesar del horror al hambre, que llega a ser una obsesión trágica cuando se tienen hijos, algunos digo, se rebelan y muchos oponen a este vigiroso método de esterilización intelectual impuesto desde arriba una táctica de resistencia pasiva que ya es, como bien ha comprendido Mussolini, una forma de propaganda antifascista. Los que se rebelaron abiertamente fueron eliminados en seguida; los otros de a poco con métodos refinados de

humillación y de tortura intelectual. En 1932 el juramento impuesto a los profesores universitarios alejó automáticamente de las Universidades italianas a algunos de los hombres más ilustrados que aun quedaban en ellas. Así el nivel cultural de la Nación va progresivamente bajando. Ya lo dijo una vez Mussolini: "Tenemos demasiado intelectuales".

El último expediente para eliminar de la enseñanza hasta la más pequeña posibilidad de autonomía es reciente. A partir del año pasado, por disposición del ministro del la Educación nacional, entre los documentos necesarios que hay que presentar para concurrir a una cátedra cualquiera, figura el carnet del Partido fascista. Así, con un trabajo lento de eliminación, el fascismo trata de asegurarse la adhesión futura del elemento adolescente, de la Italia de mañana. Pero, tratando de encerrarlo todo en el rígido marco del partido y de matar a la individualidad, no hace sino rechazarla en las zonas obscuras de la conciencia. En realidad la standardización se basa en la hipocresía. Un escritor francés que evidencia muchas simpatías por la organización fascista de la vida, da una definición bastante exacta del carácter de este sistema educativo "El joven italiano de hoy desde su más tierna edad es preparado para la vida del grupo. Sólidamente encuadrado en formaciones jerárquicas, recibe su **vade mecun** intelectual y moral, no de la libre meditación sobre las obras del pensamiento y sobre los hechos de la historia, sino de las manos del Estado que piensa y juzga por él. Bajo la acción de esta educación autoritaria, los contornos de su personalidad se pierden y se confunden en las fronteras más amplias del grupo, de la corporación

de la nación. Así se prepara el pasaje de la conciencia individual a la conciencia colectiva y la formación de una civilización de masas'' (1).

Lo que el articulista no vió es que es muy inexacto hablar de civilización de masas en este caso. Una mentalidad impuesta desde arriba tan completamente ni es civilización ni el pueblo tiene nada que ver con ella.

Atrofía intelectual

Es algo mecánico y artificial, cuya duración pone en peligro no sólo la civilización, sino la vida misma de un pueblo, disecando sus manantiales de energía. Hay que reconocer que muchos de los que pertenecen a la nueva generación y que no han conocido los tiempos prefascistas sufren muy relativamente por este estado de cosas. Se atrofian de a poco sin darse cuenta, absorbidos completamente por el deporte militarizado y rodeado de todos los alicientes exteriores que más pueden atraer a los espíritus juveniles, ávidos de luchas y de certámenes, emborrachados por los desfiles, por las fiestas, por los discursos magnilocuentes, por el biógrafo purgado de todas las películas no conformistas y aumetnado con muchas otras de carácter político y de propaganda.

Si queda en las almas un indicio de espiritualidad y de sensibilidad, la religión se encarga de desviarlo y de volverlo inofensivo. La Iglesia, con la astucia que la caracteriza, se está apoderando de todos los resortes importantes de la vida italiana. Destinada a chocar a cada momento con el Estado sobre el terreno de la enseñanza, cede cuando no tiene más remedio, para exigir

---

(1) **Europe Nouvelle**, de París del 13 de Agosto de 1932.

el doble al día siguiente, cuando el fascismo necesita su apoyo. Y de a poco desplaza de la cultura italiana el idealismo actual de origen alemán, para substituirlo con las rígidos clasificaciones de la neoescolástica. Un ejemplo de esta lenta penetración lo tenemos en la Enciclopedia Treccani, que se está publicando con carácter oficial bajo la dirección de Gentile. Recientemente un artículo de historia religiosa de un escritor italiano, Omodeo, fué publicado en la Enciclopedia con muchas mutilaciones. Frente a las protestas del autor, Gentile se justificó diciendo que la supresión de ciertas partes se debía a la censura de las autoridades eclesiásticas. Para conseguir y conservar ese control sobre el pensamiento italiano en lo que se refiere a sus relaciones con la Iglesia y con sus deseos de expansión política, el catolicismo tolera el espíritu completamente pagano del fascismo en el campo de la moral y del sentimiento. Es una prueba más de que el catolicismo no tiene nada que ver con el cristianismo. Y los fascistas son católicos, más que cristianos.

Iglesia y fascismo

Ya Charles Maurras, inspirador de nacionalismo italiano e indirectamente también del fascismo, decía: "Soy ateo, pero católico", queriendo decir que lo que aceptaba de la Iglesia era la sublimación del espíritu de autoridad, la universalidad, la jerarquía. En este terreno Iglesia y fascismo se encuentran; en este terreno chocan también. Pero, para conseguir algo, justamente en ese campo, la Iglesia abandona a Mussolini toda la herencia moral cristiana que ha quedado en ella como pura apariencia sin fondo. Un ejemplo entre muchos. El **Balila**, perío-

dico para los niños, órgano de la Presidencia de la "Opera Nacional Balila", que figura entre las obras de asistencia de que tanto se jacta el Régimen, publicaba en los primeros días del año (1933) las siguientes palabras: "Es italiano nuevo quien tiene la jocundísima, preciosa alegría de vivir y de creer profundamente en Dios... y que ama a su prójimo como a sí mismo, sólo cuando su prójimo tiene escrito en su acta de nacimiento el mayor de los requisitos: ciudadano italiano. A los otros no es absolutamente necesario quererlos".

El órgano oficial del Vaticano lee eso, protesta a veces pro forma, pero no deja de llamarlo a Mussolini "el enviado de la Providencia". La lucha existe y es una lucha sorda, pero tiene otros objetos. El Estado fascista dice y repite continuamente: "La cultura y la enseñanza son instrumentos de gobierno". La Iglesia dice con más diplomacia: "Toda la enseñanza debe ser dirigida a formar buenos cristianos". Pero las dos frases quieren decir lo mismo, ya que la Iglesia es y se hace cada vez más organismo político. Sobre este punto las dos pretensiones chocan a veces, pero en la práctica se suman para impedir que la personalidad de los niños y de los adolescentes escape de los moldes impuestos desde arriba. Pero todos estos esfuerzos para formar una generación católica y fascista sólo han conseguido forjar una generación en letargo que en sus líneas muy generales es indiferente y espiritualmente pasiva. Digo en sus líneas generales, porque hay, como siempre, una minoría activa, una minoría vital que no deja matar su espíritu y para eso sacrifica a veces la vida del cuerpo. De esta minoría salieron y siguen saliendo todos los condenados por el Tribunal Especial, multitud gloriosa

que basta para destruir la acusación de cobardía que pesa sobre todo un pueblo. De esta minoría que piensa y que vive saldrán las iniciativas del despertar próximo o lejano.

La vida cultural

Para estos núcleos de jóvenes, obreros y estudiantes, que no quieren amoldarse, como para los hombres ya maduros que, en las organizaciones obreras o en las salas de estudios se habían hecho su vida interior antes del fascismo, la atmósfera se hace todos los años más irrespirable. Hemos visto las escuelas oficiales. Lo mismo pasa en todas las otras manifestaciones de la vida cultural.

Milán, por ejemplo, siempre ha sido una ciudad de vida intensa, en la que todos los días el público tiene la posibilidad de elegir entre diez o doce conferencias importantes. Ahora bien: ¿cuáles son los argumentos habituales de las conferencias milanesas en estos últimos años? He aquí la crónica de Milán del 3 de marzo de 1932, en la sección "Conferencias": Ayer, en el círculo B. Mussolini el comm. Oreste Bonomi ha hablado sobre el tema "Mussolini siempre tiene razón". El conferencista, después de haber evocado la grande figura de A. Mussolini,(1) habló extensamente acerca de la infalibilidad del Duce, y acerca del credo fascista". Las otras conferencias del mismo día son: en la "Escuela de mística fascista" una disertación del profesor Rodolfo Mosca sobre "Experiencias y enseñanzas de los imperialistas modernos"; en la Universidad Popular una clase de Roberto Mandel sobre "La defensa contra

(1) Arnaldo Mussolini, fallecido mientras desempeñaba el cargo de director del **Popolo d'Italia**, era el hermano del primer ministro.

los gases de guerra'' y en la parroquia de Santa María Encoronada una lección de Migliori sobre el papa ''Benedetto XV''. Ahora multiplicad eso por el número de las ciudades importantes de Italia y podréis tener un cuadro bastante completo de lo que es la vida cultural de la nación.

En los pequeños pueblos, donde no existe el control de los turistas extranjeros, la megalomanía del partido dominante es mucho más exagerada y llega hasta límites increíbles. El atributo de la infabilidad se extienede allí hasta el secretario del fascio local; los diarios de provincia se atreven a ir, en su adulonerías al régimen, en su nacionalismo exaltado, en su campaña de odio contra los extranjeros y contra los antifascistas, mucho más allá que los grandes diarios que pasan todos los días las fronteras de Italia y tienen que afrontar el juicio de los otros países.

La guerra contra los libros

Para los núcleos jóvenes que no han dejado adormecer su espíritu por la rutina escolar o por la rutina de los sindicatos, hechas de palabras sonoras y belicosas incesantemente repetidas, para los que no han puesto toda su energía y su idealidad en los certámenes deportivos (y son muchos más de los que se cree y de lo que se ve) quedaría el refugio solidario y magnífico que abre idealmente a los presos las puertas de su cárcel, que transforma en actividad fecunda los períodos de ocio forzado, quedaría la lectura. El pueblo italiano era un pueblo que leía mucho. Todavía recuerdo yo con placer el gran número de jóvenes obreros que frecuentaban por la noche, en Bolonia las bibliotecas de barrio establecidas en 1918, 19 y 20, por la comuna socialista.

Ahora todo eso ha desaparecido. Ya desde 1921 las primeras escuadras de las expediciones punitivas, conscientes de su misión, les tenían un verdadero horror a los libros, y se comprende: eran pagadas por los grandes propietarios de tierras y por los grandes comerciantes, estaban formadas por el elemento más turbio de la población y eran guiadas por los niños bien que defendían así las amenazadas riquezas paternas. Y toda esta gente veía, con razón, en el deseo de cultura de los obreros y de los campesinos la causa primordial del fermento revolucionario que tanto los asustaba; digo con razón, porque el deseo de cultura se identifica con el deseo de independencia. Nunca, ni en los tiempos del fanatismo inquisitorial, se han visto en Italia tantas hogueras de libros y de diarios como en el año que precedió y en el que siguió la marcha sobre Roma.

Pero ese era un odio instintivo que después se ha perfeccionado progresivamente y ha tomado un aspecto sistemático y un fin práctico. De 1925 en adelante se han estrechado siempre más los horizontes intelectuales de la Nación. Hasta 1925 el gobierno se había preocupado más que todo por la fascistización de la prensa. En 1925 empezó la ofensiva contra el libro, no sólo en las casas particulares (en los allanamientos a las casas obreras la policía se llevaba casi siempre toda la biblioteca), sino en los puntos de origen: librerías y editoriales. Muy pronto dejaron de imprimirse todos los libros que no fueran fascistas. Las biografías del Duce inundaron el mercado. El público, por natural reacción, dirigió sus preferencias sobre el libro extranjero y muchas editoriales hicieron buenos negocios publicando traducciones de las obras más inofensivas de

Tolstoy, de Gorki, de Jack London. Era un pequeño contacto con el mundo externo que renovaba el aire. Todavía recuerdo el entusiasmo de una muchacha que en 1928, leyendo "Resurrección" de Tolstoy, había descubierto en él esa crítica, magnífica del principio de autoridad, que es el núcleo ideal del libro. Tenía la cara asombrada de alguien que hubiera encontrado un diamante en el jardín de su casa. Hablaba en voz baja y apasionada de esos argumentos nuevos para ella y que ella sabía prohibidos y peligrosos, feliz por el hecho de que hubiera podido escapar a los ojos de los nuevos inquisidores un libro tan revolucionario.

El gobierno se dió cuenta muy pronto del peligro que representaba para su poder sin bases espirituales ese contacto, aunque indirecto y relativo, del pueblo, con el mundo externo. En 1929 llegaban a las librerías instrucciones superiores, que prohibían la venta de la mayoría de los libros extranjeros no perfectamente ortodoxos. Sólo un poco más tarde las presiones de algunas editoriales fascistas consiguieron hacer cambiar la disposición, que, de ese momento en adelante permitió la venta de los más anodinos de esos libros con la condición de que los precios fueran muy elevados. Una vez más el gobierno fascista manifestaba su miedo, mejor dicho, su terror a la cultura obrera, a la evolución intelectual de las clases más pobres.

En estas condiciones es natural que Italia no pueda tener actualmente grandes manifestaciones artísticas. El arte puede sustraerse a veces a las tijeras de un censor externo, pero muere cuando el miedo vigila cada palabra en el momento mismo de la inspiración. Hay que poner atención a lo que se dice y a lo que se omite;

y los pecados hipócritas de omisión son a veces tan graves como los pecados de sinceridad. La tercera página de los diarios y las revistas literarias que surgen y mueren en abundancia, piden a gritos "un arte fascista". En doce años no ha habido en Italia ningún fenómeno artístico que pueda considerarse inspirado por el fascismo. Pero, cuando Hildebrando Pizzetti confiesa (1) en un artículo sobre música que él no entiende la expresión "arte fascista" y que él se conformaría con que el "arte fuera arte", rodea esta confesión con mil palabras de adoración al fascismo y al Duce, que tienen todo el carácter de una almohadilla de protección preventiva.

Es inútil, pues, pedir a los escritores italianos aquella humanidad, aquella universalidad que son la condición primera del arte. Hay buenos literatos, es decir buenos técnicos de la palabra y de la imagen, que viven en un mundo apartado, lejos del pueblo y de la vida. No puede haber grandes artistas, animadores de multitudes, porque las relaciones entre el individuo y las masas están interrumpidas por el muro helado del espionaje y de la desconfianza.

Aislamiento espiritual

Si se piensa que los diarios y las revistas extranjeras que no son favorables al régimen actual no pueden entrar en Italia, se puede ver que el aislamiento espiritual del pueblo italiano no tiene nada que envidiar a la soledad de un Robinson Crusoe. En los trenes que llegan de Suiza o de Francia se realiza siempre en las estaciones de frontera un allanamiento prolijo, para que

---

(1) En su artículo "Questa nostra musica" en la revista Pan. Milan 1° de febrero de 1934.

no pase ni un libro, ni una hoja, ni una palabra que pueda hablar a los italianos de la vida que se desarrolla más allá de sus horizontes limitados. En pleno siglo XX, en el siglo de la televisión y de las comunicaciones estratosféricas, todo un pueblo unido estrechamente a los demás pueblos por los lazos del correo, del teléfono, del telégrafo, de la radio, de los medios de trasporte más rápidos y perfeccionados, se encuentra, sin embargo, lejos del mundo, profundamente solo. La distancia de Milán a Lugano, que se puede franquear en dos horas, es, para los italianos, mucho mayor que la distancia real entre Lugano y Buenos Aires. Las dificultades enormes que se encuentran para pasar la frontera contribuyen a hacer aun más completas y rígidas estas barreras aisladoras.

Hasta 1931 entraban a Italia sólo los turistas extranjeros y salían de ella sólo los fascistas o los simpatizantes fascistas. Después de esa fecha la desocupación creciente obligó al gobierno a permitir cierta emigración, pero un riguroso control impiden que puedan salir de la gran cárcel elementos abiertamente contrarios al fascismo.

La prensa

En estas condiciones de soledad espiritual el único alimento para la inteligencia del gran público sigue siendo siempre la prensa cotidiana que, en todos los países, es la forjadora de la conciencia popular. La función de la prensa está en toda parte muy lejos de ser una función educativa; pero el contraste mismo entre un diario y otro, las polémicas, el choque de los intereses y el choque de las

ideas, mantienen continuamente despierto el espíritu público.

En Italia la variedad de la prensa es un mito. Todos los grandes diarios no son sino el eco repetido de una misma voz. Dedican todos más o menos el mismo número de columnas a los mimos asuntos, siempre, todos los días, con la regularidad de un regimiento que hace ejercicios. En realidad son todos elaborados en la sección "Prensa" de la Presidencia del Consejo. Hace poco tiempo se consiguieron en el extranjero algunas de las circulares enviadas diariamente desde Roma a toda la prensa. Las instrucciones van desde el argumento del editorial hasta la crónica de policía. He aquí algunos ejemplos: Circular del 25 de julio: 1.o Hablar con simpatía del viaje turístico que hará este verano la nave "Giulio Cesare". 2.o Recordar la huelga general que se declaró en Italia el 30 y 31 de julio de 1922, haciendo resaltar que el fascismo surgió para defender al pueblo de la violencia subversiva. 3.o Hacer en todas las ciudades un artículo estadístico sobre la reducción de los precios.

En las instrucciones de dos días después entre muchas otras cosas se prescribía hablar de Gorgulof —el asesino de Doumer— como de un simpatizante socialista. El 29 de julio, el plato del día era la campaña contra las mujeres voluntariamente delgadas y contra la disminución de la natalidad.

Cito al azar, otras órdenes de servicio: "Los únicos diarios autorizados para hacer la bibliografía del libro de Mauclair. **La Majesté de Rome** deben hacer resaltar el contenido de las páginas 180 y 181 de este libro en las que se habla de la atmósfera de cordialidad y de liber-

tad que se respira en Roma''. Otro: ''Hay que dejar de ocuparse de cosas africanas''. Otro: ''No hay que publicar las noticias que se refieren a las agitaciones comunistas en América del Sur''. Y podría seguir por una hora más: prohibición de hablar de crímenes cometidos por fascistas, prohibición de hablar de ciertos desastres de aviación o de las variaciones del precio del pan, prohibición de decir a qué partido pertenecen los antifascistas procesados por el Tribunal Especial. Y comparando estas instrucciones con los diarios de la fecha se encuentra una correspondencia perfecta. Hay que decir, como justificación del periodismo italiano, que muchísimos periodistas huyeron al extranjero o cambiaron de profesión. La prensa en Italia, prácticamente, no existe.

La falsificación de la historia

Y lo mismo ocurre con las revistas o periódicos de alta cultura, que están realizando ahora un trabajo de revisión de todos los valores del pasado en sentido puramente fascista. Veamos, por ejemplo, lo que pasa con la historia. En las escuelas los libros de texto han sido reformados hace tiempo. Es de mayo de 1933 una invitación a los profesores a que eliminen de sus escuelas los textos de historia que hablan de civilizaciones extranjeras en cualquier momento de su desarrollo, ensalzándolas por encima de la civilización italiana. Pero ya no basta suprimir en la enseñanza ciertos acontecimientos o disfrazar otros. En estos últimos años ha empezado una revisión sistemática, hecha por los o tres principales historiadores fascistas según el principio de la división del trabajo, de todo el caudal histórico ita-

liano. Si Alessandro Luzio en una serie de artículos dirigidos al gran público, trata de demostrar que Garibaldi no fué ni tan masón, ni tan anticlerical, ni tan antimonárquico como se cree, Gioacchino Volpe transforma según los criterios fascistas, la historia más reciente. Lo mismo hace Giovanni Gentile para la historia de la filosofía; lo mismo hacen otros en distintos campos.

El fascismo, que siente la hostilidad del pueblo siempre viva bajo la pasividad aparente, trata de llegar a la conquista de la conciencia pública aún por los caminos más insospechables.

En la clandestinidad

Si el cuadro que he intentado trazar fuera completo, hace rato ya que la inteligencia del pueblo italiano habría muerto. Por suerte, los pueblos como los individuos, tienen una multitud de fuerzas de defensa, ya instintivas, ya conscientes. A la uniformidad servil de los diarios se opone a la variedad y la pasión rebelde de la prensa clandestina, a las rígidas barreras fronterizas se opone el esfuerzo continuo para salir de Italia y para entrar secretamente en ella, la mayoría de las veces bajo la amenaza de los fusiles fascistas; por fin, a la vigilancia incesante que una multitud de espías ejerce en las escuelas, en los talleres, en los sindicatos, en la calle, en los tranvías, en las iglesias, se opone la cadena infinita de las conversaciones quebradas y bajas, el hilo interminable de la murmuración que se trasforma a menudo en conspiración y en acción práctica.

A veces está corriente subterránea sale a la luz del día en el salón del Tribunal Especial para volver a hundirse en la oscuridad de las cárceles. Es todo un fer-

mentó que va de la resistencia pasiva, de la flor llevada subrepticiamente sobre la tumba de un mártir, a la propaganda, a la organización secreta, a los atentados. Gracias a este esfuerzo, a este sacrificio continuo de fuerzas juveniles, la vida espiritual continúa en Italia, Pero, ¡a qué precio y en qué forma! Es una pequeña antorcha donde antes había llamaradas. Si esta pesadilla sigue todavía por mucho tiempo, toda una civilización poderosa morirá.

También en el terreno cultural como en los otros, lo que está haciendo el fascismo alemán parece mucho más grave que lo que hizo en tantos años el fascismo italiano. Las comparaciones son siempre odiosas, y máxime en este campo. Pero ésta es de las que se presentan por sí solas a la mente. Nosotros no sabemos qué dejará en pie, al retirarse, la ola de barbarie que sumerge en este momento a la cultura alemana. Si el fenómeno violento al que estamos asistiendo ahora se estabiliza, el cuadro de la Alemania futura no va a ser muy distinto del de la Italia de hoy. Hay perfecta correspondencia entre los dos movimientos. Decía **Roma Fascista**, publicación romana, en mayo de 1933: "Aplaudimos a las hogueras de Berlín, como un día nos reímos alegremente alrededor de nuestras hogueras".

El fascismo italiano me sirvió para demostrar que las dictaduras contemporáneas no tienen nada que ver con la reacción periódica a que nos tenían acostumbrados los gobiernos prebélicos, reacción que tenía un carácter exclusivamente político y exterior. Ahora son las fuentes mismas de la vida espiritual de los pueblos que se quieren disecar, para matar los gérmenes de una evolución que, tanto en su forma lenta como en su for-

ma revolucionaria, asusta a los elementos estáticos y conservadores.

Estos elementos, que están dispuestos a defender sus privilegios con la garra y con los dientes, con el mismo espíritu con que el hombre de las cavernas defendía el producto de su caza, han salido ya de las apariencias legales en los países de dictadura abierta; en los otros, la amenaza cotinua de las fuerzas renovadoras, su propia debilidad y muchos otros factores contingentes, los mantienen dentro de la etiqueta y de las reglas democráticas. Pero su trabajo continuo en todos los campos es paralelo, aunque menos acentuado, al trabajo de eliminación progresiva, de nivelación espiritual que está realizando el fascismo en Italia.

La mecanización del espíritu

Hace poco tiempo Arturo Labriola nos hablaba, desde las columnas de un diario bonaerense, de la presión invisible que pesa, aún en los países libres, sobre la cultura europea; presión política y presión económica que se traduce en dificultades enormes, en vallas casi insalvables que se oponen a la libre difusión y al libre intercambio del pensamiento. Las grandes fuerzas económicas, que necesitan esclavos y no hombres, máquinas y no inteligencias, resultados mecánicos y previstos de factores conocidos y no iniciativas espontáneas, que surgen sin preaviso y se burlan de los cálculos, tienen un interés poderoso en reducir todos los espíritus a un mismo denominador y posiblemente al mínimo común denominador. Los métodos son dos: uno es el procedimiento inquisitorial fascista-católico, el otro es el

método norteamericano de una progresiva materialización de la vida.

La civilización norteamericana tantas veces descrita y tantas veces maldecida, lleva seguramente en sí misma los gérmenes de su propia renovación. Pero mientras tanto, las factores negativos que son el producto, no tanto de la cultura del pueblo yanqui, como de la fuerzas exteriores y materiales que lo dominan, están invadiendo el mundo y ahogan, en un esfuerzo lento y contínuo, los valores de originalidad y de espontaneidad que la guerra mundial había dejado en vida. La adoración de la fuerza animal en las formas más morbosas del deporte, las emociones estandarizadas del cinematógrafo, el poder hipnótico de las cifras, el sentimentalismo barato y uniforme de cierta literatura popular, la racionalización mecánica del trabajo, todos estos aspectos del esfuerzo para reducir a un grado mínimo el papel del individuo y para dar a ese resto de vida espiritual la uniformidad que es propia de la materia, han sido analizados ya demasiadas veces para que sea útil examinarlas una vez más. Son fenómenos, hasta cierto punto naturales, de un mundo ya muerto en su espíritu, reducido a la sola armazón de su poder material, que trata, para salvarse, de reducir todo a materia; bajo este aspecto el hedonismo norteamericano y la dictadura de Mussolini barnizada de espiritualismo, coinciden un instante.

La traición de los intelectuales

Frente a este desencadenarse natural de fuerzas reaccionarias, dos fenómenos ilógicos y enfermizos merecen detener nuestra atención. Uno es lo que con Julien Benda se podría llamar la "Trahison

des cleres'' (la traición de los intelectuales), aunque él lo dijera en un sentido más absoluto. Después de la guerra hemos asistido, en efecto, a una degeneración parcial, pero violenta, del pensamiento y del arte, en sentido autoritario, degeneración que constituye una verdadera traición, no hacia determinados ideales o programas, sino hacia la cultura misma, que no tiene definición posible, sino en la libertad.

El ejemplo de Italia demuestra claramente que la vida cultural es inconciliable con la aceptación de la autoridad.

Lo vió muy bien Benedetto Croce, que está muy lejos de ser un libertario, pero que es un pensador honrado, uno de esos intelectuales que no han traicionado. Hablando del proceso histórico, en efecto, él decía hace poco: ''Sólo en la libertad la historia tiene sentido y es comprensible. Sin duda, en la historia encontramos también regímenes teocráticos y regímenes autoritarios, regímenes de violencia, reacciones, contrarreformas, dictaduras, tiranías; pero lo que únicamente y siempre resurge, se desarrolla y crece, es la libertad, que trae de sus aparentes derrotas los impulsos para su misma vida. Sin duda, también, en los tiempos pasados la palabra ''libertad'' ha sido a veces insultada y maldecida, pero la insultaban y maldecían, hombres y grupos sociales que se veían amenazados en sus privilegios o molestados en sus rutinas, o bien, plebes ignorantes instigadas por sus curas; en nuestros días por el contrario, no son sólo los privilegiados o los ignorantes, sino también los intelectuales, procreados por la libertad, que no se dan cuenta de que negándola, se niegan a sí mis-

mos; y éste es un síntoma clarísimo de un proceso morboso''. (1).

Y, no son los varios Ludwing que se prestan por 300.000 liras de propina a tejer las alabanzas de Mussolini, no son los que se venden, los que nos producen esa impresión de dolorosa sorpresa. Allá ellos con su conciencia. Son los otros, los que se dejan arrastrar por esta ráfaga de violencia brutal y, proclamando románticamente la victoria del instinto y de lo irracional, se incorporan al ejército de esta reacción, que parece tan nueva y es tan vieja; y son también los miopes y asustadizos, que confunden el orden con la muerte y la paz con la uniformidad, que identifican la cultura con la academia y sacrifican las exigencias vitales y revolucionarias de la primera, al cómodo y sedentario conservadorismo de la segunda.

Paralelamente al autoritarismo de toda una fracción de intelectuales, el otro fenómeno ilógico es el autoritarismo clasista de un parte del mundo obrero, corriente, que es, sin duda, una producto de la sugestión que ejerce el ejemplo ruso, y que, por muy realista y práctico que quiera ser, tiene en sí misma una contradicción íntima que la pone fuera del campo de la realidad durable y permanente.

El dogma bolchevique

Contiene en sí fuerzas jóvenes y frescas que no piden, sino desarrollarse en el sentido de todas sus infinitas posibilidades y se encierra en el dogma, último sostén de las fuerzas agotadas; confunde el espíritu de disciplina inte-

---

(1) **La Crítica**, de Nápoles del 20 de noviembre de 1930 — p. 408.

rior, necesario a todo ejército que lucha en un mundo como éste, con el espíritu del rebaño, con la obediencia ciega de los seres que se dejan empujar porque no tienen resortes propios. En Rusia, donde esta corriente constituye el mundo oficial, el fenómeno es más típico y sus consecuencias más evidentes.

Un pueblo nuevo surge; energías vírgenes, ahogadas y almacenadas por siglos y siglos, están forjando, a través de una lucha horrible, interna y externa, "algo" nuevo, que no sabemos lo qué será, pero que encierra en todo caso infinitas esperanzas e infinitas posibilidades. Y desde arriba, desde afuera, el Estado ejerce su presión conservadora sobre estas fuerzas espirituales que hierven y que se transforman, para reducirlas a la unidad y a la inmovilidad. La primera palabra de la gran epopeya se ha cristalizado en dogma y aprisiona la inspiración creadora. En el campo de la cultura el fenómeno es bien claro. En la enseñanza como en la literatura se mutila la inteligencia individual de lo que tiene de más suyo, de más original, para poder imponerle una especie de uniforme espiritual. "En Rusia ahora toda la vida, la literatura inclusive, se construye sobre las bases del marxismo" decía hace algún tiempo en un entrevista el escritor ruso Zamiatine. Y se comprende fácilmente que, por grande que sea la amplitud del pensamiento de Marx, nunca podrá comprender entre sus límites toda la inmensa y fecunda complicación de la cultura, especialmente después de haber sido reducido en píldoras en los catecismos oficiales. Es la pobreza intelectual impuesta militarmente como en Italia a toda la nación.

Cambia el dogma, no cambian los métodos. Allí también prohibición de imprimir libros que no se encuentren exactamente en la línea oficial, allí también unilateralidad de la enseñanza y deformación de los hechos, allí también exaltación de lo colectivo sobre lo individual. En Italia, el Estado cuando quiso justificar su poder sin control, su ingerencia en todos los campos, aun los más sagrados e individuales, creó la doctrina de su origen divino, de su trascendencia respecto a los hombbres; en Rusia el Estado tiene la misma omnipotencia en nombre del proletariado; así que tenemos allí ese fenómeno curioso, que el proletariado, como abstracción teórica y esquematizada, domina y exclaviza al proletariado verdadero, multitud de realidades y de posibilidades infinitamente varias y fluídas, que nunca podrían encontrar su expresión en una dictadura, por su misma naturaleza rígida y uniforme.

Ahora bien: ¿cuál es el camino a seguir entre estas tendencias iguales y contrarias que consideran la cultura, toda la labor de la inteligencia humana, como un instrumento de dominio, como arma material de lucha o como un obstáculo que hay que destruir?

El cansancio

La guerra ha dejado a los vencidos y a los vencedores una larga herencia de cansancio, de vacilaciones, de fermentos contradictorios. Los viejos valores se han derrumbado casi todos. La humanidad en su parte mejor busca angustiosamente las valores nuevos sobre los cuales hay que basar la civilización de mañana. Y no los encuentra. La crisis no está sólo en la producción; es una crisis que abarca todas las actividades materiales y espirituales del hombre. Y

quzás el fenómeno más típico y más evidente de este tumultoso período de transición sea el cansancio. Es por cansancio que una fracción de intelectuales diviniza la fuerza (la fuerza de los otros), canta las alabanzas de los vencedores y sueña para la cultura universal la cómoda disciplina del Index y de la inquisición.

En el cansancio de las inteligencias está la explicación del repunte absurdo de los valores religiosos en pleno siglo XX. Es en fin el cansancio inconsciente de una parte de las personas queestudian y que piensan el que les hace confundir la tradición cultural, elemento de luchas y de renovación, con todas las demás partes del viejo mundo que se está derrumbando, y que les hace aceptar con un suspiro de alivio, la mentalidad marxista que militariza el espíritu y ahorra los esfuerzos individuales. Hace unos años Emmanuel Berl proclamaba la muerte de la cultura burguesa. Y para él la cultura burguesa se identificaba con el individualismo o más bien con el culto de los valores individuales. Y la concepción oficial de los comunistas no es muy distinta. Las dictaduras en acto y las dictaduras en potencia, las que miran hacia el pasado y las que pretenden construir el porvenir, están realizando una acción vasta y enérgica contra el individuo y contra sus derechos y sus necesidades espirituales.

Cultura es libertad

Ahora bien —lo repito una vez más— la cultura se define por dos caracteres fundamentales: su libertad (que es la libertad de iniciativa de los individuos que la elaboran) y su continuidad. Ni puede detenerse, como quisiera el

fascismo, ni puede morir para renacer nueva, como quisiera el bolscheviquismo.

Más aún: no existe una cultura burguesa, así como no existe una cultura proletaria. Pueden existir sobreestructuras y deformaciones clasistas, es decir económicas de la cultura; pero en sí misma y por razones de vida, la cultura humana es y ha sido investigación desinteresada y creación espontánea.

Lo demás son escorias que hay que arrancar si no caen por sí solas.

Los derechos y la existencia misma de la cultura se identifican, pues con los derechos del individuo, con las exigencias de la libertad. Muchos de los valores espirituales que costaron trabajo y sangre a nuestros padres se encuentran hoy en peligro. Las luchas penosas y gloriosas para conquistar la libertad de pensamiento (luchas que fueron un hecho no burgués, sino humano) parecen haber sido inútiles.

La inteligencia del hombre puede ser salvada sólo por las fuerzas que en todo el mundo tratan de resistir a la materialidad uniforme de las dictaduras. Sólo estas fuerzas (que son las fuerzas de la vida misma en su libre desarrollo y no quieren, pues servirse del espíritu humano como de instrumento) pueden crear la nueva cultura de mañana. Es el momento éste de forjar sobre las ruinas un nuevo humanismo. Entre el fuego y la sangre del Renacimiento, entre las hogueras de la Inquisición y las de Calvino, nacieron el libre pensamiento, el espíritu crítico, la ciencia desinteresada.

Ahora como en esos tiempos lejanos, bajo el talón

de las dictaduras, en la uniformidad de la vida estandardizada y en el desequilibrio de las conciencias, hay que buscar nuevamente al hombre que se ha extraviado, pero no ha muerto. Los soldados del inmenso ejército sin jefes, que es el ejército de la libertad, son los que tienen la misión de echar las bases del nuevo humanismo.

CAPITULO VI

Fascismo alemán y fascismo italiano

El éxodo

Hace seis o siete años llegaban a Francia, a Suiza y de allí se desparramaban en todas las partes del mundo los prófugos italianos que huían del plomo de la milicia fascista; hoy el fenómeno se repite. Millares de alemanes atraviesan como pueden las fronteras de su país, mientras el puñal nazi y el hacha del verdugo los persiguen con su sombra trágica más allá de los límites nacionales. En las buhardillas de París, de Zurich, de Ginebra, los nuevos proscriptos se encuentran con los viejos y se mezclan los dolores y las esperanzas, las ideas y los idiomas. Es el primer año del destierro, el período del sufrimiento agudo, de la pasión profunda, de los sacrificios supremos. Es el comienzo de una lucha larga y que parece a veces estéril, de esa lucha amarga de los exilados contra un enemigo siempre presente en el recuerdo, pero lejano en la materialidad del espacio, entre la incomprensión de los que no tuvieron las mismas terribles experiencias y las dificultades paralizadoras de la conquista diaria del pan.

Se encuentran los prófugos en el destierro y hacen juntos el balance de estos turbulentos años de la post guerra, envenenados por la sangre derramada que no

se seca tan pronto, tan fecundos en paradojas y en situaciones confusas y absurdas, tan distintos en la apariencia y tan semejantes en el fondo en los diferentes países que se encontraron ya en el sufrimiento común de la guerra. ¡Italia y Alemania! Dos mentalidades distintas (dos razas distintas, dicen los que, como Hitler, creen en las razas); dos historias distintas. Y, sin embargo, cuando nosotros, que observamos dolorosamente desde tan lejos los acontecimientos de éste último año, leemos los relatos afanosos de los refugiados, las torturas salvajes, los asesinatos metódicos, nos encontramos otra vez en la Italia de 1921-22, volvemos a ver esas caras, volvemos a oir esos gritos que anunciaban la muerte. Entonces era "cia, eia, alalá"; ahora es "Heil Hitler". Son los bárbaros que llagan a orillas del Rhin, es la civilización europea que atraviesa la segunda crisis postbélica. Desde el punto de vista humano, esta segunda crisis, que será acaso la decisiva, se parece mucho a la primera. La cruz gamada es moralmente idéntica al haz lictorio.

Las raíces comunes

Yo creo útil ahora —y por esto lo hice— estudiar el desarrollo exterior e interior del fascismo italiano, no para recriminar inútilmente sobre un pasado irrimediable, sino porque ese pasado explica este presente, porque el epicentro del terromoto que devasta ahora a Alemania y sacude ya tantas otras naciones permanece siendo Italia. Hay una profunda semejanza espiritual entre todos los países que han salido transformados del baño sangriento de la guerra. En todos, el mismo desequilibrio, el mismo material humano aprovechable para cualquier experiencia violenta y desesperada, el mismo predominio del instin-

to irreflexivo; en todos, el terreno preparado para el fascismo. Es una inmensa extensión cubierta de pólvora; la chispa encendida en Italia está originando en ella un largo reguero de fuego.

Le herencia bélica preparó en todos los países no las mismas condiciones, sino las mismas posibilidades. Si las primeras escuadras fascistas y nacionalistas que en 1919 incendiaron el **Avanti!** estaban formadas sobre todo de "arditi", violentos residuos de los batallones más decididos en el frente, el espíritu de lucha de los jóvenes nacionalsocialistas se educó y alimentó en el contacto continuo con el ejército regular y en esa atmósfera aun abrasada por la guerra, que se respiraba en ese "ejército negro" que fué la consecuencia directa del tratado de Versailles y de la ocupación del Ruhr.

Los episodios de la conquista nazi son de ayer, son de hoy: ciudades aterrorizadas, adolescentes uniformados que disparan por fútiles motivos, transeúntes que caen en el barro para no levantarse más, cuarteles llenos de sangre y de gritos, torturas sádicas, ejecuciones brutales en el silencio del campo. Italia 1921 —Alemania 1933... La historia se repite. Doce años han pasado inútilmente. ¿De qué sirvió el sacrificio de un pueblo, si los otros se dejan sorprender así? Dije mal, se dejan sorprender. La diferencia esencial entre los dos fascismos consiste justamente en el hecho de que, si el pueblo italiano se dejó tomar de sorpresa por una fuerza que no salía de su seno, extranjera superficial, el pueblo alemán se ha dejado engañar, ha alimentado esa misma fuerza con su carne y con su sangre, le ha ofrecido en un delirio místico sus hijos, su energía, su porvenir. Mientras Hitler recibía dinero de los franceses para intensificar su campaña nacionalista, mientras ma-

niobraba de acuerdo con los grandes tiburones de la industria de su patria, masas enormes veían en él al restaurador de la grandeza alemana sobre bases socialistas.

Hay entre los dos pueblos diferencias de educación, de temperamento, de tradición, que pueden explicarnos esa actitud contraria frente a los mismos hechos. Pero sobre todo influyen los años trascurridos, influye la diferencia de clima histórico. 1921, 1922, eran años de desequilibrio económico, de desorden en el trabajo; 1931, 1932 han sido años de hambre. Hitler aprendió de Mussolini el doble juego de la reacción disfrazada de revolución; pero los desocupados no estudian historia ni se ocupan de política extranjera. Y no se dieron cuenta.

El militarismo alemán

En los años que precedieron inmediatamente a la guerra mundial, Alemania era un país de formación espiritual militarista. Desde la rígida disciplina escolar, hasta las infantiles predilecciones del Káiser por los desfiles militares, todo contribuía a dar al observador superficial la impresión de que la nación entera era un inmenso regimiento con una sola voluntad y un solo deseo de potencia. Esta impresión pareció confirmarse cuando se vió a la masa socialista, con excepción de la minoría revolucionaria, acercarse a las clases más reaccionarias en el momento del conflicto, prefiriendo a la solidaridad internacional proletaria que podía sola asegurar la paz, una solidaridad interna entre explotados y explotadores que tenía sus bases no en el amor, sino en el odio, que no construía para el porvenir, sino que resucitaba la tradición racial y nacionalista del pasado.

La guerra, la derrota, la revolución triunfante, ma-

taron o parecieron matar ese espíritu militarista que por otra parte era más deslumbrante que profundo. El tratado de Versailles, la rapacidad de las naciones victoriosas, lo resucitaron, más ardoroso y arraigado, impregnado de rencor y de humillación. Mientras los otros países se reponían poco a poco de esa larga enfermedad de la guerra y recobraban aliento, Alemania veía sus mejores territorios ocupados militarmente por el enemigo y se sentía ahogar bajo la ola inflacionista que transformó en poco tiempo un terreno sólido en arenas movedizas. Por eso los fenómenos de locura y de perversión postbélica fueron más numerosos e intensos en Alemania que en otras partes. Por eso, cuando las crisis económica de 1930 llegó con su séquito macabro de desocupación y de hambre, Alemania se encontraba menos preparada a conservar el equilibrio, a resistir a ese empuje ciego e irracional, que está transformándola en una segunda Italia acaso sin las fuerzas de resistencia interna que Italia tiene todavía.

El fascismo en Italia fué el producto del miedo del capitalismo frente al avance obrero; en Alemania es sobre todo el producto de la desesperación de las masas hambrientas y desorientadas que caen en la trampa que el capitalismo abre ante ellas, porque no ven otro camino. Poco a poco, todas las posibilidades de salvación se han cerrado; los hombres de izquierda, que en su miopía veían sólo sus luchas intestinas a la vez que no supieron indicar la ruta a seguir, no dejaron que las masas confiadas se acostumbraran a buscarla solas. Por eso Hitler reina. Indicó las causas del hambre en la avidez prepotente del nacinalismo extranjero victorioso y los hambrientos lo siguieron en su odio.

Versailles

Si buscamos, pues, las raíces espirituales del fascismo alemán, las encontramos en el tratado de Versailles, si buscamos sus raíces materiales las encontramos también en el tratado de Versailles.

Los orígenes, aun los orígenes materiales, de este amplio movimiento, son más vastos y más complicados que ese grupo de siete hombres que en 1919 fundaba el partido nacionalsocialista. Un año después los hitleristas eran 120; en diciembre compraban un periódico. Pero esos progresos lentos y relativos de un partido que debía llegar a ser dueño absoluto de Alemania, se desarrollaban en un ambiente propicio, entre una multitud de fuerzas paralelas y aliadas que, a pesar de las recíprocas rencillas, estaban destinadas a dejarse absorber tarde o temprano por el creciente ejército de Hitler.

El 11 de enero de 1923 las tropas francesas, por orden de Poincaré ocupaban la cuenca del Ruhr. Los extranjeros, los enemigos de la víspera, entraron en Essen, el centro de la industria metalúrgica alemana, el dominio de Krupp, y empezaron a ejercer su control opresivo sobre toda la zona. El nacionalismo, que cinco años de propaganda socialista y pacifista habían adormecido, resurgió más violento, consecuencia del ávido nacionalismo contrario. Es la tragedia de la humanidad contemporánea este círculo vicioso de odios patrióticos que se excitan recíprocamente y, lo que es monstruoso, se justifican recíprocamente.

El ejército negro

La población de las regiones ocupadas empezó una resistencia pasiva, un obstruccionismo sistemático que irritaba a los invasores y los empujaba a las pequeñas venganzas. Y la ola de

odio subía de una parte y otra, como antes de la guerra. La resistencia pasiva encontraba la solidaridad moral y material de toda la nación; el gobierno la financiaba a través de las asociaciones nacionalistas. El Banco del Reich imprimía papel moneda, el marco se desvalorizaba rápidamente. Las formaciones patrióticas semi militares recibían créditos del gobierno para organizar el obstrucionismo y pagaban el valor nominal de su deuda después de meses, en moneda desvalorizada, enriqueciéndose rápidamente con la diferencia. Estas organizaciones, a sueldo de la alta industria alemana, mientras servían de pretexto a la campaña armamentista francesa, trabajaban en realidad contra el socialismo y contra el gobierno republicano que las protegía por fines nacionales.

Aprovechando esta protección debida a la ocupación francesa del Ruhr, se constituyó al margen del ejército regular limitado por el tratado de Versailles a un efectivo de 100.000 hombres, otro ejército secreto y voluntario sometido a una disciplina férrea, armado y alimentado por la Reichswehr oficial; ésta última no era, sino el pretexto aparente a expensas del cual se organizaba el verdadero ejército nacional alemán cuyo ralio de acción se extendió a todo el país. Fué lo que se llamó la Reichswerh negra, es decir, el ejército negro, que tantas discusiones suscitó en la diplomacia franco-alemana y que no era, sin embargo, sino un instrumento que la grande industria química y metalúrgica preparaba para su futura lucha antisocialista. De este ejército irregular formaban parte, en una colaboración erizada de continuas rivalidades, los nacionalsocialistas de Hitler y Ludendorf que ya desde 1920 se habían organizado

en tropas de asalto muy semejantes a las escuadras italianas, los nacionalistas ex combatientes, como los Cascos de acero, las asociaciones patrióticas juveniles, etc. La juventud de la media burguesía se dejó seducir por la mística nacionalista de esa propaganda, asi como los adolescentes italianos habían sido fascinados por el ardor enfermizo del verbo dennunziano. En Italia el uniforme tiene un gran poder de atracción, pero en Alemania esa atracción era mayor aún. Las reuniones secretas, las instrucciones y los ejercicios al aire libre, hicieron de este ejército no oficial el más efivaz instrumento de organización nacionalista, que sirvió para dar a la juventud aquella educación premilitar prohibida por los tratados y dirigida a prepararla no tanto para la guerra como para el fascismo.

La acción de la Reichswehr negra se desarrolló sobre todo en el interior del país con asaltos, asesinatos, y golpe de manos (los putsch), como el de Munich en 1923 en el que Hitler tomó parte activa. En el seno de esta organización se hacía una intensa propaganda nacionalista, antimarxista y antisemita. Para el castigo de los que faltaban a la consigna del silencio y del secreto, se resucitó el procedimiento terrible del antiguo tribunal de la Santa Wehme que tiene una tradición tan sombría en la historia de la Alemania subterránea. Muchísimos crímenes fueron cometidos así, secretamente y sólo pocas veces hubo procesos y condenas por parte de los tribunales regulares. Uno de los jóvenes inquietos que, seducidos en un primer momento por el aparato militarista de la Reichswer negra, se retiró indignados después de haberla conocido de cerca, Peter Martín Lampel, en un libro titulado **Jeunesse Trahie** en que

la historia es apenas velada por la forma exterior de novela, hace una confesión dolorosa de su pasado y describe con fuertes tintas ese ambiente en que silenciosamente se estaba educando el fascismo.

Nacionalismo y capitalismo

Como se ve, el prefascismo alemán se parece bastante al prefascismo italiano. Ambos tienen sus raíces en el nacionalismo, ambos, por falta de ideas, tuvieron que apropiarse el programa de su hermano rival, el partido nacionalista. En efecto el racismo y el antisemitismo ya estaban comprendidos en la propaganda de los alemanes-nacionales antes de la constitución del partido hitlerista. En el fonde el primer programa de éste último, así como el programa mussoliniano de 1919, no era otra cosa que un ensayo izquierdista del patriotismo burgués para atraer a las grandes masas y sustraerlas a la ininfluencia de la social-democracia y del sindicalismo libre. Si miramos bien, las analogías entre el nazismo y el fascismo italiano son numerosas y profundas y nos demuestran que las causas íntimas de los dos fenómenos son las mismas a través de las diferencias de tiempo, de lugar, de raza, de posición histórica. Hitler que financia su movimiento con el dinero de los metalúrgicos del oeste y de los latifundistas del este y Mussolini que recibe 20.000.000 de liras de la Confederación de la industria para preparar la marcha sobre Roma no pueden obrar en forma muy distinta. Los dos son demagogos.

El programa racista de 1923 exigía la nacionalización de los trust, la expropiación de la tierra, la abolición parcial de la renta, justamente como el programa del fascio en 1919. El antisemitismo racista no es, sino una

forma de demagogía, que falta en el fascismo italiano porque en Italia hay pocos hebreos y menos antisemitas. Hitler necesitaba ganarse las masas, y para eso a la vez que alimentaba sus esperanzas con ese confuso proyecto de socialización, halagaba en ellas los instintos más bajos, que siglos de civilización habrían ayudado a rechazar en las profundidades ocultas de la conciencia y que la guerra había nuevamente puesto al desnudo: el orgullo de raza, la exaltación primitiva de la fuerza brutal, el desprecio hacia los otros pueblos: cualidades de los bárbaros, cultivadas por refinados en aquellos ambientes de corrupción de la post-guerra impregnados de mala literatura y de cocaína.

Pero, bajo el velo transparente de la demagog´a el motivo esencial, el móvil propulsor, sigue siendo el capitalismo. Cuando todavía el racismo actuaba en la base de la pirámide social y no era seguro de que llegara a instalarse en la cúspide, un escritor francés escribía: "Las relaciones de Hitler con la "Schwerinindustrie" y con la alta Banca son un hecho cierto y hasta público. En ciertos días todo el mundo puede ver al Führer almorzar o cenar, en los restaurantes de lujo, con los magnates de Essen, de Hamburgo y de Berlín. Pero estas amistades, que son una de las mayores paradojas del enemigo jurado de los "trust" y del futuro expropiador del capital no quebrantan en lo más mínimo la fe ciega de los militares hitleristas. Por otra parte es lícito suponer, sin incurrir en candidez alguna, que Hitler alimenta el pensamiento astuto de utilizar hoy a los capitalistas, dejándoles creer que ellos son quienes le

maniobran, para rechazarlo más tarde cuando haya alcanzado el Poder'' (1)

La perla de esta cita está en ese inciso: se puede creer eso, ''sin candidez alguna''. ¿Y qué mayor candidez que creer en el socialismo y anticapitalismo de los racistas frente a las relaciones, diríamos, metálicas del nazismo con la grande industria? Si esto escribía en 1932 un radical-socialista francés, que, por encontrarse fuerza de la zona de infllencia nazi podía juzgar más imparcialmente los acontecimientos y compararlos con el desarrollo anterior de los mismos hechos en Italia, ¿por qué asombrarnos si eso mismo cándidamente creían los obreros alemanes, por no haber estudiado las experiencias ajenas, contribuyeron con sus votos al triunfo de Hitler?

Los campesinos

Los primeros que se dejaron arrastrar por el movimiento nazista fueron los pequeños propietarios rurales, esta clase intermedia entre el capitalista que explota el trabajo ajeno y el campesino proletario que alquila sus brazos. Viviendo en contacto con la gran madre que sola produce lo que alimenta a sus hijos, los campesinos se enccentran hasta cierto punto asegurados contra los riesgos que no provengan de la naturaleza y raras veces se encuentran completamente indefensos frente a los trágicos problemas del hambre que sacuden y enloquecen al proletariado industrial. Por más exhausto que sea, el campo da siempre algo más que los fríos adoquines de la ciudad. El campesino alemán no sufrió tan crudamente

(1) Roger — **Hitler, l'homme qui vient** — Paris, 1932 — pág. 86.

como el obrero las consecuencias de la inflación. La guerra no transformó los campos como transformó las ciudades. La pequeña burguesía rural es en Alemania, como ha sido y es en todas partes, un elemento de conservación. La tierra siempre fué la base y el obstáculo a la vez para todos los progresos. En Italia también la propiedad rural fué la primera que se dejó seducir por el fascismo. Y en Francia, los fenómenos verdaderamen prefascistas no se observan tanto en la literatura romántico-reaccionaria de la **Action Francaise** como en ciertos movimientos violentos de los propietarios del campo que se rebelan contra los impuestos.

El proletariado industrial

-Si la burguesía rural se acercó a Hitler por espíritu conservador; una parte en principio insignificante y después siempre mayor del proletariado industrial, y especialmente de la capa más desamparada de aquel quinto estado que la social-democracia llama el "Lumpen-proletariat" se alistó bajo la insignia de la cruz gamada por desesperación, por instintivo espíritu revolucionario sin fines ideales, por ese afán de cambios de los que no tienen nada que perder. Son los que esperan ahora, después de la revolución nacionalista la segunda revolución, la que debe realizar la segunda parte del binomio nacional-socialista, es decir, la revolución expropiadora.

Las declaraciones de Hitler que no admiten la posibilidad de otra revolución ahora que el objeto del capitalismo alemán ha sido logrado con la destrucción del movimiento obrero, revelan la verdad hasta a los más ciegos. No sé si de aquí a un año o ahora mismo, Hitler, llegado al poder por los tranquilos caminos electorales:

podría afrontar la prueba de nuevas elecciones libres y secretas. Mussolini no podría, ni pudo nunca.

El socialismo de Hitler

Si Hitler avanzó por ese camino, fcé con el engaño. Su socialismo en efecto no fué nunca más que una palabra vaga sin contenido, como todas las palabras que se emplean deliberadamente para crear equívocos. Cuando tuvo que definir su socialismo para la prensa extranjera en 1930, Hitler escribía: "socialista es quien anhela el bien común sin renunciar a su individualidad, ni al producto de sus personales capacidades". He aquí una definición del socialismo muy clara y sobre todo muy abarcativa: desde el Papa hasta los magnates de las industrias, pasando por todos los matices políticos y sociales, nadie que tenga un poco de sentido común o de hipocresía, rechazaría un socialismo tan inocuo y tan perogrullesco.

Sin embargo, para que el mundo no se asuste de esta ridícula frase vacía, Hitler añade a renglón seguido: "Se ha llegado a acusarme hasta de ser enemigo de la propiedad y ateo. Se trata de puras falsedades y de acusaciones imbéciles".

Y mientras tanto, con el vino embriagador del nacionalismo y del odio racial, y con el espejismo de mejoras sociales, el nazismo pasó de doce diputados en las elecciones de 1928 a ciento siete en 1930, sucediéndose después sus triunfos hasta que en 1933 la toma legal del poder por parte de Hitler marcó el comienzo de una ofensiva violenta que reproduce o mejor resume y sintetiza los crímenes cometidos por el fascismo italiano

en seis años. La falta absoluta de resistencia que el racismo encontró en el mastodónico edificio socialdemócrata —proyectil metálico contra una masa de manteca, dijo alguien en vena de humorismo— hará acaso que esta crisis aguda de violencia no sea tan larga. Nosotros no sabemos. Asesinatos, torturas refinadas, torturas bestiales... todas estas cosas hacen estremecer al mundo, que se estremeció también de horror —ahora ya se olvidó— en 1924 frente a los aspectos macabros del crimen Matteotti. Pero, por más trágica que sea la muerte violenta bajo el puñal fascista, por más doloroso que sea el éxodo o el martirio de los militantes obreros, de los judíos, de los hombres libres, de los hombres de paz, hay algo que no impresiona tanto y es más terrible: es la destrucción de esa inmensa obra sindical y cooperativa, es la muerte de la Alemania que piensa, es la sofocación de la libertad. Y no hablo tanto de la violencia de estos meses, sino de lo que vendrá.

Hemos visto los puntos de contacto del nazismo y del fascismo italiano en su acción callejera, puntos de contacto que son identidad de punto de partida. El porvenir próximo nos dirá cuáles son las analogías entre la acción reconstructiva (aceptamos la palabra de ellos) de Hitler y la de Mussolini.

Para Hitler, como en el fondo también para Mussolini, el factor que prima es el político. En el campo económico ambos son dirigidos por las fuerzas ocultas del Capital. Pero mientras Mussolini justifica la violencia legal y la ilegal con el pretendido afán de devolver a Italia la prosperidad (ya que el Imperio va refugiándose siempre más en el campo de la retórica), Hitler,

insiste con más fuerza sobre el otro aspecto de su propaganda: el revisionismo de los tratados, el desquite, Alemania fuerte, Alemania sin marxismo, sin socialismo, sin judíos, sin libertad interna.

Sobre el terreno político no hay duda de que el nazismo tiende a hacer exactamente lo que hizo el fascismo en Italia. No ha llegado aún a paralizar todos los ganglios vitales del país, porque el terror improvisado no basta para penetrar en todas partes. Pero la acción violenta será sin duda seguida o mejor dicho acompañada por una sistemática revisión de todos los factores importantes o insignificantes de la vida material y espiritual del país. Las hogueras alimentadas con las obras más valientes y más sinceras del pensamiento y del arte alemán, no son sino el anuncio, el símbolo. El alma de un pueblo tiene una vitalidad profunda y no basta para sofocarla el humo de un auto de fe. El verdadero peligro está en ese trabajo lento de opresión progresiva y detallada que hemos visto desarrollarse en Italia: censura, enseñanza falsa y deformadora, educación al servilismo, aislamiento de un pueblo entero como en una inmensa cárcel, espionaje difuso, el Estado que pesa sobre el individuo como un enorme íncubo... Nosotros vemos por ahora desde lejos la teatralidad sangrienta de la dictadura. Lo demás será más difícil verlo a través de la simple lectura de los diarios. Pero sería un milagro que no llegara. El fascismo tiene o, mejor dicho, adquirió a través de su múltiple experiencia un desarrollo lógico que es casi fatal, si la voluntad de los otros no interviene y lo abandona a sí mismo.

Imperio germánico e imperio romano

Por ahora el carácter distintivo, la personalidad del fascismo alemán en el terreno político, consiste en un conato de resucitar en plena Europa y en pleno siglo XX la vida angosta y mezquina de la Edad Media. Los fascistas italianos sueñan con el imperio, con el imperio de Roma, que fué capital del mundo. Su héroe es Augusto y su orgullo nacional se expresa en la frase "civis romanus sum". La coreografía es romana y pagana. Balbo, a la vuelta de su vuelo, pasó bajo el arco de Constantino como un antiguo triunfador de la Roma imperial.

Por el contrario, para hacer revivir la grande Alemania, hay que valorizar la Edad Media, la época en que los bárbaros rubios, llegados del este, derribaron con su fuerza primitiva el dominio civil y decadente de Roma, impusieron a Europa su imperio que se levantó orgulloso hasta en contra del trono papal, preparando el camino a Lutero. Federico Barbarroja es el héroe de la raza, los Nibelungos, expresión ingenua y violenta de la Edad Media germánica, es el poema nacional. Parece una cosa superficial e insignificante. Y sin embargo a esta diferencia en las raíces históricas que los dos fascismos quieren darse corresponde una diferencia real de tonos, de color, de atmósfera. Las persecuciones abiertas, legalizadas, contra los judíos resucitan ante nuestros ojos visiones de otros tiempos, cuando el fanatismo religioso encerraba a la raza que Jesús maldijo, en barrios antihigiénicos y apartados privándola de los derechos civiles y privando al mundo del aporte valioso de todo un pueblo a la civilización humana.

Como en los tiempos de Isabel la Católica, hombres

de ciencia, corazones generosos, inteligencias inquietas, son arrancados de su lugar de trabajo y tienen que volver a tomar el cayado de Ahasverus y empezar a recorrer nuevamente los caminos del mundo. El hacha del verdugo, la luz de las hogueras inquisitoriales completan el cuadro. Seis siglos de historia parecerían borrarse de pronto si no se dibujaran negras sobre el cielo de Alemania las altas chimeneas de las fábricas de Krupp.

Y esta impresión no desaparece si pasamos del campo político al campo económico. Como el fascismo italiano, así el nazismo encontró el más numeroso contingente de partidarios en las clases medias, proletarizadas en los hechos pero no en el espíritu. Impedir la confusión definitiva de la pequeña burguesía con el proletariado y hacer de ella un poderoso elemento de conservación: he aquí uno de los caracteres que parecen vislumbrarse en los comienzos de la poliítica económica le Hitler.

Esto resulta más fácil en el campo, donde la pequeña propiedad recibe ayuda y donde la Edad Media resurge con el restablecimiento del anacrónico derecho de mayorazgo en las propiedades agrícolas. De ahora en adelante sólo los primogénitos heredarán los campos paternos, que serán indivisibles y casi inalienables, dadas las dificultades de que está rodeada la venta.

En las ciudades se producen ensayos paralelos, aunque más tímidos y dirigidos exclusivamente contra el enemigo. En efecto, dice A. Rossi (1) en un excelente

---

(1) Revista **Monde,** de París. — 20 de mayo de 1933 (artículo **Nationalisme ou Socialisme.**

estudio sobre ese aspecto de la actualidad alemana, "el **frente del trabajo,** siguiendo las órdenes de su jefe Ley (el mismo que en Ginebra calificó de idiotas a las repúblicas sudamericanas), se anexó las cooperativas de consumo, destinadas a ser eliminadas, poco a poco, en provecho de los pequeños comerciantes".

Así como se apropia las cooperativas el hitlerismo se apropia los sindicatos. Fuertes de cinco millones de adherentes, los sindicatos libres, que habían contado hasta 12 millones de afiliados en el período que siguió a la guerra, después de una vergonzosa abdicación de su independencia han sido suprimidos el 2 de mayo de 1933. Los nacionalistas, conservadores al viejo estilo, quisieron suprimir completamente toda clase de sindicatos. Sería el ideal de los patrones miopes. Pero Hitler es demasiado buen discípulo para dejar de aprovechar la lección del sistema italiano. El reconocimiento legal otorgado a los sindicatos fascistas es, según los proyectos del doctor Ley, una preparación al corporativismo.

Hay que entender naturalmente corporativismo como lo entienden Arias y Rocco, es decir, como una clasificación gremial de los ciudadanos, destinada a facilitar el control del Estado y a impedir, en provecho de los capitalistas, la defensa de clase de los trabajadores. (1)

---

(1) Las palabras con las que el doctor Ley, el mismo Hitler y otros nacional-socialistas hablan de los futuros sindicatos de Estado parecen traducidas del italiano de Mussolini. La única diferencia es que los hitleristas utilizan rápidamente un método y un lenguaje que se formó lentamente en Italia, en un período y en un ambiente menos favorables. La expropiación de los sindicatos libres, que se hizo en Italia extralegalmente o con

La socialdemocracia alemana

Lo que más asusta en los acontecimientos contemporáneos de Alemania es la facilidad con que un mundo que no era viejo, ya que no había ni siquiera iniciado su ensayo, se ha hundido bajo el peso de ese alud inerte, de esa fuerza brutal sin alma. Resurge, en el país que considerábamos el más civilizado de Europa, el medioeval derecho del puño, y el mundo del pensamiento, de la ciencia, del trabajo, ni siquiera intenta la resistencia. Este fenómeno no puede tener su explicación sólo en una circunstancial manifestación de la debilidad humana. No sólo el temor paraliza. A veces también la desorientación, la crisis interior, la duda, quitan toda fuerza de resistencia.

La socialdemocracia alemana, que parecía tan fuerte por su número y por el trabajo realizado, a último momento ha perdido la fe y ha permanecido inerte, como permaneció inerte en 1922 el parlamento italiano bajo los insultos de Mussolini. La generalización del fenómeno nos indica que la crisis está más en los sistemas que en los dombres.

Decía Marx, en el manifiesto Comunista, que los obreros alemanes debían aprender "a convertir las condiciones sociales y políticas creadas por el régimen burgués en otras tantas armas contra la burguesía". Ese ha sido el error; esas armas no eran las armas del pueblo; creadas para la conquista de la libertad política, no sirven para conquistar la libertad social. La democracia burguesa, nacida en 1739, termina

---

ardides legales, empleando métodos de terrorización, constantemente renovados, hasta en las más insignificantes localidades, se ha realizado en Alemania de golpe y por decreto..

ahora su ciclo. Perece porque no supo superarse a sí misma; se salvará probablemente en los países donde pueda realizar ese esfuerzo de superación interna y perder, por lo tanto, su carácter burgués. En Alemania no supo hacerlo. La social democracia se había transformado en una inmensa máquina burocrática. Aprisionada en los angostos límites estatales no había sabido unir a su innegable, grandioso trabajo de realizaciones prácticas, la agilidad y el dinamismo de las fuerzas renovadoras que actúan en el llano, no dominando, sino impregnando de sí las masas. Ciega, de la ceguera especial de los gobiernos (Mac Donald dijo una vez que desde la silla ministerial todas las cosas se ven distintas) abogó las energías vitales del socialismo alemán, esos elementos de oposición interna que habrían podido ahora salvar la libertad y la dignidad de Alemania. Pero Rosa Luxemburgo ha muerto y Noske se humilla ante el vencedor para que no le supriman la jubilación.

El Estado tiende al absolutismo

La socialdemocracia alemana que a pesar suyo proclamó la república, que no supo realizar ni un principio de socialismo, nos demuestra que el papel del Estado no puede ser el de crear sino el de conservar; más aún: el Estado sabe ser conservador, obra como freno en la marcha del mundo hacia adelante, pero casi nunca ofrece una resistencia seria frente a las tentativas de retorno al pasado. La tendencia fatal de todo poder es evolucionar hacia el absolutismo. Para quien domina, el enemigo siempre está a la izquierda.

En Alemania, como en otras partes, el esfuerzo

continuo por extender el control del Estado sobre la vida, mientras hizo perder en forma contraproducente energías humanas, y riquezas materiales, facilitó el triunfo del absolutismo reaccionario. Por ejemplo, en la legislación obrera establecida por la socialdemocracia hay principios buenos en sí, como el del arbitraje. Pero el hecho de haber puesto esta función bajo el control del Estado hace de ella un arma en manos del poder estatal que puede así declarar ilegal cualquier acto de defensa espontánea de la clase obrera. Esta posibilidad legal fué ampliamente aprovechada después por el gobierno reaccionario y será aprovechada ahora por los fascistas.

Burocracia

Después de la revolución de 1918, que no fué una revolución sino una consecuencia casual de la política exterior, el partido socialista se apoderó de la complicada armazón burocrática y perdió por eso mismo el contacto íntimo con las grandes masas. Las necesidades de la política interna y del equilibrio entre los partidos hicieron que se conformara con un programa mínimo tan reducido que dejaba de ser socialista. En el campo económico las realizaciones cooperativas y sindicales fueron grandiosas, pero todas tuvieron ese carácter de burocratización rutinaria que las hacía parecer máquinas sin alma, que tuvieran vida más por el juego mecánico de los intereses que por el impulso de una idea o de una pasión.

Por esto, sindicatos y cooperativas pasaron indiferentes del socialismo al fascismo, preocupados sólo de salvar su red de negocios y de intereses materiales inmediatos.

El 2 de mayo de 1933, cuando los destacamentos de asalto nacional-socialistas ocuparon las sedes de los sindicatos, los funcionarios menos importantes de estas uniones gremiales fueron dejados en sus puestos. Esto quiere decir que esas enormes administraciones no estaban animadas de espíritu verdaderamente proletario y podían pasar a las filas de la reacción sin necesidad de cambiar sus cuadros. En cambio fueron detenidos los principales dirigentes, como Rodolf Wissel, ex ministro socialista del Trabajo. Los líderes de la Federación de Uniones Gremiales, Teodoro Leibart y Peter Grassmann fueron conducidos al hospital "por estar enfermos" Ya se sabe lo que esto significa. Y, como ejemplo de la ceguera socialdemócrata (que es fenómeno internacional, pero que en Alemania era más agudo que en otras partes), resulta interesante leer ahora las declaraciones que una de estas dos víctimas, Leipart, hacia poco tiempo después de la ascensión de Hitler al poder: "La clase obrera alemana preferiría evidentemente recurrir a la acción directa contra este gobierno de reacción social. Humanamente es comprensible, pero prácticamente sería un error. Los sindicatos perjudicarían a la clase obrera alemana si se abandonaran a estos impulsos. La actitud calma de los dirigentes sindicales se basa sobre un sentimiento de fuerza consciente de sí misma, etc., etc." Las mismas palabras pronunciaba (probablemente hasta con el mismo tono) un diputado socialista argentino dos o tres días después del asesinato de Guevara (1). Las mismas palabras hemos oído de los labios de los socialdemócratas en los momentos más graves, en todos los países.

(1) Diputado socialista asesinado por los fascistas en Córdoba (Rep. Argentina).

Reacción de masas

En Italia, el pueblo quería con pasión a sus sindicatos, no sólo por su función mecánica de órganos defensivos en el campo económico sino también por su significado ideal; lo que faltaba era espíritu revolucionario y organización armada de la defensa. En Alemania la organización no faltaba; faltaba la pasión, el amor por la obra realizada y el empuje ideal hacia el porvenir. El partido socialista, tímido y limitado, ponía toda su esperanza en los votos, medio de lucha completamente mecánico. Su influencia, preponderante entre los obreros industriales, era casi nula en el campo y entre los pequeños empleados. Y, sobre todo, escapaba completamente a su control la masa inorgánica e inclasificable de los desocupados de los que podía no ocuparse Marx en su tiempo, pero que constituyen hoy en todo el mundo una fuerza formidable y, lo que es peor, una fuerza ciega, instrumento de cualquier experiencia.

Gracias a esta inmensa falange desesperada, el fascismo, que en Italia fué un golpe de estado minoritario en Alemania es reacción de masas. Hitler supo excitar las últimas esperanzas de estas multitudes desamparadas a la vez que despertaba sus pasiones más bajas. Este factor de diferencia entre la cruz gamada y el haz lictorio puede ser en el porvenir también la razón de un distinto desarrollo de los acontecimientos. Hitler no puede resolver el problema económico, como ninguna dictadura puede hacerlo; la fuerza brutal no es ninguna varita mágica. Y estas masas que lo siguieron atraídas por el espejismo de la expropiación no pueden esperar mucho tiempo; el hambre no espera. El fascismo italiano también está combatiendo continuamente con-

tra esa amenaza. Pero en Italia la miseria, madre de la rebelión, no está en las filas fascistas y por lo tanto está encadenada. El partido dominante es una minoría con ametralladoras; debajo nadie se mueve. El nazismo, por el contrario, es un movimiento de pueblo. Desaparecidas como por encanto las fortalezas adversarias, puede surgirle el enemigo desde sus filas, con la misma facilidad con que de las filas contrarias le vinieron aliados. Hay masas en Alemania que pasan de una bandera a otra, en busca no de una idea, sino de un milagro. La tradición de la disciplina las domina aún en el abismo de la miseria y del hambre. Y las desilusiones iguales y contrarias se suceden unas a otras, fatalmente, porque los desamparados no buscan el milagro en la única fuente de milagros que existe en la tierra, en ellos mismos, en su voluntad y en su iniciativa de hombres conscientes.

Mañana, defraudada en sus esperanzas, esta multitud amorfa podría constituir para el hitlerismo un serio peligro, justamente por el hecho de encontrarse dentro y no fuera del ejército dominante. El problema es éste: ¿podrá Hitler fortalecer dentro de su partido la minoría, consciente de su papel de defensora del capitalismo, en tal forma que la masa de los gregarios en espera de la segunda revolución se confunda en la base con todas las demás partes del pueblo alemán, como ellas sometida y esclavizada? Probablemente podrá hacerlo. (1) Y en todo caso no hay que hacerse muchas ilusiones. No se puede edificar sobre la arena que sigue todos los impulsos de las olas y del viento; no se puede

---

(1) La medida anunciada por los diarios del 15 de noviembre de 1933, que modificaba los destacamentos de asalto hitleristas, obedecía, sin duda, a esta necesidad.

basar el porvenir sobre las hipotéticas rebeliones de los estómagos vacíos.

Lo que faltó en Alemania en estos quince años de democracia, fué justamente la educación del hombre como tal, la valorización de la conciencia humana. Estas cosas no tienen nada que ver con el determinismo económico y por esto fueron descuidadas.

El socialismo alemán tomó de Lassalle aquella idolatría del Estado que en Marx era más una consecuencia que una intención. El socialismo de los otros países, que trataba de moldearse sobre el ideal germánico y de no apartarse de la línea marxista, tuvo siempre sin embargo ciertas aspiraciones extraeconómicas, ciertas inconscientes infiltraciones liberales que lo acercaban a la realidad y a la humanidad. En Alemania, Hegel, el maestro, pareció haber dejado como herencia a sus discípulos rebeldes la divinización del Estado que, unida al fatalista determinismo económico, llegó a matar en las masas socialdemócratas todo espíritu de resistencia y de íntima dignidad.

El error estatal en el socialismo

Por otra parte, la propaganda comunista, impregnada de aquella pasión que les faltaba a los socialistas, no podía de ninguna manera ser una preparación eficaz para la lucha antidictatorial. Prescindiendo de los errores de táctica, y sobre todo del tremendo error de querer empujar las cosas a los extremos tratando de destruir las fuerzas rivales, pero paralelas, sirviéndose del enemigo común y favoreciéndolo aunque involuntariamente, prescindiendo, digo, de estas maniobras diplomáticas que desorientan hasta al ejército más disciplí-

nado, existe en toda propaganda autoritaria el peligro — que es peligro probable y mortal — de preparar el terreno para la dictadura burguesa y reaccionaria.

Es lo que pasó en Alemania. Cinco millones de electores comunistas no ofrecieron ninguna resistencia colectiva, ni siquiera parcial. Así como los sindicatos socialdemócratas trataron de incorporarse al Estado racista, enteros núcleos comunistas pasaron en masas a las filas de Hitler. Si para los sindicatos ese doblegamiento se explica con la materialidad de los intereses económicos, para estos grupos comunistas ese paso no enceuntra otra explicación que la larga educación dictatorial recibida. Hitler hablaba de expropiación y de socialismo; algunos de sus secuaces llegaron hasta a adoptar el nombre de nacionalbolcheviques. En estas condiciones sólo una repugnancia profunda por la dictadura podía salvar de la confusión a ciertas inteligencias sencillas.

La experiencia alemana nos demuestra que ni el camino de la ley ni el camino de la dictadura nos pueden salvar del fascismo.

El año pasado, Kerensky, en una conferencia que dió en España, desarrollaba un concepto que está conquistando terreno entre los que creen aún en el papel salvador de la democracia burguesa. Decía Kerensky que el peligro reaccionario desaparecerá sólo si los demócratas que aun tienen la fuerza legal entre sus manos se deciden a abandonar su intransigencia teórica y a emplear contra los propagandistas de la dictadura y de la violencia los métodos represivos del fascismo. "Nada de libertad a quienes niegan la libertad. Hay que combatir al enemigo con sus mismas armas".

Democracias reaccionarias y prefascistas

Esta mentalidad, que es hasta cierto punto natural y que parece lógica, encierra, sin embargo, en el terreno de los hechos un terrible sofisma, cuyas peligrosas consecuencias ya empiezan a vislumbrarse. Aumentando el poder del Estado y disminuyendo el control, las democracias mismas evolucionan insensiblemente hacia formas dictatoriales, facilitando el trabajo de la reacción que surge a menudo de su mismo seno. Es lo que pasó en Chile con los poderes discrecionales acordados a Alessandri, es lo que pasó en Austria, es lo que se está preparando en otras partes también. El ejemplo de España en bien claro.

La joven república democrática, esperanza de Europa, aplastaba sin piedad los movimientos populares que podían debilitar el poder central y se justificaba así: "El Estado debe ser fuerte para impedir los posibles retornos del pasado y para combatir victoriosamente contra el fascismo"; y un estado fuerte no puede tolerar la libre propaganda antiestatal, la libre experimentación, ni una lucha de clase demasiado abierta. "Los que no ayudan al gobierno republicano hacen el juego de la reacción". Con este razonamiento se ahogaban las únicas fuerzas vivas que pueden oponer a la avalancha fascista una verdadera resistencia, fuerzas que luchan por la libertad al margen del Estado, independientemente y en contra de él.

La democracia española, con esa timidez característica de toda democracia parlamentaria, no se atrevió a romper definitivamente con el pasado y quedó a medio camino, enceguecida por esa opinión tan común y tan equivocada según la cual los que aspiran a realizaciones

integrales son utopistas, mientras los hombres prácticos no piden sino lo que los tiempos les permiten conseguir. La historia reciente en cambio nos demuestra que no hay absurdos ni utopías que no sean realizables. Es una lucha recia de voluntades y de intereses, en la que nunca vence la diplomacia. Los factores más importantes son en el campo material la fuerza y en el campo espiritual la decisión. Entre el extremismo de derecha y el extremismo de izquierda, la democracia, que reposa sobre una ficción legal, no podía imponerse con sus propios medios y recurrió al empleo de la fuerza reaccionaria, como una dictadura cualquiera.

Es ésta una ley fatal en el instituto del Estado y es a la vez la condena más clara de la democracia estatal. La rección siempre favorece a las derechas. El peligro fascista no estaba en el fermento popular que aspira a la realización de nuevas formas de vida, más allá de la democracia y más allá de la autoridad, sino en la represión misma de estas fuerzas vitales. Si fuera necesaria una demostración, ahí están los hechos: el pasado ha vuelto, con la pena de muerte, con la devolución de los bienes confiscados, con la amnistía... Se protegen las manifestaciones fascistas y monárquicas, se tirotea a los obreros que se declaran en huelga para defender la libertad. La socialdemocracia española se da cuenta ahora de su error, pero es, como siempre demasiado tarde. Y no es un error contingente, ni de hombres. Es la substancia misma de la democracia la que está viciada por el prejuicio estatal. Una vez admitido esto, lo demás viene solo. Los hombres mejores serían incapaces de defender la libertad desde un

ministerio. Y ahora la reacción avanza por el fácil camino que le abrió Lerroux Si el gobierno español logra imponer el orden nivelador en toda la península, aquel orden de Varsovia que es la negación de la vida, la victoria del fascismo será custión de días, porque hasta ahora ningún gobierno supo ni quiso presentar a las huestes dictatoriales una resistencia seria.

El gobierno francés, presentado como prototipo de democracia, deja tranquilos a los "camelots du roi", que quieren cambiar violentamente la constitución en sentido reaccionario y persigue a los extremistas de la izquierda.

El gobierno suizo hace matar a los obreros en las demostraciones, pero es muy indulgente con los propagandistas del haz lictorio y de la cruz gamada, especialmente si son extranjeros... Si en Italia el Estado liberal no hubiera debilitado el movimiento obrero con sus persecuciones, si en Alemania el gobierno social-demócrata no se hubiera preocupado más por la lucha antirrevolucionaria que por la lucha anticapitalista, el fascismo habría encontrado mayores resistencias y acaso habría fracasado. Sólo a último momento las viejas fuerzas del liberalismo burgués se dan cuenta de que también para ellas el fascismo significa la muerte y entonces esconden la cabeza como el avestruz frente al peligro, o tratan de domesticar la fiera con los halagos del poder, como hizo el rey, en Italia, como hiiceron Hindenburg y von Papen en Alemania; en este último caso se dejan absorber por las fuerzas que habían creído dominar, abandonando la máscara tradicional de la constitución y de la democracia.

La lucha contra el Estado

No es el Estado el que puede salvarnos. Con esto no quise decir que no hay diferencia entre un gobierno demócrata y un gobierno absolutista. Las pocas libertades elemenetales que la democracia nos deja y que son el fruto de largas luchas populares hay que defenderlas como se defienden las condiciones mismas de la vida. Pero en la historia no hay realidades estáticas, sino movimientos.

El Estado abandonado a sí mismo cae en la dictadura por su solo peso. No se defiende la democracia, sino superándola, sino combatiendo en ellas al principio de autoridad, debilitando en ella al Estado. No se puede combatir al fascismo mirando hacia atrás, añorando una armazón que en el choque se derrumba solo, hay que mirar hacia adelante. Los principios vitales que quedan en el viejo edificio y que el fascismo quiere sofocar, no se pueden preservar, sino tomándolos por base del edificio nuevo. Sólo los que se detienen son aplastados.

Es interesante notar como estos conceptos están surgiendo, por si solos, independientemente y lejos de los partidos en muchos individuos aislados que más intensamente comprenden la experiencia trágica del fascismo. Los que viven en Italia y sufren más directamente que nosotros las consecuencias del proceso histórico al que estamos asistiendo, llegan lógicamente a pesar de su aislamiento, a la conclusión de que la única salida que tiene esta situación angustiosa es la de una libertad amplia y descentralizada. Mientras los espíritus más primitivos y pasionales son empujados al comu-

nismo por el ejemplo de la victoria fascista y por la idea de que sólo la dictadura puede combatir a otra dictadura, los más lógicos y comprensivos ven en el fascismo la última consecuencia del principio estatal y se acercan por sí mismos a una concepción libertaria de la vida. Se han leído en estos últimos tiempos cartas de jóvenes italianos, llegadas clandestinamente al extranjero, cuyos autores mientras se declaran socialistas, reclaman una revisión de los valores tradicionales del socialismo parlamentario y marxista y hasta hablan de "socialismo libertario". Véase la carta publicada en el Cuaderno N° 2 de **Giustizia e Libertá** (págs. 10-16) en la que se preconiza un "liberalismo integral" una "autonomía" en el sentido negativo de descentralización y positivo de "autogobierno", como resultado de una revolución socialista y la otra, publicada en el Cuaderno número 8 de la misma revista (págs. 13-20) con el título "Por un movimiento internacional libertario" que habla de un antifascismo "antitiránico antiestatal".

En este último año, con el triunfo del fascismo alemán el peligro de un agudizarse del absolutismo estatal se ha hecho más inminente y visible. No llegó aún la hora de poder hacer un estudio completo de la naturaleza íntima y de los posibles desarrollos del aspecto germánico del fenómeno fascista.

Pero por los antecedentes y por algunos principios de realización podemos ver desde ya que el destino de Alemania no será muy distinto del de Italia, si el diablillo oculto que prepara los imprevistos de la historia

nos ayuda por una vez a la causa de la civilización. Si esto no ocurre (y sería cobarde dormirse en esta esperanza) no hay que esperar otra salvación que la que puede venirnos del pueblo. Pero el optimismo fácil también es cobardía.

El pueblo alemán está vencido, como el pueblo italiano. El desquite no es fácil ni puede ser rápido. La batalla que vendrá no será de un solo pueblo, sino de todos. Ya nadie es espectador y todos son responsables de lo que acontecerá. La victoria sobre las fuerzas de la decadencia y de la barbarie no hay que desearla sólo Italia y Alemania vencidas o en la Europa atormentada. Las posibilidades de la victoria, la responsabilidad de una eventual definitiva derrota del hombre frente al bruto están en cada uno de nosotros porque en toda parte está el peligro. Y en todas partes este peligro se presenta como una forma aguda de estatismo. Bajo formas nuevas se reproduce una vez más la lucha entre los dos principios elementales, el de autoriadd y el de libertad. A este conflicto eterno se reduce, en el fondo, también la guerra de clase.

El Estado es, por su misma naturaleza, el instrumento político de la explotación económica. La clase económicamente más fuerte crea y controla al Estado. Derrocada por otra clase más numerosa; que ansía sustraerse a la explotación, cae materialmente como conjunto de individuos, pero en seguida, alrededor del núcleo estatal, vuelve a cuajar en nuevas formas con material humano surgido de entre los triunfadores del momento, que pronto vuelven a su condición de eternos oprimidos. Así, a través de evoluciones y revoluciones, el esclavo se transformó en siervo de la gleba y el sier-

vo de la gleba en asalariado; éste podrá transformarse mañana en un "soldado del trabajo" bajo la dependencia directa del Estado. La realidad substancial no varía. Feudalismo, capitalismo, dominio absoluto de la burocracia, no son, sino distintas formas jurídicas de una misma opresión de clase.

La acción directa

Por eso la verdadera lucha de clase, la que aspira no a un simple cambio de las personas de los opresores, sino a la desaparición de la supremacía de una clase sobre otra, no puede ser, sino lucha contra el Estado.

No es una idea nueva. Todas las afirmaciones prácticas y teóricas de la democracia del siglo pasado respondían a esa necesidad, imperiosa para todo espíritu libre, de debilitar a ese organismo parasitario que aprisiona las más fecundas energías del hombre. El error infantil de los demócratas ha sido el de llevar el combate al terreno del adversario, el de aceptar sus armas y sus condiciones. Las leyes, el voto, son instrumentos en manos de quien tiene el arma del dinero y las bayonetas de los soldados a su disposición. Cuando estos instrumentos ya no sirven sus intereses, los amos los aplastan con un simple zarpazo y los siervos ingenuos que en ellos confiaban para conquistar su libertad, quedan desarmados y sin defensa. El fascismo ha sido ese zarpazo. La ley no es imperativa, sino para quien no pueda hacer una ley contraria por la fuerza de las armas. Los legalistas hablan de "constitución sagrada", de los derechos del ciudadano, de la tranquilidad conquistada por medio del sufragio, etc. Las fuerzas armadas sirven para defender la ley contra un ciudadano cualquiera, pero sirven para destruir la ley cuando el

Poder Ejecutivo se le antoja prescindir de ella. Las leyes, pues sirven para oprimir, nunca para libertar. En eso consiste el fracaso de la democracia.

Si la conquista revolucionaria del poder no sirve sino para que se produzca un cambio exterior de forma y un cambio material de hombres en los cuadros de la clase explotadora, si la democracia es una valla de papel frente a una avalancha de piedras no queda sino el camino de la acción directa para la destrucción del Estado.

Esta es la consecuencia lógica que se desprende de la tremenda lección que nos están dando los hechos. ésta es la única salida que tiene el laberinto en que estamos encerrados.

Nota Final

Proyectada a la
Actualidad Autoritaria Argentina

El libro de Luce Fabbri que acabamos de leer, no es una narración histórico-literaria, escrita para pasatiempo, ni memorias o reflexiones con las que se entretienen los impotentes. Es un libro vital, vale decir, conferencias, escritos, nacidos de una pasión grande y dados con esa misma pasión para ser enseñanza y guía.

Luce le ha elevado por la apreciación subjetiva y a veces de la interpretación ideológica. Por ello no se ha perdido en un solo miraje y nos da una visión totalitaria de *los diversos factores que engendran y desarrollan el fenómeno fascista,* que es ordenación política, hecho económico, actuación moral. Su joven maestría, no hija de técnica polémica, sino de amor a la verdad, ha hecho girones y puesto al descubierto toda la infamia estatal y la entraña capitalista de los "camisas negras". Pero nos ha enseñado algo más: *que con un mismo fin tiene diversas manifestaciones y métodos diversos.*

Corresponde, como corolario al propósito de la autora y a los fines editoriales de **Nervio,** analicemos como se dá el fenómeno en el orden regional, cuales son sus pilares y cuales sus tendencias de desarrollo o agotamiento, movidos por un interés profiláctico y cuidadosos de no caer en adivinanzas o fatalismos, posibles en lo histórico social, pero siempre peligrosos para quien se cierra el camino creyendo que el suyo es el único y eficaz.

No debemos engañarnos pues, entablada mundialmente la lucha revolucionaria se libra en todos los frentes batalla contra la reacción, *una de cuyas manifestaciones es el fascismo;* producto éste y no productor de la reacción. Desviamos la apreciación sociológica si creemos que el gran enemigo es el fascismo en sí y que derrotado éste en el debate popular, disueltas sus bandas, etc., la humanidad retoma su marcha progresiva. Los

recientes acontecimientos españoles enseñan que los "señoritos" sólo sirvieron para recoger las basuras de Madrid en huelga y que cuando pasado el susto se fueron a ofrecer a Lerroux, fueron despedidos con buenos modales.

La burguesia se descubrió a si misma, cuando el golpe de Estado de Mussolini, se repuso de la angustia tremenda que la poseyera con el comienzo de la toma de las fábricas por el proletariado italiano y comprendió que con maña y fuerza era posible dominar a los rebeldes. Las represiones y la guerra que una minoría organizaba contra la enorme mayoría, no eran la solución y mantenía vivo el descontento y por ende la insurrección. Había que crear una ficción que dividiera a las masas populares y obreras, que las llevara a la lucha interna. La burguesía italiana y alemana armaron a los agrarios, a los desocupados, al lumpen-proletariat, a estudiantes y a empleados, a proletarios mismos, enrolándolos bajo las proclamas contra "el terrorismo anarquista y la dictadura marxista como contra el capitalismo egoísta y los políticos voraces". El juego de una clase era la careta de la superación de la lucha de clases... con vistas a una mayor felicidad colectiva lograble... por un Estado todopoderoso regulador de intereses.

Así se ha dado también en la Argentina: esgrimiendo las opiniones de Sorel e Ingenieros, de sindicalistas y libertarios, contra los políticos; haciendo algo más: tratando de levantar un movimiento obrero, agrario y del pequeño comercio que en comunidad de intereses con las "fuerzas vivas" de la Nación — los vivillos que mercan el trabajo ajeno se llaman a si mismos "las fuerzas productoras" — resolvieron los problemas del país, vista la inutilidad del parlamento actual y los vicios de los políticos, aun de los Demócratas Nacionales a cuya mesa se sientan la mayoría de éstos sedicentes antipolíticos. Vinculando esta acción gremial a la cultura recreativa, para lo cual, constituyeron numerosos centros; las más de las veces disimulando su verdadero propósito.

Revistemos esa tarea de formación de los cuadros populares:

—Tentativa de creación de un movimiento obrero "nacionalista": sindicatos "libres" de panaderos en los alrededores de la capital, provisión de "krumiros" a establecimientos en conflicto — textiles, madereros, etc., — bandas asesinas en el puerto de Buenos Aires para imponer el "trabajo libre", etc. Promesa de parlamento corporativo y representación de los

gremios obreros, con cuyo canto de sirena llegaron a perturbar a ciertos dirigentes sindicales y produjo recelos y acusaciones todavía no desvirtuadas dentro de la Confederación General del Trabajo.

—Labor de organización de arrendatarios y pequeños propietarios campesinos, difundiendo las peores especies contra quienes "eran enviados del diablo para comunizar a las mujeres y repartirse las niñas". Esfuerzos por levantar y controlar a la Federación Agraria Argentina, reclamos y huelgas de los cosechadores de algodón de Misiones y Chaco en cuyo nombre el senador Sánchez hacía nacionalismo económico al igual que anteriormente lo hicieron en el mitín del Luna Park al que obligaron a ir a sus obreros, los ingleses, criollos, italianos, etc., que desde la Asociación Industrial Argentina no pedían protección a sus intereses sino a la "industria nacional, para bien de los 30.000 obreros aquí reunidos". Programa de defensa de la propiedad rural y del pequeño agricultor "olvidado por los señores de la ciudad".

Infiltración dentro del movimiento que contra el impuesto a los réditos y transacciones organizara el comercio y la industria y al cual señalaban la necesidad de un movimiento de comerciantes, agricultores y ganaderos, por encima de las opiniones políticas y con vistas a una participación directa en la administración de la cosa pública. Apoyo abierto al monopolio del transporte automotríz y sabotage a los actos populares en contra del mismo, etc.

Una experiencia. El capitalismo trata de cargar a otros las culpas de los males provenientes de su propia estructura y se las endilga al parlamento, al Estado liberal, a los políticos, a las exigencias de los extremistas o a los judíos, etc. (la mayoría de las bandas de la capital federal son antisemitas y en Entre Ríos los israelitas han tenido que armarse para defenderse).

Posición. No se trata de defender lo que ellos atacan por ese solo hecho. El Estado es hoy una maquinaria burocrática complejísima y como de esa teta maman los políticos, tratan de agrandarle y de nutrirle cada día más; siendo un intermediario inútil su eliminación será una ventaja para las relaciones entre los hombres y los organismos sociales y un alivio enorme para quienes tenemos que contribuir a llenar sus arcas. Los judíos y criollos pobres son tan víctimas de la crisis como responsables los judíos y criollos ricos. El capitalismo,

que sólo se mueve por la ganancia; que cierra las fábricas antes de hacerlas trabajar sin que produzcan dividendos; que tira café, naranjas o leche, mata ovejas o abandona los campos para que no bajen los precios; que organiza la guerra cuyos gastos enormes tenemos que cubrir nosotros; ése es el causante de la crisis económica y a ese hay que eliminar para que todos trabajemos y para que todos consumamos.

Otra experiencia. El ambiente que los sindicalistas y los anarquistas han creado en Sud América contra el parlamento burgués y los políticos de todo pelaje, ha sido explotado y aprovechado en parte por estos curiosos antipolíticos que despotrican desde el bufete del Congreso. Que ese ambiente existe lo demuestra la reducida influencia que radicales, socialistas y comunistas electorales tienen, no ya en la dirección del movimiento obrero organizado en la F. O. R. A. sino en el autónomo y en el de la C. G. T. Igual provecho han sacado internacionalmente los bolcheviques del anhelo de unión y de amplio comunismo despertado por los socialistas "utópicos", sindicalistas y comunistas anarquistas. Que el camino del parlamento no era el camino de la emancipación proletaria, lo han demostrado como innegable verdad histórica: la disolución de la Asamblea Constituyente Rusa por los marinos y obreros soviéticos con el acuerdo de bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierda; el desastre de la social-democracia y del Partido Comunista alemán, frente al golpe hitlerista; la inutilidad de la numerosa representación socialista italiana ante la audacia de los "fasci di combattimento"; la tardía reacción de los heróicos obreros vieneses; las luchas obreras y populares en las calles de París; la rectificación de tácticas, en octubre de 1934, por los sindicatos de la U. G. T., y las juventudes izquierdistas españolas y los socialistas, bolcheviques y trotzkistas de la Alianza Obrera que el 9 de diciembre de 1933 denigraron la insurrección de los anarco-sindicalistas y juventudes libertarias de España y poco después de Portugal, que señalaron con su sangre el único camino de verdadera emancipación.

El fracaso de la vía parlamentaria deja de ser teoría para ser enseñanza práctica en América con: el embotamiento de la C. R. O. M. en el legalismo del "gobierno revolucionario y socialista" de México; con las escandalosas garantías electorales ofrecidas por Machado y aceptadas con el levantamiento de la huelga general por las fuerzas obreras dependientes del Parti-

do Comunista Cubano en vísperas de la caída del tirano; con la imposibilidad práctica de ir a hacer "oposición proletaria" en Brasil, Uruguay, Argentina, Chile; por la evidente contradicción que resulta de propagar la revolución al mismo tiempo que se presentan plataformas electorales que solo sirven para desviar la lucha.

Posición. Demostrar que el antiparlamentarismo fascista es solo un collar de vidrio, que el corporativismo es un cuento chino que cuando más llevará al parlamento con otro nombre, a los agentes patronales y a algunos obreros bien pasados por la zaranda de la fidelidad al fascio. Que el gobierno o la administración de la economía social por los obreros, campesinos y marinos, solo será posible luego de transformar la propiedad privada de las fábricas, tierras, buques, etc., en bien colectivo. Que los sindicatos de obreros, estudiantes, técnicos, maestros, etc., serán agentes eficasísimos de esa transformación y que es dentro de ellos donde debemos capacitarnos tanto para desarraigar las causas de la actual injusticia económica como para asumir las graves responsabilidades de construir una sociedad de productores libres. Que si las burguesías por sus organismos político-estatales o por sus bandas armadas disolvieran un parlamento ha de ser porque éste es inútil o poco útil a sus intereses y va a crear un sistema más eficaz de explotación, como podría ser el corporativismo, el consejo regulador de la economía, etc. Prevenir a los obreros del peligro que para sus intereses representa el sindicalismo corporativista, y las traiciones que en ese sentido pueden arraigar en los apetitos de sus jefes y oponer no la idea de parlamento liberal cuyos frutos conocemos, sino la de comité de fábrica, barco o escuela, la de soviet y comuna libres.

* *

Hemos dicho que la burguesía se descubrió a sí misma al sentirse salvada con el fascismo y que para él fueron todas sus alabanza cual a mesías. Pero es necesario decir que también esa "novedad" le ha hecho pasar muy malos ratos y le sigue dando sus buenos dolores de cabeza. Agreguemos que generalmente la burguesía es reaccionaria, conservadora, pasatista y que ante el progreso social no olvida que todo tiempo pasado fué mejor... mientras el fascismo es la tendencia revolucionaria de un sector de la burguesía, gran aliado, pero no siempre salido de su propio seno — la burocracia y la burguesía media,

se defiende a sí misma — pero que es siempre un nuevo huésped, que si no lo invitan se invita y al que hay que hacerle lugar entre los clásicos puntales: iglesia, militarismo, política.

Los gastos son abultados: alimentar a los militares, alimentar a la policía, alimentar a los gregarios de las bandas y a sus exigentes jefes. Y bajo la amenaza de ambas, la presión económica sobre la población debe aumentarse pues ella es al fin de cuentas quien debe tender la mesa. Resulta así que los que vinieron a acabar con la crisis contribuyen a aumentarla.

No sólo la financiación de las bandas tiene su inconveniente, sino su engrandecimiento. La burguesía, al engordar y apuntalar a Mussolini, Hitler, etc., se salva, pero al mismo tiempo pierde en autoridad, pone sus destinos en manos de aventureros, de traidores, de "fulleros", hombres del pueblo e inteligentes "capos de maffia" que por salvarse ellos no trepidarán en ahogar a sus aliados y en apuñalearlos por la espalda como los recientes casos de Alemania y Austria lo ponen bien en claro. A más, Hitler o Primo de Rivera (hijo), tiene que hablar de expropiar los bienes feudales, de dirigir los capitales —y por ende a los capitalistas, — de suprimir las clases poniendo por encima del interés del uno el interés y la propiedad del Estado, etc. Esas novedades, esas "ideas raras" que bien sabemos de puro corte demagógico, si sirven para engañar, también desarrollan entre el pueblo la impresión de que las instituciones no son eternas, intocables, sagradas, de que está bien hacer revoluciones. Para la sagacidad de la burguesía conservadora, Marianetti fascista no deja de ser un perturbador del orden burgués.

Vemos que dentro del régimen estatal-capitalista no hay un único interés de clase, que en la gama de opresores hay intereses bien definidos y contrapuestos a los que la burguesía tiene que satisfacer para subsistir. Y no sólo satisfacer, sino estimular, para no ser esclava de ninguno de ellos. Así en Italia y Alemania el ejército fascista sustituye al ejército monárquico y a los carabineros en una y a las fuerzas militares y policiales en la otra, pero bien se cuidan de que no desaparezcan ninguno totalmente, para siempre tener un puntal de donde agarrarse o, más aún, lanzarlos a unos contra otros cuando lo crea conveniente — la Reichwher hace poco en Alemania contra las mismas tropas de Hitler que se habían tomado en serio lo de la segunda revolución.

Experiencia. El fascismo enseña que meter a martillazos

a los hombres en los casilleros de las clases y de las categorías para así manejar mejor las teorías y "las interpretaciones acerca de la dinámica social" no sólo es antinatural sino contra producente: la clase media pauperizada puede ligarse a las luchas proletarias y para ello debemos trabajar, pero esa burguesía minorista viene con ideales burgueses, añora las épocas de mucha ganancia y pocos impuestos estará con "la revolución" democrática liberal que en España como acá le presente el programa de anular las deudas y reducir los impuestos, programa que al triunfar no se cumpliría por que los obreros de un régimen socialista aún de transición, tratarán de eliminar con trabas e impuestos — ejemplo: Rusia — la industria y el comercio privado. Por eso — en defensa de sus intereses — ya que las gangas del liberalismo se acaban y no está en sus manos solucionar la crisis, tiende en mayoría a plegarse al fascismo.

Posición. No podemos defender los intereses de la pequeña burguesía pauperizada en cuanto ellos son opuestos a los de lso consumidores tanto como a lo de los productores, que puede dar votos a partidos izquierdistas pero no fuerzas para una verdadera revolución, a la que saboteará o traicionará. Es importante el aporte dado por este sector a la lucha por la libertad, pero debemos llamarlos levantando sü condición humana, demostrándoles que como intermediarios son perniciosos e incitándoles a ser elementos útiles en una sociedad de productores libres.

* *

Dijimos al comenzar que el fascismo no es un fín sino un medio; un medio, completamos ahora, para el summun de autoridad en el Estado que entre nubes de incienso esconde la garra del capitalismo. Ello no quiere decir que sea el único medio; ello no quieré decir que el Estado no se recomponga a sí mismo, dentro de su propia mecánica. Y esto es fundamental aclararlo sobre todo en la apreciación sudamericana del problema.

Lo que está en crisis desde comienzos del siglo, no es simplemente el capitalismo que se fortalece con el desarrollo de la burguesía liberal e industrial del siglo XIX y comienzos del XX, sino el Estado, disminuído tanto por las corrientes del liberalismo, del socialismo y del anarquismo — ambas sobre todo en el orden intelectual, — como por su propia descomposición.

La guerra no salva al capitalismo pero apuntala al Estado: plenos poderes a los hombres del gobierno, derecho de vida sobre los "subditos", nada de oposición, ley marcial. La herencia de la guerra es la dictadura. El parlamentarismo, el liberalismo, el socialismo reformista, han quedado en las alambradas de 1914-18. Si quedan algunos restos, el fascismo será la fuerza que los barra. Hay fascismo sobre todo donde hay Estado liberal o donde esos sectores amenazan tener mayoría parlamentaria, donde esos Estados desprestigiados o desorganizados no pueden recomponerse, solidificarse por sí mismo, donde la burocracia liberal debe ser suplida de prepotencia ya que no lo va a hacer de propia mano. Donde los gobiernos, por el vigor en la aplicación de la fuerza se basten a sí mismo o sea a los fines para los que existen, el fascismo es un gasto de lujo: España, Brasil, Uruguay, Argentina.

El único país de América donde el fascismo es realmente una fuerza real es Chile, donde el Estado está desacreditado por la torpeza de los dictadores, por la frecuencia de los atracos al poder y por la demagogía liberal y así vemos que Alessandri se entrega al fascismo chileno-alemán pero que éste no se entrega a Alessandri. Si Terra, Justo, Vargas, al frente de gobiernos jóvenes, con cierta base popular, con un mecanismo ágil y centralizado, con parlamentos dóciles y gobiernos provinciales sumisos, responden a las exigencias del capitalismo en bancarrota, no hay inconveniente en economizar el pago de legiones ambiciosas.

Mas aún, nosotros sostuvimos — "Mimetismo político, **Nervio** N° 34-35," — que "el período parlamentario 1934 enseña que el fascismo no dará por ahora el golpe de Estado anunciado, vale decir, no lo darán Kinkelin, Sánchez Sorondo, Molina, no lo dará el conglomerado Legión, Aduna, Fascio. La burguesía nacional no necesita gastar *por ahora* dinero en ellos. Más aún, *ha prescindido de ellos* al triunfar silenciosamente antes de abrirse las Cámaras. *Por eso las abrió.* No fué necesario que Pinedo-Duhau (Sdad. Ltda) se pusieran camisas de colores, les bastó con meterse una cartera ministerial bajo el brazo."

"Si aceptamos la existencia de la "revolución silenciosa" cuya salva de triunfo fueron la *ley* de granos y la conversión de la deuda, *comprenderemos porque existe y seguirá existiendo un parlamento "democrático y laborioso"*. Y lo comprenderemos facilmente si por encima de la teoría efectista preguber-

nativa, constatamos que todo régimen "tipo" fascista, mantiene el parlamento y sobre todo las dietas de los parlamentarios, la ficción representativa".

Ahí está el asunto: reforzar el Estado, limitar el número de los auténticos amos, manteniendo la ilusión de que el pueblo manda por los votos o las corporaciones, mientras esa minoría gobernante hace sus intereses.

El fascismo es el cuco con que la burguesía amenaza a los políticos gobernantes sino la sirven bien, si no ajustan los resortes, si por encima de doctrinarismos tribunicios y promesas callejeras,, no constituyen un Estado fuerte, vale decir, que oprima con fuerza creciente a la clase laboriosa y a los hombres de pensamientos liberadores de la esclavitud y la explotación.

El "integralismo" brasileño, cuya concentración de 10.000 hombres en la plaza central de San Pablo fuera destrozada por la acción conjunta en la lucha, de la Federación Operaria y los anarquistas con los socialistas y comunistas, es sobre todo, producto de los industriales alemanes y del clero, medida de previsión respecto a la marcha de la política interna y freno para las actitudes populacheras del gobierno "pacifista y democrático" del dictador Vargas que persigue a los obreros, "sella" locales, deporta, etc; ellos no piensan seriamente en la toma del poder de acuerdo con un decir sencillo: cada uno a su arte u oficio; dejemos a los políticos que gobiernen, siempre que gobiernen bien, o sea, en bien del capitalismo.

En Uruguay, el fascismo nació muerto, pues, cuando en 1930-31, trató de echar raíces tras los reclamos del pequeño comercio que llegó a los balcones del presidente Terra solicitando "la dictadura económica", éste se puso a tono con la hora, despidió a los atrevidos que ofendían sus convicciones democráticas y preparó la autorrevolución que lo ha reelecto jefe de un ejecutivo fuerte.

Chile y Paraguay son los dos países de América más propensos al fascismo, dado que en el Perú sólo son un apéndice de los militares enfrentados a una oposición poderosa. El primero por el relajamiento a que políticos y militares han llevado la máquina del Estado y que Alessandri no puede hacerla quedar como nueva, pese a las leyes que hacen imposible el voto a los pobres, la represión brutal del movimiento obrero y de izquierda y pese al patriotismo de sus carabineros. Con 10.000 soldados que culminaron su desprestigio al perderse en

los cerros al intentar ahogar la desesperada rebelión de los campesinos arrendatarios del sud, masacrados por los carabineros y la milicia republicana, Alessandri, es prisionero de 40.000 nazistas organizados que le darán el pasaporte cuando les parezca oportuno.

La lucha entre los bandos políticos, el descontento latente por la protección oficial a los "emboscados" que con licencias y tasas militares o simplemente por la "vista gorda" del caudillo no han ido al frente, el hambre enorme y la falta de una organización eficaz tras la que se concreten los anhelos libertarios de los paraguayos oprimidos que ya ante el peligro de la guerra dijeron con la toma de Villa Encarnación su anhelo de comunismo y libertad, señalan, con la aparición de personajes demagógicos, planteo de un programa de "reconstrucción nacional", de subdivisión de la tierra, de las necesidades de post-guerra, el fomento de la inmigración de rusos blancos, etc., un golpe fascista en el Paraguay que será *lo que se ganó en la guerra* si bien no hará más, si se consuma, que acelerar el proceso de la liberación definitiva.

El fascismo es la manera total, definitiva, con la cual se sustituyen las represiones accidentales por todo un sistema político, económico y moral permanente, tanto como para no solamente anular, reprimir, reducir, las rebeldías de hoy sino como para inocular en el feto mismo, el bacilo de la servidumbre. Pero el peligro es que este remedio no tiene ninguna otra salida, no ofrece válvula de escape: o se cura o se muere el enfermo; si el remedio falla, la burguesía sabe que ella misma ha abierto el camino a la revolución social — la sola amenaza enciende la lucha en España, — que quizá la haya acelerado cargando luego con todas las violencias que la injusticia engendra. Por eso no quiere — salvo fuerza mayor — jugarse la última carta y prefiere el régimen democrático... con un ejecutivo fuerte, con leyes de orden público.

Ese es el caso general de América del Sud, donde más que curar hay que prevenir, prevenirse de los que para ellos es la peste y para nosotros es la seguridad de pan y libertad para todos, para todos los que no sean zánganos. Eso es el cuadro que apreciamos en la Argentina donde no domina el fascismo y si domina la reacción gubernamental; donde existe un Estado fuerte que regula el peso y el cambio, que compra y vende granos, que auspicia el monopolio o coordinación del transporte urbano y ferroviario, que acordará con los minis-

tros de Hacienda de las provincias la unificación nacional de los impuestos, que prohibe el uso de la bandera roja, que suspende actos públicos por simple resolución policial, tacha oradores — reciente prohibición del acto contra el monopolio del transporte si hablaba un orador estudiantil, — que clausura locales obreros y deporta o mantiene presos a sus asociados sin explicaciones ni proceso, que prohibe que el correo distribuya **Nervio** y amenaza retirar la concesión a los kioskos que la venden, que permite la destrucción o confiscación de bibliotecas, retira la carta de ciudadanía a comunistas y niega derecho electoral a ese partido, procesa por "asociación ilícita" a miembros de sindicatos obreros etc., y que no obstante mantiene la ficción democrática a punto tal que los obreros ferroviarios aceptan como árbitro en una seria disputa con las empresas, al presidente de la Nación.

A los políticos no los vencerá tan fácil el fascismo, movimiento esencialmente capitalista, pues si ha de usarse el argumento que frente a la crisis y la rebelión los políticos no son capaces de asegurar el orden público y es necesario para ello el fascismo, es de seguro que los políticos en su gran parte, si no pierden no ganan con la solución. En el caso argentino, los grandes sectores conservadores no apoyan al fascismo, lo que no impide que le miren con simpatía y le den una manito cuando estos le halagan, siendo igualmente autoritarios, nacionalistas y antiobreros. Patrón Costa, presidente del partido Demócrata Nacional y feudatario, o Barceló, caudillo de la populosa Avellaneda y vecindades, los conservadores demócratas nacionales de la provincia de Buenos Aires, Córdoba, etc., instalados en el gobierno, con apreciable caudal electoral, administradores del presupuesto y con Cámaras adictas, no pueden esperar del fascismo lo que ya tienen. En cambio, políticos sin votantes — los demócratas nacionales Rothe, Sánchez Sorondo, Francisco Uriburu y los socialistas independientes Pinedo, Baliño, por ejemplo, expuestos a quedarse cualquier día sin ubicación, los conservadores de la Capital Federal, Mendoza, Entre Ríos, etc., sin gran caudal electoral, ven en el arrebato fascista del poder y por ende del presupuesto, una solución futura y por eso hacen nacionalismo, antisemitismo, etc.

Seguro que a la burguesía más le conviene un gobierno fuerte, de cariz popular y base ciudadana, que entregarse a "condottieri" de antemano rechazados por la población por su aristocratismo y sus correrías políticas y cuya ambición per-

sonal puede sobreponerse a los intereses de la clase dominante, a gentes al fin y al cabo también salidas del comité y que en la breve experiencia de 1930-34, han demostrado que el bien de su peculio o el de las empresas comerciales armamentistas que patrocinan están sobre los de la Nación y el mismo comercio e industria del país — el petrolífero Kinkelín, el abogado Ramos, el agente armamentista Rivero.

A eso agregamos que pese a ser el que habitamos un país de reciente estructuración, ha surgido de los reflejos de la revolución francesa, se ha constituído en las corrientes del liberalismo del siglo XX, como país de inmigración es cosmopolita y democrático con acentuadas tendencias individualistas, lo que hace muy difícil moldearlo dentro de la jerarquía y la disciplina del absolutismo estatal-fascista y que si bien ha demostrado que es dócil, tiene su vigorosa trayectoria de luchas populares y sociales.

En síntesis: el fascismo es una realidad en América, si bien no representa movimiento de masas y es sobre todo arma de intereses económicos, políticos y clericales, en choque con el Estado liberal y democrático. Es sólo un aspecto de la reacción capitalista y clerical, que manteniendo la ficción representativa ha apuntalado gobiernos fuertes. Ese fué el sentido del movimiento que el 6 de setiembre de 1930 derrocó a los radicales y por ello cada vez que éstos hablan de asistir a los comicios sus contrincantes responden, con que será necesario un nuevo 6 de setiembre. Si algún azar de la política volviera a los radicales al uso del presupuesto, lo que creemos muy improbable, entonces se fortalecería el fascismo con las fuerzas conservadoras desplazadas. Pero aún en ese caso, tan prisioneros como Justo y Alessandri del capitalismo nacional e imperialista, tan defensores de "las sagradas instituciones" como éstos, se pondrían también "a tono con la hora" y de las esporádicas represiones de Jacinto Aráoz, Gualeguaychú, Semana de Enero, Patagonia, etc., pasarían a organizar sus milicias y la represión sistemática, que ya en la presidencia de Alvear cercenaba el derecho de reunión para los libertarios y que en la interrumpida segunda presidencia de Yrigoyen enviara las tropas contra los campesinos de Santa Fe. Incapaz por su liberalismo demagógico de dar soluciones reales a la crisis general, el radicalismo — que lo es de nombre — tomaría el camino del gobierno actual o sería desahuciado por la burguesía y caería barrido por las bandas ítalo-nacionalistas.

Posición. Si fascismo y reacción tienden como expresión moral y arma eficáz de explotación y tiranía a fortalecer el principio de autoridad y a reforzar la máquina del Estado clara labor ideológica antifascista será la de fortalecer el sentido individual de la libertad y la actuación colectiva de ese principio esencialmente humano, como así desajustar tornillos y piezas de la máquina torturadora estatal, propendiendo al federalismo y despertando la actividad administradora y creadora del pueblo, organizado en sindicatos profesionales de obreros — por oficio e industrias, — de técnicos, de estudiosos y en centros de lucha y capacitación libertaria.

Para ello es necesaria la ACCION CONJUNTA DE TODAS LAS FUERZAS ANTIFASCISTAS, vale decir, las personas e instituciones que anhelan más libertad económica, política y social. pero, *¿ir contra algo no es ir por algo?* Ahí está el asunto: lucha contra el fascismo es muy vago y por demasiado amplio puede dar lugar a serias confusiones. *Del programa mínimo de reivindicaciones comunes que se elabore, clara y concretamente, y de la táctica de lucha común que se convenga* depende el porvenir.

Permítasenos, como corolario a este libro, que revistemos este problema vitalísimo que los anarquistas llaman de la acción conjunta y los bolcheviques del frente único.

a) *¿Entre quiénes debe elaborarse este plan?* Respondemos sin ambajes y vocalizando las sílabas: entre todos aquellos que DESEEN DEFENDER LAS LIBERTADES ELEMENTALES sin exclusiones políticas o ideológicas.

La misión histórica de los libertarios reside precisamente en despertar las energías virtuales, las aspiraciones íntimas, el substractum vital de libertad que en todos los hombres y en todas las asociaciones de hombres late. En la convicción de que libertad y humanidad son sinónimos, es que en los instantes más trágicos, cuando los obreros enrolados en las filas fascistas arrasaban nuestros locales y llegaban con el puñal a nuestros hogares, o cuando obreros cegados por la guerra capitalista o la lucha de clases se cerraban en el sectarismo de su partido y tras la caravana electoral desoían nuestro llamado a la lucha o, soldados rojos, vomitaban metralla sobre los marineros y trabajadores que en Kronstand se levantaban contra la dictadura bolchevique, hemos confiado en el porvenir.

b) *Sí, ¿pero entre hombres o entre partidos u organizacio-*

nes? Pensamos: la base que reputamos de más solidez y responsabilidad es la que establece la vinculación orgánica entre asociaciones obreras, estudiantes, maestros y técnicos (en obreros incluímos campesinos, marinos, etc). Junto a este núcleo central, en los barrios y en los talleres o chacras, oficinas, colegios o barcos, donde lo primero no sea posible, entre individuos. Y colateralmente, como auxiliares, apoyando la acción de base gremial y no dirigiéndola, las fuerzas políticas e ideológicas.

Muchas veces la etiqueta es solo exterioridad y no dice nada, se pegó por recuerdos de la infancia, desconocimiento; partidismo footballístico y separa interioridades que están próximas. Eso no debemos olvidarlo. Como muchas veces las mejores intenciones aparentes esconden la zancadilla más alevosa. Eso tampoco debemos olvidarlo. La lucha contra el fascismo es lucha contra el absolutismo, contra el hecho de que un grupo de hombres se proclame detentador de la verdad verdadera, identifique su pensar o el de su partido, pretenda obligar a todos a aceptarlos e identificando su verdad con la verdad de la Nación, del Estado y de la sociedad, prohiba a los demás pensar y actuar de otra manera. Con puntos de vista diferentes respecto a las soluciones y a los medios, hombres de distintas organizaciones, de diversos partidos, coincidimos en que cada uno de nosotros tiene derecho a expresar esas ideas propias en el periódico o en la tribuna, a asociarse para propagarlas y para tratar de llevarlas a la práctica. Lo que nos une entonces no es sino el reconocimiento de ese derecho y lo que debe unirnos es la defensa de ese derecho que cada uno ejercitaremos diversamente. Por eso es grave error tildar de líricos a quienes hallando intereses e ideales comunes en los hombres, formulen llamados a lo íntimo, a lo humano, de todos.

Pero no debemos engañarnos: *no podemos unirnos para lo que nos separa.* Si llamamos a los obreros radicales, socialistas, sindicalistas y anarquistas a luchar en un frente único y en ese llamado calificamos de traidores y etc. a los dirigentes, jefes o miembros responsables de los organismos de esas tendencias, lo que estamos haciendo es política a favor de una tendencia contraria a las citadas y el deseo de unión es sólo una muletilla para atraer a quienes queremos enrolar en nuestro partido o ideología. Eso es hacer divisionismo y no unidad. Si llamamos al frente único contra el fascismo y luego resulta que para impedir el avance del fascismo todos debemos

luchar para que radicales, socialistas o bolcheviques, ayudados por todos, se apoderen del gobierno para su bando, es indiscutible que ese es frente único para tomar el poder Juan o Pedro y no acción común para intereses comunes. Por eso es que el remedio propuesto, muchas veces sólo ha servido para agravar la enfermedad. Si intervienen organismos diversos como es necesario para una acción eficaz, la primer exigencia es eliminar idea o método que sea exclusivo de uno de los participantes: un libertario no debe ni comenzar a hablar con un socialista si uno propone concurrir a las próximas elecciones y el otro apoderarse de campos y talleres, sino dejarían de ser lo que son; un radical del partido no debe ni comenzar a hablar con un comunista del partido, si uno propone implantar su gobierno en contra de todos los demás y el otro el suyo contra todos los demás; pero sí, un obrero socialista, y otro radical, bolchevique, demócrata o anarquista, pueden y deben, en el taller, en la biblioteca, en el sindicato o en el barrio, asociarse, para hacer respetar su derecho a hablar, a reunirse, a constituir sus centros y a librar sus luchas. Y eso es lo que propiciamos.

De esta manera, mediante la acción conjunta y coordinada, luchando por los derechos que todos creamos que debemos tener libertad de ejercitar, será muy posible que nos entendamos como nos hemos entendido ya muchas veces. Si no es así, para defendernos de la hiena caeremos en la fauce del lobo.

No hagamos de éstas rápidas notas un libro agregado al que con cariño y con reflexión hemos leído de Luce Fabbri. Que sea todo él una concitación al esfuerzo redoblado, que sus enseñanzas rectifiquen errores para que pronto sobre la tierra apestada de tiranos, enferma de autoritarismo, espantada de las guerras y los odios, la criatura humana, levantada al sentido de la solidaridad, despertada a todas las cosas grandes y bellas que el esfuerzo del brazo y de la inteligencia pueden crear despedazando grilletes, comience una nueva era de fraternidad en el trabajo, en el estudio, en la alegría y en la libertad de todos.

JOSE M. LUNAZZI.

15 de noviembre de 1934.

Bibliografía

G. Arias, B. Giuliano, E. Codignola e A. De Stefani. — *Mussolini e il suo fascismo.* — Edit. de Monnier, Firenzo 1926.

Francisco C. Bendicente. — *La Carta del Lavoro.* — Edit. Coni, Buenos Aires, 1928.

Nicolás Berdiaef. — *Una nueva Edad Media.* — Edit. Apolo, Barcelona, 1933.

Camilo Berneri. — *Lo spionaggio fascista all'estero.* — Edit. E. S. J. L. Marseille, 1929.

Armando Borghi. — *L'Italia fra due Crispi.* — Edit. Librería Internazionale, 1924.

Idem. — *Mussolini en Chemise.* — Edit. Rieder, París, 1932.

B. Buozzi e V. Nitti. — *Fascisme et syndicalisme.* — Edit. Librería Valois, París, 1930.

Eugenio Chiesa. — *La Restauration du pouvoir temporel des Papes.* — Edit. Concentration Antifasciste Italienne, París, 1929.

Benedetto Croce. — *Storia d'Italia dal* 1871 *al* 1915. — Edit. Laterza, Bari, 1928.

Alceste De Ambris. — *Mussolini, la leggenda e l'uomo.* — Edit. E. S. J. L. Marseille, 1930.

Luigi Fabbri. — *La Contrarivoluzione preventiva.* — Edit. L. Capelli, Bologna, 1922.

Idem. — *El Tratado de Letrán.* — Edit. "La Protesta", Buenos Aires, 1929.

Hermann Heller. — *Europa y el Fascismo.* — Edit. España, Madri, 1931.

Bolton King. — *Il fascismo in Italia.* — Edit. "Giustizia e Libertá", Parigi, (edición clandestina).

Arturo Labriola. — *L'Etat e la Crise.* — Edit. Riviére, París, 1933.

I. Lampel. — *Jeunesse Trachie.* — Edit. Librería Valois, París.

Emilio Lussu. — *La Catena.* — Edit. "Respublica", París, 1930

Mussolini. — *El Fascismo.* — Edit. "Condor", Bs. Aires, 1933.

N. N. — *Contro il Decennale e per l'Arizone.* — Edit. clandestina di "Giustizia e Libertá". — Italia, 1932.

Pietro Nenni. — *Six ans de Guerre Civile en Italie.* — Edit. Librairie Valois, París, 1930.

F. R. Fausto Nitti. — *Nos prisons et notre évation.* — Edit. Librairie Valois. París. 1930.

Maurice Pernot. — *L'Allemagne de Hitler.* — Edit. Hachette, París, 1933.

Alfredo Rocco. — *La Trasformazione dello stato.* — Edit. "La Voce", Roma, 1927.

Domenico Sandino. — *Sotto il Segno del Littorio, La Genesi del Fascismo.* — Edit. Librería Sociale, Chicago, 1933.

Gaetano Salvemini. — *Come Funsiona la Dittatura in Italia.* Edit. "Il' Martello", Nueva York.

Idem. — *La Terreur fasciste.* — Edit. N. R. F. Librería Gallimard. París. 1930.

C. Sfarza. — *Dictatures et Dictateurs.* — Edit. N. R. F. París.

Georges Valois. — *Finances Italiennes.* — Edit. Librairie Valois, París, 1930.

Principales diarios, periódicos y revistas consultados:

Il Corriere della Sera. Milano; *Bandera Argentina,* Bs. Aires; *L'Adunata del Refrattari,* Nueva York; *Monde,* París; *L'Italia del Popolo,* Buenos Aires; *La Stampa,* Torino; *La Crítica,* Napoli; *L'Ora* Palermo; *Il Popolo d'Italia,* Milano; *Quaderni di "Giustizia e Libertá",* París; *Le Petit Parisien,* París; *L' Operaio Italiano,* París; *Avanti!,* París; *Hoja de Informaciones Corporativas* (edición española), Roma; *L'Europe Nouvelle,* París; *Avanti!,* Zurich; *Umanitá Nova,* Milán; y Roma;

Indice

Advertencia .. .. Pág. 7

I. — El fascismo como fenómeno internacional „ 9

II. — El fascismo italiano (1º) .. .. „ 51

III. — El fascismo italiano (2º) .. .. „ 87

IV. — Corporativismo .. .. „ 138

V. — Las dictaduras y la cultura .. .. „ 188

VI. — Fascismo alemán y fascismo italiano . .. „ 225

Nota Final .. .. „ 259

Bibliografía .. .. „ 274

EDICIONES



NERVIO

Precio $ 0.80